

Estudiar y compilar los principales acontecimientos de lucha armada que han dado lugar a la riqueza combativa y rebeldía del pueblo de Santiago de Cuba, a lo largo de toda su historia, a través de la consulta bibliográfica y de documentos, así como entrevistas y testimonios personales, es la razón de este libro y, a su vez, la necesidad que ha sentido el autor de expresar su lealtad y cariño incondicional al terruño que lo acogió como un hijo, desde 1960 hasta 1977, donde vivió los primeros cambios trascendentales del país tras el triunfo revolucionario y al cual le entregó, junto a los hombres y mujeres de la región, todo su esfuerzo en aras de la defensa y seguridad del territorio.

Hugo Rueda Jomarrón, Santa María, Puerto Padre (1937). Coronel de la reserva. Graduado de la Escuela Superior de Guerra. Fundador del Ejército Oriental, de las Milicias Nacionales Revolucionarias y de las Milicias de Tropas Territoriales. Cumplió misiones internacionalistas en la República Popular de Angola y Nicaragua. Ostenta veintisiete medallas y distinciones otorgadas por el Consejo de Estado, el Minfar y ejércitos amigos.

De su autoría son los libros *Tradiciones combativas de un pueblo. Las milicias cubanas, 2009* y *Terruño inolvidable, 2013*.



 OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

ISBN 978-959-274-114-0



9 789592 741140



Santiago siempre Santiago

Hugo Rueda Jomarrón



Santiago siempre Santiago

Hugo Rueda Jomarrón

Santiago

siempre

Santiago



Santiago

siempre

Santiago

Hugo Rueda Jomarrón



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

Cuidado de la edición

Belkys Duménigo García

Edición

Olivia Diago Izquierdo

Corrección

Lázaro Cárdenas Vázquez

Diseño de cubierta e interior

Aida Soto-Navarro Glez.

Realización

Enrique Hernández Gómez

© Hugo Rueda Jomarrón, 2015

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2015

ISBN 978-959-274-114-0

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado

Calle 8 No. 210 e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.

Teléfono: (537) 836 8846 / 836 5234

Correo: publice@pa.co.cu

A los héroes y mártires que a lo largo de la historia de Santiago de Cuba lucharon por la independencia y la Revolución Cubana.

Al pueblo santiaguero por su combatividad, valentía y coraje.

A los hombres del Batallón No. 3 de combate, de las Milicias Nacionales Revolucionarias de Santiago de Cuba, de quienes siempre me sentiré orgulloso.

A las nuevas generaciones, que sabrán mantener en alto las banderas y tradiciones de su pueblo.



Para una definición de la ciudad
de Waldo Leyva

*Si encuentras alguna piedra
que no haya sido lanzada contra el enemigo
si descubres una calle por donde no haya pasado
nunca un héroe
si desde el Tivoli no se ve el mar
si hay alguna ventana
que no se haya abierto nunca a las guitarras
si no encuentras ninguna puerta abierta
puedes decir entonces que Santiago no existe.*



Introducción necesaria



*Les dejo mi corazón, que siempre
estuvo aquí, como durante la guerra.*

Raúl Castro Ruz¹

Cuando la furia del huracán Sandy devastó Santiago de Cuba y otros pueblos de la provincia, conjuntamente con varios municipios de Holguín y Guantánamo, ya el presente libro, dedicado a la heroica ciudad, se encontraba en la fase final de su elaboración.

No consideré justo pasar inadvertido un golpe tan demoledor. Sentí la necesidad de dejar constancia de lo que significó para mí este hecho trascendental de la historia de nuestro país, en particular, de los pueblos que fueron afectados por el fenómeno atmosférico.

En la medida en que iba conociendo a través de la televisión y la prensa la magnitud de los resultados del singular huracán: las vidas humanas, fundamentalmente en Santiago de Cuba, que se perdían; la desaparición y afectación de miles de viviendas, almacenes, centros de producción y servicios, instalaciones turísticas, portuarias, tendidos telefónicos y eléctricos, etcétera, acudían a mi mente los miles de niños, ancianos, hombres y mujeres que se quedaban sin un techo donde protegerse, sin las pertenencias logradas durante sus vidas. ¡Cuántos recursos echados a perder!

¹ Raúl Castro Ruz durante la visita que hiciera a Santiago de Cuba a pocos días del paso del huracán Sandy, 2012.

Reflexionaba, además, sobre el penoso y difícil escenario que provocaba a la población la falta de agua, electricidad y alimentación. No era fácil hacerse una idea exacta de lo ocurrido sin haberlo visto con ojos propios; pero al observar las imágenes y escuchar las diferentes intervenciones de Raúl Castro Ruz, José Ramón Machado Ventura, de los presidentes de Consejos de Defensa provinciales y municipales y otros dirigentes del gobierno, se podían conocer muchas realidades; todos supieron transmitir la compleja situación de cada territorio afectado.

Sensible hasta lo profundo fue escuchar los relatos de lo sucedido, de los pobladores, en particular, los momentos de pánico ante el estruendoso ruido que provocaban los vientos y el zumbido de instalaciones volando y árboles que, por cientos, perdían sus ramas o eran arrancados de raíz. Otros residentes, los cercanos al mar, hablaban de un sonido ensordecedor nunca imaginado mientras el huracán se aproximaba a la costa y entraba en tierra firme para atravesar la ciudad.

Sandy había cambiado todo o casi todo; pero la seguridad de que el pueblo santiaguero sabría erguirse para revertir tan adversa situación estaba en la mirada, en los brazos, en la mente de cada compatriota; este pueblo saldría adelante como siempre lo ha hecho, y con él estaría el humanismo que caracteriza a nuestro proceso revolucionario, inculcado y puesto en práctica por nuestro Comandante en Jefe. Muchos, al ser entrevistados por la prensa, proclamaban su confianza en la Revolución, en que esta no los dejaría desamparados y que contarían con todo el apoyo para recuperarse de los daños.

Prueba fehaciente de lo expresado lo constituyó la presencia inmediata de Raúl y otros dirigentes, quienes en medio de tan grave situación llevaron aliento, en tanto la búsqueda de soluciones era incesante. Para ello, la dirección de la Revolución, el Gobierno y el Estado dedicaron de inmediato los recursos con que contaba el país. Rápido se sintió la solidaridad de todos los cubanos y de países amigos. No había dudas de que Santiago de Cuba lograría crear mejores condiciones de vida a los damnificados hasta convertirse en una ciudad más bella, funcional y alegre que la antecedida al huracán Sandy.

Cuando realicé mi última visita a Santiago de Cuba —en junio del próximo año 2012— con el objetivo de puntualizar informaciones sobre la temática escrita en estas páginas, pude apreciar cambios significati-

vos: embellecimiento de sus avenidas y principales calles, de parques, edificios, casas, instalaciones de producción y prestación de servicios; la rehabilitación del alumbrado público y el servicio de agua potable; remodelación de centros de educación y salud; así como la limpieza e higiene de toda la ciudad. Ante mi vista apareció un Santiago más acogedor y más alegre. Esta no era mi valoración personal, sino la de muchos con quienes tuve la oportunidad de conversar. ¡Con qué orgullo me transmitían sus avances!

EL AUTOR

Presentación



Santiago es Santiago es la expresión que quizás más se escucha en el terruño; las razones son muchas, desde lo inverosímil e insólito hasta lo heroico y legendario que hacen los hijos de esta tierra; desde quinientos años atrás hasta los tiempos por venir. Pero nadie como Fidel ha definido esta ciudad de la manera más exacta: su visión y sentir quedaron explícitamente expresados durante su autodefensa en el juicio por los sucesos del ataque al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, hoy puede encontrarse en *La historia me absolverá*, como el pueblo cubano conoce su alegato. Entonces dijo:

Se ha repetido con mucho énfasis por el gobierno que el pueblo no secundó el movimiento. Nunca había oído una afirmación tan ingenua y, al propio tiempo, tan llena de mala fe. Pretenden evidenciar con ello la sumisión y cobardía del pueblo; poco falta para que digan que respalda a la dictadura, y no saben cuánto ofenden con ello a los bravos orientales. Santiago de Cuba creyó que era una lucha entre soldados, y no tuvo conocimiento de lo que ocurría hasta muchas horas después. ¿Quién duda del valor, el civismo y el coraje sin límites del rebelde y patriótico pueblo de Santiago de Cuba? Si el Moncada hubiera caído en nuestras manos, ¡hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas! ¡Muchos fusiles se los cargaron a los combatientes las enfermeras del

hospital civil! Ellas también pelearon. Eso no lo olvidaremos jamás.²

El Comandante en Jefe, además, al dirigirse al pueblo de Santiago de Cuba en el Parque Céspedes el 1º de enero de 1959, para describir los acontecimientos que llevaron a la victoria de las fuerzas revolucionarias contra la dictadura batistiana expresó:

Santiagueros, compatriotas de toda Cuba:

Al fin hemos llegado a Santiago. Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado.

Se decía que hoy a las 2:00 de la tarde se nos esperaba en la capital de la república, el primer extrañado fui yo, porque yo fui uno de los primeros sorprendidos con ese golpe traidor y amañado de esta mañana en la capital de la república.

Además, yo iba a estar en la nueva capital de la república [...] porque Santiago de Cuba será, de acuerdo con el deseo del presidente provisional, de acuerdo con el deseo del Ejército Rebelde y de acuerdo con el deseo del pueblo de Santiago de Cuba, que bien se lo merece, la capital. ¡Santiago de Cuba será la capital provisional de la república!

Tal vez la medida sorprenda a algunos, es una medida nueva; pero por eso ha de caracterizarse, precisamente, la Revolución, por hacer cosas que no se han hecho nunca. Cuando hacemos a Santiago de Cuba capital provisional de la república, sabemos por qué lo hacemos. No se trata de halagar demagógicamente a una localidad determinada, se trata, sencillamente, de que Santiago ha sido el baluarte más firme de la Revolución.

La Revolución empieza ahora, la Revolución no será una tarea fácil, la Revolución será una empresa dura y llena de peligros, sobre todo en esta etapa inicial, y en qué mejor lugar para establecer el Gobierno de la República que en esta fortaleza de la Revolución, para que se sepa que este va a ser un gobierno sólidamente respaldado por el pueblo en la ciudad heroica y en las estribaciones de la Sierra Maestra, porque Santiago está

² David Deutschmann y Deborah Shnookal: *Fidel Castro. Antología mínima*, Editorial latinoamericana Ocean Sur, impreso en México, 2008, p. 63.

en la Sierra Maestra. En Santiago de Cuba y en la Sierra Maestra, tendrá la Revolución sus dos mejores fortalezas. Pero hay además otras razones: el movimiento militar revolucionario, el verdadero movimiento militar revolucionario no se hizo en Columbia.

En Columbia prepararon un golpecito de espaldas a la Revolución, y sobre todo de acuerdo con Batista [...]

[...]

Qué distinto, sin embargo, fue en Santiago de Cuba, ¡Qué orden y qué civismo! ¡Qué disciplina demostrada por el pueblo! Ni un solo caso de saqueo, ni un solo caso de venganza personal, ni un solo hombre arrastrado por las calles, ni un incendio. Ha sido admirable y ejemplar el comportamiento de Santiago de Cuba, a pesar de dos cosas: a pesar de que esta había sido la ciudad más sufrida y que más había padecido el terror, por lo tanto, la que más derecho tenía a estar indignada; y a pesar, además, de nuestras declaraciones de esta mañana diciendo que no estábamos de acuerdo con el golpe.

Santiago de Cuba se comportó ejemplarmente bien, y creo que será este caso de Santiago de Cuba un motivo de orgullo para el pueblo, para los revolucionarios y para los militares de la plaza de Santiago de Cuba. Ya no podrán decir que la Revolución es la anarquía y el desorden; ocurrió en La Habana, por una traición, pero no ocurrió así en Santiago de Cuba, que podemos poner como modelo cuantas veces se trate de acusar a la Revolución de anárquica y desorganizada.³

Además de lo planteado por Fidel fue de mucha importancia el rol desempeñado durante el 1º de enero por el MR-26-7 y sus milicias, al ocuparse de las diferentes instalaciones del régimen batistiano, lo que permitió que se mantuviera el orden y la disciplina en toda la ciudad.

Santiago de Cuba se ha visto envuelto en numerosos sucesos de rebeldía y acciones combativas, ha desempeñado un papel protagónico en la historia de nuestro país. Desde la colonización por los españoles

³ Ibídem, pp. 111-112 y 117.

hasta el derribo de la dictadura batistiana por las fuerzas revolucionarias del pueblo cubano sucedieron sublevaciones de indígenas y de negros esclavos; las tres guerras de independencia libradas por el Ejército Libertador; la protesta de Antonio Maceo ante el capitán general de la Isla en los Mangos de Baraguá; el ataque al cuartel de San Luis por Antonio Guiteras, en 1933; el asalto al cuartel Moncada encabezado por Fidel; el levantamiento del 30 de noviembre de 1956 en apoyo al desembarco de los expedicionarios del yate *Granma*; la lucha clandestina organizada y dirigida por Frank País García; la incorporación de hombres y mujeres al Ejército Rebelde; el envío del primer refuerzo a la Sierra Maestra y de la Columna 9 José Tey al Segundo Frente Oriental Frank País, integrada solo por santiagueros; la creación y acciones combativas del Segundo y Tercer Frentes de la guerra de liberación nacional en territorios de la provincia de Santiago de Cuba, comandados por Raúl Castro Ruz y Juan Almeida Bosque, respectivamente; el cerco y ocupación de Santiago de Cuba hasta la entrada de Fidel y el Ejército Rebelde el 1° de enero de 1959.

Después del triunfo de la Revolución, también fue significativa la incorporación masiva de Santiago de Cuba a las tareas de los nuevos tiempos: a las Milicias Nacionales Revolucionarias y posteriormente a las Milicias de Tropas Territoriales; en la lucha contra bandidos dentro y fuera de su territorio, incluyendo el lomerío del Escambray; en las movilizaciones cuando el cambio de presidencia en Estados Unidos, el 31 de diciembre de 1960 ante la posibilidad de una agresión armada contra Cuba; durante la invasión mercenaria por playa Girón en abril de 1961; mientras vivimos los días de la Crisis de Octubre en 1962 y en el cumplimiento de misiones internacionalistas.

No fue objetivo de este libro abarcar todo el universo histórico combativo de Santiago de Cuba; muchos historiadores ya han escrito sobre ello —de cuyas fuentes bebí— otros continuarán, de acuerdo con las exigencias investigativas y científicas, para seguir presentando con objetividad la hermosa historia que la provincia nos ha legado.

Tampoco fue mi intención analizar las causas, factores y resultados de cada hecho de rebeldía y lucha. Es por ello que en algunos casos solo hago referencia sintetizada y cronológica de los principales acontecimientos combativos, pero dando fe de la grandeza de los

mejores hijos de una ciudad rebelde y heroica. Es justo que a Santiago se le reconozca así.

Para demostrar mi tesis de por qué Santiago es Santiago, me resultaron útiles las investigaciones de diferentes autores, discursos, intervenciones, entrevistas, testimonios y otras fuentes, las cuales destaco siempre que hago uso de ellas. De esta manera planteo elementos mucho más sólidos y no solo mi criterio personal.

En cada una de las partes de este libro, incluyendo sus anexos, corriendo el riesgo que presupone caer en omisiones involuntarias, relaciono personas que son representativas por su rol durante las guerras de independencia contra el colonialismo español, la guerra de liberación nacional, y la lucha clandestina contra la dictadura batistiana. No obstante, los que no aparecen mencionados —que son muchos— son también combatientes destacados. Algunos cayeron en combate y otros aún viven. Para todos, mi reconocimiento y recuerdo imperecedero.

Escribir sobre la combatividad de un pueblo, pese a lo que abundan sus gestas, es una acción difícil y arriesgada, más cuando no se es investigador, historiador ni escritor. Mi arma fundamental ha sido la pasión, la historia que aflora desde los diferentes estadios de ordenaciones estructurales por los que Santiago ha pasado: Cuba, Villa Cuba, primera capital de Cuba, capital del Departamento Oriental, Jurisdicción Cuba, capital de la provincia de Oriente; región Santiago de Cuba, y actualmente provincia Santiago de Cuba, con la capital provincial del mismo nombre. En cada uno de estos períodos, la provincia ha sido baluarte en la defensa de nuestra soberanía, en lo político, económico, social, cultural, deportivo, y ¡qué decir de su idiosincrasia... de su carácter hospitalario!

No abordo las luchas estudiantiles, obreras y campesinas desarrolladas durante el período en que Cuba fue neocolonia de Estados Unidos, casi sesenta años que han sido, al igual que los hechos de carácter armado, gestas del pueblo que lo engrandecen y forman parte indisoluble de sus tradiciones de rebeldía y heroicidad. No obstante se hace indispensable mencionar a un hijo ilustre de Santiago de Cuba, Eduardo Chibás, que se consagró a la lucha revolucionaria desde los tiempos de Julio Antonio Mella contra la dictadura machadista. Con posterioridad, el 15 de mayo de 1947, fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) bajo la consigna *Vergüenza contra dinero*.

Según escribió el intelectual Fernando Martínez Heredia:

Chibás levantó una masa enorme de pueblo hacia el ejercicio de la ciudadanía y la conciencia de que era posible acabar con el estado de cosas vigente, obtener toda la independencia y la justicia y echar adelante el destino de Cuba. Denunció al imperialismo y reivindicó la necesidad de que Cuba rompiera su yugo neocolonial... La muerte detuvo su actuación y su conducción, pero quedó como un heraldo de la soberanía del pueblo y la acción ciudadana, y como una figura moral que exigía sacar el país del pantano. Seguramente no lo previó, pero fue el primer reclutador para las huestes que hicieron la insurrección que desencadenó un proceso revolucionario que fue muchísimo más lejos que lo que Chibás se propuso.

El 16 de enero de 1959, pocos días después de la entrada victoriosa de la Revolución triunfante en La Habana, Fidel dijo ante la tumba de Eduardo Chibás:

Pero hoy es como resumen de toda la historia, la historia de la Revolución, la historia del 26 de Julio, que tan ligada está a la historia de esta tumba, que tan ligada está al recuerdo de quien descansa en ella, que tan íntimamente ligada está a la ideología, a los sentimientos y a la prédica de quien descansa en esta tumba, porque debo decir que sin la prédica de Chibás, que sin lo que hizo Chibás, que sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana, el 26 de Julio no hubiera sido posible.⁴

Aunque no soy hijo natural de Santiago de Cuba, me siento uno más de ellos. Tuve la oportunidad de participar en el cumplimiento de diversas tareas y misiones de defensa durante diecisiete años, desde 1960 hasta 1977. Por ello surgió la idea de reciprocarme mi lealtad y cariño incondicional a través de este modesto libro. ¡Qué mejor momento que este, a las puertas del QUINIENTOS aniversario de la fundación de Santiago para expresar mis sentimientos por la ¡REBELDE, HOSPITALARIA Y HEROICA CIUDAD!

⁴ Periódico *Granma*, 16 de agosto 2013, La Habana, p. 1.

¡A ti te otorgamos hoy el título de “Héroe de la República de Cuba” y la orden “Antonio Maceo”, aquel insigne hijo tuyo que nos enseñó que jamás un combatiente cesa en su lucha, que jamás puede haber pactos indignos con el enemigo, que jamás nadie podrá intentar apoderarse de Cuba sin perecer en la contienda! Tú nos acompañaste en los días más difíciles, aquí tuvimos nuestro Moncada, nuestro 30 de Noviembre, nuestro 1º de Enero. A ti te honramos especialmente hoy, y contigo a todo nuestro pueblo, que esta noche se simboliza en ti. ¡Que siempre sean ejemplo de todos los cubanos tu heroísmo, tu patriotismo y tu espíritu revolucionario! ¡Que siempre sea la consigna heroica de nuestro pueblo: Patria o Muerte! ¡Que siempre nos espere lo que aquí conocimos aquel glorioso 1º de Enero: la victoria!

¡Gracias Santiago!

FIDEL CASTRO RUZ
Santiago de Cuba, 1984





Principales hechos de guerra durante la colonización por el imperio español



*... esas banderas que ondearon en la Demajagua; en Baire,
en Baraguá, en Guáimaro; esas banderas
que presidieron el acto sublime de libertar la esclavitud;
esas banderas que han presidido la historia revolucionaria
de nuestro país, no serán jamás arriadas.*

FIDEL CASTRO RUZ



Principales hechos de rebeldía hasta 1867

Antes de ser fundada por Diego Velázquez en el año 1515, con el nombre de Villa Santiago, ya la población indígena le llamaba a esta región Cuba, lo que dio origen a que con posterioridad surgiera el nombre de Santiago de Cuba, y a la vez, el de la Isla. Hasta 1607 Santiago de Cuba fue la capital nominal de la Isla.

Desde los primeros momentos de la llegada de los colonizadores españoles a Santiago de Cuba, se inició el sometimiento a los aborígenes, los cuales fueron obligados a trabajar en las encomiendas como esclavos, en largas jornadas fundamentalmente para la extracción y lavado del oro. A esta fuerza laboral indígena se unió la africana que también hubo de trabajar en situación similar a partir de 1530, cuando se inició la explotación del cobre en Santiago del Prado, lugar que se conoce después como El Cobre.

Guamá fue el primer nativo que logró aglutinar a un grupo numeroso de indios y enfrentarse con valentía a los españoles; flechas, macanas y piedras fueron sus armas de combate. Antes lo había hecho el indio Hatuey, procedente de La Española, quien fuera quemado vivo en una hoguera por españoles al mando de Diego Velázquez.

Los aborígenes de Santiago de Cuba se rebelaron también ante la inhumana explotación a la que eran sometidos; les sucedieron los negros

esclavos, cuyas sublevaciones dieron inicio a las tradiciones de rebeldía que con posterioridad fueron alcanzando los hijos de dicho territorio.

Diferentes momentos tomados del libro *Síntesis histórica de la provincia de Santiago de Cuba*, referidos a la colonización y a los primeros actos de rebeldía en este territorio hasta 1867, son los siguientes:

1522: Los primeros negros bisoños —unos trescientos— llegaron por el puerto de Santiago de Cuba procedentes de La Española y fueron incorporados al trabajo esclavo, para sustituir la mano de obra aborigen que se iba extinguiendo.

1530: Aborígenes y africanos comenzaron la explotación del cobre.

1531: Los negros esclavos realizaron la primera sublevación, la cual fue reprimida por los esclavistas españoles.

1536: Embarcaciones de corsarios y piratas de países enemigos de España comenzaron a hostigar las costas santiagueras.

1538: Los corsarios y piratas cometieron su primer hecho: se apoderaron de una embarcación española que salía del puerto de Santiago rumbo a La Española. Con posterioridad, otras embarcaciones hostigaron la villa santiaguera.

1556: Una fuerza armada española llegó a Santiago de Cuba con vistas a enfrentar posibles ataques de corsarios y piratas.

1599: La explotación de las minas de cobre se afectó por la falta de negros esclavos y de personal calificado en la fundición. Al incrementarse el número de esclavos, la concentración de estos motivó significativos resultados para el desarrollo de las luchas sociales en la región.

1607: Una nueva división político-administrativa se aplicó en la Isla: surgieron dos departamentos: Oriental y Occidental. El centro administrativo del primero se estableció en Santiago de Cuba, y del segundo, en La Habana, como capital de la Isla, con un gobernador al que se le subordinaban ambos departamentos, incluyendo los aspectos de gobierno y la guerra.

1655: La presencia de colonos criollos de origen español en Santiago de Cuba se incrementó al refugiarse decenas de ellos que habían sido expulsados de Jamaica por los ingleses. Para-

lamente, se produjo la presencia de naves inglesas cerca de las costas, lo cual representó una persistente amenaza para la seguridad del Departamento Oriental, que contaba con poca población y estaba desprovisto de la necesaria defensa.

1662: En el mes de octubre se produjo el mayor desembarco ocurrido hasta ese momento en la región de Santiago de Cuba, concretamente por Aguadores, bajo el mando de un capitán filibustero nombrado Chistopher Myngs. La fuerza del desembarco estuvo compuesta por doce buques y cerca de dos mil hombres. Como no encontraron casi ninguna resistencia, ocuparon la ciudad con relativa facilidad. A pesar de que el gobernador español contaba con algunas milicias criollas, no hizo empleo de ellas.

Diferentes intentos de sublevaciones se produjeron; la más significativa, independientemente de que fue neutralizada, fue la rebelión de los esclavos de El Cobre. Muchos sublevados se internaron en las montañas para convertirse en cimarrones. A partir de ese mismo año, blancos y mulatos libres se unieron para conspirar por la libertad.

1739: En septiembre, ante la declaración de guerra, se incrementaron los preparativos defensivos de la plaza y se pusieron en tensión las fuerzas militares, incluidas las milicias. De la defensa marítima se encargarían los corsarios criollos quienes, por el dominio de las aguas del Caribe, representaron una fuerza capaz de enfrentar al agresor británico.

Al ser derrotadas las fuerzas británicas en Cartagena de Indias, su jefatura las dirigió hacia Guantánamo y Santiago de Cuba, como estrategia para continuar ocupando un territorio que le permitiese, junto a otras fuerzas expedicionarias procedentes de colonias americano-británicas, satisfacer su codicia de ocupación territorial.

El plan inglés fracasó debido al hostigamiento de que fueron víctimas sus fuerzas, las necesidades materiales y las dificultades del terreno. Por lo que, a finales de diciembre se replegaron hacia la bahía y se marcharon definitivamente del territorio santiaguero.

1739-1743: El gobierno español construyó la fortaleza de El Morro y la Estrella junto con la Batería de Santa Catalina con vistas a defenderse de ataques y desembarcos de potencias extranjeras. Esto influyó para que el puerto santiaguero ganara en importancia como centro de actividades del patente criollo.

1758: Mientras sucedían los hechos mencionados, dones santiagueros dueños de tierra, explotaban abusivamente a descendientes de aborígenes del pueblo de San Luis de El Caney, y eso motivó una sublevación.

Durante los años cuarenta del siglo XIX, la población esclava sobrepasaba el 50% del total de la población. Al acentuarse la economía de mercado se incrementó la entrada de esclavos y su explotación.

Es de significar que por ser Santiago de Cuba capital del Departamento Oriental y segunda ciudad en importancia del país, la esclavitud urbana era numerosa y tenía un peso primordial.

1830-1855: La burguesía santiaguera se mantuvo al margen de cualquier intento independentista. Prefirió ampararse en una ilusión de ayuda desinteresada de Estados Unidos e inclinarse por la anexión.

1862: La mayor concentración de esclavos en la jurisdicción Cuba se hallaba en las alturas de la Gran Piedra y en el Valle Central, núcleos básicos de la producción de café.

El Cobre era un territorio propicio para conspiraciones por la gran concentración de población libre de color y de esclavos en la villa y las plantaciones cafetaleras de sus montañas próximas.

Sin obviar la tradición de lucha heredada de la primera sublevación de esclavos que tuvo lugar en el oriente de nuestro país en el siglo XVII. Los elementos más radicales entre los pequeños propietarios blancos y los mulatos libres se habían incorporado a las sociedades secretas organizadas en logias masónicas del Gran Oriente de Cuba, lo que los favorecía en el intercambio de ideas separatistas y en la unión y coordinación de acciones futuras.

Julio 1867: Creación de la logia Estrella Tropical No. 19, donde surgió la primera célula de un movimiento que desembocó

en la primera guerra separatista cubana. La integraron inicialmente Manuel Fernández Rubalcaba y Leopoldo Arteaga.⁵

A partir de este último año, el proceso conspirativo se fue extendiendo por la región centro oriental cubana hasta dar al traste con el inicio de nuestra lucha por la independencia, el 10 de octubre de 1868.

Durante la Guerra de los Diez Años

La Revolución de 1868 o Guerra de los Diez Años inició el ciclo de las revoluciones por la liberación nacional en Cuba.

Fue una revolución nacional-liberadora, que por la época histórica y las tareas que debía cumplir se expresó también como una revolución democrática y antiesclavista, enmarcada en la etapa mundial de consolidación del capitalismo. La actitud históricamente reformista asumida por la burguesía esclavista de la Isla explica que las fuerzas motrices de la Revolución del 68 estuviesen integradas por los terratenientes centro-orientales —marginados de los procesos de capitalización—; por las capas medias rurales y urbanas; por la intelectualidad revolucionaria; por el incipiente proletariado; por los esclavos presentes en las zonas de combate y, abrumadoramente, por el campesinado libre —blancos, negros y mulatos—, unidos en torno al interés nacional de crear un estado independiente netamente cubano. La influencia decisiva de los terratenientes centro-orientales en la etapa inicial del proceso revolucionario —que los llevó a su liderazgo— se explica por su posición económica local o regionalmente preponderante [...]

Una de las peculiaridades más notables de la Revolución del 68 fue la de desarrollarse mediante una guerra prolongada.

⁵ Información tomada de Colectivo de autores: *Síntesis histórica provincial Santiago de Cuba*, Editora Historia, La Habana, 2011, pp. 41-42, 44-45, 47, 54, 57, 63, 65, 67, 71, 73-75.

Esta característica incide en que la realización de sus principales objetivos se vinculase estrechamente al desarrollo de los procesos militares.⁶

[...] Ante la más aguda crisis del sistema colonial en Cuba se generalizaron las conspiraciones con un marcado acento separatista. Las reuniones se sucedían en Camagüey, Guáimaro, Tunas, Bayamo, Holguín y en Santiago de Cuba, localidades a las que viajaban los comisionados para intercambiar o coordinar los planes anticolonialistas.⁷

Particularidades en la jurisdicción Santiago

No cabe la menor duda del papel protagónico que correspondió jugar al pueblo de la jurisdicción Santiago en la primera guerra por la independencia de Cuba, donde decenas de hijos, por su valentía, coraje, inteligencia e intransigencia revolucionaria, fueron capaces de legar a la patria páginas gloriosas para su historia. Entre otros insignes hombres que se relacionan en el anexo uno, se destacaron Antonio Maceo Grajales, su hermano José, Agustín Cebreco Sánchez, Donato Mármol Tamayo, José María Rodríguez, Flor Crombet Tejera, José Guillermo Moncada, Quintín Banderas y Demetrio Castillo Duany.

De esta guerra que encabezara Carlos Manuel de Céspedes con el levantamiento insurreccional en el ingenio Demajagua, fueron hechos significativos del territorio santiaguero, los que a continuación se mencionan:

1868

10 de octubre: Levantamiento insurreccional encabezado por Carlos Manuel de Céspedes en el ingenio Demajagua.

13 de octubre: Rebelión de los hermanos de Donato Mármol Tamayo: Raymundo y Justo. Donato era, a su vez, uno de los

⁶ Eduardo Torres-Cuevas, Oscar Loyola, Enrique Buznego y Gloria García: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898*, Editora Política, La Habana, 1996, pp. 2-3.

⁷ Colectivo de autores: Ob. cit., p. 82.

principales líderes de la insurrección; se sublevaron además, entre otros, Juan Polanco, José Ángel Ferrer y Blas Rodríguez.

14 de octubre: Alzamiento, en la zona de Mayarí Arriba, de un grupo revolucionario encabezado por Nicolás Pacheco e integrado, entre otros, por Silverio del Prado y Joaquín Castillo López, cuyo testimonio da fe de esa fecha.

15 y 16 de octubre: Alzamientos en Palma Soriano, Baire, Maibío y Guaninao.

En Pino de Baire, se produjo la primera carga al machete al mando de Máximo Gómez. También se libraron combates en Venta de Casanova, Ma Antonia, San José de Cuen, Arroyo Blanco y las Cuchillas de Palma Soriano, una vez incorporadas otras fuerzas revolucionarias bajo el mando de Carlos Manuel de Céspedes y Luis Marcano. Los hombres de Donato Mármol tomaron el poblado de Palma Soriano.

24 de noviembre: Los rebeldes mambises, mandados por los generales Luis Marcano, Félix Figueredo y el coronel José de Jesús Pérez de la Guardia, ocuparon los puertos terrestres de Bayamo y Boniato y del poblado El Cobre. Simultáneamente, el grueso de las fuerzas del general Donato Mármol tomó el puerto de Boniato, igual sucedió con los partidos de Enramadas, Morón, Jutinicú, el cuartón de Mayarí Arriba y las tierras de Sabana Abajo, en los límites con la jurisdicción de Guantánamo.

1869

Primeros días de enero: Los españoles, a pesar de los reñidos combates librados, lograron recuperar el poblado de El Cobre, los puertos terrestres de Boniato, Bayamo y Sevilla, el poblado de El Caney y el cuartel revolucionario de Sabanilla.

Febrero y abril: Fueron derrotados los colonialistas en la zona de San Luis, Alto Songo y Palma Soriano por las fuerzas del teniente coronel Antonio Maceo Grajales, junto a otros jefes insurrectos.

Agosto: El coronel Manuel Palacios del ejército español mató a sangre fría a diecinueve personalidades santiagueras. Este hecho se conoció como el Crimen de Los Marañones. Representó un duro golpe al movimiento clandestino de Santiago de Cuba.

Simultáneamente, la brigada de Cambute combatía en la costa suroccidental de Santiago de Cuba.

Final de año: Combates en la zona de Alto Songo, San Luis y en las montañas de El Cobre.

Además, fueron realizadas operaciones contra diferentes ingenios, trapiches, cafetales, potreros, haciendas y vegas de tabaco, pertenecientes a desafectos y colaboradores del régimen tiránico de España en los partidos de Palma Soriano, Jutinicú, Enramadas, El Cobre y Las Yaguas.

Ante las múltiples acciones de los insurrectos, fuerzas españolas cometieron la cruel matanza de San Juan de Wilson, en las cercanías de El Cobre —ejecutaron a doce distinguidas personas de esa villa y de Santiago de Cuba—; en las Minas de Ponupo exterminaron a casi una veintena de pacíficos pobladores, solo por la sospecha de ser confidentes; asesinaron, además, al padre del prestigioso mambí José Francisco Lacret Morlot y de otros civiles, así como ejecutaron apresamientos y destierros forzosos.

Al intensificarse la llamada Creciente de Valmaseda, Santiago de Cuba presentó una verdadera resistencia debido a la agresividad de las tropas comandadas por los jefes insurrectos Antonio Maceo, Donato Mármol, Paquito Borrero, el teniente coronel Camilo Sánchez y otros compatriotas que realizaron varias acciones militares importantes.

1870

14-16 de abril: Combate intenso en las faldas de la loma El Mogote, entre la columna del comandante Juan Morales y los hombres de la brigada de Cambute. También hubo enfrentamientos en Altagracia, cerca de Palma Soriano.

Fines de mayo-octubre: El teniente coronel Antonio Maceo, junto a otros jefes, jugó el rol protagónico en el desarrollo de numerosos combates de importancia. Fue gravemente herido en el pecho en una acción contra fuerzas enemigas superiores en Majaguabo Arriba.

1871

El coronel Antonio Maceo, junto al general Calixto García, condujo a las fuerzas santiagueras a combatir al norte de Orien-

te y luego, con sus mejores hombres, marchó hacia Camagüey y Las Villas para realizar la primera invasión a occidente.

Octubre-diciembre: El general Antonio Maceo libró encarnizados combates al norte de Oriente y en la región de Baracoa, aunque paralelamente se produjo una disminución en las acciones de las tropas cubanas, situación que se mantuvo hasta febrero de 1877, cuando el grueso de los hombres de Maceo volvieron a su región de origen y libraron combates contra columnas de soldados españoles y guerrilleros, en Mícara y otros puntos de Mayarí Arriba.

1877

Marzo a junio: Algo similar ocurrió en Palma Soriano, Alto Songo y Aserradero.

Al concluir el año, los mambises santiagueros lograron gran incremento de sus actividades en la zona de El Cobre, Alto Songo, Aserradero, Cambute y Filé.

Mientras Maceo cumplía actividades para poner fin a manifestaciones de indisciplinas y de los divisionistas del Cantón Independiente de Holguín, situación que mermaba la capacidad combativa de algunas de sus fuerzas, recibió ocho heridas —algunas muy graves—, durante el combate de Mangos de Mejía.

Airoso de la persecución que los españoles lanzaron contra él, Antonio Maceo se reincorporó de inmediato a la lucha. Semanas después, con la pequeña fuerza que lo acompañaba resistió el asalto de una columna española, a la cual obligaron a refugiarse en la cima de una loma, ante la valentía de los tenientes coroneles José Maceo, Pedro Martínez Freire y Teodoro Laffit.

En esta acción le ocasionaron al enemigo 260 bajas, entre muertos y heridos, más de 70 prisioneros y le ocuparon un cuantioso botín. Dos días más tarde, el general Maceo combatió contra otra columna española formada por tropas de la 2ª Brigada (Sagua-Mayarí), al mando del coronel Pascual Sanz Pastor, y soldados y oficiales del Batallón Cazadores de San Quintín, con el entonces comandante Fidel Alonso Santoscildes al

frente. Fueron cuatro jornadas de fieros combates, de los que solo salieron ilesos 25 españoles, pues 245 murieron o resultaron heridos, entre ellos, 10 altos oficiales enemigos.

1878

9 de febrero: El teniente coronel José Maceo con una pequeña fuerza propinó costosa derrota a una columna del batallón de Reus, a la cual batió y le causó la muerte de su jefe y de muchos de sus hombres.

Independientemente de estos éxitos, no ocurrió así en el resto del país, pues la pacificación comenzada por Martínez Campos en Las Villas desde 1876 y luego en Camagüey, repercutió en algunos orientales.

10 de febrero: Se produjo la firma del Pacto del Zanjón, que supuso el término de casi diez años de lucha armada contra el poder colonial español. Tal proceder, condujo al desmantelamiento de las instituciones de la República de Cuba en Armas.

Después de impuestos del hecho consumado por intermedio de una comisión que viajó hasta Piloto Arriba (en las actuales montañas sanluiseras), en la que se encontraba, entre otros, el mayor general Máximo Gómez, los jefes y oficiales orientales encabezados por los mayores generales Antonio Maceo, Manuel Titá Calvar y Vicente García, repudiaron el acto, el cual calificaron como infamante capitulación, con ello concordó, además, el mayor general Modesto Díaz, aunque se excusara de no continuar sobre las armas.⁸

Protesta de Baraguá

Con fecha 21 de febrero de 1878, después de contactar con otros líderes orientales, y estar estos de acuerdo en continuar la guerra, Antonio Maceo escribió una carta al general Martínez Campos, en ella le solicitaba una entrevista con el objetivo de discutir sobre el Pacto del Zanjón,

⁸ Información tomada de *Síntesis histórica provincial Santiago de Cuba*, Ob. cit., pp. 83-84, 86-90, 93, 95-97.

al mismo tiempo citó a una junta de jefes y oficiales a fin de argumentar la decisión.

El 5 de marzo Maceo reunió en Mangos de Baraguá a los jefes y cuadros principales del Ejército Libertador en Oriente, excepto al general Vicente García, con quien contactó posteriormente. Durante el desarrollo de la reunión logró la unanimidad entre los jefes asistentes y se tomó como acuerdo final, proseguir la lucha.

Descolló la intransigencia revolucionaria y visión político-militar del general Antonio Maceo de que la guerra aún no había llegado a su fin, y que un pacto con el enemigo español significaba más que una derrota militar, una derrota moral para el Ejército Libertador y una claudicación ante la memoria de los miles de cubanos que ya habían ofrendado sus vidas por la libertad de Cuba.

Cuando Maceo hubo de enterarse de que el general Gómez acataba el acuerdo del centro y su confirmación por las fuerzas insurrectas del Camagüey, planteó: “El general Gómez sabe mejor que yo —le decía al Dr. Félix Figueredo— que cuando el general Martínez Campos propone un acuerdo de paz es porque está convencido de que no puede vencernos por medio de las armas”.

Y el 15 de marzo se realizó la histórica entrevista entre Maceo y Martínez Campos en Mangos de Baraguá. Participaron, además, por la parte cubana, dos mayores generales, once coroneles, dieciséis tenientes coroneles, más de veinte comandantes y unos dos mil setecientos oficiales de menor graduación, clases y soldados del Ejército Libertador en Oriente. Estos decidieron prolongar sus esfuerzos por la independencia y la abolición de la esclavitud y así se lo hicieron saber al jefe militar español.

La Protesta de Baraguá, independientemente de su significación como señal de intransigencia revolucionaria, de rechazo a la deshonra de la claudicación y de reafirmación del ideal independentista y abolicionista de los patriotas cubanos fue más que todo un riguroso cálculo de que sí era posible coligar todavía a miles de hombres de Las Villas, Camagüey y, en especial de Oriente, para desgastar a los españoles y aprovechar sus graves problemas económico-financieros y los más graves que aún afectaban directamente a sus tropas.

Para dar mayor legitimidad y organización a la lucha que se extendía, los protestantes de Baraguá eligieron, en asamblea democrática, a ciento cuatro delegados constituyentes, quienes aprobaron, el 17 de marzo, una nueva Constitución de seis artículos, sencilla y útil en extremo, al tiempo que eligieron un gobierno de cuatro miembros, cuyas primeras determinaciones fueron la designación del general Vicente García, como generalísimo, y del general Maceo como jefe de Oriente, también se aprobó un decreto de ascenso al grado inmediatamente superior a todos los oficiales adheridos a la decisión de continuar la guerra.

A pesar de la determinación de los cubanos, el 22 de marzo, el general en jefe español intentó todavía una solución pacífica y solicitó al presidente Calvar una reunión con el gobierno provisional. Esta se efectuó cerca de Miranda, pero tampoco hubo acuerdo alguno; por tanto, el 23 de marzo se reiniciaron oficialmente las hostilidades, aunque, sorprendentemente —y buscando un efecto desmoralizador entre los insurrectos cubanos—, las fuerzas españolas no respondieron el fuego criollo.

Aun, a pesar de las circunstancias, los insurrectos cubanos al mando de Antonio y José Maceo, Vicente García, Paquito Borrero, Guillermón Moncada y Flor Crombet, entre otros, cruzaron armas con el ejército colonialista en Las Tunas, Guantánamo, Baracoa, Palma Soriano y la zona de ingenios de Santiago de Cuba.

En el mes de abril, aprovechando la relativa tregua, Maceo y el gobierno provisional estudiaron la situación y comisionaron al teniente coronel Lacret Morlot a entrevistarse con Martínez Campos y obtener autorización para sacar de las áreas de guerra, a las familias de los combatientes, así como a los inválidos de guerra, heridos graves y enfermos, a lo que el jefe español aceptó.

A fines de ese propio mes, se acordó enviar al brigadier Félix Figueredo en comisión ante el propio jefe español, esta vez para negociar el paso libre a enviados cubanos que indagarían la verdadera situación de los restantes departamentos insurrec-

tos y en igual sentido, de otros que irían al extranjero; Martínez Campos accedió a lo pedido por el mando cubano.

A pesar de los grandes esfuerzos bélicos [...] la revolución se extinguía: no llegaban recursos de guerra del exterior y los de boca eran cada vez menores, por obra de la planificada destrucción española de todas las haciendas que pudieran abastecer a las fuerzas insurrectas; no había nuevas incorporaciones a las fuerzas combatientes y, por el contrario, se incrementaban las presentaciones y las presiones para que el gobierno provisional negociara una mejora en el Convenio del Zanjón.

Ante tan grave momento [...] el gobierno provisional envió a Maceo en busca de ayuda de la emigración cubana en Jamaica y Estados Unidos, el que, acompañado de los brigadieres Arcadio Leyte-Vidal y Juan Rius Rivera, el coronel Miguel Santa Cruz Pacheco y el teniente coronel Lacret Morlot partieron hacia Kingston, Jamaica, el 8 de mayo de 1878. Tres días después de la partida, los españoles atacaron el campamento del ejecutivo cubano en Baraguá, sitio que fue defendido por José Maceo.

Ya el desánimo era tal que, el Regimiento Santiago presionaba al presidente Calvar para que renegociara con el mando español, mientras el brigadier Guillermo Moncada escribía al propio presidente cubano, a fines de mayo de 1878, informándole de las presentaciones de varios oficiales insurrectos con parte de sus tropas. En ese propio mes, entregaron sus armas otros destacados jefes militares que operaban en Holguín, San Luis, El Cobre y Alto Songo; también se acogió a la capitulación el propio gobierno provisional en pleno.

En los campos de Oriente, solo quedaron sobre las armas —como cimas de todos estos hombres dignísimos— los comandantes Ignacio Díaz y Francisco Estrada en la zona de Manzanillo-Bayamo, con una partida de decenas de seguidores, los que solo depusieron las armas en abril de 1879, bajo intensas solicitudes de líderes patriotas, incluido Antonio Maceo. Ellos querían evitar el sacrificio inútil de estos valiosos combatientes o que fueran víctimas de propagandas malintencionadas que los tildaban de bandoleros.

Igualmente continuó con las armas en la mano el teniente Modesto Fornaris Ochoa, con una docena de hombres. Este solo se presentó, por la presión de muchos excompañeros de armas y familiares, el 10 de octubre de 1878, en Fray Benito, llevaba un acta en la que hacía constar su no sumisión a España y su intención de alzarse cuando fuera preciso.

Casi una década después de iniciada la conflagración, primera guerra de los cubanos por la independencia de España, el país –dígase mejor la zona oriental de la Isla– quedó en completa ruina, anegado por la sangre de cientos de miles de soldados españoles (noventa mil calcularon las fuentes oficiales, entre soldados, infantes de marina, tripulantes, voluntarios y bomberos) insurrectos, familiares de estos y traidores. Mientras que la población se encontraba en estado traumático y en espera de una nueva oportunidad para la revancha contra el colonialismo español.

En cuanto a Santiago de Cuba, aparte de las grandes pérdidas humanas, quedó en estado calamitoso en el ámbito productivo: por los menos, sesenta y un ingenios azucareros destruidos, de los cien con que contaba en la preguerra, ciento veinte totaliza Octaviano Portuondo Moré, en su libro *Presencia de Santiago de Cuba en la Guerra de los Diez Años*. Hubo entre los doscientos noventa cafetales un nivel mayor de destrucción, cuyos dueños, en su mayoría, no invirtieron luego en su plena rehabilitación; de modo que tardaron años en recuperarse, pero nunca con el esplendor que tenían antes de la guerra.

También, la guerra tuvo un efecto tremendamente destructor en las casi 2 200 pequeñas vegas tabacaleras asentadas, rubro que jamás logró ni siquiera un nivel parecido al de antes del 10 de octubre de 1868 y que, por el contrario, dejó de ser un renglón importante en esta región; igualmente, tuvo consecuencias terribles para las 1 773 estancias de labor que existían en la jurisdicción santiaguera, factor fundamental en el hambre bastante generalizada entre la población de postguerra y en la inflación que reinó en ese tiempo, en combinación con la circulación casi forzosa de billetes inconvertibles.

Pero, por encima de todas las consecuencias materiales —incluso, de los efectos humanos en la población—, la repercusión mayor de la guerra fue, sin duda, la hondura insondable entre los intereses de los cubanos y del integrismo español, que condicionarían el estallido de una nueva conflagración separatista.⁹

Sobre el desenlace de la guerra

Diversas causas y factores incidieron de forma negativa en que las fuerzas mambisas no pudieran alcanzar la victoria final de una guerra que se había extendido por diez años.

Para desarrollar este importante tratado lo haremos basado, en varios fragmentos que hemos extraído del libro publicado por la Casa Editorial Verde Olivo, *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*.

FACTORES ECONÓMICOS:

La no incorporación de occidente a la lucha brindó un enorme potencial económico al gobierno colonial.

Las diferencias de intereses entre las regiones y grupos de la zona oriental de Cuba.

La paulatina destrucción de la organización económica de los terratenientes cubanos, que desvirtuó las razones de sus luchas.

FACTORES SOCIALES:

La compleja estructura social existente en Cuba.

Diferentes enfoques del problema racial y de la abolición de la esclavitud.

FACTORES POLÍTICOS:

Contradicciones político-ideológicas entre los terratenientes de occidente y centro-oriente.

Discrepancias y fricciones entre el presidente Carlos Manuel de Céspedes y la Cámara de Representantes.

Contradicciones entre Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte.

⁹ Ibídem, pp. 98-102.

FACTORES MILITARES:

Limitaciones de la estrategia militar de la guerra en los primeros años de la lucha.

No se logró establecer el principio militar del mando único.

Inestabilidad en el desempeño del cargo de jefe del Ejército Libertador.

Se desarrollan y prevalecen el regionalismo, caudillismo e indisciplinas.

La desfavorable correlación de fuerzas para la revolución.

La falta suficiente de ayuda exterior.

La ofensiva político-militar de España en 1877-1878.¹⁰

Estos factores condujeron a la pérdida de la unidad en las filas revolucionarias, causa principal del fin de la Guerra de los Diez Años. Con relación a esta derrota, el día 10 de octubre de 1968, en el acto de conmemoración por el centenario de la contienda, Fidel Castro Ruz expresó su valoración:

Y al cabo de diez años, aquella lucha heroica fue vencida no por las armas españolas, sino vencida por uno de los peores enemigos que tuvo siempre el proceso revolucionario cubano, vencida por las divisiones de los mismos cubanos, vencida por las discordias, vencida por el regionalismo, vencida por el caudillismo [...]

La Guerra de los Diez Años, como dijera Martí, no se perdió porque el enemigo nos arrancara la espada de la mano, sino porque dejamos caer la espada [...]

Es cierto que no culminó en la independencia de Cuba, pero la sangre derramada, los sacrificios que se hicieron no fueron de ninguna manera en vano; forjaron los cimientos de la patria, crearon un alma, crearon una nación, forjaron y templaron un pueblo, y de tal manera revolucionaron nuestro país, que nunca más las cosas pudieron volver a ser como antes.¹¹

¹⁰ Minfar: *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1994, pp. 48-49.

¹¹ David Deutschmann y Deborah Shnookal: Ob. cit., “discurso del Comandante en Jefe, 10. 10. 1968 en la Demajagua”, p. 356.

Manifestaciones de la Guerra Chiquita

Antes de la nueva revolución emancipadora, conocida después como Guerra Chiquita (1878-1880), existían dos tendencias conspirativas en Oriente: una acataba al Comité Revolucionario Cubano de Nueva York y la otra era presidida por el general Antonio Maceo. Ambas desarrollaban intensas actividades bélicas con vista a llevar a cabo una nueva contienda contra el ejército español.

El gobierno colonial, con el conocimiento de quiénes eran los principales cabecillas, arrestó y deportó a varios de ellos, entre los que se encontraban los generales Pedro Martínez Freire, Flor Crombet, Pablo Beola, José María *Mayía* Rodríguez, José Antonio Aguilera, Silverio del Prado y el comandante Vicente Miniet. Los principales objetivos de esta medida consistían en neutralizar a los hombres de mayor influencia, en particular de piel blanca, alejar a otros conspiradores y, muy importante, dejar que actuara solo una mayoría de jefes mestizos para incentivar la propaganda de que se desarrollaría una guerra de raza. Así intimidaban a la población e incitaban a la división dentro y fuera del país.

Son hechos y momentos principales de esta guerra, de acuerdo con lo investigado y escrito por el colectivo de autores santiagueros en la obra ya mencionada, los que aparecen a continuación:

1879

25 de agosto: En la zona de Holguín se produjeron los primeros hechos armados. En esos momentos, Santiago de Cuba vivía una difícil situación económica y social, agravada por el descontento de soldados y guerrilleros, a los cuales se les adeudaban meses de haberes.

Reunión de los jefes Guillermón Moncada, José Maceo y otros con el brigadier Andrés González Muñoz. Este jefe español les hizo saber el conocimiento que tenían de todos los detalles de la conspiración y los amenazó con fuertes represalias, sin embargo no ordenó su prisión.

26 de agosto: Levantamientos en armas de José Maceo, Quintín Bandera y otros jefes. También hubo alzamientos en Baracoa y Las Tunas. Antes, José Maceo había contactado con varios jefes residentes en la ciudad y ordenado que atacaran el paradero

de trenes de Santiago de Cuba; Quintín Bandera debía recoger su gente en El Cobre.

Una vez salidos de la ciudad, se impartieron las indicaciones para realizar diferentes ataques, entre ellos, al ingenio Borjita, la operación de Banabacoa cerca de Dos Caminos de San Luis; se combatió, además, en Sabana Abajo, Aserradero, Palma Soriano, Palmarejo, Mayarí Abajo y en Baracoa, entre otros sitios. El centro de las acciones combativas en Santiago de Cuba fueron en Enramadas, Mayarí Arriba, Jutinicú y Ramón de las Yaguas, territorios por donde operaron Guiller món Moncada y José Maceo, los dos jefes más confirmados del movimiento.

Transcurridos unos cuatro meses, en vísperas de 1880, la guerra—rebasado su comienzo prematuro y tomado fuerza la amenaza enemiga— estaba en franco retroceso en Oriente. Las causas más valoradas fueron: falta de fuentes de abastecimiento (ni internas ni externas), irrisorias deserciones individuales y de partidas completas, escasos ingresos de fuerzas para el reemplazo de los que se marchaban, falta de acciones sorpresivas y rápidas, así como la inexistencia de un jefe capaz de dirigir las misiones rebeldes en toda la provincia.

1880

Enero: Heroísmo de los hombres al mando de Guiller món Moncada y José Maceo ante la ofensiva enemiga, la cual contó con la presencia en Santiago de Cuba del capitán general español Blanco.

17 y 18 de febrero: Importante junta fue celebrada en el campamento del coronel Ramón González, participaron todos los jefes y oficiales. En ella se acordó poner en vigor las ordenanzas de la Guerra de los Diez Años, con vista a cortar de raíz algunos hechos vandálicos que cometían algunos jefes y fuerzas rebeldes.

Las victorias alcanzadas por Guiller món Moncada y José Maceo de poco sirvieron, pues, la desmoralización llegó a minar la moral de los hombres de ambos jefes insurrectos. Tal situación no pudo ser resuelta ni con la llegada tardía del mayor general Calixto García.

7 de mayo: Desembarco del general Calixto García por la costa de Aserradero, a poca distancia del fuerte español que allí existía.

El gobernador español de Santiago de Cuba hizo todo lo posible por evitar que los insurrectos de Moncada, José y Limbano conociesen del referido desembarco, y tres días después ordenó la detención de los excombatientes no complicados hasta entonces que residían en la región o presentados mientras se desarrollaba la guerra.

31 de mayo: Ante la falta de elementales recursos para la subsistencia, abandonados por las presentaciones de muchos jefes y subalternos, y perseguidos implacablemente por numerosas columnas enemigas, el brigadier José Maceo y el general Guillermon Moncada, con sus hombres, se vieron precisados a aceptar los ofrecimientos de Polavieja y lograron concertar un acuerdo plasmado en el llamado Convenio del Ingenio Confluente.

Las demandas cubanas eran: salida franca hacia Jamaica en un barco no español, el *Thomas Brook*, con el apoyo de los cónsules del Reino Unido, Estados Unidos y Francia; el perdón para los soldados españoles que habían peleado a las órdenes de los jefes cubanos y una compensación económica. Hipócritamente, esas solicitudes fueron aceptadas y prometidas, bajo palabra de honor; pero tan pronto que el citado buque zarpó en la tarde del 1º de junio, y llegó a alta mar, fue abordado por una nave de guerra española, secuestrados sus pasajeros, conducidos a Puerto Rico y llevados, por último, hacia prisiones españolas en la Península.

Después de desembarcar el general Calixto García y las fuerzas expedicionarias se internaron en las montañas; recorrieron unos ciento veinte kilómetros en diez jornadas de marcha por las estribaciones de la Sierra Maestra (en la parte correspondiente a la jurisdicción de Santiago de Cuba), sin contratiempo alguno hasta ese instante.

A partir de entonces, inició uno de los episodios más dramáticos de toda esa contienda —y tal vez de toda la historia de

nuestras guerras por la independencia—, en una marcha harto extenuante, de hambre casi permanente, de sed enloquecedora, de extravíos, deserciones y choques adversos. Durante ese trayecto solo se les unieron seis hombres. El día 25 del propio mes, después de algunas deserciones, y de dejar dos enfermos en el camino, fue asaltado y, en la huida general, quedó Calixto García solo hasta el día 28, cuando solo pudo reunir a ocho hombres.

En esa misma fecha, el enemigo volvió a asaltarlos y varios de sus acompañantes cayeron prisioneros, entre ellos el brigadier Pío Rosado, el que finalmente fue pasado por las armas. El 29, encontró el general García a tres de los expedicionarios.

A los veintitrés días de cumplirse el año del conflicto bélico se cerró la historia de la Guerra Chiquita en Oriente con un balance, según fuentes españolas, de 170 muertos y 109 heridos insurrectos, por 105 fallecidos, 276 heridos y 30 extraviados de las fuerzas colonialistas.

Por los cubanos, además, hubo 1 702 presentados con armas y 4 033 sin ellas, aparte de 1 325 mujeres y 597 niños; datos todos exclusivos de la región oriental, donde se llegaron a levantar alrededor de 8 245 personas en la insurrección de acuerdo con los cálculos de José García Aldave, jefe del Estado Mayor español.¹²

El ejército Libertador en esta guerra también fracasó, varias causas influyeron en la derrota, entre ellas se destacan: la no existencia de una situación revolucionaria en el país y la falta de un liderazgo político y militar.

Los cubanos se habían enfrascado en una cruenta guerra que se extendió durante diez años, la cual dejó como resultado: destrucción, sufrimientos y desgracias de todo tipo. Las armas y recursos materiales para librar una nueva guerra estaban carentes e igual les sucedía al entusiasmo e impulso de amplios sectores de la población, no repuestos aún de las espantosas consecuencias de tantos años de lucha.

¹² Información tomada de *Síntesis histórica provincial Santiago de Cuba*, Ob. cit., pp. 104-110.

Tampoco se contó con un programa político y de propaganda capaz de influir en la movilización de las masas populares en interés de crear una república, abolir la esclavitud y solucionar otros problemas socioeconómicos. Junto a lo anterior, se manifestaban, en determinados sectores de la población, las ilusiones que habían despertado las reformas observadas en el Pacto del Zanjón.

José Martí, en carta a Fernando Figueredo, señaló al referirse a la Guerra Chiquita: “(...) se desvaneció por su desorden interior porque no hubo modo de ordenarla”.

El propio Martí, que por entonces ocupaba el cargo de presidente del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, autorizó la capitulación del último jefe insurrecto. En carta al coronel Emilio Núñez, escribió: “Creo que es estéril —para usted y para nuestra tierra— la permanencia de usted y de sus compañeros en el campo de batalla. No me hubiera usted preguntado, y ya, movido a ira por la soledad criminal en que el país deja a sus defensores, y a amor y respeto por su generoso sacrificio, me preparaba a rogarles que ahorrasen sus vidas, absolutamente inútiles hoy para la patria, en cuyo honor le ofrecen”.

Por su parte Máximo Gómez, en carta a Serafín Sánchez, apuntaba: “Si a García y otros no les hubiera enardecido un entusiasmo aturcido, tal vez habrían oído mis consejos”.¹³

Aunque el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York había alcanzado determinados éxitos en la unidad entre los cubanos en el exterior, no lo logró en el interior de la Isla, donde la mayor parte de los clubes se organizaron en el occidente.

En Oriente, particularmente, los confabulados respondían al liderazgo de Antonio Maceo y de otros jefes militares que no formaban parte del Comité Revolucionario, los cuales mantenían un criterio diferente sobre cómo dirigir y conducir la lucha. Eran años en los que aún persistían los problemas de caudillismo, regionalismo y divisiones entre los llamados “militares” y “civiles”.

La falta de un liderazgo político y militar fue la segunda causa considerada entre las fundamentales del fracaso de esta contienda.

¹³ Minfar: *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, Ob. cit., p. 60.

La Guerra Chiquita no contó con una organización adecuada ni con una figura aglutinadora de todos los esfuerzos revolucionarios.

Por diferentes causas no se logró la incorporación de los principales jefes veteranos de la Guerra de los Diez Años con posibilidades de movilizar y ejercer el mando en las distintas regiones del país, como eran Máximo Gómez, Antonio Maceo, Vicente García, Carlos Roloff y otros. En el caso de Calixto García, principal jefe de la conspiración, se presentaron numerosas dificultades que le impidieron arribar a Cuba en el tiempo previsto y encabezar el movimiento revolucionario. Solo el 7 de mayo de 1880, después de múltiples calamidades, logró desembarcar Calixto García, fue cercado y hostigado intensamente por el enemigo al cual se presentó, según el gobernador de la Isla, Ramón Blanco, “semidesnudo, descalzo y enfermo”, sobre la base de la salida del país y del respeto de la vida de sus compañeros.¹⁴

Otras causas y factores del fracaso de esta guerra fueron los prejuicios raciales, la posición reaccionaria de los partidos políticos burgueses y la efectividad de las acciones políticas y militares de las autoridades coloniales. Por tantas razones de carácter negativo que se pusieron de manifiesto, no llegó a materializarse como una beligerancia armada que abarcara toda la nación; se caracterizó en la práctica por la suma de alzamientos en algunas zonas de Oriente y Las Villas, incluso, sin que existiera un plan único ni vínculos entre sí.

Pero independientemente del fracaso, este nuevo intento insurreccional dejó valiosas experiencias al movimiento revolucionario, entre las que se destacan:

El inicio de la superación de las desuniones y contradicciones entre los cubanos dentro de la Isla y los que se encontraban emigrados en diferentes países.

Un notable esfuerzo por organizar y dirigir la lucha armada mediante el empleo de formas más democráticas en relación con la anterior contienda.

¹⁴ *Ibidem*, p. 61.

Aunque no llegó a cristalizar, se planteó la concepción de desplegar la lucha armada mediante levantamientos simultáneos en toda la Isla, apoyados por desembarcos desde el exterior.

Los preparativos y el desarrollo de la Guerra Chiquita constituyeron una importante experiencia para el fomento y organización de la guerra de 1895 bajo la guía de José Martí y el Partido Revolucionario Cubano.¹⁵

Manifestaciones de la Guerra de Independencia

A José Martí Pérez corresponde el honor de haber organizado la Guerra Necesaria, como él mismo la denominara. Para lograr el inicio de esta contienda, hubo de transitar por difíciles momentos.

En primer lugar, consiguió el apoyo de Máximo Gómez y Antonio Maceo; sin ellos hubiera sido muy difícil convencer y organizar a los veteranos y jóvenes generaciones para tamaña empresa, teniendo en cuenta además, la necesidad de vencer el regionalismo, caudillismo, tendencias autonomistas y anexionistas, incluso, el racismo, aspectos todos que tanto daño habían causado en las contiendas anteriores. Unido a lo anterior, estaba su meridiana conciencia del peligro que representaba Estados Unidos para alcanzar Cuba, su independencia.

Decisivo para lograr los objetivos de la guerra fue la visión de Martí al fundar el Partido Revolucionario Cubano y crear un ambiente político en el exilio favorable al independentismo. Para ello organizó células y clubes revolucionarios en Tampa, Cayo Hueso y Nueva York; también en América Latina y Europa. Supo vencer la difícil tarea de adquirir dinero para la compra de armas, municiones y embarcaciones para las diferentes expediciones; determinante fue el aporte de los emigrados cubanos.

Debido a la delación de uno de los hombres, ya a punto de partir hacia Cuba, las autoridades norteamericanas incautaron las armas. A raíz de este hecho, Martí, delegado del Partido Revolucionario Cubano, ofreció

¹⁵ *Ibidem*, pp. 67-68.

una de las más grandes enseñanzas a su pueblo al tomar la decisión de comenzar la guerra con los pocos recursos que quedaban: el 24 de febrero de 1895 los patriotas cubanos se levantaron en armas en varios puntos del país y ese día se produjo, además, la partida de las expediciones desde el exterior. Semanas más tarde llegaron a suelo cubano los principales jefes militares.

Una selección de los principales momentos en que el territorio se vio envuelto durante la nueva contienda (1895-1898), aparecen a continuación:

1895

Correspondió a Guillermón Moncada, encargado por el propio José Martí a través de un mandatario suyo, la organización de las fuerzas que se levantaron en armas el 24 de febrero en una parte importante del territorio de Santiago de Cuba y Guantánamo.

Ese día, además del general Moncada, se levantaron en armas contra España, el teniente coronel Quintín Bandera y Victoriano Garzón, entre otros. Ti Arriba, la Loma del Gato, Dos Caminos de San Luis, Ponupo, La Lombriz en la zona de Jarahueca, Chaveco de San Luis, Hatillo (entre Palma Soriano y San Luis), y Palma Soriano, donde un pequeño grupo de insurrectos atacó el cuartel de voluntarios, fueron escenarios en los que casi simultáneamente se produjeron acciones independentistas.

En Baire, bajo el mando del capitán del Ejército Libertador Saturnino Lora, los revolucionarios se levantaron en armas en Los Negros, la zona denominada Baracoa, Riíto, Maffo, Bijagual y Remanganaguas. Mayor aún que el movimiento de Baire, aunque sin la resonancia de este, sucedió en El Cobre: acá levantaron sus armas los veteranos y decenas de insurrectos recién incorporados de Santiago de Cuba, El Cobre, Botija, Hongoloso, Dos Palmas, Guaninao y otros puntos cercanos.

La jurisdicción santiaguera logró armar a unos mil doscientos efectivos encabezados por experimentados y corajudos jefes de las dos guerras anteriores. El esfuerzo de todos iba encaminado en tres direcciones: concentrar las partidas dispersas; adquirir armas y pertrechos bélicos mediante compras y confiscaciones

y la captura a los españoles; y lograr el acercamiento entre las zonas y jefes en aras de alcanzar la unidad y fortaleza necesarias para enfrentar la ofensiva enemiga prevista.

Figuras prominentes en los primeros meses de guerra fueron el mayor general Guillermo Moncada, jefe militar del alzamiento en Oriente; los tenientes coroneles Alfonso Goulet, Saturnino Lora y Victoriano Garzón y el comandante Manuel La O Jay. Entonces el general estaba afectado de muerte por la tuberculosis pulmonar, pero celebró una junta de jefes para garantizar, aún después de su fallecimiento, la continuidad de la lucha. El 23 de marzo le entregó la jefatura del movimiento a Bartolomé Masó, segundo de mayor graduación entre los jefes alzados en Oriente, hasta el arribo de los líderes naturales de la revolución. El 5 de abril murió. Mucho debió haber sido su esfuerzo para montar a su cabalgadura, que no resistió la vida ya mutilada del general Guillermo Moncada.

1° de abril: Se produjo por Duaba, cerca de Baracoa, el desembarco de la expedición que trajo a tierras cubanas a Antonio y José Maceo, Flor Crombet y otros patriotas.

11 de abril: Arribaron Máximo Gómez y José Martí a Cuba, por Playita de Cajobabo.

29 de abril: Los mambises, ya con la presencia de Antonio y José Maceo, habían sostenido por esta fecha casi treinta acciones militares en la jurisdicción de Santiago de Cuba. En Jarahueca se realizó el primer combate significativo de la Guerra del 95 por las fuerzas de Maceo. Inició una nueva etapa de esa conflagración: la fase de consolidación de la revolución en el territorio oriental.

Con el general Máximo Gómez y el delegado del Partido Revolucionario Cubano, José Martí, Antonio Maceo sostuvo una conferencia en La Mejorana, cerca de San Luis, para postular algunas ideas y discutir otros asuntos. Concluida la reunión, Gómez siguió hacia el centro de la provincia en compañía de Martí, mientras el general Antonio se aprestó para llevar a cabo una intensa operación militar contra los españoles en la región oriental.

7 de mayo: Los hombres de Maceo tomaron el poblado de El Cristo mientras se combatía en El Caney y Dos Bocas y otras fuerzas atacaban San Luis y enfrentaban el auxilio de un tren militar enviado desde Santiago de Cuba y descarrilado cerca de El Cristo.

7-13 de mayo: Gómez y Martí, que habían hecho el trayecto hasta Dos Ríos y Vuelta Grande, establecieron campamento en el último punto. Aquí quedó Martí, mientras Gómez salió a operar.

19 de mayo: Cayó en combate en Dos Ríos, el Apóstol José Martí. A pesar del esfuerzo y emboscadas realizadas por Quintín Bandera, no pudo rescatar de las manos españolas su cadáver.

31 de mayo: El general Antonio Maceo después de conocer la caída del Apóstol en Dos Ríos, continuó sus planes de consolidar la organización de las fuerzas a su mando, mantener acciones constantes contra el enemigo e iniciar la institucionalización de la revolución mediante la convocatoria a una Asamblea Constituyente que estableciera una constitución y un gobierno a las fuerzas revolucionarias.

Dado el esfuerzo por institucionalizar el proceso revolucionario, Antonio Maceo celebró en Bijarú, una junta con algunos de sus principales jefes subordinados.

1º de junio: José Maceo cumplía las orientaciones del general Antonio Maceo, jefe del 1er Cuerpo, de estructurar las fuerzas de la 1ª División Santiago-Guantánamo, en tres brigadas: Guantánamo-Sagua de Tánamo-Baracoa, a cargo del brigadier Agustín Pérez; Santiago de Cuba, con el brigadier Agustín Cebreco como jefe y, la tercera, a cargo del coronel Alfonso Goulet.

Para esos momentos el enemigo había creado un anillo defensivo de ciento diecisiete fuertes y torreones alrededor de la ciudad de Santiago y en zonas aledañas, más un sistema de alambradas que apresaba a toda la población.

Desde principios de la guerra, los hermanos Demetrio y Joaquín Castillo Duany habían quedado en la retaguardia enemiga, con el fin de apoyar desde ahí a las fuerzas insurrectas. Ambos posteriormente se incorporaron a los insurrectos. Otros laborantes fueron los hijos de Francisco Vicente Agui-

lera: los ingenieros Pedro y Eugenio Aguilera Kindelán, el teniente coronel Juan Pablo Cebreco, el comandante veterano Tomás Padró Sánchez Griñán y el periodista Miguel Balanzó, entre otros.

Se unieron desde los primeros momentos a la labor clandestina, hombres como Emilio Bacardí, Phoción; Joaquín Ferrer; Rafael Espín; Francisco Auza; Desiderio Fajardo Ortiz, el Cautivo; Antonio Bravo Correoso; Manuel Arango; Joaquín Ramírez; Benigno Corona; Laureano Prado, maquinista del buque *Cosme Herrera*, y muchos otros.

8 de julio: Cayó muerto en combate el coronel Victoriano Garzón al enfrentar con solo unos pocos de sus hombres, una fuerte columna enemiga que llegó al lugar donde se encontraban acampados.

13 de julio: Se produjo el combate de Peralejo en las proximidades de Bayamo, el cual concluyó con sonada victoria del general Antonio Maceo contra el capitán general español Arsenio Martínez Campos.

José Maceo, después de combatir exitosamente en las cercanías de Guantánamo, se trasladó hasta Yerba de Guinea y al poblado de Ti Arriba, al que sitió por más de setenta y dos horas, no pudo rendir a la guarnición que lo defendía por la llegada de una fuerte columna enemiga. Posteriormente, al sufrir una crisis de ciática, hubo de refugiarse con treinta hombres de su escolta, en las elevaciones cercanas a Ramón de las Yaguas.

Antonio Maceo, con su tropa y parte de la de su hermano, marchó por varios puntos de San Luis y El Cristo hasta llegar a Alto del Escandel, donde recibió información de que una columna enemiga se dirigía hacia el punto de refugio de su hermano José. Inmediatamente ordenó marcha forzada hasta el sitio en que ya se combatía. En esta acción el jefe mambí empleó —por primera vez en su historial de guerra— la bomba de dinamita; le provocó al enemigo más de trescientas bajas, por ochentainueve de los cubanos. Este fue el combate de Sao del Indio.

En los meses siguientes, continuó la llama bélica: se alcanzaron otras importantes victorias como las de Rabí y Lora contra fuerza del general Arsenio Linares, las del coronel Higinio Vázquez por las serranías de El Cobre y la defensa del sitio donde se encontraba el periódico *El Cubano Libre*, fundado por Maceo un mes y medio antes, que dio lugar a dos importantes acciones.

Para esa etapa, con todos los cambios en el aparato de dirección de la guerra y los sucesivos refuerzos, el enemigo colonial no podía ni derrotar a los cubanos en armas, ni detener su expansión; muestra fehaciente de ello fue la concentración en Baraguá de fuerzas mambisas, especialmente del 1er Cuerpo del Ejército Libertador, y la constitución allí del contingente invasor que marchó hacia el occidente de la Isla bajo las órdenes del lugarteniente del Ejército Libertador, el mayor general Antonio Maceo.

Al frente del Departamento Oriental quedó su hermano, el general José Maceo. Entre los meses de noviembre y diciembre de 1895 hasta su caída, el 5 de julio de 1896, en Loma del Gato, cometió ciento siete acciones militares, en lo que hoy es provincia de Santiago de Cuba.

Meses antes de su muerte, ya destituido José Maceo como jefe del Departamento Oriental por imputársele supuestos incumplimientos, desorganización e inactividad de las fuerzas bajo su mando, pero cediendo en verdad ante las presiones del Gabinete, el general en jefe Máximo Gómez, después de mucha insistencia de Cisneros, nombró al experimentado combatiente general Calixto García, jefe en propiedad de dicho departamento y le agregó a su mando el 3er Cuerpo del Ejército Libertador (Camagüey), con la insistencia de imprimir a las operaciones militares su atención preferente.

El general José Maceo se sobrepuso a sus amarguras y volvió a la batalla; sostuvo combate cerca de Dos Caminos de San Luis el 2 de julio y, al día siguiente, en San Luis. Cuando, al regresar de Ti Arriba, una columna española chocó contra fuerzas insurrectas y cuyo jefe pidió auxilio al general José, este marchó

decidido a dar un gran combate al enemigo. Tras varias escaramuzas, contrariado por estimar que algunos de sus subalternos dilataban mucho el cumplimiento de sus órdenes, se lanzó personalmente a dirimir el enfrentamiento de Loma del Gato. La suerte parecía favorecerle cuando recibió un impacto de bala en la cabeza, forzosamente mortal.

Aún el combate duró unos cuarenta y cinco minutos más; mientras, el doctor Porfirio Valiente le extrajo la bala de plomo y el cuerpo de José, todavía con vida, fue trasladado hasta la finca La Luz, en Ti Arriba, donde expiró alrededor de las cuatro y treinta de la tarde.

Poco después, en junta de los generales Pedro Agustín Pérez, Agustín Cebreco y Matías Vega Alemán, propuesto por este último, el primero pasó a ocupar la jefatura interina del 1er Cuerpo.

Tras la muerte de José Maceo, la guerra en el territorio santiaguero decayó, al extremo de que, en seis meses, solo se conocen dieciséis enfrentamientos, a causa de las prolongadas y sucesivas concentraciones de fuerzas ordenadas por el nuevo jefe del departamento para llevar a cabo operaciones de gran envergadura en el centro y norte de Oriente, así como en Camagüey, pero en la práctica no lograron reducir la presión de las decenas de miles de soldados españoles sobre los generales Antonio Maceo, en Pinar del Río, Lacret Morlot, en Matanzas, y Máximo Gómez, en Las Villas.

17 de noviembre: Desembarcó por Cabaña, al oeste de Santiago de Cuba, una expedición bajo el mando de Francisco Carrillo y José María Aguirre.

1896

30 de mayo: Arribó por la playa Baconao una expedición al mando de Rafael Portuondo Tamayo.

22-24 de agosto: Se produjo el desembarco de otra expedición por El Macío, al oeste de Santiago de Cuba, al mando de Fernando Méndez.

Otras siete expediciones lograron arribar por las costas del Departamento Oriental.

A pesar de todo, ni el número de hombres por encima de los veinte mil, ni la superioridad técnica, ni la nueva organización de las fuerzas españolas, lograron derrotar la insurrección en el Departamento Oriental, que se mantuvo activa y creciente, tanto en el campo como en la ciudad.

Noviembre-julio de 1896: Durante estos ocho meses, la lucha clandestina fue incrementada en la ciudad de Santiago de Cuba y otras poblaciones, a la vez que ganaba en organización, lo cual motivó que las autoridades españolas multiplicaran sus medidas de vigilancia y encarcelaron en marzo de 1896 a ciento noventaiocho personas por asuntos políticos, entre ellos Emilio Bacardí Moreau.

1897

Las acciones militares eran poco numerosas, y el mando español intentaba destruir las partidas rebeldes y sus bases de apoyo, por lo que en la región santiaguera, buena parte de las fuerzas se mantendría en similares operaciones que en el período anterior.

Segundo semestre: La actividad bélica en tierras santiagueiras fue menor que al inicio de la guerra —apenas unas sesenta acciones combativas registradas— para todo un año de batallar frente a ciento veintiuna en 1895 o las casi ochenta, prácticamente libradas de enero a mayo de 1896.

El registro indica, además, que desde la muerte del general José y hasta el cierre de 1897, o sea, en poco menos de dieciocho meses, la suma de enfrentamientos entre cubanos y enemigos en la región santiaguera solo llegó a la cifra de sesentaiocho, impuestos en buena medida, por las incursiones de las tropas gubernamentales. Estos dígitos sencillamente demuestran que no solo el epicentro de la guerra en Oriente se había trasladado de la zona suroriental hacia el centro y norte de este territorio, sino que esas pocas acciones hicieron casi irrelevante el peso de Santiago de Cuba en esta etapa de la conflagración entre cubanos y españoles.

1898

Durante el primer semestre, el último de la conflagración hispano-cubana, la guerra experimentó algún incremento en

la jurisdicción de Santiago de Cuba. Ejemplo de ello fueron los combates cerca de Palma Soriano, en Dos Caminos de San Luis y en Boniato, al norte de la ciudad de Santiago de Cuba, todos en el mes de enero; mientras que en febrero solo se añadió el rechazo de los insurrectos a una operación española en Caimanes o en San Miguel de Parada, a escasos kilómetros al oeste de la ciudad.

Después de la explosión del acorazado estadounidense *Maine*, en la bahía de La Habana, el mes de marzo fue de real actividad bélica en el territorio santiaguero, con diez acciones significativas. No obstante, en abril, solo se reportaron choques sin importancia contra fuerzas españolas en Palma Soriano, San Luis y Santiago de Cuba. Para entonces estaba aprobada la Resolución Conjunta de la Cámara de Representantes y del Senado de Estados Unidos, que involucró definitivamente a ese país en el conflicto de Cuba.¹⁶

Primera intervención militar norteamericana en Cuba

Para adentrarme en la situación militar que imperaba en Cuba, al producirse la intervención del ejército norteamericano, me he basado en las interesantes valoraciones que un colectivo de autores del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias escribiera en su libro *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*:

A pesar de que el ejército español aún conservaba cierta capacidad y disposición combativa, por varias razones se le dificultaba el cumplimiento de sus misiones: las enfermedades existentes en el país y el clima disminuían sus fuerzas militares; el servicio hospitalario no era suficiente para brindar atención a los cientos de enfermos de disentería, paludismo y fiebre amarilla, entre otros padecimientos. Las cifras de bajas por enfermedad o fallecimiento eran alarmantes: en 1898 el ejército colonial en Cuba contaba con alrededor de 250 000 hombres, pero el 60,4% padecía

¹⁶ Información tomada de *Síntesis histórica provincial Santiago de Cuba*, Ob. cit., pp. 125-150.

de diferentes males y ya habían muerto, desde el inicio de la guerra, un total de 35 639 efectivos.

Al gobierno español no le era fácil suplir las bajas producto de la presión que ejercía la población española, a través de actos de protesta y manifestaciones contra la guerra en Cuba.

Para contrarrestar la situación en la Isla, el capitán general Valeriano Weyler Nicolau decidió reconcentrar la población, esencialmente en las zonas rurales. Esta medida costó la vida a unos cuatrocientos mil cubanos. Trajo como consecuencia que se tornaran más difíciles las operaciones del Ejército Libertador, al verse limitada las reservas de reclutamiento y el aseguramiento logístico. No obstante, la reconcentración no pudo acabar con la insurrección, la aspiración del mando español no llegó a hacerse realidad, unido a esto, el intento de alto el fuego para la implantación del régimen autónomo bajo la capitania de Ramón Blanco Arenas, también había fracasado.

Tal situación demuestra que la política gubernamental española en la Isla era totalmente inoperante y que, al producirse la intervención norteamericana en Cuba, en abril de 1898, la guerra se inclinaba a favor del Ejército Libertador, por lo que todo se reducía al factor tiempo para que la corona española se viera obligada a abandonar su dominio sobre nuestro país.

El Departamento Oriental, en especial el territorio de la provincia de Oriente, pasó a ser el teatro principal de las operaciones desde principio de 1898.

En Oriente, territorio del 1er y 2º Cuerpos del Ejército, las operaciones de los patriotas obligaban a los españoles a mantenerse en los grandes núcleos poblacionales, sobre todo en la periferia. Los puntos de embarque, caminos y vías de tránsito fluvial, así como los campos, eran dominio de los libertadores.

Ya España no contaba con el potencial suficiente para modificar a su favor el curso y desenlace de la guerra. No había otro camino que la pacificación de la colonia mediante la concesión de su independencia. El sustento moral e ideológico independentista enraizado en las masas de combatientes y cuerpo de oficiales del Ejército Libertador de Cuba, creaba las condiciones para sostener la lucha armada durante el tiempo necesario y bajo cualquier condición.

La victoria estratégica era ya una realidad; la voluntad patriótica de resistir se conjugaba con el desgaste económico, militar y político de la metrópoli. La estrategia de la lucha armada se había consolidado.¹⁷

Santiago de Cuba durante la intervención

Cuando ya era inminente el triunfo revolucionario, los imperialistas provocaron el 15 de febrero de 1898, la explosión del crucero acorazado *Maine* en la bahía habanera. Esta lamentable tragedia, que costó la vida a doscientos sesentaiséis marinos y oficiales estadounidenses, fue el pretexto para intervenir en el conflicto y escamotear la victoria a los cubanos. Así empezó la primera intervención militar norteamericana en Cuba. Fue precisamente en el territorio de Santiago de Cuba por donde se produjo el desembarco de las tropas de ese ejército. Acudo de nuevo a *Síntesis histórica provincial Santiago de Cuba* para abordar esta etapa:

El delegado de la República en Armas en el exterior, Tomás Estrada Palma, ofreció de manera inconsulta al gobierno norteamericano, la subordinación del Ejército Libertador Cubano al de Estados Unidos, a fin de que cooperara con este último en el conflicto que se avecinaba. Este ofrecimiento fue aprobado el 10 de mayo, por el Gobierno de la República de Cuba en Armas, el que oficializó la citada subordinación, al autorizar “al general en jefe Máximo Gómez y al lugarteniente general Calixto García, para que con sus fuerzas cooperaran con las de mar y tierra del aliado norteamericano.

1898

22 de abril: Barcos de la Marina de Guerra norteamericana, procedentes de Cayo Hueso, iniciaron el bloqueo desde La Habana hasta Cárdenas, por el norte, y hasta Cienfuegos, por el sur. La prolongación del bloqueo hacia el este permitió que, en la mañana del 18 de mayo, dos buques de la escuadra se presentaran por vez primera, frente a la entrada de la bahía santiaguera

¹⁷ Información tomada de *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, Ob. cit., pp. 80-82.

y, pasadas las doce del día, rompieran el fuego contra las posiciones españolas; pero, respondido este con las baterías de Punta Gorda, lo que determinó que dichos buques se retiraran. Señal de que el bloqueo a Santiago de Cuba no se había intensificado aún, sino que se trataba de algunos buques con misiones específicas de reconocimiento o distracción, lo indica el hecho de que al siguiente día pudiera entrar al puerto la escuadra española del contralmirante Pascual Cervera, sin ningún tipo de obstáculos. Sin embargo, cinco días más tarde, el 24, al intentar salir de la bahía el destructor *Plutón*, perteneciente a la referida escuadra, tuvo que regresar precipitadamente ante la amenaza de cuatro buques enemigos que comenzaban a hacer más efectivo el bloqueo a Santiago de Cuba.

El 18 de mayo veintinueve buques de guerra norteamericanos y cuarenta y dos transportes de apoyo se encontraban frente a las costas santiagueras.

Consciente de la imprescindible ayuda mambisa, el gobierno norteamericano envió a un representante, el teniente Andrew S. Rowan, a reunirse con el lugarteniente general del Ejército Libertador cubano, Calixto García. Sucedió el 1º de mayo de 1898. Además de coordinar las futuras acciones de ambos ejércitos aliados, la reunión tuvo como objetivo tratar de resolver la carencia de armas y alimentos de los mambises, lo que permitió fortalecer la campaña militar en la zona oriental, así como apoyar la de Máximo Gómez en Las Villas.

Por otra parte, la estrategia de Máximo Gómez, inicialmente apoyada por los norteamericanos, contemplaba hacer de las provincias occidentales el escenario final de la guerra, dado que allí se encontraba el mayor poder político, militar y económico del dominio colonial en la Isla, pero el arribo el 19 de mayo, de la escuadra de Cervera al puerto santiaguero, cambió los planes estratégicos de los norteamericanos, los que olvidaron los compromisos con Gómez y convirtieron a Santiago de Cuba y sus alrededores en el nuevo escenario geográfico del conflicto.

A fin de dar cumplimiento a lo orientado por el alto mando yanqui, el mayor general Calixto García inició una fatigosa jornada que lo condujo, atravesando la Sierra Maestra, hasta

Aserradero adonde arribó en las primeras horas del día 19, lugar en el que instaló su cuartel general. Según carta que dirigiera al contralmirante Sampson, el jefe mambí llegó a poseer algo más de tres mil efectivos.

[...]

En plena noche del 21, las tropas cubanas marcharon en dirección a Daiquirí, puerto que abandonaron los españoles al ver que empezaron a producirse más desembarcos en Berracos. El propio día 22, se efectuó, por Daiquirí, apoyado por los patriotas cubanos y los cañones de la escuadra, el primer desembarco de tropas norteamericanas.

Estas fuerzas ascendieron a unos seis mil hombres, entre las que se hallaba casi por completo la división del general Lawton, toda la Brigada Independiente del general Bates y una brigada de la División de Caballería del general Wheeler. Este mismo día los españoles abandonaron el poblado de Vinent Firmeza, el último de los puntos de la zona minera donde se habían concentrado los evacuados, igualmente abandonado por estos, al siguiente día, en dirección a Sevilla.

Durante el día 24, por Daiquirí desembarcaron fundamentalmente recursos materiales y se llevaron el resto de las tropas a Siboney.

[...] si bien ese día desembarcaron cubanos junto a las tropas norteamericanas, el grueso de los efectivos insurrectos comenzó a llegar el día 25. Con el arribo de tres mil norteamericanos el día 27, el número de miembros del ejército aliado se elevó a veintidós mil, en tanto que, en Santiago de Cuba y sus defensas exteriores, los españoles contaban con solo ocho mil combatientes.

El 1º de julio se produjo por Siboney, el desembarco de las últimas tropas norteamericanas, las que reforzaron el cerco sobre Santiago de Cuba. Ahora el número de las fuerzas aliadas se había elevado a veinticinco mil efectivos, aproximadamente.

Las fuerzas cubanas de González Clavell, que habían hostigado incesantemente a los españoles en su retirada, no les dieron descanso, y luego de una entrevista con Castillo Duany efectuada el día 23, este le encomendó al jefe insurrecto avanzar

hasta Sevilla; pero una vez allí, se retiraron por no tener prácticos que los llevaran a posiciones ventajosas.

A pesar de la retirada cubana, el general Linares, jefe del 4º Cuerpo del Ejército Español en la Isla, temeroso de un movimiento envolvente que aniquilase a sus tropas, también retrocedió sus fuerzas en dirección a Santiago de Cuba. Después de lo cual el cuartel general norteamericano quedó establecido en La Redondita y el de las fuerzas cubanas del mayor general Calixto García, en El Salado, bien próximo al cuartel general español, situado en el lugar conocido por El Pozo, donde se había establecido Linares.

El 30 de junio, el general Shafter impartió las orientaciones pertinentes, a fin de tomar, al siguiente día, las posiciones españolas de San Juan, El Caney y Aguadores; para la toma de El Viso y el poblado de El Caney, los atacantes dispusieron de 5 379 hombres, sin contar doscientos cubanos, mientras que, para tomar las alturas inmediatas a San Juan, el número de los atacantes debió haber sido algo superior a los ocho mil soldados estadounidenses y otros doscientos cubanos.

Por su parte, otra fuerza importante, con la ayuda de la escuadra de Sampson, se encargaría de tomar la fortaleza y las posiciones españolas de Aguadores.

A las tropas bajo el mando directo de Calixto García, que constituían el grueso del Ejército Libertador, cuyo número ascendía a tres mil hombres, se les había asignado la misión de proteger las baterías norteamericanas y utilizarlas como fuerzas auxiliares en los momentos en que fuera necesario, como quedó demostrado posteriormente.

Resulta incuestionable que el comandante en jefe de las tropas norteamericanas trataba de adjudicarse, junto a su ejército, toda la gloria del triunfo final en detrimento de sus eficaces aliados cubanos. El jefe supremo del ejército norteamericano, mayor general Nelson A. Miles, después justificó este hecho, alegando que era parte de las obligaciones asignadas a Calixto “para proteger El Caney y la loma de San Juan si el enemigo viniese de Santiago a reforzar uno de los dos lugares durante la batalla”.

En la mañana del 1º de julio, los norteamericanos iniciaron las acciones en El Caney, lugar que contaba tan solo con algo más de quinientos defensores, no poseían artillería y su posición geográfica se encontraba dominada por las alturas de la sierra del Escandel, lo cual lo hacía extremadamente vulnerable a los cañones enemigos.

[...]

En lo concerniente a San Juan, defendido por 564 hombres y que, a diferencia de El Caney, contaba para su defensa con dos cañones Krupp, a pesar de la heroica resistencia de sus defensores, que produjo múltiples bajas a los atacantes, cayó este otro baluarte español. En este lugar, al mando del coronel Carlos González Clavell, se hallaba un pequeño contingente de tropas cubanas, el cual sufrió dos muertos y catorce heridos en los primeros momentos del combate, después se le ordenó al jefe cubano, por los norteamericanos, marchar hacia El Caney.

Simultáneamente con los dos anteriores combates, se desarrolló la lucha por las alturas de Aguadores, así como en la fortaleza allí existente. Para lograr tales objetivos, el mando norteamericano contó con tres mil efectivos, mientras que sus oponentes contaban solo con novecientos hombres.

El propio día 1º, mientras se desarrollaban los reseñados combates, la escuadra estadounidense bombardeó la ciudad de Santiago de Cuba, al respecto Emilio Bacardí relata: “El vecindario de Guayabito, la entrada de El Caney, el Campo de Marte y toda la parte alta del este y del sur, aterrado, frenético y atontado ha huido abandonando sus hogares y refugiándose en las casas amigas del norte y oeste de la ciudad”.

Así comenzó el sitio a Santiago de Cuba, durante el cual las tropas de Calixto García no solo contribuirían con el cerco a la ciudad, sino que, además, impedirían la llegada de refuerzos procedentes de Holguín y Guantánamo, que hubieran podido elevarse a quince mil hombres.¹⁸

¹⁸ Información tomada de *Síntesis histórica provincial Santiago de Cuba*, Ob. cit., pp. 152-159.

Es conocido que las tropas del general Calixto García no pudieron entrar a la ciudad de Santiago de Cuba, y la protesta del jefe mambí fue inmediata. La investigadora Hortensia Pichardo lo cuenta de la manera siguiente:

Desde la llegada de las tropas norteamericanas destinadas al asalto de Santiago de Cuba, en 1898, el general Calixto García, jefe del Departamento Oriental, cuya cooperación había solicitado de antemano el mando yanqui, colaboró activamente con sus tropas en las operaciones. De hecho, dirigió el plan y abrió el camino al desembarco de las fuerzas invasoras.

García y sus hombres conocían pulgada a pulgada el territorio escogido para aquel duelo y era un verdadero estratega, formado en el estudio en años de expatriación y por las pruebas en las guerras de Cuba. Shafter, el jefe norteamericano, era un improvisado incapaz de afrontar solo la importante tarea que se le había asignado. Físicamente impedido por la obesidad, asfixiado por el extenuante calor de julio en Cuba, sentíase con ánimo de suspender el sitio de Santiago cuando se vio favorecido por la victoria.

Con doloroso asombro supieron Calixto García y sus hombres que en los términos de la rendición aceptado por los norteamericanos figuraba el no permitir la entrada de las tropas cubanas en Santiago. Fue entonces que la dignidad cubana herida se irguió y dio al representante del naciente imperio norteamericano el bofetón sin manos que es la carta que a continuación se reproduce:

Al mayor general Shafter, general en jefe del
5° Cuerpo del Ejército de Estados Unidos

Señor:

El día 12 de mayo último, el Gobierno de la República de Cuba me ordenó, como comandante en jefe que soy del Ejército cubano en las provincias orientales, que prestara mi cooperación al Ejército americano.

Siguiendo los planes y obedeciendo las órdenes de los jefes, he hecho todo lo posible para cumplir los deseos de mi Gobierno, habiendo sido, hasta el presente, uno de los más fieles

subordinados de usted y teniendo la honra de ejecutar sus órdenes e instrucciones hasta donde mis facultades me han permitido hacerlo.

La ciudad de Santiago de Cuba se rindió al fin, al Ejército americano, y la noticia de tan importante victoria solo llegó a mi conocimiento por personas completamente extrañas a su Estado Mayor, no habiendo sido honrado con una sola palabra, de parte de Ud. sobre las negociaciones de paz y los términos de la capitulación propuesta por los españoles.

Los importantes actos de la rendición del Ejército español y de la ciudad por usted, tuvieron lugar posteriormente, y solo llegaron a mi conocimiento por rumores públicos. No fui tampoco honrado con una sola palabra de parte de Ud., invitándome a mí y a los demás oficiales de mi Estado Mayor para que representáramos al Ejército cubano en ocasión tan solemne. Sé, por último, que Ud. ha dejado constituidas, en Santiago, a las mismas autoridades españolas contra las cuales he luchado tres años como enemigo de la independencia de Cuba. Yo debo informar a usted que esas autoridades no fueron nunca electas por los habitantes residentes en Santiago de Cuba, sino nombradas por decretos de la reina de España.

Yo convengo, señor, en que el Ejército bajo su mando haya tomado posesión de la ciudad y ocupado las fortalezas; yo hubiera dado mi ardiente cooperación a toda medida que Ud. hubiese estimado más conveniente, guardando el orden público, hasta que hubiera llegado el momento de cumplir el voto solemne de Estado Unidos, para establecer en Cuba un gobierno libre e independiente; pero cuando se presenta la ocasión de nombrar las autoridades de Santiago de Cuba en las circunstancias especiales creadas por una lucha de treinta años contra la dominación española, no puedo menos que ver, con el más profundo sentimiento, que estas autoridades no sean elegidas por el pueblo cubano, sino que son las mismas que tanto la reina de España como sus ministros habían nombrado para defender la soberanía española contra los cubanos.

Circula el rumor de que, por lo absurdo no es digno de crédito general, que la orden de impedir a mi Ejército la entrada en Santiago de Cuba ha obedecido al temor de venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada; formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de Estados Unidos de América; pero, a semejanza de los héroes de Saratoga y de Yorktown, respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía.

En vista de todas las razones aducidas por mí anteriormente, siento profundamente no poder cumplir por más tiempo las órdenes de mi Gobierno, habiendo hecho, hoy, ante el general en jefe del Ejército cubano, mayor general Máximo Gómez, la formal renuncia de mi cargo como general en jefe de esta sección de nuestro Ejército.

En espera de su resolución me he retirado con todas mis fuerzas a Jiguaní.

Soy respetuosamente de usted,

mayor general Calixto García.

Campos de Cuba libre, 17 de julio 1898.¹⁹

Refiriéndose a la intervención de Estados Unidos en Cuba, Fidel Castro expresó:

Es conocido que en alguna ocasión, cuando un joven se acercó a Maceo para hablarle de la posibilidad de que la estrella de Cuba figurara como una más en la constelación de Estados Unidos, respondió que aunque lo creía imposible, ese sería tal vez el único caso en que él estaría al lado de España.

Y también, José Martí, unos días antes de su muerte escribió con una claridad extraordinaria su oposición decidida a la

¹⁹ Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, segunda edición, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, pp. 515-517.

intervención de Estados Unidos, en la contienda de Cuba, y es cuando dice que “preferible es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso” [...]”²⁰

La intervención norteamericana dejó una enmienda, la conocida Enmienda Platt, acto que constituyó la más siniestra página de la historia de Cuba al ser anexada como un apéndice a su Constitución Republicana. Así quedó expuesta su esencia:

1. Reconocer el derecho de Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos de Cuba.
2. Limitar los derechos de Cuba a firmar acuerdos y tratados con las potencias extranjeras o a concederles todo tipo de privilegios sin acuerdo previo de EE.UU.
3. Limitar los derechos de Cuba a obtener empréstitos en el extranjero.
4. Reconocer el derecho de EE.UU. a adquirir tierras y tener bases navales en Cuba.
5. Reconocimiento y observación por Cuba de todas las leyes promulgadas por las autoridades militares norteamericanas y los derechos derivados de estas leyes.
A estos cinco puntos, el senador Orville H. Platt, al presentarlos al Congreso, les agregó tres cláusulas más que formaron parte de la diabólica enmienda.
6. El gobierno de Cuba ejecutará y, en cuanto fuese necesario, cumplirá los planes ya hechos y otros que mutuamente convengan para el saneamiento de las poblaciones de la Isla, con el fin de evitar el desarrollo de enfermedades epidémicas e infecciosas, protegiendo así al pueblo y al comercio de Cuba, lo mismo que al comercio de los puertos del sur de Estados Unidos.
7. Isla de Pinos será omitida de los límites de Cuba propuestos por la Constitución, dejándose para un futuro arreglo su propiedad.
8. El Gobierno de Cuba insertará las anteriores disposiciones en un Tratado Permanente con Estados Unidos.

²⁰ David Deutschmann y Deborah Shnookal: Ob. cit., p. 362.

Días después de aprobada la Enmienda Platt, el general Wood escribió a Theodore Roosevelt, entonces vicepresidente de Estados Unidos:

Por supuesto que con la Enmienda Platt, a Cuba le hemos dejado poca o ninguna independencia [...]

Lo práctico ahora es conseguir la anexión. Esto requerirá un poco de tiempo... Con el control que tenemos sobre Cuba y que sin duda antes de mucho se convertirá en posesión, pronto controlaremos todo el comercio de azúcar del mundo. Creo que Cuba es una adquisición de lo más deseable para Estados Unidos.²¹

A partir de esos momentos, Cuba se convirtió en neocolonia de esta potencia imperialista.

²¹ Periódico *Granma*, 2 de marzo de 2013, p. 1.

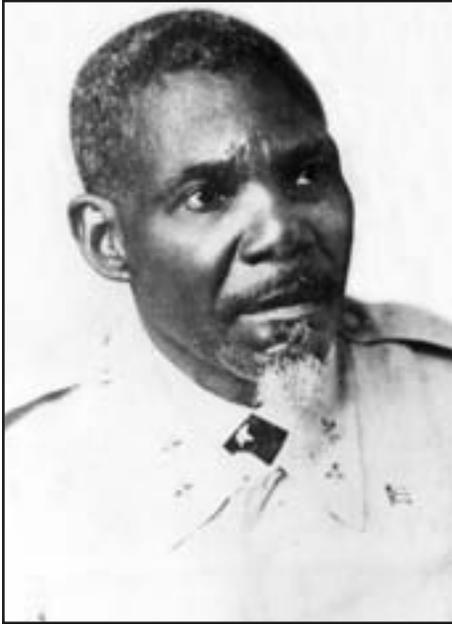
Patriotas santiagueros de nuestras gestas independentistas...



Mayor General Antonio Maceo Grajales (1845-1896).



Mariana Grajales Coello, madre de los Maceo y de la Patria (1815-1893).



General de División
José Quintino Bandera
Betancourt, Quintín (1834-1906).



Mayor General
José Guillermo Moncada,
Guillermón (1841-1895).



Ruinas del ingenio La Mejorana, donde se produjo la trascendental entrevista de los principales jefes de la Guerra de Independencia: Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí.



Dos Ríos, escenario de la muerte de José Martí. El pequeño obelisco señala el sitio en que cayó abatido por las balas enemigas.





Principales hechos combativos contra la dictadura batistiana



*Un principio justo desde el fondo de una cueva
puede más que un ejército. Sí, vinimos a combatir por la libertad
de Cuba y no nos arrepentimos de haberlo hecho.*

FIDEL CASTRO RUZ



Antecedentes del asalto al cuartel Moncada

Durante el período neocolonial, en la década del treinta, la actual provincia de Santiago de Cuba fue escenario de un acontecimiento armado, inscrito en la historia de nuestro pueblo como una gesta más de sus tradiciones combativas. Se trataba de tomar el cuartel de San Luis, acción organizada y dirigida por Antonio Guiteras Holmes, con el objetivo de iniciar la lucha armada. Una vez con las armas en la mano, el fin era derrotar la dictadura que había impuesto el presidente Gerardo Machado.

En los primeros meses de 1933 los menocalistas trataron de aislar a Guiteras en Oriente. Era evidente que estaba organizando un plan insurreccional y no querían que arrastrara a sus bases [...] A lo largo de los meses había reunido a cerca de un millar de hombres, no demasiado organizado, fragmentado en decenas de grupos y pésimamente armado, pero un millar de cubanos que estaban dispuestos a combatir.

El plan se había precisado: se trataba de iniciar la guerra civil con la toma de varios cuarteles del ejército y de la guardia rural: Santiago de Cuba, Holguín, Victoria de las Tunas y San Luis. El ataque al cuartel Moncada se haría desde un avión de Aerovía Q. El piloto estaba en el complot, y desde la aeronave, Guiteras dejaría caer sobre el cuartel dos grandes bombas.

Esa sería la señal para el ataque de comandos urbanos, simultáneamente se leerían comunicados por las estaciones de radio CMKA y CMCC llamando al pueblo a unirse a la revolución. Se tomarían la [fábrica] Bacardí y la planta eléctrica e invitaría a los obreros a salir a la calle. Una célula de ferrocarrileros se había comprometido a paralizar el transporte [...]

Se fijó la primera fecha para el 24 de febrero, pero fue pospuesta. Tenía que ser antes del 1º de mayo, en que se acuartelaría el ejército (habitualmente lo hacían un día antes), y se eligió por tanto el 29 de abril.

[...]

Los grupos se concentraron en la noche del 28 de abril, y a las seis de la mañana del 29, Guiteras, con la dirección del alzamiento en dos automóviles, salió hacia el aeropuerto. Fuera por una delación o porque se adelantó el acuartelamiento del 1º de mayo, el aeropuerto estaba tomado por el ejército. Guiteras ordenó entonces que se fueran a San Luis para empezar el combate sin esperar el paso del avión. Además de cargar las enormes bombas que iban a ser utilizadas en el ataque aéreo, los coches iban saturados, con varios de los ocupantes colgando de las puertas.

El auto de Guiteras iba delante, pero al pasar frente al cuartel de Boniato tuvieron un enfrentamiento con la guardia y luego se quedaron sin gasolina. El segundo automóvil, con doce hombres, siguió la marcha. En las afueras de San Luis se les sumó un grupo de campesinos y decidieron usar la bomba para aislar la población volando el puente de acceso.

San Luis [...] tenía una guarnición de dieciocho hombres al mando de un teniente. El primer grupo de ataque era inicialmente de veintinueve hombres dirigidos por Antonio López Rodón, pero solo traían tres Springfield y usaron bombas incendiarias [...] años más tarde uno contaría: “Antes que dejarse matar había que matar”. El cuartel se rindió en dos minutos y los alzados se hicieron con los fusiles de los guardias. La prensa norteamericana exageraría más tarde la acción, al informar que el cuartel tenía una guarnición de ciento cincuenta hombres. En

buena medida la población se sumó a la insurrección y alzaron en el ayuntamiento una bandera de franjas roja, blanca y verde.

Guiteras y el segundo auto llegaron cuando estaba terminándose el combate. Se dijo que Tony ordenó el fusilamiento de los machadistas detenidos; pero la historia parece una falacia, porque tan solo diez minutos después de su arribo, y cuando se estaban organizando los combatientes y voluntarios y repartiéndose las armas, aparecieron dos camiones del ejército que venían de Santiago y Palma Soriano.

Guiteras intentó la resistencia, pero no solo los sobrepasaban en número y armas, también en organización. Se replegaron en tres grupos. Tony, con dos heridos, se internó en las elevaciones cercanas. Durante días los soldados los persiguieron sin encontrarlos.

El alzamiento no se produjo en Santiago, donde los complotados estuvieron esperando el ataque aéreo que nunca sucedió. Hubo un intento en Victoria de las Tunas, pero los rebeldes fueron dispersados por el ejército, aunque luego se mantuvieron alzados varios meses en la sierra. En Holguín los conspiradores se reunieron pero no actuaron, hubo bombas y petardos en otros lados, pero no significativos.

La represión estuvo a tono con los tiempos que corrían. Fueron asesinados el líder estudiantil Julio Castillo y el poeta Amador Montes de Oca. Seis de los detenidos en San Luis fueron capturados por el cabo Galt Castañeda de la guardia rural, quien temeroso de tener más prisioneros que hombres, porque llevaba solo dos guardias, les aplicó la ley de fuga a cuatro de ellos y les disparó tiros de revólver por la espalda.

Guiteras logró romper el cerco y entró a Santiago escondido en un camión repartidor de leche. A partir de ese momento viviría en una total clandestinidad, moviéndose entre Santiago y Holguín y dedicándose a la reorganización de la Unión Revolucionaria.²²

²² Paco Ignacio Taibo II: *Tony Guiteras*, Editorial Planeta Mexicana S.A. de C. V., México, 2008, pp. 135-137.

Los objetivos que Antonio Guiteras se había planteado no pudieron cumplirse; pero el plan, la organización de los hombres y de las diferentes acciones, la voluntad de aquel puñado de cubanos dispuestos a cambiar la vida económica, política y social del país quedaron marcando el camino a las nuevas generaciones.

Respuesta ante el golpe de Estado

El golpe de Estado que propinara Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952 fue el detonante para que muchos cubanos tomaran un mismo camino, el único que entonces podía conducir a la independencia definitiva. De este momento son los pronunciamientos que siguen, publicados en el libro *Historia de Cuba 1930-1959*:

El mismo día del golpe militar Fidel escribió: “Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras (...) la hora es de sacrificios y de lucha; si se pierde la vida nada se pierde, ‘vivir en cadenas es vivir en oprobio y afrenta sumidos. Morir por la patria es vivir.”

El 11 de marzo, Raúl Gómez García, poeta de la Generación del Centenario, expresó: “No vamos a teorizar, vamos a combatir. No vamos a decir, vamos a hacer. Esta es la fórmula mágica de la presencia de la juventud. Nosotros, jóvenes, nos sentimos dentro de la consigna y dentro del presente y arrastraremos las consecuencias y asumiremos las responsabilidades del tiempo que nos pertenece”.

A siete días del cuartelazo, Abel Santamaría le dijo en una carta al dirigente ortodoxo José Pardo Llada: “Basta ya de pronunciamientos estériles, sin objetivos determinados. Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya, todo está de nuestra parte, ¿por qué vamos a despreciarlo?”²³

²³ Federico Chang Pon y Ana Julia García Dally (compiladores): *Historia de Cuba. 1930-1959*, Material de Estudio, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1985, p. 125.

Posteriormente, Fidel continuó la labor de organizar las células del movimiento, aglutinó a cientos de jóvenes de diferentes lugares. En el mes de septiembre contactó con Pedro Miret, joven agrimensor que utilizaba todo su tiempo libre en entrenar a grupos armados con intenciones insurreccionales.

Preparación para una acción armada

Nada más fehaciente para fundamentar el alistamiento de los hombres que participarían en este hecho histórico que lo referido por Pedro Miret Prieto en el libro que publicara el Mined:

Nos dimos a la tarea de suplir la desventaja de las armas con un entrenamiento muy riguroso. Cada uno de los compañeros seleccionados fue pasando por una finca, donde les dimos un entrenamiento bastante riguroso de tiro con rifle calibre 22 y por el Club de Cazadores. No se nos ocurrió ni remotamente decirles que con esos iban a ir al Moncada (...) Ni del Moncada se hablaba jamás, eso no se habló con nadie (...) Es bueno aclarar que sobre las bases del entrenamiento se logró que el rifle 22 se convirtiera en un arma mortífera en manos de los compañeros que fueron al Moncada. Ellos allí lo demostraron.

Y continúa la explicación sobre cómo se organizó el movimiento revolucionario y la preparación de los hombres que antes de asaltar los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo, se les llamó Generación del Centenario.

La dirección nacional del movimiento estaba compuesta por dos comités, uno civil y otro militar. Al primero pertenecían Fidel Castro, Abel Santamaría, Oscar Alcalde, Boris Luis Santa Coloma, Mario Muñoz y Jesús Montané; el segundo lo integraban Fidel Castro, Abel Santamaría, Pedro Miret, Ernesto Tizol, José Luis Tasende y Renato Guitar—que era el contacto con la provincia de Oriente.

[...]

Según Jesús Montané Oropesa, “la división se hacía con el objeto de separar las funciones de la dirección y que cada

cual conociera aquello que por la índole de su cargo debiera conocer”.

[...]

Fidel empleó métodos de compartimentación en todos los niveles del movimiento. No es extraño que el entrenamiento de los mil quinientos hombres se realizara de una manera impecable: jamás hubo un error y nadie fue capturado por las fuerzas represivas.

Mientras consolidaba la organización clandestina, Fidel percibía una ocasión singular para ofrecer una imagen externa del grado de coherencia del movimiento. El 28 de enero de 1953, al conmemorarse la histórica fecha del centenario del natalicio de José Martí, los grupos antibatistianos de La Habana decidieron celebrar un desfile nocturno de antorchas. Más de quinientos miembros del movimiento, de veinte en fondo, y con gritos de “¡Abajo Batista! ¡Revolución!”, desfilaron con sus antorchas encendidas distinguiéndose del resto por su disciplina y por un elemento menos visible: al final del soporte de madera, cada antorcha se prolongaba en un enorme clavo, arma mortífera en caso de ser agredidos.

Una de las tareas más difíciles fue reunir los recursos monetarios que se necesitaban para adquirir las armas [...] Un republicano español les ofreció diez ametralladoras, a un costo de doscientos pesos cada una. Aceptaron. Pero cuando fueron a buscarlas descubrieron que el español era un agente del Servicio de Inteligencia Militar.

Fidel discurre otra idea: infiltrar algunos de sus hombres en las filas de la Triple A para apoderarse de las armas de esta organización auténtica. Los dirigentes de la Triple A les mostraron el amplio arsenal —que jamás utilizaron—, pero se negaron a entregarlas.

Durante varias semanas, en la dirección del movimiento se discutió el problema de la adquisición de las armas. Fidel solía decir: “Existen lugares donde hay mil fusiles, engrasaditos, no hay que traerlos, no hay que engrasarlos, no hay que hacerles nada; lo único que hay que hacer es ocuparlos”.

Esta idea de Fidel indicaba ya la intención específica de apoderarse, en el marco de un plan insurreccional, del cuartel Moncada. Por aquellos días, señalaba: “Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande”. Ya lo había decidido. Así lo explica Raúl Castro en su discurso por el octavo aniversario del 26 de Julio:

“El motor pequeño sería la toma de la fortaleza del Moncada, la más alejada de la capital, la que una vez en nuestras manos, echaría a andar el motor grande, que sería el pueblo combatiente, con las armas que capturaríamos, por las leyes y medidas, o sea, el programa que proclamaríamos”.

El plan insurreccional quedó acordado: la hora, el día, los métodos de participación popular, los objetivos políticos. La acción inicial dependería de un factor decisivo: la sorpresa. Era necesario encontrar un ardid que ayudara a sembrar la confusión en el enemigo: los asaltantes usarían uniformes del ejército.

[...]

Fidel y Ernesto Tizol se trasladaron a Santiago a fines de mayo y, después de localizar a Renato Guitart recorrieron la periferia de la ciudad en busca del futuro cuartel en que se reunirían los combatientes. La decisión fue unánime: una casa, instalada en una pequeña finca, cerca de la playa Siboney, a veinte kilómetros de Santiago.

En dos meses las armas se trasladaron. Renato Guitart, el enlace del movimiento en Santiago, las recibió por diversas vías hasta completar la totalidad con los paquetes que llevaron Haydée Santamaría y Melba Hernández. Las armas se escondieron en el pozo de la “granja de pollos” en Siboney, arrendada por Guitart y su compañero “socio del negocio”, Abel Santamaría, que durante un mes permaneció en Siboney con la misión de crear todas las condiciones necesarias.

El 24 de julio la mayoría de los asaltantes de los cuarteles Moncada y Bayamo se enteraron de que habían sido elegidos para participar en la acción del movimiento.

De los ciento veinte hombres que llegaron a Santiago al mediodía o durante la tarde del 25 de julio, solo seis conocían el

propósito de atacar el Moncada al amanecer del día siguiente: Fidel, Abel, Guitart, Tasende, Tizol y Oscar Alcalde.

Había cuatro lugares de reunión: dos casas y dos hoteles en Santiago.

Los combatientes salieron desde varios puntos de La Habana, Artemisa y Colón. Después de un viaje de más de doce horas —en tren, ómnibus y autos— se instalaron en los hospedajes hasta que, en el clímax del carnaval santiaguero, al filo de las diez de la noche, se trasladaron a la granja de Siboney.

A las doce de la noche del 25 de julio, más de ciento veinte combatientes, miembros de la misma organización, dispuestos a sacrificar sus vidas por la causa revolucionaria, se reunieron por vez primera.

Poco después de las tres de la mañana, los que habían conseguido dormir algunas horas, comenzaron a despertar: las armas, los uniformes y municiones se repartieron.

[...]

El 26 de julio al amanecer, algunos combatientes le pidieron a Raúl Gómez García que dijera el poema que días antes había escrito: *Ya estamos en combate... ¡Adelante!.../ De nuestra lucha heroica depende la Cuba verdadera/ La de la furia loca de Gómez y Agramonte.../ La de la lucha pura de Mella y Guitarras.../ Adelante, cubanos... ¡Adelante!*

Abel Santamaría se dirigió a sus compañeros:

Es necesario que todos vayamos con fe en el triunfo, pero si el destino nos es adverso estamos obligados a ser valientes en la derrota, porque lo que pase en el Moncada se sabrá algún día, la historia lo registrará y nuestra disposición a morir por la patria será imitada por todos los jóvenes de Cuba. Nuestro ejemplo merece el sacrificio y mitiga el dolor que podemos causarles a nuestros padres y demás seres queridos. ¡Morir por la patria es vivir! ¡Libertad o Muerte!

Y también Fidel:

Compañeros, podrán vencer dentro de unas horas, o ser vencidos, pero de todas maneras, ¡ójiganlo bien, compañe-

ros!, de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana se hará más pronto lo que aspiró Martí, si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba para tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla. Jóvenes del Centenario del Apóstol, como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de “Libertad o Muerte”²⁴

Plan de acción

“Apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares, invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad”, esas eran las ideas centrales previstas para el asalto al cuartel Moncada. Así lo explicó Fidel ante el tribunal que lo juzgara aquel 13 de octubre de 1953. Cada una de estas palabras estaba contenida en su alegato de autodefensa.

En resumen, el plan insurreccional incluía los siguientes aspectos:

Aprovechando las condiciones estratégicas y considerando la tradición de lucha, se seleccionó la provincia de Oriente: “quisimos que la revolución comenzara en Oriente, provincia que ha sido siempre la primera en la lucha por la libertad de Cuba. Nos proponíamos una nueva invasión que partiera desde los montes de la Sierra Maestra.

Por medio de la acción armada, los revolucionarios debían apoderarse, por sorpresa, de dos cuarteles importantes —el Moncada, segundo del país, y el de Bayamo— y, entregar las armas al pueblo, invitando igualmente a los soldados a unirse al movimiento insurgente. Con ello estarían bajo el control de los combatientes dos ciudades estratégicas, lo que implicaba poner en pie de guerra a Oriente y conmocionar el resto del país.

Debemos representarnos también el siguiente plano: un grupo que domine las ciudades de Santiago de Cuba y Bayamo puede, cortando el río Cauto y Guamo, en Cauto Cristo

²⁴ *Ibidem*, pp. 126-131.

y Palmarito, cerrar las tres vías de acceso a los refuerzos del enemigo y constituirse en un frente de batalla que respaldara la cordillera de la Sierra Maestra.

Otros aspectos complementarios eran los siguientes: los puentes de las carreteras y vías férreas serían destruidos, el aeropuerto y otras vías de acceso se controlarían de inmediato; a través de una estación de radio se lanzaría al aire la proclama que leyó Eduardo Chibás antes de suicidarse y, a la vez, se comunicaría al pueblo un programa de medidas cuya ejecución se pondría en práctica de inmediato en el territorio bajo el control revolucionario. Este programa, de beneficio para obreros, campesinos y sectores medios, sería la motivación que desencadenaría la acción popular.

Debe destacarse la confianza que Fidel y sus compañeros depositaron en el descontento proveniente del estado político del país: “Si el Moncada hubiera caído en nuestras manos, ¡hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas!” El análisis correcto de esa coyuntura les aseguraba vencer la condición primaria para el desarrollo de un proceso revolucionario, o sea, la participación organizada de las masas: “A ese pueblo, cuyos caminos de angustia están empedrados de engaños y falsas promesas no le íbamos a decir “te vamos a dar” sino aquí tienes, lucha ahora con todas las fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad”.

Finalmente, el plan Moncada contemplaba una segunda opción en caso de que fracasara el asalto al regimiento: el repliegue e inicio de la lucha armada en la Sierra Maestra.²⁵

El asalto

Sobre la ejecución del plan Moncada, he considerado que lo más nítido y objetivo lo ha planteado el propio Fidel Castro en *La historia me absolverá*:

²⁵ Ibídem, p. 139.

Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos. Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes, ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitar Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad ha muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darles, en igualdad de condiciones, una soberana paliza a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas. Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar a hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, soborno y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m., tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba, y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos previstos de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal: la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con veintiún hombres, había ocupado el hospital civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras. Raúl Castro, con diez hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto,

noventaicinco hombres. Llegué con un primer grupo de cuarenta y cinco, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres. Fue aquí precisamente donde se inició el combate, al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

[...] Tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados [...]

[...]

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente [...] El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después no habría estado en ese punto) dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22 que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar a nuestros hombres en grupo de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el 95% de nuestros

muertos fueron producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquella hubo cesado. El grupo del hospital civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y solo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba. Ya vemos la suerte que corrieron y como quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas en caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en Siboney, la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, dieciocho hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues, las armas; fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo a los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes. Cuando solo quedaban conmigo dos compañeros: José Suarez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1º de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría nos sorprendió durmiendo [...]

[...]

Se ha repetido con mucho énfasis por el gobierno que el pueblo no secundó el movimiento [...] Pretenden evidenciar con ello la sumisión y cobardía del pueblo; poco falta para que digan que respalda a la dictadura, y no saben cuánto ofenden con ello a los bravos orientales. Santiago de Cuba creyó que era una lucha entre soldados, y no tuvo conocimiento de lo que ocurría hasta muchas horas después. ¿Quién duda del valor, el civismo y el coraje sin límites del rebelde y patriótico pueblo de Santiago

de Cuba? Si el Moncada hubiera caído en nuestras manos ¡hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas! ¡Muchos fusiles se los cargaron a los combatientes las enfermeras del hospital civil! Ellas también pelearon. Eso no lo olvidaremos jamás.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha, le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente que jugaba junto a la puerta de su casa, cuando el padre se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo. Al Niño Cala que iba para su casa con un cartucho de pan en las manos, lo balacearon sin mediar palabras. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían que habían participado.²⁶

En distintos momentos de su alegato, Fidel planteó otros importantes elementos sobre los resultados del asalto.

[...]El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel, sesos y cabellos humanos, chamuscados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre [...]

[...]

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba arma ni uniforme y vestía su bata de galeno[...] en el camino del hospital civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre [...]

[...]

²⁶ David Deutschmann y Deborah Shnookal: Ob. cit., pp. 59-63 y 84.

[...] Ensayaron otros medios; no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: “Este es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro”. Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: “Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo”. Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despechos, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: “Ya no tienes novio porque te lo hemos matado también”. Y ella le contestó imperturbable otra vez: “Él no está muerto, porque morir por la patria es vivir”. Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

[...] En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusión de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas y como no podían estar en pie, lo llevaron arrastrando hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española, donde estaban recluidos los compañeros Gustavo Arcos y José Ponce, porque se los impidió valientemente el doctor Posada diciéndoles que tendrían que pasar sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el hospital militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del ejército y verdadero militar de honor, que a punta de pistola se los arrebató a los verdugos y los trasladó al hospital civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atado y amordazado, ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios.

Después los hacían contar como muertos en combate con el ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaban antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes, cuando realizaba aquella operación, se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. A otros, inclusive, los enterraron vivos con las manos atadas a la espalda [...]

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando lo llevaban caminando por la carretera con los brazos en alto, le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vio el comandante Pérez-Chaumont exclamó: “¡Y a este para qué me lo han traído!” El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez-Chaumont llamó “una estupidez de los soldados”.²⁷

Antes de concluir su intervención, Fidel planteó:

Para mis compañeros muertos no clamo venganza. Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarlas con las tuyas todos los criminales juntos. No es con sangre como pueden pagarse las vidas de los jóvenes que mueren por el bien de un pueblo; la felicidad de ese pueblo es el único precio digno que puede pagarse por ellas.

Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrorizados cómo surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol:

Hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se jura sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra.

²⁷ *Ibidem*, pp. 83, 85-87.

*Cuando se muere/ En brazos de la patria agradecida,/ La muerte acaba, la prisión se rompe,/ ¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!*²⁸

Fidel Castro y otros veintiocho combatientes fueron capturados, encarcelados y juzgados. En combate solo murieron seis asaltantes, sin embargo, setenta jóvenes rebeldes fueron ferozmente torturados o asesinados a sangre fría, entre los que se encuentra Renato Guitart Rosell, hijo de Santiago de Cuba.

Sobre Renato, Fidel escribió:

Renato está y estará permanentemente presente entre nosotros, y estará cada día más en el corazón de todos los cubanos, él todo ideal, todo valor, todo dignidad, todo carácter, todo inolvidable ejemplo, era de los que sabían que nunca mueren los que caen por lo que él cayó.²⁹

Finalmente, con lujos de detalles, en su histórica carta dirigida a los jefes y vicejefes de las delegaciones que visitaron nuestro país con motivo del aniversario sesenta del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes: “HE VIVIDO PARA LUCHAR”, Fidel profundizó aún más sobre las acciones desarrolladas durante el asalto y su posterior captura, por parte del ejército de la dictadura. Entonces expresó:

La opinión pública de Santiago de Cuba había reaccionado con energía frente a los horribles crímenes cometidos por el ejército batistiano contra los revolucionarios.³⁰

Levantamiento del 30 de Noviembre

Decenas de jóvenes que ya formaban parte del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, organizados y dirigidos por Frank País, fueron los protagonistas de las acciones combativas y de apoyo al desembarco de los expedicionarios del yate *Granma*. El levantamiento del 30 de

²⁸ Ibídem, p. 93.

²⁹ Periódico *Granma*, 17 de mayo de 2013, p. 3.

³⁰ Periódico *Juventud Rebelde*, 28 de julio de 2013, pp. 2-3.

noviembre de 1956, en Santiago de Cuba, fue el más grande acontecimiento, el de más arrojó, el que marcó el inicio de la guerra de liberación nacional que dos años más tarde triunfara bajo la dirección del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Antecedentes

El Movimiento 26 de Julio había sido formalmente establecido el 12 de junio de 1955, en La Habana, como una organización clandestina encabezada por Fidel Castro. Una vez constituido, y conocedor Fidel de las características de Frank País a través de los compañeros Léster Rodríguez, coordinador provincial de Oriente, y María Antonia Figueroa, tesorera, envía a Pedro Miret y al propio Léster a Oriente a reunirse con Frank. Llevaban la propuesta de que asumiera la dirección del movimiento en la provincia como jefe de Acción y Sabotaje, continuaría, además, al frente del resto de los integrantes de la dirección provincial, que incluía a Gloria Cuadra como responsable de Divulgación y Propaganda, al doctor Baudilio Castellanos como responsable de Asuntos Jurídicos y a Ramón Álvarez que atendía el Movimiento Obrero.

De la obra *30 de Noviembre: sus hombres y mujeres* tomo las páginas que abordan la vida activa y revolucionaria de Frank, desde antes de pertenecer al Movimiento Revolucionario 26 de Julio y después, cuando dirigió el trascendental hecho que hubo de desencadenarse en Santiago de Cuba para apoyar la llegada del grupo de revolucionarios que, desde México, debía arribar a las costas cubanas para el reinicio de nuestra contienda.

Frank País quien ya había dado pasos con un grupo de jóvenes para apoyar a los sobrevivientes del asalto al Moncada, en su condición de dirigente estudiantil, fundó una organización: Acción Revolucionaria Oriental que, en la misma medida en que creció y se extendió por el país, cambió su nombre por el de Acción Nacional Revolucionaria [...] Logró desarrollar acciones que además de fogear a sus combatientes en la lucha, le fue creando un ambiente favorable en la población. Como no disponía de armas y mucho menos de dinero para adquirirlas, les resultó imprescindible su búsqueda a toda costa: es así que

asaltó el Club de Cazadores, ubicado en la altura de Versalles, y se llevaron todas las armas. Poco tiempo después tirotearon la Estación de Policía Nacional de El Caney.

En El Cristo tomaron los polvorines de dinamita de las minas España y La Tordera. Lograron obtener centenares de cartuchos de dinamita, mechas y fulminantes.³¹

Un hecho de seria repercusión fue la suspensión reiterada del juicio que debía efectuarse a los dirigentes estudiantiles Andrés Filiú Savigne y Eduardo Sorribes Pagán por tenencia ilegal de armas de fuego. En la última suspensión, ya crecida la solidaridad entre los jóvenes, se produjo un enfrentamiento entre estos y miembros de la fuerza represiva de la dictadura.

[...] los estudiantes enfrentaron a la policía con piedras y los soldados y policías con sus armas de reglamento disparaban sobre sus cuerpos. Como consecuencia de ello resultaron heridos algunos estudiantes participantes en la contienda: Francisco Cruz Bourzac, Luis Argelio González Pantoja, Lorenzo León Drago y Faustino Valcárcel Rodríguez.

Al informársele a Frank País los acontecimientos y la agresión que habían recibido esos jóvenes, convocó a jefes de grupo del Movimiento 26 de Julio y decidió responderle a la fuerza batistiana con la fuerza revolucionaria y, por supuesto, con las armas en las manos.

[...]

En esta temeraria respuesta resultaron gravemente heridos los combatientes José Cala Benavides, Pepe; Carlos Díaz Fontaine y Orlando Carvajal Colás. Estos dos últimos compañeros fueron apresados y al caer en manos de esos esbirros fueron vilmente asesinados [...]³²

Independientemente de estas y otras acciones que se continuaban ejecutando por el M-26-7, Frank preparaba—después de reunirse con Fidel en México— las condiciones organizativas y de aseguramiento para el

³¹ Orlando Lorente Ferrara: *30 de Noviembre: sus hombres y mujeres*, Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2007, pp. 16-17.

³² *Ibidem*, p. 18.

levantamiento de Santiago de Cuba en apoyo al desembarco de los expedicionarios.

Dirección de la acción

La dirección del levantamiento fue ejercida por un estado mayor del Movimiento 26 de Julio encabezado por Frank País García quien ocupaba el cargo de jefe de Acción y Sabotaje. Integraban el estado mayor, además, Armando Hart Dávalos y Haydée Santamaría Cuadrado por la dirección nacional; Léster Rodríguez Pérez, coordinador (también tenía la misión del empleo de un mortero); Ramón Álvarez Martínez, responsable Frente Obrero; Braudilio Castellanos García, responsable de Asuntos Legales y Doctrinales; Gloria Cuadra de la Cruz, responsable de Propaganda y Divulgación; María Antonia Figueroa Araújo, responsable de Finanzas. Contaba, a su vez, con un Grupo Operativo que lo integraban Vilma Espín Guillois, Arturo Duque de Estrada Riera, Taras Domitro Terlebauca, Asela de los Santos Tamayo, Abelardo Rodríguez Font, Amaro Iglesias Sánchez, Luis Felipe Rosell Soler.

Planificación del alzamiento

Corría octubre de 1956 cuando, en su segunda quincena, Frank País viajó por segunda vez a México. Era para otro encuentro con Fidel en el que debían ultimar detalles del apoyo, que bajo su dirección, ofrecerían los cubanos de la Isla a los expedicionarios que muy pronto pisarían el suelo patrio. Entre las múltiples acciones que pudieran realizarse, debía lograrse un objetivo fundamental: distraer la mayor fuerza posible del régimen para facilitar el desembarco de los revolucionarios y, como es lógico, no perder la posibilidad de acopiar la mayor cantidad de armas. Para ello se planificó un grupo de acciones.

Asalto y toma de la Estación de la Policía Nacional

Asalto y toma de la Estación de la Policía Marítima. Apoderarse de sus armas, municiones y neutralizar sus efectivos

Disparar con un mortero al cuartel Moncada y lograr su rendición. Esta acción indicaría el inicio de las operaciones bélicas

Bloqueo de las entradas y salidas del cuartel Moncada, con el objetivo de que las tropas acantonadas en el regimiento no apoyaran a las que estuvieran en los lugares previstos para el desembarco

Neutralizar al Distrito Naval

Evasión de los presos políticos y comprometidos de la prisión de Boniato; posteriormente atacar y tomar el cuartelito del entronque de Boniato

Toma de oficinas de servicios públicos y estaciones de radio para convocar al pueblo a la insurrección

Asalto a la armería Marce y obtener las armas allí existentes

Toma del aeropuerto

Reunir armas, dinamita y cuantas cosas fueran posibles para armar a los combatientes

Sabotear las líneas telefónicas y eléctricas e impedir el acceso a la ciudad de las fuerzas provenientes de otros territorios

Realizar acciones armadas en otros puntos de la provincia oriental y en otras localidades del país

¡Cuántas reuniones, contactos, directivas, circulares y órdenes en esos días! Preparativos, recorridos urgentes por los pueblos de Oriente y de todo el país, Frank y los demás jefes multiplicaban su capacidad organizativa.

Fidel y Frank habían concertado en México que la salida de este lugar sería comunicada a Cuba a través de un cable en el que habría una contraseña que, por supuesto, ambos conocían.

Por todo ello Frank País le había planteado al compañero Arturo Duque de Estrada y Riera, hombre de su total confianza, que recibiría a su nombre un telegrama y una vez en su poder lo localizara.

Ese cable fue recibido a las once de la mañana del día 27 de noviembre de 1956. Decía así:

México DF., NV 27, A.M.

Arturo Duque de Estrada

San Fermín 358

Santiago de Cuba

Obra pedida agotada.

Editorial Divulgación

Arturo Duque de Estrada llamó a Pepito Tey para decirle que había recibido el telegrama y este inmediatamente localizó a Frank País, el que pocos minutos después se personó en San Fermín No. 358.

Frank País, eufórico, leyó el cable. Era la contraseña esperada e implicaba el desencadenamiento de los planes trazados.

Se tenía la certeza de que Fidel Castro había salido en una expedición hacia Cuba en cumplimiento de la consigna trazada: “¡En 1956 seremos libres o seremos mártires!”

Ya antes, según relata Enzo Infante, en una reunión en la casa de Emiliano Corrales, en los altos del Lido Club, Frank País había expresado:

Fidel desembarcará en algún lugar de Cuba entre las cinco y las ocho de la mañana del día que se señale, que será cinco días después de su salida de México. Nosotros recibiremos el aviso de su partida y debemos entender que el quinto día siguiente a ella, entre las horas antes señaladas, estarán desembarcando en un lugar de Cuba, no sabemos dónde.

Por lo antes expuesto, sería el 30 de noviembre.

Frank País reiteró que el objetivo fundamental de las acciones era impedir la movilidad de las fuerzas de la tiranía hacia el lugar donde ocurriera el desembarco.

Dada la premura y la escasa disponibilidad de armas, fue necesario reajustar el plan inicial.

El aeropuerto, del que ya existían inclusive las fotos tomadas por Alipio Piñeiro, a quien Abelardo Rodríguez Font le había encomendado la misión en cumplimiento de una orden dada por Frank, fue desechado del plan de acción. Tampoco se atacaría el cuartelito del entronque de Boniato.

Tampoco hubo transmisiones radiales y de ello la compañera Gloria Cuadras de la Cruz expresó:

Frank había propuesto que se tomara la CMKC con diez hombres armados y que se transmitiera una proclama al

pueblo al instante de comenzar las operaciones; pero se le convenció de que esos hombres y armas se necesitaban para el combate y mejor sería conseguir con la CMKC que emitieran las grabaciones a esa hora y se ahorrarán hombres y armas, además se garantizaría que saliera al aire, porque de otra manera podían cortar la transmisión de la planta Quintero.

Se habló con el dueño de la emisora, que por ese tiempo simpatizaba con el movimiento y dijo que sí, que le dieran las grabaciones, que saldrían al aire a las siete de la mañana del 30 de noviembre.

La grabación se trató de hacer en el colegio El Salvador, pero había mucha gente y fue entonces que se decidió hacerla en la casa de Vilma Espín, en San Jerónimo No. 473, y allí se cumplimentó esta tarea con las voces de Armando Hart, Ramón Álvarez y Gloria Cuadras.

El 30 de noviembre, antes de las siete de la mañana, Frank País dio la orden de escuchar la radio en sintonía con la CMKC y que se le avisara cuando comenzara a transmitir las grabaciones (...), pero nada, el dueño de la emisora no cumplió.

La noche del 29 de noviembre se ordenó el acuartelamiento general de todos los comprometidos. Fueron diversos los lugares: casas, escuelas, cines, etc., donde pernoctaron los combatientes.

El estado mayor del movimiento y los dos compañeros de la dirección nacional que se encontraban en Santiago de Cuba: Armando Hart y Haydée Santamaría, junto a otros compañeros, lo hicieron en Punta Gorda, en una casa previamente alquilada. De ese lugar salieron bien temprano en la mañana, se dirigieron para el centro de la ciudad y tomaron la vivienda de los Rosseau en Santa Lucía No. 350; allí se estableció el estado mayor del movimiento y su cuartel general.³³

³³ *Ibíd.*, pp. 32-37.

Asalto a la Estación de la Policía Nacional

Sobre el asalto a la Policía Nacional, valioso es el testimonio de Casto Amador Hernández, uno de los participantes en la acción.

Las fuerzas que atacaríamos la Policía Nacional estaban formadas por tres grupos que debían coincidir: uno capitaneado por Pepito Tey, otro por Ottón Parellada, Otto, y el tercero por Paquito Cruz. Este último no pudo participar en la acción porque fue apresado la noche anterior junto a otros compañeros mientras trasladaban en un yipi algunas armas.

Por el hecho antes mencionado y cierto desconcierto por parte de uno de los grupos que debía situarse en un lugar determinado para el ataque a la Policía, la noche anterior, así como algunas indiscreciones cometidas, las fuerzas represivas se percataron de que al día siguiente, algún acontecimiento grande sucedería.

Por lo tanto, miembros del ejército, la policía y la marina fueron acuartelados hasta tanto se supiera cuál era la anomalía que se presagiaba.

Más tarde el compañero Regalado, citado para las seis y media, y que había quedado esperando infructuosamente, también fue apresado cuando pasó un carro microonda. Este acontecimiento perturbó la planificación de la acción en Santiago de Cuba, ya que no pudieron producirse en el Moncada los hechos que se esperaban y las tropas pudieron movilizarse sin mayor esfuerzo ante la poca resistencia.

En calle 4ª, precisamente donde el ejército tenía cerca de doscientos hombres desde la noche anterior, cosa que nosotros ignorábamos, nos dimos a la tarea de tomar una guagua de la Compañía Cubana de Aviación que en esos momentos iniciaba la recogida del personal para el aeropuerto. Mantuvimos preso al conductor, chofer y otros empleados de la compañía como medida de seguridad e iniciamos el trasbordo de ellos hacia la casa de Tey, por calle 4ª.

Al llegar a la Carretera Central, nos topamos con una microonda, en la cual, según pudimos saber más tarde, iba el compañero Regalado.

La microonda no quiso ofrecer combate, al igual que nosotros, porque llevaban a Regalado, así como por el número inferior de ellos.

Como la misión nuestra no era presentar combate, sino llegar al punto de coincidencia en casa de Tey, esquivamos el vehículo por una de las calles paralelas a la avenida de Bélgica y Central, salimos a Martí y subimos por la calle Estrada Palma hasta Trinidad donde, dando vueltas a la manzana, llegamos a la casa.

Tey, viendo que en las distintas fortalezas se mantenían tropas acuarteladas, viendo el fracaso de algunos compañeros apresados la noche anterior y sabiendo la magnitud del hecho que se iba a producir, en un gesto temerario, hizo una llamada telefónica a la Policía Nacional, y les dijo que serían atacados de un momento a otro.

El grupo de Pepito Tey, el mejor de ellos, contaba con una carabina M-1, una escopeta calibre 12 que llevaba el compañero Pedrón, ocho o diez rifles Mendoza y un par de Springfield.

El grupo de cinco o seis compañeros que atacaría por el frente coincidiendo con el de Tey, pero por la calle Rabí entrando por San Carlos, que era el del compañero Cruz, detenido la noche anterior, contaba con buenas armas: una 30 brasilera, una 45 Thompson, más una pistola y otras armas.

Por su parte, el grupo de Parellada llevaba una carabina M-1, un rifle de caza mayor Winchester 30 especial, otro calibre 22 automático, una pistola calibre 22, una 32 y un rifle Mendoza.

Exactamente a las siete en punto, hora a la que debían coincidir los ataques a la Policía Nacional y Marítima, irrumpimos por la calle de Padre Pico esquina a San Carlos. Allí sonaron los primeros disparos, los cuales sorprendieron al grupo de Pepito Tey, que en esos momentos subía la escalinata después de haber dejado Santa Lucía.

Esta maniobra resultó distinta a la proyectada, ellos tenían que venir contra el tráfico, en los vehículos que se consiguieran, por Santa Rita y la otra máquina por Santa Lucía, doblando por la rotonda del lado de abajo de la Estación de Policía, para en esa forma rápida, proporcionada por los vehículos, llegar al frente

de la estación y comenzar el ataque. Al mismo tiempo, esta acción sería respaldada por el grupo del compañero Cruz, que con la 30 situada en un punto apropiado, hostigaría y no dejaría que nadie saliera de la estación.

Los dos ataques combinados por el frente, unido al hostigamiento por la retaguardia que proporcionaríamos nosotros desde el techo de la escuela de Artes Plásticas, donde tuvimos que descerrajar las puertas para entrar al edificio, encaramarnos en el techo y eliminar la posta de la garita alta que estaba en el fondo de la estación, no permitiría el acantonamiento de la tropa, ya que estos grupos evitarían que se atrincheraran por el fondo de la estación.

Toda la coordinación y dirección del ataque la efectuaba Frank País desde el cuartel general en Santa Lucía esquina a San Félix. Desde el inicio, por la forma misma de planificación, el grupo de Tey se vio disperso; solo su arrojo y el de otros compañeros, a pesar de la muerte de Alomá en uno de los primeros intercambios de disparos en la cumbre de la escalinata, hicieron posible que se situaran casi al frente de la estación y hostigaran incesantemente a la policía desde ese punto.

Entonces los de la retaguardia nos vimos de pronto —por el fracaso de los que tenían que situar la 30 por la calle Rabí y San Carlos—, reforzados por estos compañeros que se unieron a nosotros. Las tropas acuarteladas en la Policía mantenían postas, tanto en la garita del intendente como en la esquina de Padre Pico y Rabí que impidieron que estos combatientes llevaran a cabo su misión.

Nuestro grupo de nueve compañeros, más o menos, con Ottón al frente, llegó a confrontar grandes dificultades, ya que el grupo de Pepín Pérez no había podido llegar al edificio de Artes Plásticas para reforzar el nuestro.

A los veinte minutos de lucha, el compañero Pepito Tey resultó muerto, quedó su gente dispersa. Solo el grupo del techo se mantuvo como efectivos en la acción que, ignorando la situación que había al frente, sostenía el mayor volumen de fuego posible mientras esperaba la rendición de la estación.

Otto, preocupado por el desenvolvimiento de la situación en el resto de la ciudad, se volteaba continuamente tratando de escuchar el ruido de los morteros que debía haberse producido. El ataque hacia los compañeros del grupo de Tey había aflojado y arreciado hacia nosotros. En uno de esos movimientos por vislumbrar alguna señal, recibió un impacto de calibre 30 cerca de la sien izquierda, salió por el occipital el tiro y murió instantáneamente.

El compañero José Cervera, Papi, apoderado de una ametralladora del grupo de Paquito Cruz, hacía fuego intenso en el momento en que Parellada fue herido, bajó, lo reconoció y se percató de que había muerto en el acto. Cervera subió con un arrojo rayando en lo inaudito, se paró totalmente para disparar hacia el interior de la estación y recibió una ráfaga de cinco tiros.

Tan pronto como fue herido tomé el mando del grupo. Viendo que mi compañero se comportaba enérgicamente a pesar de los cinco tiros, dispuse su traslado para la Colonia Española, en la misma guagua que nos había servido de transporte. Freire, de la fábrica de cemento, Nelson Figueras y otro compañero que se había incorporado al grupo durante la lucha, lo trasladaron.

Ahora, con el grupo reducido a siete, carente de parque y con el enemigo mejor posesionado, pues en el trajín de socorrer a Cervera habíamos desatendido el fuego, arremetieron más contra nosotros. Al mismo tiempo, recibieron el refuerzo de dos microondas que rodeaban continuamente la manzana. Nuestra situación se había tornado realmente difícil.

Pasados veinte o treinta minutos, un Catalina de la Marina de Guerra realizó vuelos sobre la estación, localizó perfectamente el blanco e inició fuego, imaginamos que con calibre 50, pues los impactos eran violentos y estremecían totalmente el edificio.

Se dio la orden, contra el criterio de Emiliano que pensaba que Pepito Tey podría introducirse en la estación, de prenderle fuego. Se empezaron a lanzar los cocteles Molotov que teníamos allí para iniciar un fuego o alguna perturbación que nos

permitiera retirarnos y atacar la retaguardia que la teníamos cerrada.

La 30 brasilera que tenía un compañero del grupo de Paquito Cruz se vio interrumpida por más de diez minutos y era nuestra arma más poderosa. Con este contratiempo el volumen de fuego bajó de tal modo, que no había forma de asomarse por la azotea a tirar un solo disparo.

[...]

Se dio la orden de retirada, comenzamos a tirar todos los cocteles que se poseían; pero no se incendiaba el edificio, los artefactos daban en paredes de madera y no se rompían hasta que, finalmente, uno impactó contra la pared y comenzaron las llamas; luego de tirados los últimos, nos retiramos. Entre el grupo de Tey se encontraba el compañero José Mercerón, quien más tarde murió.

Antes de salir a la calle, en vez de tirarnos por la parte superior, lo hicimos por Artes Plásticas. Tremenda sorpresa al vernos separados de la salida por un muro y una pared.

El compañero que manejaba la 30 quería llamar de todas maneras al estado mayor para pedir refuerzos. A las discrepancias mías de que abandonáramos el lugar y que no mandaran a nadie ya que sería imposible, como se comprobó después —lo habían intentado varias veces con un camión donde estaban Nano Díaz, López Pego y Luis Céspedes, sin lograrlo porque el ejército tenía sitiada la esquina de Santa Rita y Corona y San Carlos y Santa Rosa, y se había replegado por toda la zona—, se inició la retirada.

Inmediatamente se acordó que los que llevaran armas automáticas como la 30 y la calibre 45, no la abandonaran. La 45 tenía once balas y la 30 dos peines. Yo dejé el rifle 30 Winchester, que ningún compañero sabía manipular.

Una vez en la calle Padre Pico se hicieron disparos para despejar las esquinas a San Carlos, Santa Rosa y la siguiente.

Al llegar a la esquina de San Carlos y Padre Pico las fuerzas acantonadas en San Carlos y Rabí y Padre Pico y Santa Rosa, abrieron fuego contra nosotros. Rápido tomamos por San Car-

los, ya que en Santa Rita se encontraba un fuerte de la policía. El grupo se dispersó: dos compañeros tomaron por la derecha de San Carlos y dos por la izquierda.

Los demás que nos seguían, por no llevar armas automáticas, sino otras inservibles, retrocedieron, quisieron penetrar de nuevo en la estación en un movimiento desconcertante, tal vez por instinto de conservación.

A uno se le ocurrió romper una puerta al frente de Artes Plásticas por Padre Pico y se encontraron a un señor con un valor admirable: les consiguió ropa a todos, y les indicó cómo cruzar por encima de los techos hasta llegar a una escuela que en esos momentos estaba vacía, así saldrían a la calle San Carlos. Pero del interior de la escuela no pudieron salir, se hallaba cerrada por fuera con un candado.

Entonces los compañeros de la 30 y la 45 con Emiliano y cuatro más nos fuimos retirando poco a poco por San Carlos, según nos lo permitía el intenso fuego de la policía, hasta la calle Corona, donde decidimos entrar a una casa, ya que por Santa Rosa comenzaba una maniobra de envolvimiento para cortarnos la retirada.

A pesar de que Emiliano había hablado con la familia, todos estaban muy nerviosos, no querían admitirnos en la casa; hubo que emplear palabras duras para hacerlos razonar. Era lógica la actitud de la familia, todo fue muy inesperado e inmediatamente que entramos, un yipi y un carro microonda comenzaron a dar vueltas a la manzana a intervalos tan cortos que no podíamos salir.

El compañero de la 30 y sus dos ayudantes siguieron por Corona hacia arriba, pudieron entrar a otra casa donde les dieron albergue y guardaron sus armas.

La preocupación nuestra era que en Santa Rosa y Corona había una cantidad de público enorme que pasaba las doscientas personas. Temíamos que alguien nos delatara, ya que todos nos habían visto entrar a la casa; pero el pueblo se mantuvo cívicamente callado. Un ciudadano arengó a la multitud, precisó que no era cubano el que dijera que allí se habían escondido

los muchachos. Entonces pudimos en una de las acechanzas incorporarnos al grupo.³⁴

Participaron en el ataque a la Policía Nacional, como jefe, José Tey Saint-Blancard, además, Antonio Alomá Serrano, Víctor Barcaz Martínez, Modesto Castro Rodríguez, Enrique Rafael Deulofeu Ramos, Arnoldo Domínguez González, Eduardo Fontanills Castillo, Pedro García Lupiáñez, Wildebrando Ernesto Rodríguez Badell, Francisco Rodríguez Madariaga, César Tomás Perdomo Bestard, Juan Vivero Ferrer, Wilfredo Martínez Bouzac, Arístides Michel Bermúdez, José Martínez Igarza, Nelson Figueras Blanco. Como jefe de grupo, Ottón Parellada Echevarría, además, Casto Amador Hernández, José Cervera Cuquet, Emiliano Corrales Espinal, Eugenio Gutiérrez Aguilera, Ángel Martín Freyre, José Merceron Allen, Luis Padrón Polanco, Josué de Quesada Hernández, Nicolás Rizo González, Juan Guillermo Salas Sans, Francisco Cruz Bourzac, Juan Arquímedes Blanco Brotons, Enrique Barrera Rodríguez, Jaime Gómez Vera, Javier Gómez Vera, Emilio Martín, Rafael Mompó, Rafael Martínez Bouzac, José Pérez Silva, Juan Pallerols Thompson, Isaías Pando, Raúl Rebastillo, Humberto Robert Preval y Ernesto Stoll. Otros integrantes de esos grupos de acción permanecieron acuartelados, fundamentalmente por la carencia de armas.³⁵

Asalto a la Policía Marítima

Con el mismo coraje manifiesto durante el asalto a la Estación de la Policía Nacional sucedieron varios hechos ese mismo día, todos protagonizados por jóvenes santiagueros. El asalto a la Policía Marítima, ubicada en el edificio de la Aduana, en la Alameda, fue otro de ellos. La misión le fue asignada al comando de Jorge Sotús Romero y se designó como segundo jefe a Alberto Vázquez García. Sobre este asalto me ha

³⁴ Tomado de *El combatiente*, revista del Ejército Revolucionario editada Dpto. de Cultura Oriente, Talleres Tipografía San Román, Santiago de Cuba, 1959, pp. 12-15.

³⁵ Orlando Lorente Ferrera: Ob. cit., pp. 61-62.

sido útil la investigación de Orlando Lorente Ferrara que aparece en su libro sobre los sucesos del 30 de noviembre.

Nueve compañeros integraron el comando de asalto. Esa noche del 29 se analizó y puntualizó el plan de ataque y el plan de acción una vez que estuvieron en la casa prevista para el acuartelamiento; además se distribuyeron las armas y uniformes.

No eran aún las siete de la mañana, cuando varios asaltantes salieron en un ómnibus y otros, en dos automóviles. Una tercera máquina se había situado cerca del reloj de la Alameda, donde serían empleados los cocteles Molotov.

A un grupo de integrantes del comando bajo el mando de Pepín Quiala le correspondió eliminar las postas, esta acción posibilitó que el resto penetrara en el edificio a tiro limpio.

El objetivo de esta audaz e importante misión fue cumplido: más de veinte rifles y una gran cantidad de balas se le ocupó al enemigo.

Cuando llegó al lugar del combate el refuerzo procedente del cuartel Moncada, ya los asaltantes se habían posesionado de las armas y habían salido victoriosos de la misión encomendada, no obstante, fueron heridos Francisco Betancourt Serpa, Paquín, y Rafael Armiñán Figueredo. Este último, herido en una pierna cayó al suelo y no pudo dar un paso más. Así recibió un culetazo de manos de un oficial del ejército, después impunemente le disparó en la cara.

Los compañeros que vieron el acto llegaron a pensar que estaba muerto; pero Armiñán sobrevivió al impacto de bala y lo apresaron. Hasta el triunfo de la Revolución no volvió a ver la luz.

Paquín resultó herido en un brazo al intentar salir por la zona del reloj de la Alameda. Al retroceder, algunos trabajadores intentaron ayudarlo y curarlo; pero no lo permitió, pensó más en el riesgo que podían correr si aparecían los guardias en el lugar. Decidió actuar solo y se metió en un almacén; allí se escondió debajo de unos sacos de cebolla, donde permaneció desde ese viernes hasta el lunes, pues el almacén había quedado bajo llaves. Colocó su rifle entre dos sacos vacíos y para evitar que la herida continuara vertiendo sangre, la limpió con sidra; con ella también calmó su sed. Así descompletó la caja que, por suerte, había descubierto.

A la hora de salir, lo hizo por atrás del almacén que daba al mar, haciendo mil piruetas llegó a una goleta. Cambió su ropa por un pantalón y

camisa que encontró, engrasó sus manos y cara, y llegó hasta la Alameda con la ayuda de un obrero.

Después de deambular por la ciudad entró a una casa en San Félix y San Germán, ya a punto de desmayarse, lo atendieron, allí pasó la noche. No aceptó que le dieran asistencia médica. Al día siguiente decidió irse para El Caney a la casa de su novia. Pasados unos días lo detuvieron.³⁶

Participaron en el asalto a la Policía Marítima, como jefe, Jorge Sotús Romero; segundo jefe, Alberto Vázquez García; además, José Antonio Armiñán Figueredo, Rafael Ángel Armiñán Figueredo, Armando Alonso López, Álvaro Barriel Cruz, Jorge Barriel Cruz, Francisco Betancourt Serpa, Enrique Chacón Estrada, Ulises Díaz Chércoles, Alberto Fong Ramos, Carlos García Losada, Romárico Navarro López, Arístides Pérez Arias, José Quiala Meriño, Mario Ramírez Riberí, Roberto Roca, Oscar Somoza, Guillermo Vidal Calvo.³⁷

Operación Mortero

Para las acciones del 30 de noviembre se previó el empleo de un mortero de 81 milímetros. Con el estampido de esta arma iniciaría el levantamiento. Además de provocar pánico entre la soldadesca batistiana, impediría su salida del regimiento. Lo que sucedió con el grupo de combatientes que debía cumplir esta misión, al mando de Léster Rodríguez Pérez, lo he tomado del libro *30 de Noviembre: sus hombres y mujeres*.

Estuvieron acuartelados la noche del 29 de noviembre hasta el amanecer del 30 en el inmueble de los hermanos Josué y Caleb de Quesada, en Cañedo No. 9.

Previamente el mortero había sido extraído de la vivienda de Antonio Alomá Serrano, operación en la que participó Nancy Rodríguez Badell, su esposa, que se encontraba en estado de gestación.

³⁶ Información tomada de Orlando Lorente Ferrera: Ob. cit., pp. 42-44.

³⁷ Orlando Lorente Ferrera: Ob. cit., pp. 62-63.

Decidieron que era mejor dividir el grupo para llegar adonde harían el emplazamiento: unos a pie, otros en automóvil y de esa manera no llamar la atención.

Así, con un intervalo de cinco minutos, comenzaron a salir en parejas. Los primeros, Léster —que además de ser jefe debía disparar el mortero— y Josué País que manejaría la ametralladora 30. Después salieron Camilo Oliva Alonso y Orlando Regalado Acosta.

Por último, Caleb de Quesada Hernández y Héctor Delfín Fonseca salieron en un automóvil, en el que transportaban el mortero y la ametralladora. No había ninguna otra arma.

Esta acción, proyectada para realizarse desde los alrededores del Instituto de Santiago (hoy Cuqui Bosch), exactamente donde está el Bosque de los Héroes, lamentablemente se vio frustrada al ser apresados sus principales ejecutores: Léster y Josué, al resultarles sospechosos a una patrulla del ejército, dos cuadras antes de llegar al sitio convenido; pocos minutos después, detuvieron a Camilo y Regalado cuando se dirigían a ocupar sus puestos. Todos fueron conducidos al cuartel Moncada.

Quedaron libres solamente Caleb y Delfín con el mortero; sus proyectiles y la ametralladora estaban en el automóvil en que andaban, hasta que optaron por ir para el foco de resistencia creado en el Instituto y comenzar el combate.

Los participantes de la operación Mortero eran, como jefe, Léster Rodríguez Pérez, además, Héctor Delfín Fonseca, Camilo Oliva Alonso, Josué País García, Caleb de Quesada Hernández y Orlando Regalado Acosta.³⁸

Evasión de la prisión de Boniato

En la prisión de Boniato los revolucionarios Carlos Iglesias Fonseca, Nicaragua; Raúl Menéndez Tomassevich; Braulio Curuneaux Betancourt; Orlando Benítez; Orestes Álvarez Calunga, el Indio Sabú, e Israel

³⁸ *Ibíd.*, pp. 45-46 y 63.

García Leblanch habían elaborado un plan, coordinado con la dirección del Movimiento 26 de Julio, para escaparse, dejar detrás las rejas de la cárcel simultáneamente al levantamiento de Santiago de Cuba.

El día 29 recibieron la visita de Josué País García. Este les informó que, dada la escasez de armas, no era posible asaltar el cuartel del entronque de Boniato, pero sí podían ejecutar el resto del plan.

Mucho antes de las seis de la mañana estaban ya en pie el grupo de presos del Movimiento 26 de Julio, dirigido por Carlos Iglesias Fonseca, Nicaragua, que había decidido realizar la riesgosa operación aquel 30 de noviembre.

Menéndez Tomassevich y Braulio Curuneaux trabajaban en el conteo de los presos, labor que les posibilitaba una determinada movilidad dentro de la prisión y por supuesto la aprovecharon para la ejecución del plan.

Tomassevich penetró en un pabellón y se apoderó de un revólver que encontró debajo de una almohada, en una cama del dormitorio de los militares. Rápidamente se la entregó a Nicaragua y este a Orestes Álvarez Calunga, el Indio Sabú. Curuneaux, que también había entrado al mencionado dormitorio, obtuvo una ametralladora. Tomassevich, de regreso al lugar, logró entonces un fusil. Ambos con las armas largas, se posesionaron de tal forma que a todos los que entraron a la prisión, los detuvieron y desarmaron. El primero en llegar fue el supervisor y a continuación otros uniformados. Hubo un forcejeo con un militar que ofreció resistencia y se escapó un tiro. El resto del grupo pensó que esa era la señal convenida y entonces detuvieron al guardián que tenía las llaves y abrieron las puertas principales.

Después de un intercambio de disparos sin mayores consecuencias, los sublevados se hicieron fuertes en la dirección del penal y se adueñaron de varios fusiles, algunos de ellos serían entregados en El Cristo por Israel García Leblanch, y meses más tarde fueron llevados por el primer refuerzo guerrillero a la Sierra Maestra.

Una vez que tuvieron bajo control el penal, los revolucionarios detuvieron un automóvil y tomaron la dirección opuesta

a la ciudad. Algunos kilómetros después, abandonaron la máquina y se internaron en el monte con el objetivo de llegar a Santiago de Cuba; todos pasaron a la clandestinidad.

[...] los combatientes impidieron que los presos comunes se evadieran de la cárcel y provocaran el consiguiente pánico entre la población.³⁹

Asalto y ocupación de armas en la ferretería Marce

Otra acción del histórico 30 de noviembre fue el asalto y ocupación de armas en la ferretería Marce y Cia, cercana a la Plaza Dolores, en Calvario entre Aguilera y Heredia. Siete santiagueros, dirigidos por Enzo Infante Uribaz, se llevaron todas las armas que encontraron. El traslado se hizo para el estado mayor del movimiento y la acción fue totalmente exitosa.

Dos hombres se ubicaron en Calvario y Aguilera. Un dúo en Calvario y Heredia y otra pareja rompió la puerta de cristal de la entrada; uno de ellos, José Nivaldo Causse Pérez, resultó herido en una mano con el vidrio. El séptimo combatiente manejaba el automóvil en que se trasladaron y cargaron las armas ocupadas. En el centro de la ciudad sonaron disparos cuando un militar que iba subiendo en un ómnibus por la calle Aguilera hizo ademán de bajarse al ver a los combatientes uniformados y armados; pero Agustín País García disparó, lo que provocó que aquel desistiera de sus propósitos y continuara viaje.

Participaron en el asalto a la armería: Enzo Infante Uribaz como jefe, además, Franklin Aguilera Barciela, Humberto Castillo Cala, José Nivaldo Causse Pérez, Ángel Luis Delgado Carmenaty, Taras Domitro Terlebauc, Agustín País García.

Después, el grupo formó parte de la custodia del cuartel general. Taras Domitro Terlebauc integró el grupo operativo del estado mayor.⁴⁰

³⁹ Ibídem, pp. 49-51.

⁴⁰ Ibídem, pp. 46-47 y 60.

Durante ese día la capital oriental demostró su fuerza revolucionaria, enriqueció las tradiciones combativas legadas del Ejército Libertador. Otras acciones, también previstas, se realizaron; por ejemplo, el cerco al cuartel Moncada por diferentes grupos, comandados por Enrique Ermús González y Agustín Navarrete Sarlabús, Tin, de veintinueve integrantes; Emiliano Díaz Fontaine, Nano, (catorce); Félix Pena Díaz (setentaicuatro miembros de las Brigadas Juveniles); José Álvarez Alemán, Nene, (treinta); Ignacio Alomá Serrano (once); y José Cala Benavides, Pepe, (treintaiséis), además de diez jóvenes del Instituto que también se incorporaron.

A estos comandos se les asignaron los espacios donde debían situarse y desarrollar las acciones encomendadas: Garzón, avenida de Céspedes y sus calles transversales, Martí, Calle Nueva y otras del reparto Sorribes y parte de la Carretera Central.⁴¹

Otros ciento seis santiagueros integraron la fuerza revolucionaria involucrada en el levantamiento. De ellos, treintaidós fueron destinados a los botiquines previstos para prestar la asistencia a los combatientes que pudieran caer heridos durante las acciones; el resto estuvo listo para diferentes aseguramientos. Las mujeres tuvieron una activa participación en las tareas que se les asignaron, en total fueron setentaids las enroladas. Pero vale decir que Frank también contaba con un aguerrido grupo de compañeras en las que confió plenamente y les recomendó diversas y complejas misiones. Entre ellas se destacó su más cercana colaboradora Vilma Espín. En el libro escrito por ella, *Asela de los Santos y Martha Álvarez* podemos leer:

Igual que cuando el asalto al cuartel Moncada, hubo que conseguir uniformes. En esta oportunidad no se emplearían los del ejército enemigo sino el glorioso uniforme verde olivo. Implicaba adquirir la tela y confeccionarlos; en esa labor participaron compañeras integrantes del movimiento y colaboradoras como Nayibe e Ibis Atala, Zenaida Díaz y Marta Cabrera, entre otras.

De muchos esfuerzos y no menos recursos fue la organización y abastecimiento de los llamados botiquines, en realidad,

⁴¹ *Ibidem*, pp. 47-48.

puestos de primeros auxilios. Para esta tarea, Frank designó a Vilma quien, con Nilda Ferrer y otras compañeras como Asela de los Santos y Fe Carbonell, contactó y captó a los doctores Carlos Mirabal, Francisco Durand, Juan Martorell, Quinidio Armingnac, Alfonso Araújo, así como a los hermanos López Pego, enfermeros, entre otros que se encargarían de atender a los heridos que se presentaran durante las acciones.

Con el fin de preparar a quienes brindarían los primeros auxilios se organizaron clases dirigidas por un personal calificado. Participaron, en calidad de alumnas, las hermanas Atala, Fe Carbonell, Arminda Castellanos, Nilda Ferrer, Tina Esteva, Esther M. de la Torre, María Antonia Figueroa, Teresa y Violeta Valentino, Cira Ferrer, Gisela Rodríguez, Aurelia Medina y Asela de los Santos, entre muchas que brindaron su disposición.

[...]

Junto a toda esta labor, se realizaron otras muchas gestiones para asegurar el éxito de las acciones de apoyo al desembarco: búsqueda de casas de familia para los botiquines, refugio para los jóvenes combatientes, localización de planos de la ciudad (...) ⁴²

La participación santiaguera en el levantamiento no se limitó a la ciudad, sino otros lugares de la provincia actual también desempeñaron su papel.

En El Cristo fue creado un grupo encabezado por Arsenio Stable e integrado por otros doce jóvenes: René Alberto Diéguez Martí, Luis M. Larrea Santaló, Rolando E. Larrea Santaló, Orlando de J. Lorente Ferrera, Carlos A. Maceiras Smith, Alberto Martínez Rosales, Raúl Pérez Fariñas, Mario Martínez Mendoza, Mario Quintero, Eloy Rodríguez Téllez, Luis de J. Seijas Echemendía, Juan Antonio Verdecia Quesada.

En otros territorios, muchos combatientes cumplieron tareas que les encomendó la dirección del Movimiento 26 de Julio.

En Palma Soriano: Carlos Chaín Soler, Eribio Cabrera Durruty, Adonis Jardines Silva, Asterio Hernández López, Miguel Andrés Núñez Cruzata,

⁴² Vilma Espín Guillois, Asela de los Santos y Martha Álvarez: *Contra todo obstáculo*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2011, pp. 36-37.

Marino Suárez Ortega, Miguel Nivaldo González Serrano, Fernando Galindo Castellanos y otros.

En Contra maestre: María Dolores Ramírez Ayala, Nilda Ramírez Rosabal y Rafael Vázquez Colón, entre otros. Del resto de los municipios y poblados, muchos combatientes del M-26-7 también cumplieron misiones importantes para apoyar el desembarco de los expedicionarios.

Durante las acciones desarrolladas este glorioso día resultaron muertos tres valientes y fieles jóvenes del Movimiento 26 de Julio: José Tey Saint-Blancard, Pepito; Antonio Alomá Serrano, Tony; y Otto Parellada. Los tres se convirtieron en paradigma de la juventud santiaguera y del movimiento revolucionario.

Resultaron heridos Rafael Armiñán Figueredo, Francisco Betancourt Serpa, Luis Pedrón Polanco, Enrique Ermus González, Ignacio Uribaz Sánchez, José Nivaldo Causse Pérez, Emiliano Corrales Espinal, Israel Martínez Álvarez, Mariano Enrique Seijó y José Cervera.

Una imagen de cuanto sucedió ese día se lee en el informe que rindiera Frank País García al jefe de la Revolución:

La población entera de Santiago, enardecida y aliada a los revolucionarios, cooperó unánimemente con nosotros. Cuidaba a los heridos, escondía a los hombres armados, guardaban las armas y uniformes de los perseguidos, nos alentaba, nos prestaba las casas y vigilaba de lugar en lugar avisándonos del movimiento del ejército. Era hermoso el espectáculo de un pueblo cooperando con toda valentía en los momentos más difíciles de la lucha.⁴³

Refiriéndose a esos mismos hechos, Raúl Castro Ruz, en ocasión de conmemorarse el XV aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, expresó:

En la acción del 30 de noviembre de 1956, heroica desde todos los puntos de vista, de aquellos jóvenes que con casi nada en las manos se lanzaron a combatir, hay un aspecto que es necesario señalar y tener presente porque constituye un admirable ejemplo para nuestra juventud, o sea, la fidelidad inque-

⁴³ Orlando Lorente Ferrara: Ob. cit., p. 51.

brantable al compromiso adquirido, el cumplimiento consecuente e inflexible de la palabra empeñada, sin vacilaciones, con fe en el porvenir y confianza absoluta en la victoria.

Desde ese instante la ciudad de Santiago de Cuba entraría en una etapa de guerra sin cuartel contra la tiranía, y, además, a partir de aquel momento los combatientes del 30 de noviembre, Frank País y la ciudad de Santiago de Cuba se convirtieron en el primer punto de avanzada de la eficiente retaguardia en que se transformó luego todo el pueblo de Cuba, en apoyo al grupo guerrillero que sobrepasando los reveses iniciales, posteriores al desembarco de los expedicionarios del *Granma*, logró reorganizarse en la Sierra Maestra.⁴⁴

Otra valoración del propio general de ejército Raúl Castro sobre lo acontecido aquel 30 de noviembre es la que sigue:

Quando de hechos como este se trata, el tiempo no los aparta ni se borran los recuerdos [...]

Muchachos y muchachas llenos de aspiraciones y sueños, vinculados algunos todavía al hogar paterno y obligados a la disciplina de la escuela, mientras otros recién comenzaban su vida laboral en modestos empleos, empuñaron las armas para librar la primera gran batalla de nuestra guerra revolucionaria vistiendo por primera vez el glorioso uniforme verde olivo.

Santiago de Cuba no solo fue la cuna de la Revolución, sino su fragua, el crisol donde se han forjado sucesivas generaciones de revolucionarios. La hospitalaria y heroica Santiago no dejó nunca solos a sus hijos: los apoyó en el combate, les abrió las puertas cuando eran perseguidos, los ocultó cuando eran cazados como fieras y los llevó en sus hombros vistiendo el glorioso verde olivo, en digna y desafiante actitud, cuando habían dado su último aliento a la causa revolucionaria.

Tres años y medio después de haber vivido los adversos días que siguieron al Moncada, la juventud oriental, liderada por el inolvidable Frank País, se levantó en armas para apoyar a los

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 51-52.

sobrevivientes de aquella acción y a los nuevos combatientes que fieles a la palabra empeñada y consecuentes con sus convicciones, con el mismo jefe al frente, cruzaban el océano en una pequeña embarcación, cuyo lastre más pesado era saber a la patria explotada, vejada y humillada.

Aquello lo pudo un joven adolescente, porque se apoyó en la estirpe muchas veces probada de nuestro pueblo, que representado por hombres y mujeres de esta ciudad, cerró filas y lo arriesgó todo para impedir que los esbirros de la tiranía masacraran a sus hijos como habían hecho a raíz del 26 de julio de 1953.

Con cuánta razón, pena y dolor, el jefe de la Revolución Cubana, al conocer la amarga noticia de su muerte, expresó: “Monstruos, ¡no saben la inteligencia, el carácter y la integridad que han asesinado!”

Y en otra ocasión dijo que Frank País fue “el más valioso, el más útil, el más extraordinario de nuestros combatientes”.⁴⁵

Primer refuerzo a la Sierra Maestra

Un hecho de singular importancia que formó parte del papel relevante de los jóvenes santiagueros en la lucha librada contra la tiranía batistiana después del levantamiento del 30 de noviembre, fue el primer refuerzo de personal y armas enviado el domingo 3 de marzo de 1957 por Frank a Fidel, como habían acordado durante el encuentro de ambos en la Sierra Maestra, el 17 de febrero, con vista a incrementar los efectivos del naciente Ejército Rebelde, determinante para emprender nuevas acciones, atacar y tomar nuevos cuarteles del ejército, tal como ocurrió días después, cuando el combate de Uvero, en el cual participaron los combatientes de ese primer refuerzo junto a los que ya habían combatido en La Plata.

A Vilma y Taras Domitro, Frank les encargó citar a muchos de los compañeros seleccionados para formar parte de este grupo que partió hacia las montañas.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 23-25.

Estos compañeros del primer grupo —explicó Vilma en una entrevista— procedían de todos los lugares donde hubo acciones el 30 de noviembre. Se buscaron combatientes de Ermita, Guantánamo, Santiago de Cuba principalmente, también de Puerto Padre, Nicaro y Caimanera.

Precisamente ahí me di cuenta de cómo Frank hizo la selección de los compañeros que, a pesar de las grandes dificultades, pudieron realizar algunas acciones en apoyo al desembarco de los expedicionarios del *Granma*.

Frank se reunió con los compañeros uno por uno, les dio responsabilidades, les explicó las características de lo que habíamos visto en la Sierra y lo que significaba este primer refuerzo.⁴⁶

Frank País organizó el grupo militarmente, cuya estructura la componían una jefatura y cinco escuadras, integrados por cuarentainueve combatientes que habían participado en el levantamiento del 30 de noviembre.

Los jóvenes santiagueros de este primer refuerzo y el armamento utilizado los relaciona Eloy Rodríguez Téllez en su libro *Un guerrillero del primer refuerzo*.

Jorge Sotús Romero; Alberto Vázquez García, Orestes Álvarez Calunga, Luis A. González Pantoja, Félix Pena Díaz, José Vicente Quiala Meriño, Emiliano Díaz Fontaine, Abelardo Colomé Ibarra, Reynerio Jiménez Lage, José Lupiañez Reiniein, Rey Pérez Ramos, Raúl Perozo Fuentes, Miguel A. Ruiz Maceiras, Antonio Béguez López, Raúl Barrera González, Eloy Rodríguez Téllez, Rolando Larrea Santaló, Alberto Martínez Rosales, Mario Martínez Pimienta. [Los cuatro últimos eran de El Cristo]

Junto a los combatientes del 30 de noviembre, hijos de Santiago de Cuba, integraron el refuerzo más jóvenes del MR-26-7, procedentes de otros municipios de la provincia: René Ramos Latour, Pedro Soto Alba, Miguel Ángel Manals Rodríguez, Juan Francisco Echevarría, Gerardo Reyes, Luis Arturo Tirado

⁴⁶ Vilma Espín Guillois...: Ob. cit., p. 56.

Tirado, José Agustín Lara Linares, Marino Borjas Domínguez, Juan Escardó Cambroner, Leopoldo Mojena Cordovés, Gustavo Adolfo Moll Leyva, Enrique Soto Gómez, Guillermo Domínguez López, Hermógenes Acosta Servera, Víctor Mariano Calderín, Raúl Castro Mercader, Manuel García Nuñez, Orlando Pupo Peña, Omar Ramos Verdecia, Luis Alfonso Zayas Ochoa, Erasmo I. Aniceto Machado Machado, Víctor J. Buelhman, Michael L. Garvey Rodríguez, Edilberto Muñoz Nieves, Juan Jorge Soto Cuesta, Francisco Soto Hernández, Enrique Ermús González, Rigoberto Silleros Marrero, Mario Maceo Quesada y Charles E. Ryan.

Estos combatientes portaron diferentes armas: dos revólveres de calibres diferentes, veintiocho fusiles de varios tipos y calibres, igual sucedió con las seis escopetas, dos ametralladora —una Madsen y otra Jonhson—, y cuatro pistolas calibre 45.⁴⁷

Milicias del Movimiento Revolucionario 26 de Julio

Los combatientes santiagueros no se detuvieron, continuaron cometiendo diferentes acciones de enfrentamiento, asalto, sabotaje... Muchos ofrendaron heroicamente sus vidas, como sucedió con Josué País García, Floromiro Vistel Somodevilla, Floro, y Salvador Pascual Salcedo. La muerte de los tres combatientes el 30 de junio de 1957, fue un hecho que consternó a todo el pueblo.

[...] Al llegar a Martí y Corona fueron interceptados. No hicieron caso al alto, y se inició de inmediato el tiroteo y la feroz persecución. Cuentan los testigos que el auto de los revolucionarios, ponchado por los disparos, “volaba” por las estrechas calles de la ciudad. Poco más adelante, en Martí y Crombet, se produjo el desenlace. Acorralados y acribillados con ráfagas de ametralladoras de todas las partes, cayeron en poder de los

⁴⁷ Eloy Rodríguez Téllez: *Un guerrillero del primer refuerzo*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1998, pp. 212-213.

esbirros. Floro Vistel y Salvador Pascual fueron rematados en el interior del vehículo. Josué fue montado, herido, en un yipi de la marina. En el trayecto al hospital, recibió un tiro de gracia en la sien. Afirman algunos testigos que antes de ser asesinado se escuchó su voz que gritaba: ¡Viva la revolución! ¡Viva Fidel!

Su sepelio congregó una inmensa multitud; abría la marcha Doña Rosario, la madre, quien ordenó que el ataúd no fuese cerrado, para que Josué contemplase al pueblo que lo seguía.

Mientras, en su escondite clandestino, viviendo los últimos días de su luminosa existencia, Frank País mordía en silencio su pesar. Luego en uno de esos arranques maravillosos y casi inexplicables, nacidos de su personalidad profunda y sensible, escribió: “A mi hermano”, y al pie del título comenzó a desgranar los versos: *Nervio de hombre en cuerpo joven,/ coraje de valor en temple acerado,/ ojos profundos y soñadores,/ cariño pronto y apasionado.*⁴⁸

Con letra de Raúl Castro Ruz, entonces capitán, fue enviada a Frank País una carta a nombre del Estado Mayor del Ejército Rebelde, como testimonio de solidaridad ante el dolor por la caída de su hermano Josué. Encabezan la misiva, las firmas del Comandante Jefe Fidel Castro Ruz y del recién nombrado comandante Ernesto Che Guevara.

JULIO 21 DE 1957

Del Ejército Revolucionario del Movimiento 26 de Julio

Al compañero David⁴⁹

Querido hermano:

En circunstancias como esta es difícil encontrar las palabras, si las hay, para un sentimiento tal como lo experimentamos en lo más profundo de expresar nuestras almas. Tal vez un fuerte y silencioso abrazo podría sustituirlas y expresar aún más. No pudo ser el abrazo, igual que a ti tampoco te fue posible ver a tu heroico hermano por última vez, por estar en tu puesto de combate.

Si el destino nos lo permite, juntos iremos un día a su tumba para decirles a él y a toda esa legión de Niños Héroe, que hemos cumplido con la primera parte de esta lucha y que con

⁴⁸ Periódico *Granma*. 21 de julio de 2012.

⁴⁹ Nombre de combate de Frank País García.

la misma entereza y espíritu de sacrificio nos disponemos a culminar la obra de nuestra generación teniéndolos a ellos como fiscales supremos de nuestros actos futuros.

Ellos han lavado con su sangre los pasados de las generaciones que nos han precedido y el deber primordial de los que sigan la lucha será el cuidar con todas las fuerzas que de esa sangre derramada, esas lágrimas de madre, esos sacrificios del pueblo que nos ayuda, no sea inútil; que otra vez no se decepcione a la ruta que conduce a la felicidad que bien se merece este pueblo sufrido, que es en fin de cuentas por lo que luchamos.

Y en una tierra que ha sido bañada con tanta sangre pura, los frutos no se harán esperar.

Todos admiramos el valor sereno con que afrontaste las amarguras de esa semana trágica. Para nosotros, los revolucionarios, el desahogo está en la lucha.

En nombre de todos los combatientes de la Sierra Maestra y sus oficiales, exprésale a tu valerosa mamá y demás familiares nuestro más sentido pésame. Y para ti, hermano querido, nada tenemos que añadirte, porque también es nuestro el dolor del joven águila caído.

Estamos muy orgullosos y contentos contigo por lo bien que estás dirigiendo todos los trabajos. Y en cuanto a la Sierra, cuando se escriba la historia de esta etapa revolucionaria, en la portada tendrán que aparecer dos nombres: David y Norma.⁵⁰

Sierra Maestra, julio 21 de 1957.⁵¹

Fundación de las milicias

No podrá escribirse sobre las milicias del Movimiento 26 de Julio sin tener en cuenta su principal embrión, constituido por la organización y

⁵⁰ Nombre de guerra de Celia Sánchez Manduley.

⁵¹ Periódico *Granma*, 21 de julio de 2012. Esta carta es doblemente histórica. Junto a los nombres de los combatientes de la segunda columna, aparecen sus respectivos grados, al escribirse Ernesto Guevara, Fidel ordenó: “Ponle comandante”.

empleo que Frank País dio a los cientos de jóvenes que participaron en acciones combativas y de apoyo durante el levantamiento del 30 de noviembre y en otras que, con anterioridad, se habían realizado. Otro antecedente de importancia fue la creación de las Brigadas Juveniles del MR-26-7. El testimonio de Josué de Quesada Hernández recuerda este hecho:

Desde sus inicios se incorporaron los más significativos jóvenes santiagueros con inquietudes revolucionarias, principalmente los estudiantes, entre quienes se destacaron los de la Escuela Normal de Profesores de Oriente, Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba, Escuela de Artes y Oficios, Escuela de Comercio y la Universidad de Oriente. También se incorporaron jóvenes trabajadores, desvinculados laborales, y algunos de las Juventudes Socialistas y Ortodoxas.

Su fundación ocurrió el 28 de noviembre de 1955 en la casa de Frank País, adonde había acudido para dicha constitución —enviado por Fidel—, Antonio López, Ñico, jefe nacional de las Brigadas Juveniles del movimiento.

En esa reunión Frank decidió que Félix Pena quedara al frente de la brigada y Manuel Juantorena Parra como segundo jefe. Posteriormente se designaron los jefes de grupos: Heriberto Olmos, Jorge Romero, Ernesto Matos, Hipólito Pérez, Joaquín Góngora, Omar Ayala, Resides Almenares, Erasmo García y Víctor González Yasell.

Otros miembros relevantes de la brigada fueron: William Gálvez Rodríguez, Yoel Chaveco Hernández, Joaquín Méndez Cominches, José Lupiáñez Reilén, Luis Argelio González Pantoja, Julio Pérez Guitián, Vicente Ricalo Palais, y las compañeras Martha Correa, Nancy Ojeda, Isabel Baltasar, Marina Malleuve Botino, Denis Sarabia Ramos, entre otras.⁵²

A mediados de 1957, el inmortal Frank País García fundó las primeras milicias revolucionarias del Movimiento 26 de Julio, de las cuales, además de ser su principal creador, fue su jefe nacional. Tan digna estructura militar surgió en la ciudad de Santiago de Cuba. Durante el desarrollo de nuestra última guerra de liberación, Frank, con la aprobación de la dirección

⁵² Testimonio de Josué de Quesada Hernández, combatiente del 30 de Noviembre.

nacional del M-26-7 y con acertada interpretación de la táctica y estrategia de la lucha revolucionaria, planificó la organización de las milicias.

La idea tenía entre sus objetivos desmentir la tesis de la dictadura batistiana de que el movimiento armado solo se circunscribía al territorio de la Sierra Maestra.

En términos generales, las milicias revolucionarias serían fuerzas armadas del pueblo, clandestinas, integradas por hombres y mujeres. Se organizarían en las ciudades y sus barrios, según las misiones de combate y las características del lugar, y deberían formar una poderosa fuerza en el país, dispuesta a combatir al enemigo, en cumplimiento de su misión de contingente de choque y de creación, al propio tiempo, de cuadros probados para engrosar la filas del Ejército Rebelde, bajo la dirección del Comandante Jefe.

Las milicias, con las pocas y deficientes armas con que contaban, estaban siempre en actitud de enfrentar al enemigo y su fuerza principal radicaba más bien en el espíritu de lucha de sus integrantes y en su disposición de combatir con lo existente.⁵³

Organización de las milicias

Inicialmente, en Santiago de Cuba, el Movimiento 26 de Julio se organizó en forma celular, pero desde temprano fue idea de Frank darle estructura militar a las células y grupos de acción, con la finalidad de evitar que muchos o algunos se convirtieran en grupos independientes.

Frank sostenía el criterio de que en una célula se aglutinaran alrededor de un individuo sus más allegados, sus elementos de más confianza; pero según su opinión, tenía el peligro de que los grupos en un futuro no muy lejano respondieran más a su jefe que a la organización en sí. Para evitar esto era necesario crear una estructura militar por la cual los combatientes reconocieran a la organización, a un mando superior, más que a los jefes de grupo. Por

⁵³ Hugo Rueda Jomarrón: *Tradiciones combativas de un pueblo. Las milicias cubanas*, Editora Política, La Habana, 2009, p. 21.

medio de la estructuración en escuadras, pelotones, compañías y escuadrones, se perseguía una composición táctica para realizar acciones coordinadas en mayor escala. En su concepción, Frank estimaba la necesidad de hacer una división territorial. En el caso de Santiago de Cuba, se dividió la ciudad en cuatro sectores.

En los meses de enero y febrero de 1958 ya estaban organizadas, en lo fundamental, las milicias en Santiago de Cuba, estructuradas en cuatro agrupaciones (escuadrones): Josué País, Hermanos Díaz, Armando García y Millán-Castilla. Los jefes de cada escuadrón eran Miguel Ángel Manals, Luis Clergé, Salomón Halvis y Manuel Jaca Tornés, respectivamente. También fue jefe de este tipo de agrupación Miguel Ángel Ruiz Maceira. Se subordinaban al comandante jefe de la plaza de Santiago, Belarmino Castilla Mas, Aníbal.

Antes de existir esta estructura, en 1957, se organizaron escuadrones en el orden siguiente: uno y dos, al mando de Miguel Ángel Manals y Luis Clergé; más tarde, el tres y cuatro, comandados por Armando García y Belarmino Castilla.

Para el resto de los municipios de Oriente se creaban escuadrones o tenencias subordinados a un comandante que radicaba en Santiago.

El ingreso del miliciano se hacía mediante la planilla de juramento, que se le tomaba personalmente por el oficial alistador. Este documento se puso en práctica en 1958 y sintetizaba la decisión del combatiente de cumplir los deberes con la organización; se elaboró antes que el reglamento de las milicias.⁵⁴

La muerte de Frank País García

El 30 de julio de 1957, en el Callejón del Muro y San Germán, los sicarios de la tiranía ultimaron a Frank País García y Raúl Pujol Arencibia.

⁵⁴ Belarmino Castilla Mas, Judas M. Pacheco Águila y Ernesto Ramos Latour: *Daniel, comandante del llano y de la Sierra*, Editora Política, La Habana, 2003, p. 184.

Durante el entierro, el pueblo dio muestra de dolor y a la vez de apoyo total a la lucha revolucionaria del Movimiento 26 de Julio. Santiago de Cuba le rindió el más grande tributo que se le había ofrecido a un mártir. Pero aquella gigantesca y desafiante manifestación significó algo más que el amor de un pueblo por su héroe.

Fue la procesión de fe revolucionaria de toda una ciudad. El himno nacional y los gritos de “Viva el 26 de Julio” fueron la marcha fúnebre que acompañó al cortejo. Los comercios cerraron las puertas a su paso. Las mujeres vistieron de luto. Una lluvia de flores lanzadas desde las casas, abría el camino.

Cuenta un cronista de la época que catorce cuadras repletas de personas daban la medida de la multitud que iba tras los restos de Frank, a quien se le había vestido con el uniforme verde olivo de las fuerzas rebeldes. Sobre su pecho, el brazalete rojo y negro del M-26-7, una boina negra y una flor.

No es fácil resumir en un solo hombre el coraje, valor, virtudes y grandeza de los miles de luchadores revolucionarios que ofrendaron sus vidas en el combate contra la tiranía batistiana. Puede hacerse, sin titubeos, cuando ese hombre es Frank País.

Al conocer Fidel su muerte, desde la Sierra Maestra, dijo:

¡Qué bárbaros! Lo cazaron en la calle cobardemente valiéndose de las ventajas que disfrutaban para perseguir a un luchador clandestino. ¡Qué monstruos!

No saben la inteligencia, el carácter y la integridad que han asesinado. No sospecha siquiera el pueblo de Cuba quién era Frank País; lo que había en él de grande y prometedor.

Frank fue el puntal inmediato y necesario del naciente Ejército Rebelde luego del revés de Alegría de Pío. Se entregó con su indeclinable pasión revolucionaria a la nueva tarea de rescatar el mayor número posible de armas y uniformes, obtener otros nuevos, solucionar acuciantes problemas para incrementar nuevas fuerzas.

Convertirse desde el llano y con las posibilidades que este ofrecía, en el más firme sostén de la guerrilla.

Su asesinato afectó sensiblemente el movimiento clandestino. Pero ello no significó que la lucha se detuviera, aunque transcurrió un tiempo en que hubo que realizar reajustes necesarios. Ahora se imponía sustituir a Frank, un dirigente de personalidad y talla inigualable.⁵⁵

El movimiento clandestino designó para jefe nacional de Acción a René Ramos Latour, Daniel. Vilma, de quien nació la propuesta, rememoraba:

La muerte de Frank fue un momento muy duro para todos nosotros, porque sustituirlo era realmente imposible. En esta situación, le planteé a la dirección nacional del movimiento que elevara una proposición a Fidel de que quedara como jefe de Acción el compañero Daniel, René Ramos Latour, dados sus estrechos vínculos con Frank en los últimos tiempos, que le permitieron conocer toda una serie de contactos de Frank, que acababa de bajar de la Sierra hacía muy poco, conocía ya el Ejército Rebelde, había trabajado directamente bajo las órdenes de Fidel. Además, no estaba “quemado”, o sea, no era conocido lo que le permitía moverse libremente.⁵⁶

La temprana y sorpresiva muerte de Frank le impidió poner en práctica la organización de la fuerza popular. Correspondió al comandante René Ramos Latour, quien lo sustituyó en su cargo en la dirección nacional, dar continuidad a la formación de las milicias del MR-26-7. Daniel concluyó el reglamento en el que ya venía trabajando junto a Frank y donde se explicaba todo el procedimiento para estructurar las milicias. Entre sus aspectos se contemplaba la formación de escuadras integradas por cinco elementos y un cabo; pelotones formados por tres escuadras al mando de un sargento; compañías integradas por cuatro pelotones mandadas por un teniente; escuadrones compuestos por tres compañías mandados por un capitán. En la práctica, en Santiago algunos escuadrones llegaron a tener cuatro compañías y existieron tres o más escuadrones bajo el mando de un comandante.

⁵⁵ Periódico *Granma*, 30 de julio de 2012.

⁵⁶ Vilma Espín Guillois...: Ob. cit., p. 79.

Aunque el reglamento contemplaba que en las provincias habría un comandante como jefe máximo, en el caso de Oriente existían tres: Raúl Navarrete, Belarmino Castilla Mas y Luis Clergé Fabrá.⁵⁷

Huelga general del 9 de abril de 1958

Después de la muerte de Frank País, decenas y decenas de acciones combativas y sabotajes sucedieron. Las milicias que él creara constituyeron una decisiva fuerza revolucionaria en la ciudad. Sería muy difícil describir cada una de sus misiones; pero la huelga general del 9 de abril, por constituir un hito histórico, merece que se le dediquen unas páginas de este libro.

Ideas y preparativos para la huelga general fueron madurando hasta que el 9 de abril de 1958 se logró materializar.

Las milicias del Movimiento 26 de Julio y las fuerzas rebeldes escribieron páginas del más grande heroísmo desde el comienzo del mes de abril. A lo largo de dos semanas, en cada provincia, en cada rincón de la Isla, los hombres de acción lucharon bravamente con escasas y deficientes armas y obtuvieron muchas victorias sobre un enemigo poderoso y encarnizado, ávido de sangre y de barbarie

Fueron diversas las acciones libradas por el Ejército Rebelde y las milicias en apoyo a la huelga en distintas provincias del país. En el caso del territorio de Santiago de Cuba, entre otras, se realizaron las siguientes:

La Columna No. 3, comandada por Juan Almeida Bosque, cometió varias incursiones sobre la Carretera Central, atacó carros del ejército en las cercanías de Charco Mono y en los alrededores de El Cobre. En este lugar se tomó el cuartel el día 10. Se le hicieron numerosas bajas al ejército de la tiranía.

El día 9, combatientes de las milicias de Santiago de Cuba al mando del comandante Daniel, atacaron el cuartel de Boniato.

⁵⁷ Belarmino Castilla Mas...: Ob. cit., p. 184.

Un pelotón de milicianos dirigidos por el teniente Lora, le hizo frente a los refuerzos procedentes de Santiago, armados con una tanqueta, ametralladoras 50 y 30 y un camión con unos cincuenta soldados; los hizo retroceder y les causó siete muertos. En el ataque al cuartel de Boniato, es justo destacar el coraje de que hicieron gala todos los milicianos y muy especialmente los tenientes Orlando Regalado, Gómez y el soldado Rolo Monterrey. Se calcularon más de veinte bajas hechas al enemigo.

El día 5 de abril, fuerzas unidas de los escuadrones de milicias de Baire y Contra maestre al mando del comandante Luis Clergé y del capitán Níco habían atacado el cuartel de Baire, los valientes milicianos se enfrentaron con escopetas y revólveres a una guarnición reforzada. Más de veinte soldados de la dictadura perdieron la vida, cinco milicianos ofrendaron dignamente su sangre a la patria.

También ese mismo día 5, fuerzas del escuadrón de las milicias de Palma Soriano atacaron el cuartel Dos Palmas, a pesar del prolongado combate no pudieron tomar el objetivo a causa de escaso parque, no obstante, se le hicieron varias bajas al ejército.

Dentro de la ciudad se produjeron infinidad de sabotajes. La Cuban Air Co. quedó destruida a causa de una estruendosa explosión. Algunas casas en Santiago fueron sorprendidas por las fuerzas del régimen, quienes utilizaron carros microondas y vehículos de guerra para rodearlas. Los jóvenes se defendieron bravamente entablado cruentos combates. Muchos policías y soldados cayeron, pero también trece de nuestros milicianos.

Como puede apreciarse, es solo una síntesis de las acciones realizadas durante la primera quincena de abril en Santiago de Cuba. No incluye todos los hechos, pero sí los más destacados y sin entrar en detalles, que pueden servir de base para formarnos una idea de lo que fueron capaces los combatientes y el aparato de acción del M-26-7.⁵⁸

⁵⁸ Ibídem, p. 256.

Al final de la circular de Daniel, esta refiere entre otros aspectos, lo siguiente:

[...] Es cierto que el pueblo no respondió en la medida que se esperaba a través de la huelga general. Pero ese mismo pueblo volverá a recobrase y arremeterá con más bríos cuando vayamos agregando más y más victorias a nuestra gloriosa causa. ¿Acaso no basta el coraje demostrado por todos los soldados de la revolución, que en todo el país dieron muestras de cuánto vale luchar por el decoro, la dignidad y la libertad perdida, para convencernos de que nada ni nadie podrá enfrentarse ni contener la acción de un puñado de valientes resueltos a vencer o morir?⁵⁹

Independientemente de las acciones realizadas por el Ejército Rebelde, las milicias del M-26-7 y el movimiento obrero, la huelga no cumplió su objetivo estratégico. Al respecto, en la entrevista de Ignacio Ramonet al Comandante en Jefe, recogida en la obra *Cien horas con Fidel*, el jefe de la Revolución abordó el tema de la huelga de abril, sobre ello expresó:

Ese 9 de abril de 1958 se produce la huelga general y fracasa. Nosotros no éramos en ese momento partidarios de la huelga. La dirección del Movimiento 26 de Julio nos critica. Incluso dice que no estamos conscientes del grado de madurez que ya tiene el proceso revolucionario. Sin embargo, yo suscribí la convocatoria a la huelga por la seguridad que nos transmitieron los compañeros de la dirección del movimiento. Y la apoyamos concretamente, con la realización de fuertes acciones militares en nuestro territorio contra las fuerzas enemigas.⁶⁰

Como no fue cumplido el objetivo estratégico de la huelga, el Comandante en Jefe convocó a una reunión extraordinaria a la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio, para el 3 de mayo de 1958, en Altos de Mompié, en la Sierra Maestra.

El objetivo central era hacer un análisis crítico de los resultados de la huelga de abril y tomar decisiones relacionadas con la estrategia y táctica futura del movimiento insurreccional.

⁵⁹ Ibídem, p. 260.

⁶⁰ Ignacio Ramonet: Ob. cit., p. 222.

[...] Primero: se ratificaba una vez más el liderazgo de Fidel, al que se designó secretario general del M-26-7 y Comandante Jefe de todas las fuerzas insurreccionales, incluyendo las milicias que, hasta ese momento, habían estado a cargo del jefe nacional de Acción en el llano, comandadas por Daniel.

Quedó constituido un secretariado ejecutivo de cinco miembros, presidido por Fidel, como secretario general, e integrado por René Ramos Latour, secretario de Acción; Faustino Pérez Hernández, secretario para los Asuntos de la Administración Civil del Territorio Libre; David Salvador, secretario para los Asuntos Obreros y Carlos Franqui, secretario para la Propaganda y Divulgación —estos dos últimos, traidores—; Font como delegado para la Coordinación [...]

Junto a otro acuerdo, se creó una delegación nacional que radicaría en el llano, integrada por Marcelo Fernández. Estos acuerdos fueron tomados y otros de suma importancia para la continuidad de la lucha dentro y fuera del país.⁶¹

Después de esta histórica reunión en Altos de Mompié y quedar organizada la dirección nacional del M-26-7 y de las milicias, estas continuaron desempeñando un papel de suma importancia en la lucha contra la dictadura batistiana, hasta el mismo 1º de enero de 1959.

Es importante precisar que los combatientes que participaron en el levantamiento del 30 de noviembre, antes y después de esta fecha, cumplieron otras misiones que exigieron decisión y valentía. Muchos se incorporaron al Ejército Rebelde, otros continuaron en la clandestinidad. Por lo tanto, para referirnos a ellas sería necesario escribir la biografía de cada uno de los aguerridos combatientes.

En Santiago de Cuba muchas acciones audaces y heroicas fueron ejecutadas por las diferentes estructuras del MR-26-7, ellas se inscribieron en la rica historia combativa de este pueblo. A manera de ejemplo, relacionamos a un grupo de jóvenes que cumplieron acciones riesgosas para sus vidas, nos referimos a Reynaldo Írsula Brea, Rey; Ángel Prince Mateo, Blanco Pobre; Rafael Domínguez Pagán, Chinaco; Nelson González Recio, Bebito; Mariano Enrique Isarda, Papucho; Arlex Struch; Armando

⁶¹ Belarmino Castilla Mas...: Ob. cit., p. 27.

García Asturú; Santiago Romadidy Madruga; Manuel Jaca Tornés; Alberto Vázquez García; Roberto Letussé Gomero; Miguel Mariano Martínez Hierrezuelo; Miguel y Enrique Deulofeu Ramos; Jorge Romero Romero; Ángel Joel Chaveco Hernández; Manuel Céspedes Fernández; César Lara Roselló; Rafael Govea Sallés y Carlos García Losada, entre otros.

Las milicias, cantera de la Columna No. 9 del Ejército Rebelde

El 12 de mayo de 1958, llegó como refuerzo al recién abierto Segundo Frente Oriental Frank País, la Columna No. 9 José Tey, procedente de la sierra de la Gran Piedra. Sus integrantes (131) habían pertenecido a las milicias de Santiago de Cuba, a diferencia de otras, como la Columna No. 6, que fueron un desprendimiento de la columna madre en la Sierra Maestra.

Sobre su arribo al frente guerrillero, destaca el general de ejército Raúl Castro Ruz en el prólogo que escribiera para el libro *Alborada de libertad. Columna No. 19 José Tey*.

La llegada de este importante refuerzo a la comandancia del frente resultó emocionante. Se unía un grupo de consideración a quienes habían realizado el azaroso viaje hasta el territorio asignado por el Comandante en Jefe para la apertura del Segundo Frente y a los grupos que se habían incorporado desde la llegada a esta zona. Ahora teníamos ante nosotros una columna debidamente organizada, armada y disciplinada, que ya había recibido su bautismo de fuego. En esos momentos difíciles, pero llenos de optimismo, se produjo el abrazo revolucionario de los jefes y combatientes de las Columnas 6 y 9, quienes atravesando montañas y llanos llegaron al Segundo Frente el 12 de mayo de 1958, procedentes de la cordillera de la Gran Piedra.

Con el refuerzo de la Columna 9, el Segundo Frente se encontró en mejores condiciones para resistir y hacer fracasar los planes enemigos.

A partir de entonces, los guerrilleros de esta columna participaron conjuntamente con los de la 6 y con las fuerzas que se

habían incorporado desde nuestro arribo a la zona más oriental de la provincia en diferentes acciones de guerra. Entre estas, cabe mencionar las ejecutadas por los combatientes de Los Indios, La Lima, Ocuja, La Zanja, Moa y Casimba Arriba; la operación de Nicaro, la toma de Sagua de Tánamo, Cayo Mambí y Guanima de Mayarí.⁶²

La mujer santiaguera en la lucha contra la dictadura

El rol jugado durante la clandestinidad por la mujer santiaguera, herederas de Mariana Grajales, forma parte de la historia combativa de todo el pueblo cubano.

Encabezadas por Vilma Espín Guillois, decenas de mujeres de esta provincia se incorporaron al Movimiento 26 de Julio para desempeñar un sinnúmero de acciones llenas de heroicidades en la lucha contra la tiranía. Determinante fue el apoyo que brindaron al Ejército Rebelde: requisar y trasladar armas y municiones; recolectar y confeccionar uniformes y brazaletes; acopiar medicamentos; dar seguridad y protección a combatientes clandestinos; distribuir *La historia me absolverá*; apoyar huelgas y manifestaciones; elaborar y distribuir propaganda; recaudar dinero con la venta de bonos e, incluso, participar en acciones combati-vas. Sería muy difícil particularizar cada caso, pues son decenas y decenas las que pertenecieron al Movimiento 26 de Julio y a sus milicias; pero relacionar algunas de ellas es imprescindible:

Asela de los Santos Tamayo; Anita Céspedes; América Domitro; María Antonia Figueroa Araújo; Electra Fernández; Esther María de la Torre; Nydia Sarabia; Ibia e Ibis Rodríguez; Angelina Montes de Oca, la Tía; Claudia Rosa Montes de Oca, Francesa; Josefina Maceira Peña, Nené; Nancy Ojeda Miranda; Martha Correa; María Julia Rosado Serrá; Olga Lara García; Sonia y Magalis Martínez Riera; Lucía Parada; Marcia Céspedes; Isabel Baltasar; Marina Malleuve Bottino; Mirtha Jacas; Vicenta Canedo Díaz; María, Ramona y Enriqueta Ruiz Bravo; Juana Portes;

⁶² Raúl Castro Ruz: (prólogo) *Alborada de libertad. Columna No. 19 José Tey*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2007, p. 9.

Josefina Hoa; Zoila América Fernández; Enma Núñez; Marta Correa Trujillo Aldama, entre otras.

Muchas de ellas y otras no mencionadas se incorporaron al Ejército Rebelde, siguieron el ejemplo de Vilma Espín. En la Sierra cumplieron misiones riesgosas para sus vidas, y con su actitud y disposición ostentan el honroso mérito de haber contribuido con las armas en las manos al derrocamiento de la tiranía. También impartieron clases políticas y de superación cultural a soldados del Ejército Rebelde, atendieron a heridos y enfermos en condiciones de campaña, bajaban al llano para servir como enlace o a gestionar armas, medicamentos y otros medios para el Ejército Rebelde.

Nadie duda que la mujer santiaguera combatiente es digna de ocupar un lugar en el pedestal de la patria.

Batalla final de Santiago de Cuba

Al Tercer Frente Mario Muñoz, dirigido por el comandante Juan Almeida Bosque, le correspondió la histórica misión de llevar a vías de hecho el cerco a Santiago de Cuba y otras ciudades aledañas.

[...] Luego del fracaso de la ofensiva batistiana ante la heroica resistencia de las tropas rebeldes, la Columna No. 3 Santiago de Cuba, comandada por Juan Almeida Bosque, regresó el 12 de agosto de 1958 al territorio del Tercer Frente. Con ello se inició una etapa decisiva y de extraordinaria importancia para el desenlace final de la guerra en esta zona del país.

Desde la comandancia general ubicada en La Lata, Almeida organizó y dirigió las operaciones que se desarrollarían en todo el extenso territorio del Tercer Frente.

Días después se incorporaron las columnas: No. 3 Santiago de Cuba, comandada en esos momentos por Guillermo García, que se ubicó en Limoncito; No. 10 René Ramos Latour, al mando del comandante René de los Santos, que se estableció en la Loma del Gato; y la No. 9 Antonio Guiteras, dirigida por el comandante Hubert Matos (traidor), que tendría su campa-

mento de operaciones en las zonas de El Escandel, El Cristo y Puerto Boniato y su comandancia en Matayegua.

Las Columnas No. 10 René Ramos Latour y No. 9 Antonio Guiteras operaron en los alrededores de Santiago de Cuba; los capitanes Calixto García y Universo Sánchez, al mando de otras fuerzas, acamparon en Matías y Hongolosongo.

La firmeza y el valor revolucionario de los combatientes del Tercer Frente estuvieron a prueba decenas de veces en arriesgadas operaciones, entre las que pueden citarse: el combate de Paraná, donde cayó herido y prisionero el teniente coronel Nelson Carrasco Artiles, el oficial de más alta graduación capturado por el Ejército Rebelde en el territorio durante la guerra; la emboscada de Puerto Moya, en la que detuvieron y aniquilaron un convoy de refuerzo que se dirigía a Palma Soriano; en tres oportunidades, en San Vicente, rechazaron al ejército de la tiranía, y una de las veces derrotaron al Batallón Especial 10 de Marzo enviado por Batista para aniquilar a los guerrilleros que operaban en las montañas de Oriente.

Otros combates y acciones importantes fueron en Aguacate, El Caney, Santa Rita, La Aduana, que duró tres días; el del cruce de Tejemaní, donde se le incendiaron decenas de vehículos; El Cacao, San Ramón de Guaninao, Dos Palmas, el cuartel de las microondas de Santiago, El Ají, El Cobre, Charco Redondo, El Cristo, Charco Mono, la refinería Texaco, entronque de Los Baños e infinidad de emboscadas y escaramuzas en la Carretera Central y otras vías de comunicaciones.

Estos importantes golpes en las mismas puertas de la heroica Santiago de Cuba, demostraron a Batista la fuerza y pujanza del Ejército Rebelde.⁶³

⁶³ Gerónimo Álvarez Batista: *III Frente: A las puertas de Santiago*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 19-21.

Incursiones de las fuerzas rebeldes en Santiago de Cuba

El 14 de noviembre de 1958, *Radio Rebelde* daba a conocer, a través de un parte, algunas acciones mediante las cuales fuerzas rebeldes habían penetrado en Santiago de Cuba.

Hemos recibido por radio los siguientes partes de guerra:

[...] Fuerzas del pelotón William Soler penetraron en la ciudad de Santiago de Cuba, llegando hasta el depósito de la Compañía Miller, incautándose de una camioneta. Logrando también entrar a la bahía de Santiago de Cuba pasando de la Socapa hasta El Morro.

En el muelle de la Socapa se incautaron de una embarcación trasladándose hasta Cayo Smith, pasando al Club Militar y Naval, que se encuentra a doscientos metros. Ya en el cayo, se penetró en la casa del práctico, donde se tomó el único teléfono existente.

En la Columna 10 René Ramos Latour se presentaron los soldados de la dictadura Miguel Pérez Medina, con un Springfield y 140 balas, y el soldado Jesús Medina Estrada con un Springfield y 120 balas.

Miembros del pelotón William Soler entraron en la ciudad de Santiago de Cuba y tomaron el reparto Agüero. Nuestras patrullas móviles abrieron fuego al ejército y a unas cuadas del cementerio Santa Ifigenia en la calzada de Dos Caminos del Cobre, se enfrentaron a una microonda. A los pocos minutos llegó otra. A la primera le fueron causada tres bajas y a la segunda dos. Seguido, en la misma acción, se practicó un registro en la casa de un miembro de la tiranía y se le ocuparon dos granadas italianas, una pistola calibre 32 y dos escopetas de caza.

Fuerzas del pelotón Roberto Lamelas se introdujeron en El Cobre, le apresaron al ejército un yipi e hicieron cinco bajas. Se capturaron dos Springfield y tres revólveres.

Un pelotón al mando del capitán Oscar, Ñico, atacó la refinería Texaco y la tomó por varias horas. Ya tomada, el pelotón se dirigió a una guarnición militar, le ocupó dos carabinas M-1 y un Springfield con su correspondiente parque. Esta operación fue dirigida por el comandante René de los Santos de la Columna 10.

Un pelotón al mando del capitán Fernando Vecino avanzó por las calles de Santiago de Cuba, hasta llegar al reparto Agüero, donde destruyeron un carro y dicha patrulla tiroteó en el reparto durante varias horas a las fuerzas de la tiranía sin encontrar resistencia.

Los hombres que pelearon en esta zona protagonizaron otras muchas proezas. Fueron los que penetraron clandestinamente en las ciudades para ejecutar distintas acciones comando, tantas veces como fue necesario, arriesgando la vida a cada paso, en los momentos que se recrudecía la represión dictatorial, cada vez mayor en la medida en que iba tomando auge y extendiéndose la lucha armada.⁶⁴

Los hombres que penetraron clandestinamente en las ciudades tienen muchas vivencias que transmitir. Un ejemplo de cuanto ocurrió en las calles de Santiago es la siguiente narración del teniente coronel Rafael Rodríguez, Chinaco:

Después del fracaso de la huelga general de abril, la tiranía de Batista desató una violenta represión contra los combatientes clandestinos en las distintas ciudades de Oriente, muchos fueron asesinados, otros pasaron a la vida clandestina totalmente, se marcharon a la Sierra Maestra o se trasladaron a otra provincia del país. Esta situación, en los primeros meses, ocasionó un fuerte golpe a los grupos que tenían la responsabilidad de la acción y sabotaje, sobre todo en Santiago de Cuba.

Esta es la razón principal, que estando nosotros en la Sierra Maestra, después de derrotar la ofensiva del ejército de la tiranía, nuestro Comandante Jefe, Fidel, seleccionó a varios guerrilleros para que de inmediato nos trasladáramos a Santiago de Cuba, con el propósito de apoyar, reorganizar y fortalecer la lucha clandestina y preparar las condiciones que permitieran el ataque final de las fuerzas rebeldes a la segunda fortaleza militar de Batista.

El grupo que organizó Fidel quedó integrado por Reynaldo Írsula, Jesús Padilla, Luis Lazo y yo. Realizamos la marcha desde

⁶⁴ *Ibíd.*

La Plata como integrantes de la Columna 10 René Ramos La-tour, que dirigía el entonces capitán René de los Santos. Si todo esto fue posible y tuvo éxito, se debió, en primer lugar, al apoyo decidido y constante que el pueblo santiaguero ofreció a las tropas rebeldes. Cada casa significó entonces un seguro refugio para ellos, de la misma forma que sumaron cientos de hombres y mujeres de Santiago que intervinieron en el trasiego de armas, medicinas, víveres y otras mercancías para el Tercer Frente, o se alzaron en ese territorio en el momento preciso.

Ubicados en la Loma del Gato ejecutamos distintas acciones dentro y en los alrededores de Santiago, entre las que están una emboscada a un yipi en la carretera de la refinería Texaco. En esta operación nos sorprendió un refuerzo de la tiranía que llegó en helicóptero, al que inmediatamente le abrimos fuego con nuestros M-1, mientras ellos atacaban con sus ametralladoras de grueso calibre. En otra ocasión entramos por Marimón y llegamos hasta Martí y Crombet. También nos llevamos camionetas y otros vehículos de la ciudad.

Trancurridas varias semanas, penetramos a Santiago por distintos lugares, a compañeros que tenían gran experiencia en acción y sabotaje, y seguidamente nos dimos a la tarea de localizar a un grupo formado por combatientes clandestinos, teníamos magníficas relaciones con los que aún estaban luchando dentro de la propia ciudad.

El grupo se fue ampliando a medida que transcurrían los días, hasta llegar a setenta u ochenta compañeros.

Ya a finales de noviembre y principios de diciembre se realizaron distintas acciones en Santiago: quema de guaguas, distribución de propaganda, explosiones de bombas, atentados y sabotajes a industrias y los servicios. Muy unido al auge de la lucha crecía el apoyo decidido y valiente del pueblo santiaguero. Hay que destacar que durante todo ese tiempo no se perdió el vínculo de nosotros con la guerrilla, sino se incrementó considerablemente, ya que por semanas, y en ocasiones a diario, teníamos contacto con el comandante René de los Santos y otros integrantes del Tercer Frente.

En esos momentos las tropas de la Columna 10 operaban en los alrededores de Santiago, tenían prácticamente rodeada la ciudad y penetraban en ella a cada instante. Esto permitía una comunicación directa entre guerrilleros y combatientes clandestinos; al final de la guerra no se sabía dónde terminaba la ciudad y donde comenzaba la montaña.

En nuestro trabajo, y por orientaciones expresas de Fidel, continuamos fortaleciendo ese importante vínculo ciudad-sierra, sierra-ciudad; intensificamos el envío de abastecimiento para la guerrilla; coordinábamos las acciones y recibíamos apoyo del Ejército Rebelde que operaba en el Tercer Frente.

Los compañeros que se “quemaban” en el trabajo clandestino, los enviábamos rápidamente para territorio rebelde, y después de la primera quincena de diciembre nuestros combatientes recibieron adiestramiento militar y el manejo de las armas en un lugar llamado Nima-Nima, donde acampaban las tropas de Almeida.⁶⁵

El cerco a Santiago de Cuba se iba consolidando con las acciones combatives conjuntas que continuaron desarrollándose a finales de noviembre y durante diciembre por las fuerzas del Tercer Frente del Ejército Rebelde, el apoyo del Segundo Frente y de los combatientes de la lucha clandestina.

Las principales acciones y la situación que se iba creando son narradas por el comandante Félix Duque, segundo jefe de la Columna 9:

En varios lugares apoyamos las operaciones del Segundo Frente: San Luis, Songo, La Maya, Dos Caminos, las operaciones de Guantánamo y otras; porque el Tercer Frente ocupaba el anillo de los alrededores de Santiago de Cuba.

También hicimos una escaramuza en el cuartel de los “caballitos”, que estaba a la salida de la carretera de Guantánamo.

Este hostigamiento constante al enemigo contribuyó, como factor decisivo, al resquebrajamiento de la moral del ejército de Batista. Porque se sentían inseguros, no podían dar un paso fuera de Santiago, no podían caminar un metro fuera del perímetro

⁶⁵ Ibídem, pp. 348-350.

de Santiago; porque dondequiera y a cualquier hora de la noche y del día los hostigábamos con esas escaramuzas, que no tenían una gran importancia militar. Y por otro lado nos hacíamos sentir en la población, que nos ayudaba, comentaban constantemente las acciones que realizábamos en las propias puertas de Santiago de Cuba. Todo esto contribuyó a crear el clima que realmente Fidel buscaba al ordenar el bloqueo a Santiago de Cuba.

Nosotros no permitíamos el suministro de alimentos a Santiago, y el pueblo de esta ciudad, lejos de sentirse afectado por esto, al contrario, se exaltaban los ánimos revolucionarios y apoyaban aún más la lucha clandestina y guerrillera.

Antes de atacar a Palma tuvimos un contacto con Fidel. Me comunicó mi ascenso a comandante.⁶⁶

Más adelante, el comandante Félix Duque expone:

Los principales combates y acciones de nuestra tropa fueron en Puerto de Moya, El Cristo, San Vicente, la toma del cuartel de las microondas, la cercanía de nuestras fuerzas a Santiago, donde entraban a cada instante y hostigaban distintos objetivos. Los sabotajes, escaramuzas a convoyes militares, patrullas y demás, todo contribuyó a formar un clima de guerra en la ciudad de Santiago de Cuba [...]

Un factor decisivo para el triunfo, aparte de las acciones combativas que desarrolló la columna y en general el Tercer Frente, fue la conexión directa, el vínculo directo del pueblo revolucionario de Santiago de Cuba con la guerrilla.

Estando nosotros en la montaña, ahí se aparecía la gente, a veces ni miembros del 26 de Julio sino simples ciudadanos, a llevarnos comida, un radio, una medicina y el aliento para seguir la lucha contra Batista. Ese fue un factor muy importante para la victoria de las fuerzas rebeldes.

La victoria se alcanzó con los grandes y demoledores golpes que la tropa rebelde le propinó al enemigo; esto contribuyó a crear el clima, por parte de ellos, de desesperación, de desmoralización, y por parte de la población, de efervescencia revo-

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 372-374.

lucionaria. Es indiscutible que cuando analizamos el papel desempeñado por el Tercer Frente, hay que destacar que la plaza de Santiago de Cuba era la segunda fortaleza del tirano Batista, y poco a poco se le fue reduciendo, hasta que llegó un momento, en noviembre y diciembre, que el control solo lo ejercían dentro del Moncada o dentro de otros cuarteles existentes.⁶⁷

Toma de Palma Soriano

El 22 de diciembre de 1958, en El Tamarindo, lugar cercano a Palma Soriano, se efectuó un encuentro de jefes presidido por Fidel, el cual contó con la presencia de Raúl y Almeida. Allí se concretaron detalles para la toma de Palma Soriano y de la ofensiva rebelde hasta la victoria total.

La toma de Palma Soriano fue una de las acciones del Ejército Rebelde de más connotación, con vista a lograr el cerco y la rendición de la plaza de Santiago de Cuba. Fue la primera acción militar en la que convergieron fuerzas del Primer, Segundo y Tercer Frentes, todas bajo el mando del Comandante Jefe, Fidel Castro Ruz. Para describir cómo se produjo esta batalla, lo haremos sobre las narraciones de algunos de sus principales protagonistas.

Comandante Universo Sánchez

Hacia los días finales de diciembre de 1958, recibimos la orden de Fidel de encaminarnos al aeropuerto de Palma Soriano y tomar posiciones, ya que se tenía la confidencia de que por la mañana arribaría un avión en el que vendría el jefe militar de aquella plaza. Así lo hicimos, auxiliados por un práctico.

Rápidamente nos dimos a la tarea de atrincherarnos a lo largo de un cañaveral cercano.

Durante toda la noche y parte de la madrugada estuvimos cavando trincheras y pozos de tiradores. Los picos y las palas eran escasos, así que los que no pudieron construir su posición

⁶⁷ *Ibídem.*

optaron por camuflarse con los medios que tenían a su alcance, entre ellos, pajas de caña. A eso de las siete de la mañana apareció el avión, una especie de Piper, que comenzó a dar vueltas en torno a nosotros por espacio de quince o veinte minutos. Al principio creíamos que nos habían descubierto, pero más tarde nos dimos cuenta de que la tripulación del aparato estaba esperando una avanzada que vendría a recibirlos.

Aún distante de nuestra posición divisamos el avance de las fuerzas enemigas compuestas por una tanqueta de tipo americano, tres yipis y un grupo de guardias a pie que formaban su retaguardia. El número no pudimos precisarlo.

Dimos instrucciones a la tropa, que no se le hiciera fuego hasta que no se ordenara.

Por principio manteníamos la táctica de que no se efectuara el combate hasta tanto el jefe de la tropa no abriera fuego. Además, las órdenes de Fidel eran muy concretas para este caso, queríamos detener al comandante que venía en el aparato, pero las cosas no salieron como estaban previstas.

Ya cerca de nosotros las fuerzas enemigas, el teniente Antonio Santana violó la orden dada, iniciando el fuego. Los compañeros lo secundaron estimando que aquellos tiros (por la libre) eran la señal requerida. El aparato remontó el vuelo, tal vez alertado desde el cuartel sobre la situación imprevista que comenzaba. El tiroteo se generalizó. Las fuerzas de la tiranía entablaron combate, e inició más tarde, la retirada, no sin antes dejar el saldo de cinco guardias muertos y tres prisioneros. Los heridos leves también lograron escapar, protegidos por la vegetación reinante se refugiaron en el cuartel que se encontraba próximo a la zona de operaciones. Incluso la tanqueta, a pesar de tener ponchadas las ruedas por la efectividad de nuestros disparos, evadía el ataque rebelde.

Mientras el combate de desarrollaba, otro avión acudía en auxilio de la fuerza enemiga. Con vuelo rasante atacó nuestras posiciones. También de ello nos ocupamos, aprovechando su vuelo bajo para hacerle fuego; lo pusimos en fuga. Pronto comprendieron que la única manera de desalojarnos era dándole

candela al cañaveral, y así procedieron a través del lanzamiento de granadas. El aparato no era un avión de combate, sino más bien un aeroplano pequeño al cual se le había improvisado una ametralladora calibre 50 o 30.

Rápidamente, decidí enviar un mensaje al hoy general Orlando Rodríguez Puerta para que tomara posición al suroeste del central Palma. En el plan inicial esta tropa tenía la misión de servirnos como fuerza de refuerzo o apoyo, según establecían las órdenes del propio Fidel.

Cumpliendo la orden, las fuerzas a mi mando comenzaron también el avance hacia el central. Allí, lamentablemente, perdieron la vida seis compañeros. Cinco de ellos, motivado por el fuego de unos doce guardias que se hallaban atrincherados detrás de unos balones de gas, y el último pereció electrocutado cuando se disponía a cortar el fluido eléctrico del central.

Las primeras bajas fueron originadas por la propia osadía y bravura de nuestros compañeros, que sin prever el peligro que corrían trataron en cuatro ocasiones de rescatar el cadáver del compañero que había caído bajo el fuego certero de uno de aquellos guardias. Ordené suspender la acción, el sacrificio inútil, y esperar a que cayera la noche para ir en busca de los compañeros caídos. Aliados de la noche y protegidos por una plancha de ferrocarril, logramos rescatar los cadáveres.

Por la mañana, con el central rodeado por nuestras fuerzas, fui a hablar con el administrador. Nuestra visita tenía el propósito de que él intercediera para obtener la rendición de los guardias y evitar así la destrucción de las instalaciones, máxime cuando estaba próximo el comienzo de la zafra. Me acompañaban en la misión cuatro compañeros, entre ellos, Ornis.

El administrador del central Palma comprendió las razones expuestas y se disponía a llamar por teléfono para gestionar la rendición de los guardias. De pronto, a unos cuatro metros observé un grupo de diez o doce hombres con trajes verde olivo, con gorra igual a la nuestra. Al principio no le di importancia, pero cuando logré divisar al último hombre, me percaté de que

no eran compañeros nuestros. Este se protegía la cabeza con un casco de acero.

Casi al unísono ambos quedamos al descubierto. Sonó un disparo que rompió unos cristales cerca de mi cara. Después, otro que destrozó la pierna del teniente Ornis. Instintivamente, le arrebaté la Browning bípode a Ornis y desde el suelo lancé mi primera ráfaga. Vi que el guardia del casco cayó. No sé si herido o muerto o simplemente para protegerse de la segunda ráfaga. Jamás logré saberlo. Los guardias desaparecieron vertiginosamente de nuestra vista aprovechando el declive de un campo de golf. Simultáneamente, desde el cuartel (que se hallaba a tiro de fusil de caza del administrador) abrieron fuego para proteger la retirada de los casquitos.

Ya con el central Palma en nuestro poder, hicimos un acto para efectuar un chequeo y conteo de las operaciones. Situamos el estado mayor en una casa conocida por el club de los americanos. ¿Y por qué ese lugar? Por una razón elemental. En nuestro avance cayó en nuestras manos una microonda, de esta manera logramos enterarnos de que se le prohibía a la aviación batistiana bombardear la zona por miedo a que fuera alcanzado el club de los americanos. Comprendimos pues, que no había lugar más seguro que el famoso club. Allí conocimos al ya desaparecido actor cinematográfico Errol Flynn, quien se mostró interesado en hacer unos trabajos periodísticos sobre el Ejército Rebelde. Y también preparamos el plan de ataque al cuartel de Palma Soriano.

Las fuerzas a mi mando iniciarían el ataque desde el norte y las del comandante Guillermo por el oeste. Cavamos nuestras trincheras en el propio reparto residencial y comenzamos el fuego. El cuartel de la guardia rural era invulnerable al calibre de nuestras armas, pero esperábamos el refuerzo de Aeropajito Montero con su mortero. Al segundo día de operaciones arribó Aeropajito. A pesar de sus escasos conocimientos en el manejo del mortero, fue el primer combatiente que utilizó esta arma capturada a la tiranía. Aeropajito se distinguía por sus disparos a cálculo. El segundo o tercer mortero cayó en los servicios del

cuartel, produjo varias víctimas. Aquello hizo un efecto psicológico. Con anterioridad habíamos dado muerte a todos los animales que encontramos cerca del cuartel para crear un clima de muerte, a través de la pestilencia originada por la putrefacción de los animales sacrificados. Así, al recibir el primer mortero, los guardias creyeron que se les acercaba el fin y decidieron izar la bandera blanca, pero una singular enseña de capitulación: una alta vara en cuyo extremo superior flotaba un calzoncillo.

Nuestros hombres se lanzaron de inmediato al asalto de la madriguera conquistada, cuando llegamos ya se encontraba dentro un hermano del comandante Guillermo García (Lorenzo) con un grupo de compañeros. Los prisioneros los trasladamos para una de las naves del central.

Con una fuerza rebelde mayor a la inicial de ciento ochenta hombres (aceptamos la incorporación de algunos civiles) avanzamos hacia el centro del pueblo en busca del último reducto enemigo, que se encontraba al mando del comandante Sierra Talavera. Este no había podido auxiliar a los guardias del cuartel, porque muy cerca de la nave que ocupaba se hallaban las fuerzas de Filiberto Olivera. Además, por la parte sur de la ciudad estaban las tropas del comandante Vilo Acuña, que horas antes había atacado la Estación de Policía e, incluso, parte de sus hombres, al mando de Tomassevich, Diocles Torralba y Lino Carerras, asediaban a un grupo de policías y masferreristas que habían logrado refugiarse en una casa de tres pisos próxima a la nave. Es decir, que ya en Palma Soriano se encontraban luchando las fuerzas rebeldes pertenecientes al Segundo y Tercer Frentes, todas dirigidas por el comandante Juan Almeida.⁶⁸

Comandante Diocles Torralba

En Palma había tres objetivos: la Estación de Policía, el cuartel de Sierra Talavera y el cuartel de la guardia rural que era el más fuerte. La idea de Fidel consistía en atacar dos días antes

⁶⁸ Ibídem, pp. 422-427.

la Estación de Policía, y tratar de tomarla sin atacar el cuartel, con vista a que el ejército de la tiranía sacara gente del cuartel y con ello debilitara esa posición.

Lino atacó la jefatura de policía, y mis hombres prepararon una emboscada para evitar que llegara un refuerzo. Filiberto y Atón atacaron el edificio donde estaba el cuartel de Sierra Tavera. Después de combatir un rato, nos replegamos, y al día siguiente volvimos a entrar a Palma Soriano. Ya los policías se habían trasladado de la Estación de Policía para el edificio de cuatro plantas, donde además había masferreristas y soldados que hacían resistencia.⁶⁹

General de cuerpo de ejército Sixto Batista

En el ataque al hotel participó Diocles Torralba, Lino, el pelotón nuestro y el de Saborit. Esto fue el 24. Al amanecer del 25 toda la gente estaba cercada y les estábamos planteando que se rindieran. Lino y Diocles se lanzaron a tiro limpio para el parque Martí y tuvimos que sacarlos, ya que eran un perfecto blanco del enemigo.

El día 26, si mal no recuerdo, sobre las dos o tres de la tarde, los enemigos que estaban en el hotel de los cuatro pisos, sacaron por la ventana una bandera blanca de rendición. Dos muchachos de Palma, Tato Montalván y William Cobas, de diecisiete y dieciocho años, avanzaron confiados hacia la madriguera y fueron abatidos cobardemente por el fuego. Saborit, que estaba en la bocacalle, avanzó a rescatar los cuerpos de los dos combatientes y recibió un balazo en la columna.⁷⁰

General de brigada Lino Carreras

Ante este acto criminal nuestros compañeros intensificaron el ataque hasta que el 26, pasadas las cuatro de la tarde, fue

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 427-428.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 428.

tomado el hotel de las cuatro plantas y capturados los esbirros que se habían fortificado en ese lugar. Recuerdo que los metimos presos en la propia jefatura y tuvimos que ponernos duros con los vecinos del lugar, porque querían linchar a los prisioneros. En realidad fue un asesinato lo que realizaron con William y Montalván, y el pueblo quería hacer justicia por su cuenta, pero nosotros lo evitamos.⁷¹

Apoyo del Segundo Frente

Una de las disposiciones de Fidel había sido que fuerzas de las compañías A y B de la Columna 17 Abel Santamaría participaran en las acciones subordinadas al jefe del Tercer Frente. Una carta del comandante Raúl Castro al inspector general del Segundo Frente, capitán Manuel Piñeiro Losada, fechada el propio día 18, daba cuenta de ello:

Piñeiro:

Después de una extensa entrevista con Fidel, momentáneamente hemos llegado a la siguiente conclusión:

[...]

2) Filiberto con 50 hombres bien armados deberá partir inmediatamente para la zona de Almeida, poniéndose a las órdenes de este por espacio de unos días. Debe traer por lo menos tres o cuatro minas grandes. Deben hacer el camino del central Hatillo y de ahí a El Caney del Sitio, donde esperaran al comandante Almeida.

3) Los hombres restantes de la compañía de Filiberto, que serán unos 40 o 50, deben ser puestos bajo el mando de un buen oficial de esa compañía y trasladarse para la finca de Ruseau entre Dos Caminos y San Luis (es una finca donde hay muchas camas de carretas rotas en el suelo). a) Esta tropa debe tener instrucciones de acudir si es llamada por Tomassevich para cerrar el paso de la tropa de Palma que quiera irse para Santiago. b) Igualmente debe acudir si es llamada por el comandante Hubert Matos para acudir como refuerzos

⁷¹ Ibídem, p. 428.

a San Vicente, Puerto Boniato o el Puerto de Moya donde está el capitán Duque. Debes explicarles bien a estos compañeros la necesidad de obrar disciplinadamente obedeciendo fielmente las órdenes que emanen de los oficiales que los llamen. Igualmente comunicarle a Filiberto que por unos días debe de estar con Almeida, donde espero actúe de la misma forma que en estos últimos días de victorias, prestándole al comandante Almeida la máxima ayuda en todos los sentidos y que dentro de unos días sus hombres serán nuevamente reunidos.
[...]

8) En caso de que los hombres de Filiberto que tienes que mandar entre Dos Caminos y San Luis aún los tenga el Príquiti,⁷² debes dejárselos hasta que hagan la operación de Caimanera y después que vayan para el punto indicado. El que sí debe salir enseguida es Filiberto con 50 hombres para El Caney del Sitio, donde esperará a Almeida.⁷³

En ese momento, el comandante Antonio Enrique Lussón, con unos sesenta hombres de las unidades móviles 1 y 2, y el capitán Colomé Ibarra, con su compañía, estaban empeñados en los combates de Sagua de Tánamo y Cueto.

General de división Raúl Menéndez Tomassevich

El Comandante Jefe me ordenó traer un pelotón bien armado para incorporarlo a las acciones de Palma y que al frente viniera otro compañero.

Para ello decidí emplear el móvil ubicado próximo a la carretera, entre San Luis y Palma, que había regresado de Puerto Boniato después de realizar acciones combativas en apoyo a la Columna 9.

Mientras estaba de recorrido por otras posiciones de mi compañía, el comandante Juan Almeida pasó por la ubicación

⁷² Se refiere a Samuel Rodiles Planas.

⁷³ Comisión de Historia Columna No. 17 Abel Santamaría: *Triángulo de victorias*, Casa Editorial Verde Olivo, 2008, pp. 386-387.

del pelotón móvil y le comunicó al teniente Raúl Fernández Marrero, segundo jefe, que tenía instrucciones del Comandante Jefe para reforzar las fuerzas que atacaban la guarnición de Palma Soriano con personal de la compañía A.⁷⁴

Otros aspectos relacionados con el ataque a Palma Soriano se han abordado por la misma comisión, autora del libro *Triángulo de victorias*. De sus remembranzas son los párrafos que siguen:

El ataque a Palma Soriano había comenzado en la noche del 23 de diciembre con el hostigamiento a la Estación de Policía por fuerzas del Tercer Frente, al mando del capitán Lino Carreras. Pronto la ciudad quedaría dentro de un cerco de fuego. En la mañana siguiente, un destacamento del Tercer Frente, a las órdenes de Universo Sánchez, entabló combate en las inmediaciones del central Palma con efectivos del Escuadrón 14 de la guardia rural, que se defendía en el cuartel de la localidad, donde se concentraba el grueso de las fuerzas. En ese sector, el enemigo estaba también dislocado en varias avanzadas y dos servicentros al oeste de la ciudad: uno al lado de la carretera y otro cerca del río Cauto. En la otra orilla del río, la Compañía 104, al mando del comandante Francisco Sierra Talavera, se defendía en los almacenes del Banfaic.

Las fuerzas de la Compañía A arribaron a las dos de la tarde del día 24 y recibieron la misión de apoyar el cerco y ataque contra el hotel.

El capitán Filiberto Olivera Moya, por órdenes directas del comandante Raúl Castro, se había incorporado a las acciones en Palma Soriano en la noche del día 24 con fuerzas de su compañía; había dejado a su segundo al mando, el teniente Héctor García Tamayo, al frente del personal y marchado a entrevistarse con el Comandante Jefe, quien le dio instrucciones y le subordinó el personal de la Compañía A.⁷⁵

⁷⁴ Comisión de Historia Columna No. 17 Abel Santamaría: Ob. cit., 2008, p. 388.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 388-389.

Comandante Filiberto Olivera

Entramos en Palma el día 24. A las diez de la noche estábamos en la casa de Elba Cedeño, quien Fidel me había dicho que me iba a enseñar el pueblo, pues era la práctica y miembro del movimiento.

Mandé a Héctor García Tamayo con veinticinco o treinta hombres a tomar el puente del río, para que los guardias no pasaran al pueblo; al chino Reynoso lo dejé emboscado río abajo, con el objetivo de que la gente de Masferrer no me fuera a atacar por la espalda. Reynaldo García, con veinticinco o treinta hombres, atacó la casa de H. Hupman y el hospital; así se fueron rodeando las naves donde se encontraba Sierra Talavera.

Junto con cuatro o seis muchachos atacué el servicentro, que tenía dieciséis guardias; ahí se cogieron tres o cuatro prisioneros y murieron dos o tres más.

El pueblo quedó dividido en dos. Entonces le mandé un mensaje a Almeida, pidiéndole un refuercito para acabar de rodear el cuartel del ejército y las naves donde estaba Sierra Talavera; pero la respuesta fue que no había gente.

Contacté con Universo; le expliqué la posición que ocupaba, eran las nueve o diez de la mañana. Avanzamos, porque ellos ya habían tomado el cuartel del central. Con los morteros que tenía Pagito se le tiró al cuartel; el disparo dio en la misma cocina e hizo que se nos rindiera el cuartel.

Reforzamos entonces el ataque a las naves donde estaba Sierra Talavera.

Durante el día 25, al cuartel se le hizo fuego con unos pocos proyectiles de morteros de 60 milímetros, suficientes para lograr un ablandamiento psicológico. Otro mortero, de 81 milímetros, se reservó para el día siguiente; la efectividad de los disparos provocó que al décimo proyectil los guardias levantarán una bandera blanca.

Al día siguiente, llegó a Palma Soriano el capitán Raúl Menéndez Tomassevich y asumió el mando de sus hombres, uno

de los cuales, el teniente Raúl Fernández Marrero, su segundo, fue herido en combate.

En horas de la tarde, se produjo la entrevista del Comandante Jefe, Fidel Castro Ruz, con Lussón, que acababa de regresar de Sagua de Tánamo.

Los puntos de resistencia enemiga habían caído ante el empuje rebelde y solo quedaba el que estaba bajo el mando del comandante Sierra Talavera en las instalaciones del Banfaic, atacado por el capitán Filiberto Olivera.

Había que convencer a los sitiados de que toda resistencia resultaba inútil y se pensó en un plan que dio resultado. Desde un carro con amplificadores se les habló de la situación general y la suya en particular, encerrados sin salvación posible; de la conveniencia para todos de que se produjera la rendición. Se les ofreció una tregua para evacuar a los heridos y entablar conversaciones.

El jefe enemigo comprendió que no tenía posibilidades de salir airoso de la compleja situación y solicitó parlamentar.

A continuación, en el propio libro, palabras del capitán Filiberto Olivera Moya:

Por la tarde se le metió candela a una nave de café que estaba pegada a otra, donde Sierra tenía su tropa. Poco después me pidió conversar con el Comandante Jefe. Le respondí que era imposible porque Fidel no estaba allí; pero que si quería lo podía llevar hasta el puesto de mando. Me dijo que sí y fuimos hacia allá.

[Simultáneamente, se produjeron numerosas acciones de las Columnas 9 y 10, que acaban de cerrar por completo el cerco a los soldados de la guarnición de Santiago de Cuba. El empuje de estas fuerzas rebeldes que operaban en las mismas puertas de Santiago, los inmovilizó e impidió que pudieran salir en ayuda de los asediados cuarteles del centro de la provincia]

En la madrugada del 27 de diciembre, Sierra Talavera fue conducido hasta Maffo, desde donde el Comandante Jefe dirigía las acciones. Según testigos presenciales, las palabras de Fidel lo sorprendieron: “[...] No, chico, si tú no tienes crímenes de guerra, si tú no has sido represivo, por qué no te pasas, en vez de rendirte, para que no sea una rendición. Tú pasas al

Ejército Rebelde y te mantenemos tus grados de comandante [...]” El jefe enemigo aceptó y el 27 de diciembre de 1958 Palma Soriano fue libre.⁷⁶

En territorio del Segundo Frente Oriental

La operación Flor Crombet, aprobada y dirigida por el comandante Raúl Castro, fue una de las más importantes que se realizaron en el Segundo Frente Oriental Frank País y además parte fundamental de la ofensiva final, iniciada por las fuerzas rebeldes en ese territorio a partir del 1º de noviembre con la operación Gancho.

Concluida la mencionada operación, las acciones no se detuvieron sino que, por el contrario, se extendieron a otras zonas del frente, de acuerdo con los planes del mando rebelde. En la zona norte, fuerzas de la Columna 19 José Tey, a las órdenes del comandante Belarmino Castilla, Aníbal, llevaban a cabo el sitio y el ataque contra las posiciones de la 75 Compañía del ejército enemigo, fortificada en las minas de Ocujal, al tiempo que, en cooperación con pequeñas unidades de la compañía C Roberto Estévez Ruz, de la Columna 17 Abel Santamaría, efectuaban misiones de hostigamiento al enemigo acantonado en Mayarí Abajo, Preston y Nicaro. Otras fuerzas de la columna 19 comenzaban a estrechar el sitio contra Sagua de Tánamo y realizaban incursiones contra las tropas enemigas en Cayo Mambí.

En la zona más al sur, en la dirección El Cristo-Santiago, operaban fuerzas de la Columna 9 Antonio Guiteras, del Tercer Frente Mario Muñoz, cuya misión por esos días era, fundamentalmente, fustigar el cuartel de El Cristo y evitar la entrada de refuerzos desde Santiago en dirección a Dos Bocas-San Vicente-El Cristo-Alto Songo.

Hacia la parte este del territorio, la Columna 18, bajo el mando del comandante Félix Pena, actuaba en los municipios de

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 389-390.

Yateras y Baracoa y golpeaba pequeñas guarniciones del ejército en la región de Baracoa, que se vieron obligadas a refugiarse en la jefatura del escuadrón de la ciudad.

En esa misma dirección, en acción combinada, las Columnas 6 y 18 atacaban y tomaban la guarnición enemiga ubicada en Imías y capturaban la compañía de refuerzo que había ido en su auxilio, operación que constituyó una brillante victoria de las armas rebeldes.

La Columna 6 Juan Manuel Ameijeiras, al mando del comandante Efigenio Ameijeiras incursionaba en la periferia de Guantánamo. Sus fuerzas principales que se preparaban para intensificar las acciones en la carretera Guantánamo-Río Frío, en las direcciones Guantánamo-Baltony y Guantánamo-La Maya, fueron consolidadas con un destacamento de la Columna 18.

En la dirección más al sureste, Ramón de las Yaguas-Filipinas-Baconao, operaba la Columna 20 Gustavo Fraga comandada por Demetrio Montseny Villa. Una parte de sus tropas actuaba en apoyo de la Columna 6 en la carretera Guantánamo-La Maya principalmente en la dirección Río Frío-Belleza.

En el teatro de operaciones de la Columna 17, la reconquista por el enemigo del cuartel de Alto Songo y el reforzamiento de La Maya, El Cristo y San Luis hacían suponer que el ejército reactivaría sus movimientos entre dichos puntos, en particular por la carretera Santiago de Cuba-Guantánamo, importante eje de comunicación al sur y al este del frente [...]

[...]

La Compañía A, reforzada con escuadras de la móvil de la comandancia, presionaba por Alto Songo y mantenía el cerco lejano a San Luis, a la vez que cuidaba las entradas de Santiago de Cuba, Boniato, Dos Caminos y Palma Soriano-San Luis.

La Compañía B fortalecía su móvil, mantenía sus avanzadas y emboscadas e incursionaba sobre la guarnición reforzada de La Maya, la cual también tiroteaba.

La Compañía C cubría un amplio frente desde el oeste de San Luis hasta Mayarí Abajo y La Mensura (hacia el este); impedía el acceso por las diferentes entradas a su territorio; libraba

acciones con pequeñas unidades en cooperación con la Columna 19 sobre Mayarí y Preston y hostigaba e incursionaba sobre los puntos ocupados por el ejército en el frente de su compañía, tales como Cueto y San Germán.

[...] Como parte de la ofensiva general se tenía como propósito recuperar Alto Songo, La Maya, El Cristo, San Luis y otros pueblos con el fin de aislar las tropas acantonadas en Guantánamo y Santiago de Cuba [...]

En la operación participarían de forma coordinada las Columnas 17, 6, 20 —subordinadas operativamente al comandante Ameijeiras—, 9 y otras fuerzas del Tercer Frente con la misión principal de impedir la llegada de refuerzos enemigos a La Maya, Alto Songo y San Luis. A tal fin la Columna 6 debía atacar Río Frío en la carretera de Guantánamo y la 9 El Cristo. El jefe del frente aprobó el plan e impartió instrucciones a los comandantes Efigenio Ameijeiras y Hubert Matos.

[...]

Al Segundo Frente, además de otras acciones, se le ordenó: “[...] El tráfico en la provincia debe quedar paralizado totalmente de nuevo. Todas las entradas y salidas cortadas. Las columnas del Segundo Frente Oriental Frank País deben tomar los cuarteles en forma de triángulo: San Luis, Mayarí, Guantánamo [...]”⁷⁷

Durante la ofensiva, cercano a Santiago de Cuba, las fuerzas del Segundo Frente libraron combates encarnizados y tomaron a Alto Songo, La Maya, San Luis; combatieron en Río Frío y El Paraíso. Participaron, conjuntamente con las fuerzas del Tercer Frente Mario Muñoz en los combates de San Vicente y el Cristo.

Fuerzas del Tercer Frente estrechan el cerco

En los días que se combatía en la toma de Palma Soriano, otras fuerzas del Tercer Frente participaban y estrechaban el cerco de la ciudad de

⁷⁷ Comisión de Historia Columna No. 17 Abel Santamaría: Ob cit., 2008, pp. 247-248 y 250.

Santiago y creaban las condiciones para el asalto final. Algunos de sus protagonistas narran lo sucedido:

General de cuerpo de ejército Rigoberto García Fernández

De inmediato recibimos la orden de estrechar el cerco a Santiago; entramos a la ciudad en los últimos días de diciembre, ocupamos toda esa parte de la entrada de la carretera frente al motel Rancho Club.

Alrededor de este lugar estaba acantonado el comandante Gámez, con cuatrocientos soldados de la tiranía.

Esta era la última puerta para la entrada definitiva de la revolución a Santiago de Cuba.

Desde el 21 comenzamos a hostigar al enemigo y establecimos constantes tiroteos; ellos, por su parte, nos respondieron con un fuego nutrido.

Teníamos rodeada esa zona donde está la cantera. El tiroteo se prolongó por varios días, el enemigo tiraba con morteros.

Ellos tenían la parte de Rancho Club donde había un acueducto. Esa loma la tenían ellos. Nosotros teníamos las lomas de la parte de acá de la carretera. Ya el combate era de posición, teníamos cien hombres. El 24 comenzaron a conversar los guardias y la gente nuestra. Ellos nos decían: “Barbudos, déjenos esta Noche Buena comernos un puerquito”.

Y la noche del 24 les tiramos bastante, los hostigamos constantemente y no los dejamos comer puerquito.

Yo le había mandado un mensaje al comandante Gámez con un combatiente nuestro que era abogado, el compañero Portilla, para que se rindiera.

Independientemente, se habían realizado algunas entregas de guardias en distintas partes de nuestras posiciones.

Gámez respondía negativamente, que él no se entregaba, que combatía hasta el final. Esas fueron las respuestas del comandante. Yo le informaba constantemente a René de esta situación.⁷⁸

⁷⁸ Gerónimo Álvarez Batista: Ob. cit., pp. 442-443.

Comandante Fernando Vecino Alegret

Entonces nos empezamos a preparar para el ataque final a Santiago de Cuba.

Yo había visto a Fidel en el central América y nos habló de la idea general que él tenía. Otra vez nos reunimos con el Comandante en Jefe en el Seminario de El Cobre, donde tenía su cuartel el 31 de diciembre. Ahí estuvimos los que éramos jefes y comandantes de esta zona, y Fidel nos dio indicaciones del ataque a Santiago de Cuba esa misma noche. Pero hacía falta el contacto, que era un oficial de la Marina de Guerra que debía unirse a nosotros de inmediato; porque la idea era que pudiéramos tomar la fragata *Máximo Gómez* con ayuda de algunos miembros de la tripulación, y que esta diera la señal de ataque. Porque ya, en esos últimos días, estuvimos fortificándonos en una guerra de posiciones. Yo tenía ochenta hombres aproximadamente en una cordillera, en unas lomitas, que están pegaditas a Santiago de Cuba, por un monumento que hay actualmente en la carretera de la refinería.

Nosotros nuevamente nos reunimos con Fidel en un lugar muy cercano a la bahía de Santiago de Cuba. Ahí recuerdo que había un camino viejo, que tenía una línea antigua donde el carrito de ferrocarril traía el material de El Cobre al puerto de Santiago de Cuba. Por ahí, por ese camino, Fidel entró y se paró a unos ochocientos metros de la carretera de la Texaco.

Ahí estuvimos con Fidel como a las 8:30 o 9:00 de la noche del 31 de diciembre.

Nos dijo: “No vamos a atacar a Santiago de Cuba”, y lo pospuso para dos o tres días. Yo tenía la gente en la trinchera, el grueso de mi fuerza había cavado trincheras y tenía una tropita de choque que andaba conmigo. Teníamos el campamento en la finca de Mario Pino.⁷⁹

⁷⁹ Ibídem, pp. 443-444.

Fidel y el general Eulogio Cantillo Porras

En un último intento por ganar tiempo, el mayor general Eulogio Cantillo Porras, jefe del 1er Distrito Militar, solicitó entrevistarse con el jefe del Ejército Rebelde y lo logró el 28 de diciembre, en el antiguo ingenio Oriente, en las cercanías de Palma Soriano. Se hallaban presentes, además, los comandantes Raúl Castro Ruz y Calixto García Martínez; Celia Sánchez Manduley; Vilma Espín Guillois; el juez de Baire, Juan Roger Zamora; el sacerdote Paquito Guzmán; Raúl Chibás Rivas y los comandantes del ejército adversario en ese momento incorporados al nuestro, José Quevedo Pérez y Francisco Sierra Talavera.

Una vez analizados los problemas nacionales, ambas partes acordaron realizar un movimiento militar revolucionario, para cuyo éxito el general Cantillo se encargaría de preparar las condiciones. El plan consistía en la sublevación de la guarnición de Santiago de Cuba, a las 15:00 horas del 31 de diciembre, y la inmediata entrada del Ejército Rebelde en esa ciudad. Le seguiría una proclama que invitaría a todos los militares honestos del país a unirse, e iniciar el avance de todas las fuerzas rebeldes para aniquilar cualquier posible foco de resistencia.

La idea del Comandante en Jefe era cumplir su objetivo estratégico de llegar a la capital oriental propiciando un golpe de muerte al régimen en el menor tiempo y con el menor número de víctimas posible.

En el acuerdo se estableció con suma claridad que:

No se podía aceptar un golpe de Estado en La Habana, sino que debía ser un movimiento militar revolucionario en Santiago de Cuba.

Las tropas del ejército enemigo que se incorporaran a la revolución debían quedar incondicionalmente subordinadas a la jefatura del Ejército Rebelde.

No permitir bajo ningún concepto la fuga de ninguno de los grandes culpables, incluido el tirano.

Pero la participación de Cantillo no respondía a los intereses más inmediatos del pueblo, y su traición no se haría esperar.

No obstante a lo acordado, el Comandante en Jefe continuó sus planes confiando tan solo en sus efectivos, que en cualesquiera circunstancias debían continuar su avance impetuoso hasta lograr la total y definitiva liberación. Por ello, en horas de la noche del propio día 28, se reunió en el central Palma con comandantes del Primer, Segundo y Cuarto Frentes y les puntualizó las misiones para la culminación de su plan estratégico.

Cuando se encontraba listo para marchar hacia Santiago de Cuba supo de la traición de Cantillo por una nota en la que este le pedía esperar y no hacer nada hasta el 6 de enero; pero decidió continuar sus planes y disponer el avance sobre Santiago de Cuba, aproximándose hasta las inmediaciones de la refinería Texaco.

Sin embargo, determinó esperar hasta el día siguiente para conocer el resultado de algunas gestiones que había ordenado realizar con las dotaciones de las fragatas F-302 y F-303, fondeadas en la bahía santiaguera.⁸⁰

Entrada de las fuerzas rebeldes a Santiago de Cuba

Al conocerse la noticia de que el dictador Fulgencio Batista había huido, las fuerzas rebeldes que mantenían el cerco de la ciudad de Santiago de Cuba continuaron el hostigamiento al ejército de la dictadura, a la vez que lo obligaba a su rendición.

En relación con los hechos ocurridos, algunos de los jefes rebeldes que tuvieron una participación directa ese día, dan fe de sus vivencias:

General de cuerpo de ejército Rigoberto García Fernández

Continuaron los hostigamientos hasta el día 31. El 1° de enero, como a las seis de la mañana, se conoció la noticia de que Batista se había ido. Los rebeldes gritaron de alegría y entonces

⁸⁰ Comisión de Historia: *Santiago como destino. Tercer Frente Mario Muñoz*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2009, pp. 172-173.

una gran cantidad de soldados del batallón de Gámez comenzaron a entregarse.

Ya en las primeras horas del día teníamos más de sesenta guardias en nuestro poder. Como a las ocho de la mañana yo fui con otro compañero y Portilla al hotel Rancho Club, donde ellos tenían su jefatura. Me metí en un yipi hasta allí con armas y todo.

Ellos me dijeron que no habían recibido la orden de entregarse, pero ya no tiraban.

Yo le comuniqué que más de sesenta ya estaban en nuestro poder.

Les expliqué que tenía la orden de atacar, y convencimos a los oficiales y a Gámez a rendirse. Nos comprometimos a dejarles armas cortas y coger todas las armas largas. El comandante de la tiranía aceptó la entrega total de la tropa.

Algunos quedaron con nosotros. La rendición fue como a las diez de la mañana. A esa hora comenzamos a coger prisioneros y a entrar a Santiago de Cuba. Ya la última puerta de Santiago estaba abierta para la revolución. Era 1º de enero de 1959.⁸¹

Comandante Fernando Vecino Alegret

A Martí y Crombet entramos oscuro; aquello era enorme, la multitud de gente nos abrazaba, nos tocaban las barbas. Subimos por el Paseo Martí hasta la Carrera Central; ahí dejamos las tropas y seguimos un pequeño grupo hasta el cuartel Moncada. Al llegar, nos detuvimos en las garitas y hablamos con los guardias que un poco nerviosos hacían las postas.

Estos nos dejaron pasar, en breve segundos estuvimos dentro y nos encontramos allí con soldados rebeldes que habían llegado antes, también estaba Raúl.

Continuaron los hostigamientos hasta el día 31.

El principal objetivo militar de los asaltantes al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 se hacía realidad ese 1º de

⁸¹ Gerónimo Álvarez Batista: Ob. cit., pp. 446.

enero de 1959; lo que hasta horas antes fue la segunda fortaleza militar del tirano Batista estaba en poder de la revolución triunfante.⁸²

Comandante René de los Santos

El día 1º el Comandante en Jefe me localizó urgentemente por la microonda.

Me encontré con Fidel por un camino; si mal no recuerdo, el que sale a la cantera, cerca de Hongolosongo, más acá de Palma Soriano.

Fidel me ordenó: “Tú sigues derecho hasta el Moncada, dicen que Batista se fue, pero tú sigues derecho hasta el Moncada”, me repitió el Comandante en Jefe.

Emprendí la marcha hacia el Moncada.

Me encontré con Reniel Díaz y Rigo Ramírez; los muchachos de la escuela de reclutas habían bajado y estaban abriendo trincheras.

Salí a la carretera, cogí el yipi. Llegué al motel Rancho Club. Nosotros estábamos de una parte y ellos de la otra. El ejército de la tiranía había tomado posición y tenían atravesado un tanque, pero yo pasé con mi yipi. De pronto un teniente vino corriendo hacia donde yo estaba y me gritaba: “¡René, René!”

Era un amigo de la juventud que me reconoció. El hombre, al acercarse, me dijo que ahí estaba un alto oficial que quería hablar conmigo.

Junto a él también se acercaba un grupo de oficiales de Batista, los que me preguntaron quién era yo, y les respondí: “Soy el comandante René de los Santos, y traigo la orden del Comandante en Jefe Fidel de ir para el cuartel Moncada”. Los militares insistían: “Mire, comandante, el general Rego Rubido quiere de todas formas, antes de que entren al Moncada, hablar con usted y con Fidel”.

⁸² *Ibidem*, p. 447.

“Yo tengo orden de ir para el Moncada”, les dije.

Mientras yo hablaba, parece que ellos se comunicaron por planta con Rego Rubido y me dijeron que decía este que me esperara diez minutos, que de inmediato estaría ahí.

Creo que no pasaron ni nueve minutos, cuando en un pequeño helicóptero aterrizó el coronel Rubido, quien en la breve conversación sostenida me decía:

“Mire, por Cuba, nosotros no vamos a pelear, Batista se fue y nosotros queremos hablar con Fidel. Porque usted sabe los ánimos de Santiago, ha habido muchos problemas y la población está exaltada, no queremos más derramamiento de sangre, queremos que usted ponga de su parte, nosotros entregamos el cuartel, pero que sea a Fidel”.

Yo le dije: “No sé dónde está Fidel”. Porque el Comandante en Jefe no había dicho dónde estaría.

No sé quién aseguró: “Fidel está en Palma”, y Rego Rubido seguía insistiendo. “Bueno, mire”, le pregunté, “¿en qué tiempo se pone el helicóptero en Palma?”. Me respondió que en unos minutos. Yo le expresé: “Vamos a ir, pero va usted solo y yo voy con un compañero.

Cuando llegamos, Fidel se había ido. Yo le dije: “Bueno llévame para Santiago de inmediato”.⁸³

Comandante Diocles Torralba

En Palma se organizó la tropa y el 31 salimos para el ataque a Santiago de Cuba. El 1º de enero nos sorprendió cerca de la Loma de El Escandel. En las primeras horas de la mañana llegamos a ese lugar.

Ahí después se realizó la entrevista entre Fidel y Rego Rubido, donde este último rindió a nuestro Comandante en Jefe la segunda plaza militar de la tiranía.

Recuerdo que a mí y a Lino nos tocó bajar de la loma a Rego Rubido en un yipi.

⁸³ Ibídem, pp. 447-449.

Antes de iniciarse las operaciones militares sobre la capital oriental, el coronel Rego Rubido —segundo del mayor general Cantillo—, representando a los principales mandos de Santiago de Cuba se entrevistó con el jefe de la revolución para ponerse incondicionalmente a sus órdenes. En las primeras horas de esa noche, el Comandante en Jefe se reunió con todos los oficiales del cuartel Moncada y de otros mandos militares destacados en esa ciudad, en el lugar conocido como El Escandel, próximo a ella, donde el grueso de las tropas rebeldes se preparaban para asaltarla. La oficialidad allí reunida desaprobó el golpe fraguado en Columbia. En ese encuentro el jefe del Ejército Rebelde ordenó al comandante Raúl Castro tomar la fortaleza santiaguera.

La firme y decidida posición de rechazo al golpe de Estado adoptada por el Comandante en Jefe Fidel Castro y sus indicaciones de continuar las operaciones hasta que el enemigo depusiera las armas sin condicionamiento alguno, obligó a los principales jefes militares de Santiago de Cuba a aceptar la entrada de las tropas rebeldes esa misma noche en la ciudad. Sin necesidad de acción bélica alguna, la plaza militar de la segunda ciudad de la Isla se rindió. Raúl se dirigió al Moncada, donde el regimiento depuso las armas”.⁸⁴

Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque

Un gran mérito en todo el proceso que dio lugar a la derrota aplastante de la tiranía, le pertenece, por derecho propio, al compañero Fidel, que supo plasmar en un plan estratégico, coherente y único, la acción de todo el Ejército Rebelde. Plan este que, además, contribuyó decisivamente a poner en práctica con su participación directa al mando de las acciones de guerra en la fundamental dirección de la ofensiva rebelde desde la Sierra hacia el eje de la Carretera Central y, a lo largo de esta, hasta Santiago de Cuba.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 449.

Solamente en este último escenario a partir de la trascendental batalla de Guisa, librada en noviembre de 1958, fueron barridas todas las tropas enemigas entre Bayamo y Santiago, haciéndole al ejército batistiano cerca de mil bajas y ocupándosele más de setecientas armas.

Este plan fue minuciosamente elaborado por Fidel, quien tenía presente que la batalla determinante para la revolución había que darla en Oriente, donde más fuerte era el Ejército Rebelde y donde la tiranía había agrupado sus unidades más fogueadas: en total unos diecisiete mil soldados. Las fuerzas batistianas, a su vez, tenían dos puntos principales de concentración: el puesto de mando de Bayamo y la guarnición de Santiago de Cuba. Para batir y rendir al enemigo, el Comandante en Jefe ordenó que las fuerzas del Segundo Frente continuaran atacando y tomando todos los cuarteles en su territorio; que las columnas del Tercer Frente estrecharan el lazo en torno a Santiago, impidiendo que los soldados en la ciudad pudieran salir en auxilio de otros cuarteles; que las unidades rebeldes del centro y el oeste de la provincia rechazaran cuantos refuerzos pretendieran entrar por tierra desde Camagüey y evitaran, asimismo, cualquier evacuación de soldados enemigos del territorio de Oriente. La idea de Fidel era aislar y copar en Oriente —como efectivamente se hizo— a los diecisiete mil soldados batistianos, sin que se le escapara ni una sola arma.

Para conseguir esto dispuso, además, mantener paralizado el tránsito y cortar todas las vías de salida y acceso a las ciudades, e instruyó a las fuerzas rebeldes en Camagüey para que apoyaran la batalla de Oriente, y a las columnas de Camilo y Che, junto a las demás fuerzas revolucionarias de Las Villas, para que cortaran todas las vías terrestres, dividieran la Isla en dos y prosiguieran, al mismo tiempo, su ofensiva sobre las ciudades y guarniciones de la provincia.

Este plan estratégico fue realizado cabalmente, y los combatientes de nuestro Tercer Frente tuvieron la satisfacción de cumplir la parte que le correspondió.

La tiranía se vino abajo estrepitosamente. La mil veces heroica capital oriental, la ciudad del Moncada y del 30 de Noviembre, la trinchera gloriosa de Frank País y de tantos valientes, fue ocupada sin disparar un solo tiro por los nuevos libertadores de la patria.

El 1º de enero de 1959, a cinco años, cinco meses y cinco días exactos del 26 de Julio, Fidel pudo exclamar:

¡Al fin hemos llegado a Santiago! Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado. Esta vez no se frustrará la revolución. Esta vez, por fortuna para Cuba, la revolución llegará de verdad a su término, no será como en el 95 que vinieron los americanos y se hicieron dueños del país, intervinieron a última hora y después ni siquiera a Calixto García, que había luchado durante treinta años, lo dejaron entrar a Santiago de Cuba. ¡Ni ladrones, ni traidores, ni intervencionistas, esta vez sí es una revolución!⁸⁵

Día de la victoria en Santiago de Cuba

A través de *Radio Rebelde* se escucharon las decisiones que personalmente fue tomando el Comandante Jefe de la revolución triunfante:

Boletín especial de Radio Rebelde, órgano oficial del Movimiento 26 de Julio y del Ejército Rebelde, desde las puertas de Santiago de Cuba. Se acaba de anunciar desde el campamento de Columbia que el tirano Batista ha huido.

El general Cantillo a nombre del ejército anunció que ha tomado el mando de la Junta Militar.

En la declaración se habla cínicamente del patriotismo del tirano que accedió a renunciar y de la salida de los principales esbirros de la tiranía de los cuerpos represivos.

Radio Rebelde anuncia al pueblo de Cuba, al Ejército Rebelde y al Movimiento Revolucionario 26 de Julio, que dentro de

⁸⁵ Ibídem, pp. 452-454.

poco, Fidel Castro Ruz, líder de la Revolución Cubana y Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, se dirigirá al pueblo de Cuba con trascendentales pronunciamientos:

El pueblo tiene que estar muy alerta en estos momentos decisivos para el destino de nuestra patria.

Esta larga y difícil lucha no tendrá otro final que el triunfo de la revolución.

No aceptaremos otra solución que un gobierno civil.

El pueblo debe estar preparado para declarar la huelga general.

Hay que evitar la huida de los asesinos.

Exigimos la inmediata libertad de los presos políticos.

Que Nadie se llame a engaño.

No aceptamos ninguna Junta Militar.

Hay que prepararse para la lucha final.

Nada ni nadie impedirá el triunfo de la revolución.

Las plantas de La Habana deben estar en sintonía con Radio Rebelde.⁸⁶

Momentos después salió al aire otro comunicado que orientaba a la opinión pública no dejarse confundir con declaraciones distorsionantes que sobre la situación hacía el enemigo. A continuación hizo uso del micrófono de *Radio Rebelde*:

Instrucciones de la comandancia general a todos los comandantes del ejército rebelde y al pueblo:

Batey del central América

Cualesquiera que sean las noticias procedentes de la capital, nuestras tropas no deben hacer alto al fuego en ningún momento.

Nuestras fuerzas deben proseguir sus operaciones contra el enemigo en todos los frentes de batalla.

Acéptese solo conceder parlamento a las guarniciones que deseen rendirse.

Al parecer se ha producido un golpe de Estado en la capital.

Las condiciones en que ese golpe se produjo son ignoradas por el Ejército Rebelde.

⁸⁶ Fidel Castro Ruz: *La Contraofensiva Estratégica*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2012, pp. 367-368.

El pueblo debe de estar muy alerta y atender solo las instrucciones de la Comandancia General.

La dictadura se ha derrumbado como consecuencia de las aplastantes derrotas sufridas en las últimas semanas, pero eso no quiere decir que sea ya el triunfo de la revolución.

Las operaciones militares proseguirán inalterablemente mientras no se reciba una orden expresa de esta Comandancia, la que solo será emitida cuando los elementos militares que se han alzado en la capital se pongan incondicionalmente a las órdenes de la jefatura revolucionaria.

¡Revolución SÍ! ¡Golpe militar NO!

¡Golpe militar de espaldas al pueblo y a la revolución, NO; porque solo serviría para prolongar la guerra!

¡Golpe de Estado para que Batista y los grandes culpables escapen, NO; porque solo serviría para prolongar la guerra! ¡Escamotearle al pueblo la victoria, NO; porque solo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total!

Después de siete años de lucha, la victoria democrática del pueblo tiene que ser absoluta, para que nunca más se vuelva a producir en nuestra patria un 10 de marzo.

¡Nadie se deje confundir ni engañar!

¡Estar alerta es la palabra de orden!

El pueblo y muy especialmente los trabajadores de toda la república deben de estar atentos a *Radio Rebelde* y prepararse urgentemente en todos los centros de trabajo para la huelga general e iniciarla apenas se reciba la orden si fuese necesario para contrarrestar cualquier intento de golpe contrarrevolucionario. ¡Más unidos y más firmes que nunca deben de estar el pueblo y el Ejército Rebelde, para no dejarse arrebatar la victoria que ha costado tanta sangre!

FIDEL CASTRO COMANDANTE EN JEFE⁸⁷

⁸⁷ Fidel Castro Ruz: Ob. cit., p. 372.

También se escucharon las instrucciones a Santiago de Cuba.

Santiagoeros: La guarnición de Santiago de Cuba está cercada por nuestras fuerzas. Si a las seis de la tarde del día de hoy no han depuesto las armas, nuestras tropas avanzarán sobre la ciudad y tomarán por asalto las posiciones enemigas. A partir de las seis de la tarde queda prohibido todo tráfico aéreo o marítimo en la ciudad.

Santiago de Cuba: Los esbirros que han asesinado a tantos hijos tuyos no escaparán como escaparon Batista y los grandes culpables, en combinación con los oficiales que dirigieron el golpe amañado de anoche.

Santiago de Cuba: Aún no eres libre. Ahí están todavía en tus calles los que te han oprimido durante siete años, los asesinos de cientos de tus mejores hijos. La guerra no ha terminado porque aún están armados los asesinos.

Los militares golpistas pretenden que los rebeldes no puedan entrar en Santiago de Cuba. Se prohíbe nuestra entrada en una ciudad que podemos tomar con el valor y coraje de nuestros combatientes; se quiere prohibir la entrada a Santiago de Cuba a los que han liberado la patria.

Santiago de Cuba: Necesitamos tu apoyo. Desde hoy a las tres de la tarde la ciudad debe estar totalmente paralizada. Todo el mundo debe abandonar su trabajo en solidaridad con los combatientes que van a liberarla. Solamente la planta eléctrica debe continuar laborando para que el pueblo pueda orientarse a través de sus radios.

Santiago de Cuba: Serás libre porque te lo mereces más que ninguna, y porque es indigno que por tus calles se paseen todavía los defensores de la tiranía.⁸⁸

Se dirigieron órdenes militares a los mandos del Ejército Rebelde.

El Comandante en Jefe del Ejército Rebelde y máximo líder de la Revolución Cubana y del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, cursó por los micrófonos de *Radio Rebelde*, a las

⁸⁸ Ibídem, pp. 372-373.

puertas de Santiago de Cuba, las siguientes instrucciones militares:

Al comandante Víctor Mora, jefe de la provincia de Camagüey, se le ordena el avance sobre todas las ciudades, rindiéndolas por las armas con la cooperación del pueblo y jefes militares honrados del ejército enemigo con tropas bajo su mando. El comandante Mora debe cerrar todas las vías de acceso a las poblaciones, especialmente de la Carretera Central y de las carreteras de Santa Cruz del Sur, Nuevitas y Camagüey.

El comandante Camilo Cienfuegos con su gloriosa Columna invasora No. 2, debe avanzar sobre la ciudad de La Habana, para rendir y tomar el mando del Campamento Militar de Columbia.

El comandante Ernesto Guevara ha sido investido del cargo de jefe del Campamento Militar de La Cabaña y, en consecuencia, avanzar con sus fuerzas sobre la ciudad de La Habana, al paso que rinda las fortalezas de Matanzas.

También son impartidas instrucciones al comandante Aníbal (Belarmino Castilla), para que conmine la rendición de las fuerzas de Mayarí, al comandante Raúl Castro, la rendición de Guantánamo y a los comandantes Lalo Sardiñas y Delio Gómez Ochoa, la de Holguín y Victoria de las Tunas.

Se ordena a estos mandos el mantenimiento del mayor orden en las ciudades que se rindan y el apresamiento inmediato, para ser sometidos a juicios sumarísimos, de todos los culpables de la actual situación.

El comandante Dermidio Escalona, jefe militar de Pinar del Río, debe actuar en consecuencia con las instrucciones precedentes.

Mientras tanto, las Columnas 1 José Martí, 3, 9 y 10, bajo el comando directo del Comandante Jefe Fidel Castro y el comandante Juan Almeida, avanzan ya sobre Santiago de Cuba.

Otro mensaje radial dirigió Fidel, este a Ramiro Valdés que se encontraba en Santa Clara:

No necesario viaje Ramiro.

Pienso estar ahí dentro de seis días.

Debes cercar Santa Clara y esperar tres días instrucciones.
Columna marchará hacia allá vehículos motorizados.

FIDEL CASTRO (firma)⁸⁹

Desde Palma Soriano, a través de las ondas de *Radio Rebelde* y otras emisoras, Fidel hizo un nuevo llamado al pueblo de Cuba y especialmente a los trabajadores convocándolos a la huelga general revolucionaria, en todos los territorios no liberados.

En manos de las fuerzas revolucionarias la ciudad de Santiago de Cuba y con el pueblo enardecido en las calles, ocurrió un hecho trascendental para la historia de Cuba: el discurso que pronunciara Fidel en el parque Céspedes aquel 1º de enero de 1959.

Unas horas antes el pueblo había sido convocado por la radio. La noticia se multiplicó de casa en casa, de boca en boca, por toda la ciudad. Pasadas las once de la noche, desde el balcón del ayuntamiento, el líder cubano se dirigió al pueblo. No fue un discurso, sino un diálogo en el que hizo referencia al significado histórico de lo acontecido y, en particular, al rol desempeñado por el pueblo santiaguero durante la lucha clandestina y la guerra de liberación nacional.

Este encuentro fue extenso. Terminó en altas horas de la madrugada del día 2, sin que nadie se alejara del parque; las calles se mantuvieron repletas de un público atento a cada palabra de Fidel. Así, hasta que concluyó su intervención. Después de que impartiera instrucciones precisas, Fidel partió hacia La Habana al frente de la Caravana de la Libertad.

De aquella gloriosa jornada ha relatado la heroína Melba Hernández Rodríguez del Rey:

La entrada a Santiago de Cuba no tuvo nombre. Nos reunimos con el resto de la gente, por la noche avanzamos hacia Rancho Club. Había una disposición de no entrar a la ciudad hasta después de las diez de la noche. Yo no recuerdo la hora, pero en cuanto se abrió la entrada penetramos nosotros, que era una tremendísima ilusión de mi vida. Nos metimos dentro de aquella gigantesca multitud, porque el pueblo santiaguero

⁸⁹ Ibídem, pp. 373, 374, 375.

estaba todo volcado en la calle; para que el yipi avanzara costó mucho trabajo.

Toda aquella masa gigantesca de pueblo gritaba: “¡Viva Fidel! ¡Viva la Revolución!” La alegría era inmensa.

No puedo olvidar mi encuentro con el Moncada. No pude aguantar mis lágrimas. Me golpearon los recuerdos del 26 de julio de 1953. Aquella vez fue tan distinto todo. Abel y los demás muchachos asesinados brutalmente después del combate. Ahora era tan inmensa la alegría, que no sé, pero me pareció que nuestros compañeros caídos en el asalto al cuartel Moncada estaban ahí, disfrutando de la victoria del gran combate iniciado aquel 26 de julio en la misma fortaleza militar que hoy caía en poder de la Revolución.

Sentí sus presencias, estaban vivos junto a todo el pueblo que feliz y contento gritaba: “¡Viva Fidel! ¡Viva la Revolución!”

Escuché sus fuertes voces entre las miles que se alzaban.

Sequé mis lágrimas y eché a andar, y yo misma, en voz muy baja, me repetí:

“Ellos no han muertos, Abel y los muchachos viven hoy más que nunca, porque viven en todo este pueblo que hizo la revolución, viven en los hombres que en las montañas empuñaron el fusil y combatieron la tiranía, en los combatientes clandestinos que arriesgaron sus vidas en cada acción dentro de la propia ciudad, están vivos en la propia obra de la revolución; están vivos en cada hombre, en cada mujer, en cada niño que por primera vez en nuestra historia disfrutará de la plena libertad; están vivos en nuestro Comandante en Jefe, Fidel”⁹⁰

⁹⁰ Gerónimo Álvarez Batista: Ob. cit., pp. 451-452.

Hijos de Santiago de Cuba participantes en el asalto al cuartel Moncada...



Pedro Miret Prieto.



René Miguel Guitart Rosell, Renato.



Cuartel Moncada, segunda fortaleza del ejército batistiano, luego del asalto de los combatientes de la Generación del Centenario, al mando de Fidel Castro Ruz.

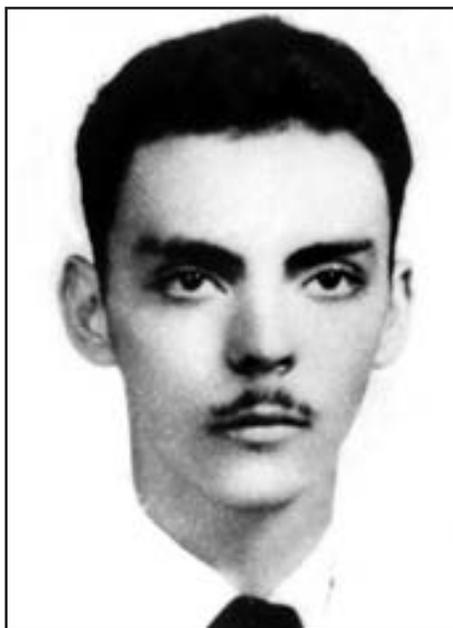


Fidel, sereno frente a Del Río Chaviano, uno de los más sanguinarios militares de Santiago de Cuba, en días previos al juicio por los sucesos del Moncada.

Entre los combatientes de la clandestinidad y el 30 de Noviembre...



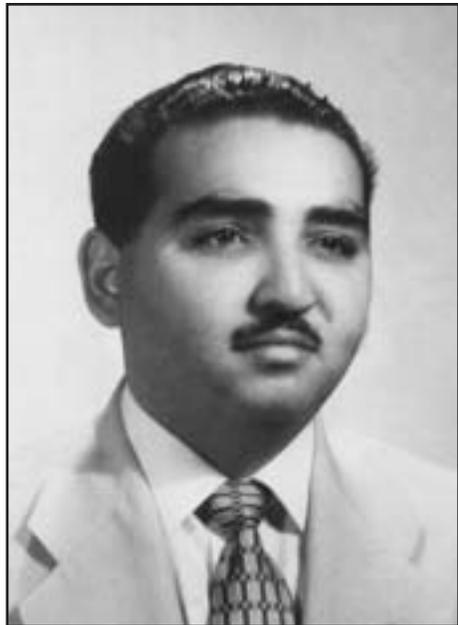
Jefe de Acción y Sabotaje
del MR-26-7, Frank País García.



Josué País García.



Ottón Parellada Echevarría, Otto.



Antonio Alomá Serrano, Tony.



José Tey Saint-Blancard, Pepito.



Vilma Espín Guillois.



Cocteles Molotov en manos de combatientes del 30 de Noviembre, hicieron su efecto en la Estación de Policía.



Frank custodia su ciudad natal, firme como su conducta y principios.
Su estatua está de frente a la Sierra Maestra en la colina de Punta Gorda,
Santiago de Cuba.

En tiempos de guerra de guerrilla...



Comandante Jefe del Ejército Rebelde, Fidel Castro Ruz.



Jefe del Segundo Frente
Oriental Frank País,
comandante Raúl Castro Ruz.



Jefe del Tercer Frente Mario Muñoz,
comandante Juan Almeida Bosque.



Jefe de compañía, comandante
del Segundo Frente,
Abelardo Colomé Ibarra, Furry.



Jefe de columna del Segundo Frente, comandante Belarmino Castilla Mas, Aníbal.



Jefe de columna del Segundo Frente, comandante Carlos Iglesias Fonseca, Nicaragua.



Jefe de columna del Segundo Frente, comandante Antonio Enrique Lussón Batlle.



Jefe de columna del Segundo Frente,
comandante Félix Pena Díaz.



Jefe de compañía del Segundo Frente,
comandante Reyneiro Jiménez Lage.



Comandante Jorge Serguera Riverí,
Papito.



Jefe de compañía, comandante
José Cuza Téllez de Girón.



Jefe de compañía, comandante
Raúl Menéndez Tomassevich.



Desde el Ayuntamiento de Santiago de Cuba, Fidel y Raúl saludan al pueblo congregado, 1° de enero de 1959.





Respuestas del pueblo santiaguero
a los llamados de Fidel



*El ejército actual y el futuro,
nacido de las entrañas de la Revolución y el pueblo,
hará buena la frase de Maceo que significó que quien intente
apoderarse de Cuba solo recogerá de su suelo cenizas,
porque defenderán sus soldados su libertad hasta lo infinito.*

RAÚL CASTRO RUZ



Creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias

Tras la victoria de enero, un impetuoso devenir histórico se presentaba para nuestro pueblo con perfiles de una nueva vida. Con pasos de gigantes y cargas de mambises rebeldes, se sentaban las bases del poder de los trabajadores. Era el momento de cumplir los postulados por los que Céspedes, Martí, Maceo y tantos patriotas, dieron su vida durante un siglo de lucha.

A mediados del primer año del poder revolucionario, la clase dominante había recibido profundas estocadas que la penetraron hasta el tuétano en sus dominios económicos. Los capitales foráneos, representados fundamentalmente por las compañías y trusts norteamericanos y la burguesía nacional, veían cada día, espantados, cómo las leyes revolucionarias cercenaban de un tajo sus intereses.

El Gobierno Revolucionario expropiaba y pasaba a manos del pueblo las riquezas que les habían sido robadas y saqueadas durante decenas y decenas de años. En este contexto, fueron puestas en ejecución un conjunto de medidas revolucionarias impostergables, pues constituían reclamos fundamentales de las masas populares y se inscribían, además, entre los objetivos del programa del Moncada, enarbolados en *La historia me absolverá*.

Medidas revolucionarias y su repercusión en el enemigo

La transformación de los cuarteles en escuelas fue una de las medidas de carácter político y social más popular aplicada en los primeros meses de triunfo revolucionario. Se iniciaba una nueva concepción de la enseñanza en nuestro país. En el caso de Santiago de Cuba, incluyó la conversión del cuartel Moncada en uno de los centros escolares más grandes del país: Ciudad Escolar 26 de Julio. El 9 de enero de 1960 el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz llegó al cuartel Moncada para iniciar la demolición de sus muros y convertirlo en escuela. La fecha escogida para el acto de entrega de esta ciudad escolar fue 28 de enero. Otras medidas que entonces se fueron adoptando, se resumen a continuación:

13 de enero: Fidel anuncia la congelación del convenio con Estados Unidos mediante el cual se mantenía en Cuba una misión militar de ese país asesora del ejército cubano; fue renovado el Tribunal de Cuentas, despojándolo de infinidad de funcionarios corruptos enriquecidos a costa del tesoro público; se dictó una nueva Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas que permitía su total reorganización y la de todos los cuerpos represivos que durante la tiranía habían cometido infinidad de crímenes y torturas.

14 de enero: Se publica en la *Gaceta Oficial* la reforma constitucional que suprimía la inmovilidad de los funcionarios judiciales y fiscales, la cual permitió llevar a cabo una amplia depuración de los Tribunales de Justicia y Fiscalía; la pena de muerte por los crímenes de guerra cometidos por la tiranía y la confiscación de los bienes mal habidos, a favor del Estado cubano.

7 de febrero: Se reinstaura la Constitución de 1940.

3 de marzo: Se interviene la Compañía Cubana de Teléfonos.

6 de marzo: Se dicta una ley, mediante la cual se rebajaban en un 50% los alquileres.

22 de marzo: En una marcha masiva en La Habana, Fidel explica que el Gobierno Revolucionario no permitirá la discriminación racial y adoptará medidas para proteger a los trabajadores en los empleos menos remunerados.

21 de abril: Se declara el uso público de las playas.

17 de mayo: Se dicta la Ley de Reforma Agraria, proscribiendo el latifundio en nuestro país, entregando la tierra a sus legítimos dueños y estableciendo la producción cooperativista y agrícola estatal.

20 de agosto: Se rebajan las tarifas eléctricas, medida de alto beneficio popular, al igual que las dos anteriores.

A la vez, se crearon empleos para elevar el nivel adquisitivo de la población, así como miles de plazas y aulas en el sector educacional; un gran plan de obras públicas.

Otras leyes y medidas de honda raíz popular, que resquebrajaban el poderío neocolonial, fueron aplicadas; a su vez acrecentaron el odio de sus enemigos a la Revolución. Atacaron en los primeros momentos veladamente y de manera abierta después. La Revolución a cada ataque del enemigo respondía golpeando una y otra vez y sin tregua, en su talón de Aquiles, sus intereses económicos.

Los siquitrillados, revolcándose como fieras heridas, comenzaron sin escrúpulos sus ataques piratas y cualquier tipo de fechorías contra la Revolución, en cínico y cruel contubernio con los sicarios y asesinos a sueldo de la derrocada tiranía evadidos de la justicia revolucionaria, alentados, apoyados y dirigidos por el imperialismo yanqui, los gobiernos lamebotas dictatoriales de América Latina y la reacción internacional, contra un pequeño país que proclamaba el derecho a constituir su futuro y a erigirse como pueblo libre y soberano, dueño de su destino y de sus riquezas.

Los desclasados, esbirros y delincuentes acudieron al crimen... sabotaje... emprendieron una loca campaña de terror contra vidas e intereses de la nación. Esta creciente y agresiva hostilidad enemiga justificó plenamente la medida de organizar y armar al pueblo trabajador.

La respuesta que no se hizo esperar

La integración masiva de los obreros, campesinos, profesionales y estudiantes, hombres y mujeres a las Milicias Nacionales Revolucionarias contribuyó decisivamente a elevar la conciencia y permitió constatar una

vez más, hasta qué punto era comprendido el proceso que se gestaba y su proyección futura.

La nueva organización constituyó un paso trascendental para el fortalecimiento de la Revolución. Entregarle las armas al pueblo y organizarlo militarmente, la fortaleció, al mismo tiempo demostró al mundo, principalmente a nuestros enemigos, su verdadero carácter popular y, en consecuencia, la decisión inquebrantable de seguir adelante hasta ver hecho realidad los ideales de los hombres que dieron su vida en una larga y cruel lucha de casi cien años.

Todo un pueblo en armas, donde cada palmo de tierra se defendería a sangre y fuego, donde cada fábrica sería un bastión inexpugnable, cada granja una trinchera infranqueable, cada escuela, cada ciudad una invencible fortaleza defendida por los verdaderos y únicos dueños, los obreros, campesinos, estudiantes, los hombres y mujeres del pueblo, no habría agresiones impunes, ni playas holladas por botas mercenarias, que no fuera batida a hierro y plomo. Esa era la alternativa y el pueblo la hizo suya. Organizar las masas populares militarmente para la defensa de los intereses de clase era una medida insoslayable.

El 26 de octubre de 1959 Fidel, en una gigantesca concentración de cientos de miles de cubanos, anunció desde la terraza del entonces Palacio Presidencial la creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias. Fue en esta ocasión que el comandante Camilo Cienfuegos pronunciara su último discurso.

Hombres y mujeres de Santiago integraron las milicias

Luego del triunfo de la Revolución, la máxima dirección político-militar de la provincia fue ejercida por el comandante Raúl Castro, incluso, hasta después de nombrado ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias siempre que el país se vio amenazado de invasión.

En aquellas primeras semanas, cuando Raúl se trasladó a La Habana, designó al comandante Manuel Piñeiro para desempeñar la jefatura militar. Junto con otros miembros del Ejército Rebelde radicó en las instalaciones de la Marina de Guerra. En el cuartel Moncada, aprovechando las instalaciones del Distrito Militar de Oriente correspondientes al Primer

Regimiento, se encontraba al frente de las fuerzas rebeldes el comandante Belarmino Castilla Mas, hasta que, transcurridos dos meses, fue trasladado para La Habana. Lo sustituyó el comandante Calixto García Martínez, nombrado jefe del Distrito Militar de Oriente.

Con solo reverdecer los antecedentes de rebeldía y luchas combativas de este valiente pueblo; reverdecer el recuerdo de figuras descollantes como Antonio Maceo, Flor Crombet, Guillermo Moncada, Frank País, Vilma Espín, entre otros muchos; reverdecer epopeyas que son paradigmas para todo el pueblo cubano; reverdecer el legado de Frank País García y René Ramos Latour; es suficiente para encontrar las razones de por qué Santiago es una ciudad rebelde, hospitalaria y siempre heroica y por qué sus hijos dieron respuesta unánime ante el llamado a las Milicias Nacionales Revolucionarias.

¿Cómo surgieron, se organizaron, armaron, prepararon y movilizaron los veintiún batallones de combate que fueron formados en los primeros momentos en el Sector Santiago?⁹¹ No de todos es posible particularizar, pero dos de ellos ocuparán páginas de este libro. Dicha estructura tuvo la responsabilidad de organizar y dirigir la defensa de la capital oriental y de los municipios circundantes.

En los últimos meses de 1959 surgió la organización militar por sectores, se dividió la provincia en cuatro: Sector Guantánamo, aproximadamente lo que es hoy la provincia de ese nombre, pero incluido Songo-La Maya; Sector Bayamo-Manzanillo, hoy Granma; Sector Oriente Norte, Holguín-Las Tunas y Sector Santiago de Cuba que incluía, además del municipio cabecera, Contramaestre, Palma Soriano, San Luis, El Cobre y El Caney.

Integraron la jefatura del Sector Santiago de Cuba el comandante Calixto García Martínez, como jefe; capitán Jorge Risquet Valdés, jefe de Operaciones, el cual alternaba sus funciones como jefe de Estado Mayor y del Trabajo con el personal —responsabilidad que después recayó en el primer teniente Luis Fariñas—; capitán Machi Fontanil, jefe de Inteligencia; Pedro Guelmez, jefe de Comunicaciones, y otros oficiales.

⁹¹ Mando militar para la defensa de Santiago de Cuba en los primeros momentos de crearse el Ejército de Oriente.

Para la dirección de los cuatros sectores, Raúl contaba con un grupo de oficiales del Ejército Rebelde y de la clandestinidad, entre ellos: Calixto García, Jorge Risquet, quienes a la vez formaban parte del Sector Santiago; José Causse, Senén Casas Regueiro, Fernando Ruiz Bravo, Más Martín y otros. En los primeros meses de 1960 se incorporó el especialista militar hispano-soviético Ramón Soliba, el Gallego Roca.⁹²

Bajo esta organización militar y con la participación de dirigentes del Partido Socialista Popular y los sindicatos revolucionarios se inició la creación de las primeras Milicias Revolucionarias de Santiago de Cuba.

En esos momentos, se había creado el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; y el comandante Raúl Castro, el 20 octubre de 1959, con veintiocho años, ante la presencia de ministros, jefes militares y funcionarios del Gobierno Revolucionario tomó posesión de ese ministerio.

Al asumir el cargo, Raúl expresó:

[...] procuraré crear para Cuba un ejército no numeroso, pero sí lo suficiente apto y capaz para hacer que se respete a Cuba en el concierto internacional.

El ejército —siguió diciendo— no será para agredir, sino para la defensa y el sostenimiento de los derechos e instituciones patrias. Procurándose que los hombres de las fuerzas armadas respeten los derechos de otros países.

Para el ejército, para todas las fuerzas armadas regentadas por este nuevo ministerio, no habrá pueblo grande o pequeño que no sea respetado, porque Cuba es la máxima defensora de la libre determinación de cada país.⁹³

Y finalizó sus palabras afirmando:

El ejército actual y el futuro, nacido de las entrañas de la Revolución y el pueblo, hará buena la frase de Maceo que significó que: “Quien intente apoderarse de Cuba solo recogerá de su suelo cenizas, porque defenderán sus soldados su libertad hasta lo infinito.

⁹² Testimonio del entonces capitán Jorge Risquet Valdés.

⁹³ Revista *DALA*, Departamento de Asuntos Latinoamericanos, Ministerio de Estado de la República de Cuba, 1º diciembre 1959, p. 14.

Primeras formaciones milicianas

En los últimos meses de 1959 y primeros de 1960 se sucedieron diversas acciones contrarrevolucionarias, fundamentalmente dirigidas a dificultar la economía del país, incluyendo ataques aéreos a los centrales azucareros y lanzamiento de sustancias incendiarias sobre los cañaverales. Estos hechos vandálicos se producían casi a diario, con el objetivo de sabotear la zafra azucarera. A partir de esos momentos los trabajadores de las fábricas, voluntariamente, asumieron la vigilancia de las empresas nacionalizadas; se convirtió esa actitud en un movimiento que abarcó hasta los centros privados. Surgieron las postas, patrullas y otros métodos de orden militar para mantener la vigilancia, incluso, en la Universidad de Oriente y otros centros de trabajo y estudiantiles. Fueron las Milicias Populares las que antecedieron a la posterior incorporación masiva del pueblo a la defensa de la Revolución con las armas en las manos.

En el caso concreto de Santiago de Cuba, la organización del pueblo en las Milicias Nacionales Revolucionarias tuvo como antecedente primordial, además, el hecho de que fuera en esta ciudad donde el inmortal Frank País legara la experiencia de haber organizado las primeras milicias del Movimiento 26 de Julio.

Acá, igual que en el resto del país, el pueblo dio el paso al frente al producirse el llamado de Fidel aquel 26 de octubre de 1959, para que los hombres y mujeres de toda Cuba, ante las agresiones que se venían sucediendo contra la Revolución, se incorporaran voluntariamente a las Milicias Nacionales Revolucionarias que a partir de ese día se comenzaban a organizar en todo el país.

El pueblo santiaguero de inmediato se dio a la tarea de iniciar el proceso de formación de estas tropas, las que en una primera etapa tuvieron un carácter sectorial; se constituyeron a través de los sindicatos, asociaciones campesinas y organizaciones femeninas. Las primeras diecisiete compañías fueron formadas en la ciudad de Santiago de Cuba, y en días posteriores se organizó otra cantidad similar haciendo un total de treintaicuatro agrupaciones. El trabajo de alistamiento de los milicianos fue realizado en los centros de trabajo y de estudio, bajo la dirección, fundamentalmente, de oficiales y soldados del Ejército Rebelde y de las organizaciones sindicales.

Las primeras diecisiete compañías fueron nominadas con letras del abecedario, les fueron designados los lugares donde, además de reunirse, recibirían clases militares: Compañía A, en la Policía Marítima; Co-B, Sindicato Eléctrico (José Antonio Saco 537); Co-C, Sindicato Ómnibus La Oriental (detrás de Casa Granda); Co-D, Sindicato Ferroviario (Corona 356); Co-E, Sindicato Bancario (Heredia 553); Co-B-2, Gobierno Provincial Revolucionario; Co-K-2, Ayuntamiento de Santiago de Cuba; Co-E-2, Sindicato de Refresqueros (Carlos Dubois 301); Co-H-2, Sindicato Telefónico (Mayía Rodríguez 661); Co-J-2, Sindicato de Bacardí (Gallo 157); Co-T-2, Sindicato Cinematográfico (José M. Gómez 686); Co-C-2, Escuela de Maestros Primarios (San Gerónimo y Mayía Rodríguez); Co-P-2, Radio Patrulla de la PNR(calle 4); Co-D-2 Sindicato de Víveres y Ferretería (José E. Diéguez 60); Co-I-2, Escuela de Comercio; Co-A-2, Instituto Preuniversitario (Garzón y Avenida de las Américas).

Desde los primeros momentos en que fueron alistándose los milicianos en sus respectivas compañías, iniciaron las clases de Infantería. Posteriormente, a medida que llegaban las nuevas armas del campo socialista, la instrucción incorporó nuevos elementos defensivos. Al respecto, en el periódico *Sierra Maestra* del día 10 de octubre de 1960, se recoge lo siguiente:

Desde el lunes emprenderán las milicias un intenso entrenamiento con las armas que defenderán la patria. Responden así al llamado de Fidel.

Cada semana aprenderemos un arma; el entrenamiento de las milicias de Santiago de Cuba se llevará a cabo todas las noches de lunes a sábado: desde las ocho hasta la una de la madrugada, y los domingos de ocho de la mañana a la una de la tarde. Según el plan de entrenamiento, cada semana los milicianos aprenderán a manipular un arma distinta; recibirán tres clases a la semana, pues acudirán a dos de ellas con toda su compañía y a una, con su pelotón.

He aquí el sistema de preparación adoptado:

Lunes: instrucción de cada compañía completa, en su respectivo local.

Martes: instrucción del primer pelotón de cada compañía.

Miércoles: instrucción del segundo pelotón.

Jueves: instrucción del tercer pelotón.

Viernes: instrucción del cuarto pelotón.

Domingo: instrucción de toda la compañía en un campo de tiro.

El lunes 3, comenzaría a regir este sistema para diecisiete compañías de Santiago de Cuba y el lunes de la siguiente semana se incorporarán otras diecisiete compañías, para llegar a un total de treintaicuatro.⁹⁴

El proceso de formación de las milicias se desarrolló bajo la dirección de la jefatura del Sector Santiago, que para esos momentos, consolidaba su creación. Tuvo una activa participación en dicho proceso un grupo de compañeros del Ejército Rebelde y de la lucha clandestina, entre ellos, el primer teniente Luis Fariñas Miranda, designado para la ejecución del trabajo directo del emplantillamiento de los milicianos, al que se subordinaban los sargentos Antonio Payares García, Francisco Velázquez Fuentes, Alfredo Milanés Roca, Efraín Suárez Martínez y Miguel García Gutiérrez. Fue valiosa también, la participación de Juan Botizol, capitán de artillería del ejército español. Conjuntamente con la jefatura militar actuaron miembros de la dirección del Partido Socialista Popular y dirigentes sindicales provinciales y de base.

En el resto de los municipios que componían el Sector Santiago, sucedió lo mismo: se desarrolló de forma paralela el proceso de formación.

Escuela Los Pinos Nuevos

A mediados del mes de agosto de 1960, muy cercano al pueblo de El Caney, por decisión del comandante Raúl Castro Ruz, fue acondicionada una discreta instalación campestre⁹⁵ para ser utilizada como escuela, en la cual se desarrollaría un curso político-militar. Su nombre fue Los Pinos Nuevos. La fundación del centro y su organización corrió a cargo del capitán Jorge Risquet Valdés. El claustro de profesores lo componían jóvenes, en su mayoría de la propia ciudad de Santiago, con una adecuada

⁹⁴ Periódico *Sierra Maestra*, 10 de octubre de 1960.

⁹⁵ Esta instalación, según recuerda el que fuera director de la escuela, al producirse la invasión por playa Girón, el comandante Raúl Castro la empleó como puesto de mando y desde allí mantuvo permanente comunicación con el Comandante en Jefe y los mandos subordinados.

preparación de las materias que impartían, cuyo contenido estuvo dirigido a elevar los conocimientos de los alumnos desde el punto de vista político, histórico y militar, así como las perspectivas del proceso revolucionario y las medidas para enfrentar agresiones enemigas.

Como director de la escuela fue designado el miembro del Ejército Rebelde Nicolás Armelio Torres, conocido como, Mello. Fungían como profesores Joel Vilariño, Fernando Fernández y Manuel Canciano, entre otros compañeros. En ocasiones, oficiales de la jefatura del Sector Santiago impartían determinados contenidos.

Los alumnos éramos jóvenes milicianos procedentes de los cuarentaún centrales azucareros de la provincia —dos de cada central, seleccionados por las jefaturas del Ejército Rebelde de los respectivos territorios—. El curso de preparación político-militar tenía cuarenta y cinco días de duración. Los alumnos se prepararían como instructores; al concluir los estudios, se encargarían de alistar a los trabajadores, en su central de origen, en composición de compañías para la defensa de sus instalaciones y lugares aledaños.

El curso inició el 15 de septiembre. No habían pasado dos semanas, cuando llegaron las nuevas armas soviéticas: subametralladoras Ppsh, ametralladoras DP y granadas antipersonales. De inmediato un pequeño grupo de combatientes del Ejército Rebelde y la lucha clandestina fueron preparados para impartir las clases sobre el aprendizaje y manejo de estas armas a los ochenta y dos alumnos de la escuela.

Muchos ya habíamos empuñado algún arma en los respectivos centrales azucareros, los fusiles que el Ejército Rebelde les había arrancado a los guardias de la dictadura batistiana: Garand, M-1, Springfield. El pueblo hubo de utilizarlos desde 1959 para la defensa y seguridad de las fábricas, escuelas, cañaverales y otros objetivos, incluso, porque algunos de estos centros ya habían sido atacados por contrarrevolucionarios, saboteadores y bandidos de toda clase. Otros alumnos habían aprendido el manejo del fusil checo RM-52 por las mismas razones.

Ya convertidos en instructores de armamento, el día 3 de octubre comenzamos la instrucción masiva a los milicianos santiagueros.

El primer modelo de arma enseñado fue la subametralladora Ppsh, que años atrás habían servido al pueblo hermano para derrotar a los fascistas en la Segunda Guerra Mundial. Nuevamente estas armas en manos

de obreros, campesinos y estudiantes, incluyendo mujeres, servirían para mantener y consolidar la revolución del pueblo y derrotar a sus agresores. Las manos de los milicianos en el transcurso de los días fueron adquiriendo habilidades en su manejo, arme y desarme, procedimientos para su empleo y, en sus memorias grabaron los datos táctico-técnicos. Aquel hecho causó por su trascendencia un impacto político en la masa miliciana.

Para la impartición de las clases a los milicianos, los alumnos de la escuela Los Pinos Nuevos de El Caney, una vez que se adiestraban en las nuevas armas, se trasladaban durante las noches en camiones hasta los distintos locales donde se daría la instrucción: sindicatos, fábricas, escuelas, institutos y la propia universidad. Fueron muchas las noches consumidas en esa actividad. Igual procedimiento fue aplicado para la instrucción de las ametralladoras DP y los lanzacohetes RPG-2, las bazucas.

Sobre armamento, además de adiestrarnos los profesores del curso, lo hizo a veces el primer teniente José Manuel Portela, enviado por el Estado Mayor General. Él había recibido un curso en Bélgica sobre el fusil automático FAL y otras armas de infantería procedentes de ese país.

También recibíamos clases de instrucción de Infantería (orden cerrado y precombativo), esta última materia la recibíamos de un oficial de la Marina de Guerra del anterior ejército, incorporado a las filas revolucionarias. Para el entrenamiento físico de los alumnos realizábamos marchas matutinas forzadas, en ayunas, las cuales incluían la subida a la loma El Bonete, una de las principales elevaciones que rodean el poblado de El Caney.

En una ocasión, el capitán Jorge Risquet, con todas sus mejores intenciones y esfuerzos, nos impartió una clase de Ingeniería sobre la construcción de un pozo de tirador de tendido. El de pie fue a las tres de la madrugada y los alumnos debían estar listos a las siete de la mañana. Era domingo y teníamos que impartir la clase a los milicianos santiagueros sobre los elementales conocimientos recién aprendidos.

Batallones de combate en el Sector Santiago

Una vez conformadas las compañías milicianas, y realizada la preparación inicial, comenzó la creación de los batallones de combate.

Sobre la designación de los jefes de batallones, Jorge Risquet ofreció su testimonio:

Cuando se nos dio la orden de organizar los batallones, le preguntamos a nuestro asesor Ramón Soliba, el Gallego Roca, de dónde sacaríamos los jefes de esas unidades, que para nuestra mentalidad era una tarea enorme.

“Escogedlos de la escuelita secreta que usted tiene en El Caney”, me respondió el veterano de la Guerra Civil Española y de la Gran Guerra Patria en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, recordando que él mismo y muchos otros jefes del heroico enfrentamiento al fascismo en la península ibérica empezaron como simples milicianos, sin experiencia militar alguna.

El entonces alumno de la escuela Los Pinos Nuevos, hoy coronel de la reserva de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Aroldo Casalí Gómez, en sus reflexiones y con absoluto dominio de cómo se produjo la designación de los jefes de batallones del Sector Santiago, ha relatado lo siguiente:

Una tarde comenzó para todos los alumnos una tarea adicional y de gran premura, la cual se repetiría durante varios días, lo mismo por la mañana, que por la tarde o por la noche. En el antiguo cuartel El Viso, cerca de El Caney, efectuábamos la descarga de decenas de rastras y camiones repletos de armas y municiones de infantería. Casi siempre hacíamos este trabajo con compañeros que cursaban estudios en una escuela de Instrucción Revolucionaria, ubicada en Ciudadamar y que, por decisión del ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, comandante Raúl Castro Ruz, llevaba el nombre de nuestro Apóstol José Martí. Esta escuela daba continuación a la que Raúl fundara durante la guerra en el Segundo Frente Oriental en Tumba Siete, donde se preparaban soldados del Ejército Rebelde.

En días sucesivos iniciamos la desconservación de miles de esas armas. Se hacía todo febrilmente y con urgencia. Instintivamente comprendíamos la necesidad de tenerlas listas para su entrega inmediata al pueblo en el momento que fuera necesario.

Temprano, la mañana del 25 de octubre de 1960, fuimos reunidos todos los alumnos, testigos durante semanas de acaloradas discusiones políticas. La expectación cundió entre los compañeros. ¿Reunión fuera de hora y sin aviso previo?

El compañero Joel Vilariño, uno de nuestros profesores, y a quien le dieran la responsabilidad de seleccionar a un grupo de alumnos, comenzó a nombrar compañeros hasta un total de veintiuno. Luego dijo que los demás se podían retirar, que se dirigieran a El Viso y permanecieran allí hasta nueva orden.

Los veintiún alumnos nos mantuvimos sentados, sin hablar, pero mirándonos fortuitamente como preguntándonos “¿que se traerán con nosotros?”

Intrigados por aquella elección recibimos al capitán Jorge Risquet y al primer teniente Luis Fariñas, venían con tres compañeros. Ocuparon la mesa y nuevamente se verificó la intrigante selección, para nosotros.

Nuestra impaciencia aumentaba en la medida en que transcurrían los minutos. Los compañeros que se encontraban en la mesa conversaban en voz baja. A mi lado, un alumno se acercó al que estaba sentado frente a él y le dijo:

—Oye, ¿tú crees que nos hemos portado mal y nos van a castigar?

—¡Qué va viejo! —contestó el otro—. No ves que aquí todos los que estamos somos “hacheros”. Seguro es para premiarnos.

En esos momentos, sus palabras me causaron gracia, pero después de que terminó la reunión pensé muy seriamente en el premio que nos habían dado.

A nuestra espalda se oyó el ruido de un vehículo que entraba a la escuela. Era un yipi marca Toyota. Descendió el comandante Raúl Castro Ruz, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Tras él, bajaron el comandante Calixto García y otros compañeros que no conocíamos. Por primera vez veía tan cerca al compañero Raúl, héroe de la guerra de liberación y dirigente querido del pueblo. Nos saludó y nos mandó a sentar. Luego ocupó un lugar en la mesa, igual hicieron sus acompañantes.

El compañero Fariñas se puso de pie, comenzó a explicar el objetivo de la reunión. Hizo un breve análisis del desarrollo del curso, la necesidad que había de intercalar con las clases de Preparación Política concebidas en el programa, el adiestramiento de las nuevas armas de infantería. Luego señaló que los compañeros seleccionados debíamos cumplir una gran tarea. Explicó brevemente, pero con claridad, la necesidad que había de organizar unas fuerzas armadas fuertes, capaces de combatir con éxito; que en lo adelante se formarían batallones de combate integrados por las compañías de milicianos y que la misión de todos los seleccionados sería la de ser jefes de esos batallones. Nos exhortó al cumplimiento exitoso de esta nueva tarea.

Todos quedamos anonadados. Un poco incomprensible para nosotros.

Posteriormente, nos dirigió la palabra el compañero primer teniente Manuel Canciano; entre otros planteamientos, hizo hincapié en la importancia de la tarea encomendada.

A continuación, de pie junto a la mesa, uno de los acompañantes del comandante Raúl Castro nos dirigió su palabra. Lo que más resaltó fue su modo de hablar que denotaba claramente que era español. Por mucho que explicó el “organigrama” del batallón de Infantería, que fue el primer tema que impartió, no logramos entenderlo. Esa fue la primera vez que escuché la palabra organigrama. Y, de esa forma, reunidos los comandantes y oficiales, héroes y dirigentes de nuestra Revolución, con los recién nombrados jefes de batallones, anónimos, desconocidos, nos iniciamos desde ese día en los duros quehaceres de jefes de unidades.⁹⁶

Tal como lo relata Casalí en su testimonio, quedaron nombrados los veintiún jefes de batallones para la defensa del Sector Santiago, que posteriormente tuvieron un desempeño destacado en la formación de sus respectivas unidades. La distribución de estos compañeros fue la siguiente: seis en la ciudad de Santiago; seis en Palma Soriano y Contramaestre;

⁹⁶ Testimonio del coronel retirado Aroldo Casalí Gómez.

cuatro en San Luis; uno en El Cobre, uno en El Caney, uno en el central Baltony, otro en Chivirico y barrios adyacentes, y con posterioridad fue creado otro batallón en Songo-La Maya.

Entre los alumnos seleccionados como jefes de batallones se encontraban Aroldo Casalí Gómez, Hugo Rueda Jomarrón, Humberto Hidalgo, Aristides Ochoa, Fernando Viguera, Rafael Hilario Apesteguía, José Cedeño, Héctor San Juan y José Ramón Taboada.

Los demás compañeros de la escuela, días después fueron designados a otras responsabilidades, incluyendo varios para prestar servicios en la seguridad personal del ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en Santiago de Cuba. Luego de trasladarse definitivamente Raúl para La Habana, algunos continuaron cumpliendo esta misión. Pertenecieron a este grupo: Ángel Aguilera Hidalgo y Leonel García del central Arquímedes Colina; Juan Marís Hernández del Urbano Noris y Carlos Vidal del América Libre, entre otros.

El domingo 30 de octubre de 1960, en el estadio Antonio Maceo del reparto Sueño, quedaron emplantillados los seis batallones correspondientes a la ciudad de Santiago de Cuba, con una composición de seiscientos hombres cada uno. El resto, lo hizo en sus municipios de origen.

Una semana después, domingo 6 de noviembre, los milicianos concurren a los mismos lugares donde fueron emplantillados, esta vez para recibir el armamento.

Ese día se vivieron momentos emocionantes: los seis batallones de Santiago de Cuba desfilaron. Una parte del pueblo santiaguero pudo ser testigo de cómo la Revolución comenzaba a armarse para su defensa. Cada miliciano marchó con su Ppsh cruzada sobre su pecho o su DP al hombro. Algunos, eufóricos de alegría al verse con un arma en la mano, la llevaron a sus casas para mostrárselas a sus familiares y vecinos. Al día siguiente, todas fueron devueltas a sus respectivos batallones.

Paralelamente, cientos de mujeres con mucho entusiasmo y convicción revolucionaria ingresaron a las Milicias Nacionales Revolucionarias. Primero participaban en los destacamentos organizados en los centros de trabajo y estudiantiles. Después se incorporaron a las compañías de mujeres para, fundamentalmente, brindar seguridad y protección a centros de trabajo, prestar asistencia médica, ocupar puestos laborales de los milicianos que permanecían movilizados, entre otras misiones.

Muchas milicianas visitaban las posiciones donde sus esposos, padres, hijos, hermanos y compañeros de trabajo se encontraban movilizados. Allí se personaban con alimentos, ropa, medicamentos y medios de aseo personal.

Cuando se organizaron las primeras unidades femeninas, fue nombrada jefa de una de las compañías la miliciana Isabel Valdés⁹⁷ la cual permaneció por mucho tiempo al frente de la tarea. Esas milicianas, además de las misiones ya mencionadas, participaban en ceremonias militares, actos políticos y culturales.

En la Universidad de Oriente, el estudiantado, siguiendo sus tradiciones de luchas, conjuntamente con el personal de dirección, administrativos y profesores, ante el llamado de Fidel el 26 de octubre de 1959, dieron el paso al frente e iniciaron su incorporación a las Milicias Nacionales Revolucionarias. Se organizaron en un primer momento, las brigadas estudiantiles universitarias y después, las compañías y batallones de combate.

Formación del Batallón No. 3

Desde que escribí el libro *Tradiciones combativas de un pueblo. Las milicias cubanas*, publicado en 2009, me sentí comprometido con los milicianos que integraron los primeros batallones de combate de las Milicias Nacionales Revolucionarias de la provincia de Oriente, en particular, los de Santiago de Cuba. Escribir acerca del trayecto que juntos emprendimos durante el surgimiento, formación, equipamiento, preparación y movilización de las milicias durante 1960-1961 era una deuda y, muy en específico, con los hombres del Batallón 3 de combate, siempre dispuestos a cumplir con la cardinal misión de defender una parte importante del litoral este de Santiago de Cuba.

En la dirección que debía defender el batallón, el mando del Sector Santiago decidió concentrar los esfuerzos principales para rechazar el posible desembarco de fuerzas enemigas, teniendo en cuenta que, si estas lograban desembarcar, avanzarían hacia la ciudad de Santiago de

⁹⁷ Isabel Valdés, destacada revolucionaria, esposa de Antonio Ulloa, jefe de compañía del Batallón No. 3, murió en un lamentable accidente automovilístico.

Cuba con el objetivo de asediarla primero, y tomarla después. De ahí, la importancia de su rol y la confianza del mando superior.

Ha significado motivo sensible reflexionar sobre esta temática, acudiendo a recuerdos que, a pesar de haber transcurrido más de cincuenta años, se impregnaron en nuestra memoria porque representaron el inicio y principal escuela de nuestra formación militar, y donde alcanzamos una mayor profundización de las ideas y conceptos revolucionarios, que entonces obedecían, en buena medida, a la efervescencia de los jóvenes cubanos por apoyar a Fidel y la Revolución.

Aquellos primeros años representaron, además, el fortalecimiento de las convicciones y la necesidad de desarrollar el espíritu de solidaridad, compañerismo, amistad y confianza entre los hombres que, con decisión y altruismo, estuvieron dispuestos a enfrentar, aun con riesgo de sus propias vidas, a las fuerzas enemigas imperialistas sin importarles su supremacía tecnológica ni la preparación militar para desarrollar una guerra.

El 30 de octubre de 1960, los milicianos que integrarían los cinco batallones de Santiago de Cuba acudieron al llamado de la dirección político-militar de Oriente. La cita fue en el estadio Maceo, allí sería el emplantillamiento de cada una de las compañías convocadas.

Desde horas tempranas miles de hombres hicieron acto de presencia.

Previo a ello, el personal de la jefatura militar del Sector Santiago había hecho un intenso trabajo: elaboró las plantillas y creó las condiciones organizativas y de aseguramiento. Los jefes de batallones, recientemente seleccionados y nombrados para ese cargo, se unieron a la actividad. Fueron alistados unos seiscientos milicianos que conformaban el batallón. Como era lógico, la inexperiencia conllevó a nombrar a determinados compañeros como jefes de escuadras y pelotones, que después hubo que sustituirlos por carecer de actitudes para ello.

Con posterioridad, en el Batallón No. 3 se continuó precisando y completando los cargos que no fueron cubiertos durante el llamamiento masivo. Desempeñaron un importante papel, además de la jefatura del batallón, los jefes de compañías y pelotones, quienes trabajaban hombre a hombre, apoyándose fundamentalmente en las listas que fueron confeccionadas y mediante las visitas a los centros de trabajo y áreas residenciales de los milicianos. El batallón quedó conformado en los primeros

momentos por cuatro compañías de Infantería, las cuales se codificaron con letras del abecedario sin seguir un orden consecutivo; la base de su completamiento fue con milicianos procedentes, en lo fundamental, de determinados sectores: la B-2 del sector de Comercio; la C-2 de la Conaca; la I-2 de la Construcción y de la Compañía Maderera (Babún); la K-2 de Educación. Además, fue creada una compañía de armas (lanzacohetes RPG-2 y ametralladoras modelo DP).

Los jefes de compañía fueron Mario Parkinson, destacado revolucionario, dirigente estudiantil y profesor de la Escuela de Artes y Oficios; Luis Ruano Aranda, empleado de la Conaca y combatiente de la clandestinidad; Acosta (no recuerdo su nombre), miembro del MR-26-7; Aramis Bueno, maestro público y combatiente de la clandestinidad.

Al batallón se le asignó para la ubicación de su jefatura un local en el edificio del Gobierno Provincial —Junta de Coordinación y Ejecución Integrada (Jucei)— en la calle Aguilera frente al museo Emilio Bacardí. Allí concurrían sistemáticamente, en horas nocturnas, los jefes de compañías y de pelotones para puntualizar la plantilla, recibir clases, practicar la parte material del armamento, sus datos táctico-técnicos y manejo.

El armamento fue situado en el mismo edificio, la custodia corría a cargo de los propios milicianos que durante las noches hacían guardia. Con carácter permanente se nombró al miliciano Rafael Salcedo para la organización, control, vigilancia y limpieza del armamento. Día y noche, incluyendo muchos sábados y domingos, este compañero cumplía con sus funciones.

Actividades primarias del batallón: encuentro con Fidel

Con la llegada a la provincia de Oriente de las primeras ametralladoras antiaéreas ZPU (cuatrobocas), piezas de artillería terrestre y morteros, y ante la necesidad de seleccionar el personal que manejaría estas armas, el 13 de noviembre de 1960 fueron convocados para la pista auxiliar del aeropuerto de Santiago de Cuba, distintos batallones del Sector Santiago, entre ellos el Batallón 3. Allí se reunieron miles de hombres uniformados de verde y azul, tratando de organizarse y alinearse lo mejor posible por compañías y batallones.

De momento, el silencio se hizo absoluto espontáneamente. Fidel de pie, montado en un yipi descapotado, hacía entrada por un extremo de la pista, fue pasando lentamente frente a los batallones en formación. Vivimos minutos trascendentales. No era una ceremonia militar de un ejército profesional, pero sí una ceremonia donde el ejército del pueblo crecía ante la presencia de su Comandante en Jefe.

Al terminar el breve recorrido, subió a la tribuna, era una rastra. Desde que comenzó su discurso empezamos a escuchar frases ardientes y patrióticas. La emoción se multiplicaba. Recalcó en su medida justa la importancia de la preparación militar del pueblo y se refirió, además, a la tradición heroica de la región oriental. Posteriormente planteó que los batallones se adiestrarían haciendo largos recorridos y que los que fueran a pasar escuela debían realizar una prueba física, mediante una caminata de sesenta kilómetros. Comunicó que se habían organizado cursos de distintas armas e instó a todos los que quisieran, de los allí presentes, a incorporarse a ellos. Esos debían dirigirse hacia la altura, situada a un costado de la pista. Hacia el lugar señalaba con su dedo índice.

Una gigantesca masa humana rompió la formación. En loca carrera se precipitó hacia el lugar indicado, todos querían ser los primeros. Varios cientos de milicianos jóvenes, menores de dieciocho años en su gran mayoría, fueron designados para instruirse y servir estas armas. Del aeropuerto, los seleccionados marcharon hacia las escuelas.

En el municipio Santiago de Cuba fueron creados dos centros: uno en La Feria, instalación ubicada cerca de la carretera que comunica con El Morro, y el otro en El Salado. De ambos, surgieron los primeros milicianos preparados en estas armas con las que posteriormente se reforzaron los batallones de combate, incluyendo por supuesto, el No. 3.

Marchas para el entrenamiento

Previo a la primera movilización general, realizada en el país desde el 31 de diciembre de 1960 hasta el 20 de enero de 1961, los cuadros de mando del batallón nos dimos a la tarea de continuar preparándonos y perfeccionando la organización y completamiento de las pequeñas unidades.

Con el objetivo de entrenarnos física y psicológicamente, en los meses de noviembre y diciembre ejecutamos dos marchas. Para ese momento,

designaron a dos combatientes del Ejército Rebelde, los cuales fueron de mucha utilidad por sus experiencias de la guerra. Ambos, junto a la jefatura del batallón, encabezamos las marchas. Uno de ellos, el teniente José Álamo, oriundo de Victoria de Las Tunas, continuó con nosotros; se desempeñó como chofer del jefe durante unos tres meses. Su comportamiento disciplinado y su disposición para cumplir con su deber fue ejemplarizante, esto hizo que surgiera una sólida amistad entre ambos.

Para la primera marcha, hasta la playa Mar Verde, se concibió introducir algunos elementos tácticos, de forma tal, que el batallón no efectuara la caminata solo por la carretera Santiago-Mar Verde, sino atravesando tramos de terrenos irregulares, con el despliegue en órdenes precombativos de las compañías. Durante el desplazamiento avanzaría una vanguardia compuesta por una compañía, encabezada a su vez por la jefatura del batallón; a una distancia prudencial, marcharía el resto. Todos los milicianos irían portando su armamento.

Luego de reunido el batallón en el parque Céspedes, comenzó el desplazamiento a las seis de la mañana. Nuestro objetivo era llegar en horas del mediodía a la playa Mar Verde, situada al oeste de la bahía santiaguera. La marcha fue cumplida de acuerdo a lo planificado. El ciento por ciento del personal llegó a la meta. El regreso se realizó en horas de la tarde en formación de una columna. Los milicianos volvieron al punto de partida (parque Céspedes) al anochecer. Algunos, agotados, pero todos eufóricos por haber cumplido con éxito esta caminata, concebida como un entrenamiento previo a la de sesentaidós kilómetros.

Con la misma concepción organizativa de la primera marcha, aunque el desplazamiento esta vez fue en horario nocturno, emprendimos la segunda: hasta la playa Berracos. Durante trece horas el batallón logró caminar, entre ida y regreso, unos ochenta kilómetros. Salimos —también del parque Céspedes— a las 18:00 y llegamos al punto de partida a la mañana siguiente, alrededor de las 07:00. Muchos milicianos, teniendo en cuenta la experiencia de la primera caminata, se la agenciaron para llevar envases con agua y algo para comer.

A la playa llegamos extenuados. Había sido intensa la marcha, solo en dos ocasiones hicimos paradas de diez minutos. Allí, sobre la arena, cubrimos con ella nuestros cuerpos, tratamos de restituir las fuerzas y dejamos que las aguas se encargaran de lo demás. Pasadas dos horas,

impartimos la orden de iniciar el regreso hasta la sede del batallón donde se entregarían la armas.

Si difícil había sido llegar a la meta, ¡qué decir de la vuelta! Algunos milicianos no pudieron soportar el cansancio, en particular los de edad más avanzada, los cuales tuvieron que tomar vehículos que pasaban por la carretera, y cómo los choferes se solidarizaban con ellos.

La prueba fue dura, sobre todo para el hombre de la ciudad, acostumbrado a trasladarse en medios móviles o desplazarse a pie en cortas distancias, además, la mayoría procedía de trabajos que no exigen esfuerzos físicos; pero fue otra ocasión en la que se puso de manifiesto, una vez más, el fervor patriótico y revolucionario de los milicianos santiagueros.

Vinieron días afectados para algunos, por las llagas en sus pies, dolencias en las piernas y otras molestias. Yo pude recorrer los últimos kilómetros apoyándome con un bastón (palo), la hernia de la cual padecía se me había alterado significativamente; ya en la jefatura tuve que ser socorrido por el segundo jefe del batallón, Fernando Sevillano y otro miliciano. Ellos me subieron cargado hasta la oficina; había que subir los escalones que dan acceso al primer y segundo pisos del edificio.

Durante la marcha se destacó un joven de apenas dieciséis o diecisiete años, Roberto Echavarría; él fungió como enlace y fue capaz de recorrer en más de una ocasión toda la columna del batallón para que la jefatura conociera la situación de cada compañía durante el desplazamiento. En ningún momento Robertico mostró cansancio, solo disposición para cumplir cualquier orden que se le impartiera.

Ambas marchas dejaron huellas imborrables en cada miembro del batallón. Surgió y se fortaleció el verdadero compañerismo, aprendimos a vencer el cansancio, creció y se hizo fuerte la voluntad y disposición para enfrentarnos a situaciones más complejas, las que el enemigo con posterioridad nos impuso.

La primera movilización

Para finales del mes de diciembre de 1960 el enemigo continuó incrementando sus agresiones contra Cuba: lanzó bombas sobre objetivos estratégicos de la capital del país, donde además realizó acciones de sabotaje y actos terroristas contra la población y la economía. En las provincias

de Pinar del Río, Las Villas y Camagüey, hechos vandálicos de diferentes tipos y magnitudes se sucedieron. Las violaciones del espacio aéreo incrementaron.

En Oriente, en julio de 1960 fue neutralizado el plan que el cuartel general de la CIA había preparado contra el comandante Raúl Castro. En octubre del mismo año, desembarcaron por bahía de Navas, entre Moa y Baracoa, veintisiete mercenarios, incluidos tres yanquis, bajo el mando del masferrerista Armentino Feria, conocido como el Indio. Días después, fueron capturados por la acción conjunta del Ejército Rebelde y las Milicias Nacionales Revolucionarias. En diciembre fue neutralizada en el municipio de Manuel Tames, Guantánamo, la numerosa banda de Roberto Herrera Tico, el que huyó hacia la base naval.

Por otra parte, el 16 de diciembre el gobierno de Estados Unidos ordenó reducir a cero la cuota cubana de azúcar para el período de enero-abril de 1961. El día 18, el recién electo presidente John F. Kennedy fue informado por el director de la CIA de los planes de invasión a Cuba.

Ante tan compleja situación y al considerarse que con el próximo cambio de mandato presidencial (Eisenhower-Kennedy) en Estados Unidos, se configuraba un momento especial de amenaza de agresión militar a Cuba, el 31 de diciembre de 1960 la dirección de la Revolución declaró la movilización general de las fuerzas armadas y las milicias revolucionarias.

Apenas dos meses de ser constituido y haber recibido el armamento, el Batallón No. 3 recibió la orden de movilización. Corrían las primeras horas del 31 de diciembre. De inmediato, llamé por teléfono a los jefes de compañías, los impuse de la situación e iniciamos el desencadenamiento del aviso. Por la radio también se hizo el llamado a todos los milicianos: debían presentarse en los sitios previamente seleccionados. Nuestra área era en el parque Céspedes, cerca de la jefatura y lugar del armamento.

Dos días antes, el mando del Sector Santiago nos había planteado la misión que debíamos cumplir: ocupar y defender a ultranza las playas Sardinero, Justicí, Siboney y Juraguá, y en la profundidad, las elevaciones también del litoral este de Santiago de Cuba, a ambos lados de la carretera Siboney-Santiago, y algunas al sur de la vía que bordea el río Carpintero, en dirección a la Gran Piedra.

Por esta área se consideraba que fuera la dirección principal para el desembarco del grueso de las fuerzas enemigas y que, de lograrlo, se dirigirían posteriormente hacia la ciudad, aprovechando como eje de desplazamiento la carretera Siboney-Santiago.

Una vez armando el personal, comenzó el desplazamiento para los lugares de defensa. Según iban llegando las compañías, les fui precisando la misión a sus respectivos jefes. Para la defensa, directamente en el litoral, fueron dislocadas las Compañías B-2, C-2, I-2; el segundo escalón fue ocupado por la compañía K-2 en las elevaciones a cada lado de la carretera Siboney-Santiago.

Todavía en horas de la noche, aprovechando la claridad que irradia la luna, me encontraba ubicando en el segundo nivel de arrecifes (terrazas) que se proyecta al oeste de la playa Siboney, a uno de los pelotones de la Compañía B-2, bajo el mando de Mario Parkinson. Puedo precisar incluso la hora, porque le pregunté a Parkinson:

—¿Qué hora tiene tu reloj?

Tratando de escudriñar con sus ojos, me contestó:

—Rueda, ¡son las doce!

En fracciones de segundos nos abrazamos efusivamente, nos felicitamos e hicimos extensiva la alegría al jefe de pelotón y milicianos que se encontraban a nuestro alrededor. Así empezó para nosotros ese nuevo año.

Fue un momento importante para todos, estábamos seguros de que el pueblo en pleno, lleno de regocijo, independientemente del momento difícil por el que atravesaba el país, festejaba el segundo año del triunfo revolucionario. A la vez, nos visitó la nostalgia, estábamos acostumbrados a pasar ese día junto a la familia.

Durante la madrugada y la mañana del día siguiente, continué ubicando las pequeñas unidades del batallón. Como es de suponer, en cuanto levantó el sol, fue necesario corregir las posiciones que se habían hecho en la noche.

El puesto de mando del batallón fue ubicado en la elevación detrás del caserío La Estrella, a solo unos metros de la carretera que une a Siboney con Santiago; las primeras medidas fueron crear un puesto de observación y postas para la seguridad, así como designar enlaces, pues entonces no se contaba con medios técnicos de comunicación.

Desde los primeros momentos, en la medida en que se iban resolviendo picos y palas, fue divisa de los integrantes del batallón acondicionar las posiciones defensivas mediante la construcción de pozos de tiradores, trincheras, refugios y puestos de mando y observación. Esta tarea no fue fácil, dado el desconocimiento de cómo hacerlo; ni los jefes, ni los milicianos tenían experiencia en este sentido. Hubo errores en la selección de los lugares para los pozos de tiradores y demás elementos y eso requirió redoblar los esfuerzos, ser creativos y desarrollar la gestión sobre la marcha para dar solución a las limitaciones de recursos.

Días antes de desmovilizarse el batallón recibimos los lanzacohetes RPG-2 y las ametralladoras DP en composición de una nueva compañía. Las armas fueron distribuidas entre las cuatro compañías que ocupaban la defensa.

Esta primera movilización fue una verdadera escuela para los cuadros de mando, en aquellos momentos carecíamos de conocimientos militares. Tanto yo, como el segundo jefe del batallón y los jefes de compañías tuvimos que hacer grandes esfuerzos para organizar la defensa. Muchos, por no decir la totalidad, no dominábamos cómo aprovechar las ventajas del terreno y sus posibilidades tácticas para ubicar convenientemente al personal y los distintos tipos de armas; tampoco sabíamos cómo organizar y asegurar el mando y la cooperación.

Durante el atrincheramiento, al no contar con medios de comunicación para ejercer el mando, fue una práctica de los jefes —del batallón y compañías— estar en el terreno la mayor parte del tiempo, de día y de noche, con los jefes subordinados directamente, dándoles indicaciones y precisando la ubicación y misión a cada escuadra y pelotón, incluso, a milicianos individualmente.

Aquellos jefes inexpertos, con su valor patriótico y revolucionario, hicieron posible que los combatientes bajo su mando cumplieran cabalmente las exigencias de la movilización. Quedó demostrado que cuando se abraza una causa justa, el hombre es capaz de erguirse, vencer los obstáculos y enfrentar al enemigo sin temor al peligro.

Igual beneficio reportó la movilización para toda la masa miliciana no acostumbrada a permanecer en condiciones de campaña: carecíamos de hamacas, la alimentación escaseaba, se cocinaba con limitaciones de productos y utensilios para su cocción, por lo tanto era muy

poco lo que se consumía. Sin embargo, nada de eso importó, ni si la ropa y botas eran apropiadas, ni si había con qué guarecerse de la lluvia, ni si la estancia sería prolongada o no. Allí todos permanecieron firmes.

En alguna medida se atenuaban las carencias: el jefe de Servicios del batallón, el compañero Bartolomé Leiva, hacía gestiones día a día con el órgano de aseguramiento del Sector Militar Santiago; recibíamos el aporte del órgano de gobierno y de vecinos que residían cerca de las posiciones de algunas escuadras; muchas esposas, madres y compañeras de trabajo hacían actos de presencia en las trincheras para llevarles a los milicianos alimentos, ropa y otros medios y, en especial, traían el aliento tan necesario para circunstancias como estas.

Acto de recibimiento y reafirmación revolucionaria

El 20 de enero, en la capital del país y en el resto de las provincias se desarrollaron actos de recibimiento a las unidades que, por veinte días, habían permanecido movilizadas y atrincheradas en sus áreas defensivas. Igual que el acto celebrado en La Habana, fue relevante el de la ciudad de Santiago de Cuba.

La actividad incluyó el desfile de los milicianos y al Batallón 3, por los resultados durante la movilización, se le concedió el honor de encabezar esa marcha. Los batallones estaban ubicados en los altos de Quintero, a lo largo de la Carretera Central. Allí recibí una gran sorpresa.

Resulta que una hora antes llegó en un yipi el capitán Jorge Risquet. Me ordenó subir y que dejara al frente de la unidad al segundo jefe del batallón, el miliciano Fernando Sevillano. En el trayecto me planteó que por decisión de Raúl, fui designado para hablar en el acto a nombre de las unidades desmovilizadas.

Ya pueden imaginarse el momento difícil al que debía enfrentarme; jamás le había hablado a grupos numerosos de personas, mucho menos a un pueblo como este concentrado en la avenida Alameda. Cuando llegué a la tribuna, ya estaban los jefes y oficiales de la jefatura del Sector Santiago, dirigentes políticos y de las organizaciones de masas y del gobierno. Inmediatamente se incorporó el ministro de las fuerzas armadas, acompañado por el comandante Calixto García Martínez.

Comenzó el desfile, una vez que los batallones pasaban frente a la tribuna, hacían un giro a la izquierda y se dirigían a los lugares reservados para cada agrupación, delante del pueblo que desbordaba la avenida y las calles que accedían a la terminal de trenes, así como en los laterales colindantes a la tribuna. Frente a esta fueron ubicados los hombres de mi batallón. Verlos tan cerca contribuyó a que el nerviosismo cediera paso a la ecuanimidad y yo pudiera hilvanar las ideas revueltas en mi pensamiento: el papel de los milicianos que por primera vez se habían enfrentado a las condiciones de campaña, la disposición de defender el suelo patrio al precio que fuera necesario, el compromiso de participar en cualquier otra nueva misión que el Comandante en Jefe ordenara y el apoyo de las familias y del pueblo santiaguero. Mi intervención no duró más de tres o cuatro minutos.

También hizo uso de la palabra la compañera Rita Díaz, militante comunista e incansable luchadora contra la tiranía. Ella habló en nombre de las organizaciones políticas y de masas. Fue una coincidencia que Rita y yo fuéramos del central Delicias, hoy Antonio Guiteras.

Para hacer el resumen, se dirigió al pueblo Raúl. La muchedumbre lo aclamaba prácticamente en cada frase que decía. Así demostró su júbilo por quien, siendo casi un adolescente, había atacado el cuartel Moncada junto a Fidel y ahora dirigía las fuerzas responsabilizadas con la defensa de Cuba y en particular de la heroica Santiago de Cuba.

Días después, la jefatura del Sector Santiago decidió reunir a todos sus milicianos en el teatro Mariana Grajales, con el objetivo de hacerles un reconocimiento por los resultados obtenidos y la actitud mantenida durante los veinte días de atrincheramiento. Presidió el acto el capitán Jorge Risquet Valdés, el cual en su intervención, en nombre del comandante Raúl Castro Ruz, felicitó a los milicianos e hizo un recuento de lo que significó la primera movilización masiva y combativa de los cubanos en defensa de la Revolución, y en particular, el papel que habían desempeñado los hombres del Batallón 3.

En las instalaciones de San Pedrito

Con el objetivo de preparar y entrenar a los milicianos de la ciudad de Santiago de Cuba y otros municipios cercanos, por decisión de la jefatura

del Sector Santiago, fueron creadas dos escuelas donde se desarrollarían concentrados de batallones de combate, una, cuyo director era el capitán Arquímedes Fonseca, funcionaría en el lugar conocido como La Feria, en las afueras de la ciudad, y la otra en las instalaciones de lo que fuera una pista de aviación en el reparto San Pedrito. Aquí el Batallón 3 pasó los quince días que duró el concentrado.

El director de San Pedrito fue el capitán Martín Boronat y el jefe de Instrucción, el teniente Tomás Padró, quien decía haber participado en la guerra de Corea formando parte de unidades especiales del ejército norteamericano. Ambos eran exigentes y lograron imponer una férrea disciplina. Así fuimos adquiriendo los primeros hábitos militares.

A muchos se nos han quedado grabadas unas frases muy peculiares que expresaban los sargentos y oficiales que impartían las materias. El teniente Padró, el mismo día que inició el concentrado, se dirigió con voz imperativa al personal y dijo: “Han llegado al infierno y el diablo soy yo”. Nos miramos pero la risa no brotó en ese instante. Otros profesores en ocasiones lo imitaban al exigir la disciplina, como eran el sargento conocido como Garabito y el primer teniente Ramírez. Ambos influyeron positivamente en el aprendizaje y entrenamiento de los milicianos.

El rigor del horario, las exigencias en las clases y entrenamientos, igual que las marchas que antecedieron al concentrado contribuyeron a la formación de hábitos y adquisición de conocimientos, aunque fueran elementales. Aquí realizamos ejercicios de tiro con municiones de combate; lanzamos granadas y, por supuesto, experimentamos nerviosismo; participamos en clases prácticas de táctica y otras actividades importantes. Durante los ejercicios físicos nos exigían normas de tiempo.

Ante la decisión del director de la escuela, yo fui el primero en pelearme militarmente y rasurarme el bigote. Esa norma empezó por el jefe del batallón; y en presencia de los jefes de compañías y pelotones, también realicé la prueba de desplazamiento a rastras por el polígono, había que superar diferentes obstáculos, bajo el fuego rasante de una ametralladora calibre 30 mm. Después, este ejercicio lo hicieron todos los milicianos.

La preparación también fue psicológica. Al concluir nos sentimos en mejores condiciones para cumplir cualquier misión combativa o permanecer

por tiempo prolongado atrincherados, en condiciones difíciles haciendo vida de campaña. Al término de aquella quincena, estábamos listos para cualquier misión y la mirada orgullosa pasaba por encima del hombro de quienes aún no habían pasado aquel curso.

Uno de los alumnos de la escuela Los Pinos Nuevos, llamado Pedro Acosta, Niño, procedente del central Demajagua era un joven soñador y romántico, le gustaba hacer poesías y sus composiciones las decía de inmediato al primer compañero con que se encontraba. Durante la realización de un ejercicio de infantería en la propia escuela de batallones, falleció como consecuencia de un síncope cardíaco. Su corazón que cantaba las bellezas del alma, no pudo resistir las rudezas del guerrero que empuña el arma. Esta lamentable pérdida nos consternó a todos. Él se había ganado la simpatía de sus compañeros.

De cuando la invasión enemiga por playa Girón

Durante el mes de marzo y la primera quincena de abril de 1961, el enemigo incrementó sus ataques contra Cuba mediante diferentes tipos de agresiones: sabotajes, ataques piratas, infiltraciones de bandas contrarrevolucionarias, bombardeos, incendios de instalaciones y plantaciones cañeras, intentos de desembarcos...

Solo en la provincia de Oriente:

4 de marzo: derribado un avión pirata en la región de Baracoa, Guantánamo.

12 de marzo: capturados en Tres Hermanos, Baracoa, Guantánamo, el bandido Arcadio *Blanco* Pelegrín y dos de sus colaboradores.

12 de marzo: ataque pirata contra la refinería Hermanos Díaz, en Santiago de Cuba.

23 de marzo: ataque a un avión cubano, por la artillería antiaérea de un crucero de Estados Unidos en Imías, Guantánamo.

6 de abril: capturada la banda contrarrevolucionaria de Octavio Lujó Padró en la zona de San Fermín, Sierra Maestra. Ese mismo día los incipientes Órganos de Seguridad del Estado frustraron un complot en Monte Ruz, apoyado por las autoridades militares de la base naval de Guantánamo.

8 de abril: frustrada la operación Pinar ante la movilización de tropas revolucionarias en la defensa del litoral, al tratar de desembarcar un contingente mercenario, por la zona de Moa.

14 de abril: una agrupación de barcos en misión de la CIA, la mayor parte de ellos buques de la marina norteamericana, se acercó a las inmediaciones de la ciudad de Baracoa. Al llegar frente a las costas y ver el movimiento de las tropas revolucionarias, cobardemente se retiraron.

14 de abril: murió el piloto Orestes Acosta al regresar de una misión de exploración al norte de Baracoa, por donde se había detectado que fuerzas enemigas se desplazaban hacia la costa en esa dirección. El avión explotó cuando se encontraba a solo un minuto de la pista del aeropuerto de Santiago de Cuba. Orestes Acosta se convirtió en el primer combatiente cubano caído, a solo tres días de producirse la invasión mercenaria por playa Girón.

En el amanecer del 15 de abril de 1961 aviones enemigos bombardearon el aeropuerto de Santiago de Cuba Antonio Maceo, igual hicieron en otros de la capital del país. Raúl, que aún se encontraba al frente de la provincia de Oriente, le propuso al Comandante en Jefe convocar la inmediata movilización de la población. Al recibir su autorización, se dirigió a la emisora de radio CMKC e hizo un llamado a las armas al pueblo de la provincia de Oriente. En su mensaje, entre otros planteamientos, expresó:

Orientales, milicianos, miembros del Ejército Rebelde: acudid a movilizarse cada jefe de unidad, sea esta de milicia o del Ejército Rebelde, a presentarse en el lugar donde se conservan las armas, en forma ordenada y serena. Cada uno a ocupar su puesto.

Cada uno a empuñar el rifle con el que tendremos que pagar el precio de nuestra libertad, cada uno a ocupar el mismo sitio que cuando la movilización de enero [...]

Que la producción debe mantenerse lo más alta posible. Que la CTC-R (Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria) convoque la movilización inmediata, sin dejar de producir. Que la Federación de Mujeres imparta la consigna de ocupar sus puestos. Que los Jóvenes Rebelde también, a pesar

de su tierna edad, empuñaron el rifle para salvar la patria [...] El enemigo ha atacado. Vamos a aniquilar al enemigo y a la reacción interna.⁹⁸

Finalmente, añadió con solemnidad:

A cumplir la palabra empeñada con nuestros veinte mil muertos, con nuestros hijos, con América y con el mundo. A aniquilar al invasor. ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

La presencia cercana de los buques de guerra de Estados Unidos y el despegue de aviones desde la base naval de Guantánamo tensionaron mucho más los acontecimientos en la zona oriental.

A partir del llamado que hiciera el ministro de las fuerzas armadas, todos los batallones y baterías de artillería terrestre y antiaérea, recientemente creadas, fueron movilizados. La mayor parte de los batallones de milicias ocupó las mismas áreas de designación combativa, que cuando se realizó la movilización del 31 de diciembre del año anterior.

El Batallón 3, una vez movilizado en su totalidad, ya que una parte de sus efectivos lo habían hecho antes, ocupó su posición. Al frente se hallaba el segundo jefe, pues yo en ese momento formaba parte de una delegación militar que había visitado la República Socialista de Checoslovaquia desde el 21 de marzo. Recién habíamos regresado a La Habana el día 14, y ya, al anochecer del 15, asumí el mando de mi agrupación.

En las trincheras, los milicianos se dieron a la tarea de continuar el acondicionamiento de las posiciones, donde cada miliciano, escuadra, pelotón y compañía iba a defender. Especial atención se le prestó a la preparación de los puestos de mando y observación, desde pelotón hasta batallón, así como a los emplazamientos de una batería de ametralladoras antiaéreas 14,5 mm (cuatro bocas), una de cañones antitanque 57 mm y otra de morteros 82 mm, que nos habían asignado. Estos medios fueron ubicados, fundamentalmente, donde se hallaban concentrados los esfuerzos principales para la defensa de la playa Siboney y la carretera Siboney-Santiago. El personal de las dotaciones de artillería eran jóvenes que habían escalado cinco veces el Pico Turquino. Se habían preparado en una escuela creada para artilleros en Minas de Ponupo.

⁹⁸ Raúl Castro Ruz: "Girón en Oriente" (No. 9 final), periódico *Granma*, La Habana, 19 de abril de 2006, p. 6.

Paralelamente al trabajo de acondicionamiento de las posiciones defensivas de cada pequeña unidad, por decisión del mando superior, se comenzó la construcción de un túnel en la altura donde radicaba la jefatura y la plana mayor del batallón, bajo el asesoramiento del Gallego Roca.

Durante esta movilización, fueron instalados teléfonos de campaña para asegurar las comunicaciones entre el puesto de mando del batallón, las compañías y baterías de artillería. En esta actividad sobresalió el capitán del Ejército Rebelde Pedro Guelmez, a quien se le vio cargando sobre su espalda los carretes de cable de campaña y tirando las líneas telefónicas internas del batallón, a campo traviesa. Con posterioridad, Guelmez llegó a ser ministro de Comunicaciones.

Los hombres del Batallón 3 volvieron a poner en alto su fervor revolucionario, su convicción de enfrentar al enemigo y supieron mantenerse firmes en sus posiciones, independientemente del peligro al que estaban expuestos. Mantuvieron siempre la disciplina y una digna moral combativa, igual que el resto de nuestras fuerzas revolucionarias.

Cuando el ataque al aeropuerto de Santiago, los milicianos de las ametralladoras cuatrobocas que ocupaban los emplazamientos abrieron fuego contra los aviones enemigos. Lamentablemente, algunos resultaron gravemente heridos. El director de la escuela de La Feria, capitán del Ejército Rebelde Arquímedes Fonseca, que se encontraba en la instalación en esos momentos, también abrió fuego contra los aviones con una ametralladora 30 milímetros.

De nuevo sentimos el calor del pueblo santiaguero a través de familiares y compañeros de trabajo, que día a día se interesaban por su situación y los exhortaban al cumplimiento del deber patriótico y revolucionario. Estuvo patente además, la ayuda solidaria del gobierno provincial y de las organizaciones políticas y de masas santiagueras.

Anécdotas de ese mes de abril

De aquellos días de incertidumbre en que esperábamos un desembarco de fuerzas enemigas, el segundo jefe de uno de los pelotones que defendía la playa Juraguá Orlando La O Montoya, recuerda:

En un recorrido que hice en horas avanzadas de la noche, sorprendí a dos milicianos, de guardia, dormidos. Sigilosamente les

quité las armas y los desperté. “Los hombres ranas les podían haber dado un pase a cuchillo”, les dije, “y por su irresponsabilidad, decenas de milicianos que confiaban en sus ojos, hubieran sido sorprendidos y aniquilados por el enemigo, antes de producirse el desembarco”. Ya al final les planteé que se tomarían las medidas correspondientes.

En otra ocasión, que estaba en la primera línea de combate junto al jefe de pelotón Renán Riviera, llegó el jefe de batallón Hugo Rueda, se desmontó del yipi y tras el saludo, nos transmitió el mensaje: “Dice Raúl que lo de ustedes, o sea, el pelotón es, cuando se produzca el desembarco, estar en las trincheras y después del cañoneo de limpieza de la playa, los que queden vivos, salir a combatir; que no hay repliegue, porque detrás hay varias hileras de milicianos que defienden la carretera y las montañas, y también van a rechazar el ataque enemigo. Miren los barcos en el mar, hay que estar atentos por si estos se lanzan”. Impartió nuevas instrucciones y continuó rumbo a otros pelotones vecinos.⁹⁹

Lucha contra un incendio

Un día domingo, en horas del mediodía, recibí una llamada del jefe de la compañía que defendía Juraguá. Me comunicó que se observaba un incendio en la elevación al este de la playa, donde se encontraba emplazado un pelotón de artillería antiaérea. Cuando llegué, ya casi estaba extinguido el incendio.

Según lo relatado por el jefe de pelotón, el fuego comenzó a unos cincuenta metros de los emplazamientos de las piezas, en las estribaciones de aquella elevación. El viento propició que en solo unos minutos las llamas cobraran fuerza y ascendieran muy rápido a la cima de la loma. En los primeros momentos, como no contaban con camiones para evacuar las piezas y municiones, el personal, con un arrojo tremendo —todos eran muy jóvenes— y haciendo esfuerzos inauditos, trasladaron las piezas y las cajas de municiones hacia la pendiente opuesta a la dirección del fuego que avanzaba. Con ramas que cortaron y arrancaron se en-

⁹⁹ Testimonio de Orlando La O Montoya, jefe de pelotón del Batallón No. 3.

frentaron a las llamas y detuvieron su avance. La extinción final se logró también con la participación de vecinos y milicianos de la compañía que defendía la playa que lograron subir hasta la cima.

En esta acción fue decisiva la actuación del jefe de pelotón; este muchacho no pasaba los diecisiete años y era pequeño de estatura, pero muy dinámico en sus actuaciones. Salir airoso de una situación tan difícil fue muy reconfortante, creció el respeto y cariño de todos sus subordinados y del resto del personal que actuó en la extinción del incendio.

Posteriormente, las piezas y cajas de municiones volvieron a su emplazamiento. Al pelotón le hicimos un reconocimiento por la actitud manifiesta y porque no hubo afectación de personas, armamento ni municiones.

Después de la victoria en playa Girón

Dada la confianza de la jefatura del recién fundado Ejército de Oriente, al Batallón No. 3, como justo reconocimiento al protagonismo de sus hombres durante las dos movilizaciones que el país hubo de enfrentar, le fue planteada una nueva misión, una vez que el enemigo fue aniquilado en menos de setenta y dos horas: debíamos mantenernos atrincherados en las posiciones que hasta esos momentos habíamos ocupado.

La jefatura del Ejército de Oriente —constituido oficialmente el 21 de abril de 1961, al mando del comandante Raúl Castro Ruz— nos indicó continuar defendiendo el litoral al este de la bahía de Santiago de Cuba, y no desmovilizar al personal hasta tanto no fuera ordenado. Solo que, para el cumplimiento de esta nueva misión, se le ampliaba al batallón el frente que debía ocupar; ahora incluía las playas Damajayabo y Berracos.

Pronto comprendí la idea del mando superior: los esfuerzos había que concentrarlos no solo en una defensa de posiciones, sino en la vigilancia de todo el litoral a través de un sistema de puestos de observación y patrullaje, para ello se dislocarían las compañías por pelotones y en algunos casos por escuadras; había que impedir posibles infiltraciones del enemigo, sin excluir la posibilidad de desembarcos de fuerzas superiores por las playas Daiquirí y Siboney.

Para los hombres del Batallón 3, la nueva misión era la reafirmación de defender la Revolución al costo necesario, en aras de no volver al pasado oprobioso que durante años nuestro pueblo había tenido que soportar.

Más de tres meses mantuvimos al batallón atrincherado. Esto permitió forjar en cada miliciano a un soldado revolucionario, capaz de afrontar las vicisitudes y el sacrificio que impone vivir en campaña y en espera de enfrentar a un enemigo muy superior tecnológicamente.

Tanto tiempo en las trincheras incrementó los conocimientos de los jefes de pequeñas unidades; se les prestaba atención a su preparación táctica, recibían clases del jefe y segundo jefe del batallón quienes, a su vez, las recibían con anterioridad del especialista soviético, el Gallego Roca.

Fue significativo, además, el intenso trabajo desplegado para continuar el acondicionamiento de las posiciones defensivas, entre ellas, los puntos de resistencia de pelotones y compañías y las trincheras de comunicaciones; preparar los puntos de vigilancia en las nuevas posiciones asignadas en las playas Damajayabo y Berracos y sus accesos; emplazar los cañones antitanques 57mm, los morteros 82 mm y las ametralladoras antiaéreas ZPU.

Se calculó que alrededor de kilómetro y medio de trincheras y decenas de refugios fueron cavados y acondicionados por los milicianos mientras estuvieron movilizados, lo cual fue reconocido como una tarea relevante por la jefatura del Ejército de Oriente. Las huellas que los hombres de batallón dejaron son imborrables: allí quedó el sello de la disciplina, abnegación, firmeza revolucionaria, convencimiento e interpretación de las ideas de Fidel y de la necesidad de defender su Revolución.

En una ocasión, se estableció entregar un bajo estipendio a los milicianos y cuando se comunicó que aquellos que tuvieran dificultades familiares o devengarán un alto salario en su centro de trabajo, debían ser desmovilizados, un jefe de compañía, quien tenía varios hijos, con una actitud altruista planteó permanecer movilizado por el tiempo que fuera necesario y percibir el estipendio que se le ofreciera. Acosta se negó a dejar el mando de su compañía y mucho menos a sus subordinados en las trincheras.

La estancia por tiempo prolongado en las trincheras exigía de mucho sacrificio. Tampoco estaba organizado el régimen de pases, se autorizaba salir solo en casos excepcionales, cuando el miliciano recibía la noticia de algún familiar enfermo u otra que indiscutiblemente exigiera su presencia.

Al dispositivo defensivo del batallón llegaban visitas del mando superior. Recuerdo allí al comandante Calixto García; los capitanes Flavio Bravo, Jorge Risquet, Ernesto Casillas y Pedro Guelmez; al primer teniente Ferrán, jefe de la Artillería Antiaérea en la provincia de Oriente, que en varias ocasiones visitó los emplazamientos de la artillería antiaérea, incluso, en horas de la madrugada; al sargento Antonio Payares, él controlaba la situación del personal y pasaba lista en algunas compañías. También recibíamos a otros miembros de la jefatura del Ejército. Pero los resultados siempre eran buenos, alentadores; la jefatura del batallón y los jefes de compañías orientaban, controlaban, brindaban ayuda a los jefes y milicianos subordinados, permanecían directamente en el terreno, de día y de noche, con ellos estaban la mayor parte del tiempo.

Apoyo a la campaña de alfabetización

Mil novecientos sesentauno se vistió de luz cuando los faroles juveniles inundaron nuestros campos y la enseñanza llegó hasta el más alejado analfabeto. Ya sabíamos que un enemigo poderoso quería mantener ciego a los cubanos, cometía fechorías y asesinatos para que la campaña de alfabetización que desarrollaba el Gobierno Revolucionario no se llevara a vías de hecho, ya habían asesinado al maestro Conrado Benítez en las montañas del Escambray. Ahora al batallón le asignaron la misión de brindarles apoyo y seguridad a miembros de un contingente que honrosamente llevaba el nombre de este joven. Todos los brigadistas ubicados en el territorio, cuya responsabilidad era nuestra, fueron cuidados con mucho celo.

En los primeros momentos, apoyamos el traslado de los alfabetizadores hasta la casa en que fue ubicado cada uno de ellos: en zonas intrincadas al sur de la Gran Piedra y en los caseríos aledaños a las playas que protegíamos; utilizamos el vehículo del jefe de batallón y el único camión con que garantizábamos los servicios de la unidad, para apoyar la búsqueda y distribución de libretas, lápices, manuales, pizarras, faroles y otros medios que pudieran necesitar.

La enseñanza de los brigadistas llegó hasta nuestras trincheras, allí impartieron clases también a los milicianos.

Cuando fue instituida la medalla por la Alfabetización, yo la recibí de manos de la compañera Vilma Espín. Era un reconocimiento al trabajo desempeñado por el batallón.

Últimos momentos en la defensa del litoral

Para finales de junio de 1961, fui designado jefe de estado mayor de la 63 División de Infantería, a la cual ya estaba subordinado el batallón. Independientemente de esta nueva responsabilidad, continué visitando de manera sistemática a los milicianos atrincherados. Al frente de la división se encontraba el capitán Manuel Céspedes. La jefatura fue ubicada en el lugar conocido como Minas de Firmeza.

Entre las tareas de esta gran unidad, además de las relacionadas con la preparación y disposición combativa, acondicionamiento del teatro de operaciones, organización de los aseguramientos combativos, logísticos y técnicos, y el mando, fundamos una escuela para la formación de instructores políticos con el objetivo de, una vez concluido el curso, asignarlos a las unidades de la división. No se contaba aún con este personal. El contenido del programa concebía temas de Historia de Cuba, Filosofía, Economía Política y Preparación Militar.

Una humilde vivienda ubicada muy cerca del caserío El Oasis, a menos de treinta metros de la carretera que da acceso a las playas del este de Santiago de Cuba, fue acondicionada para esta función. El jefe de la división decidió que yo, como jefe de estado mayor, atendiera personalmente la escuela.

Como director fue designado el miliciano Raúl Méndez —procedente de un curso de Instrucción Revolucionaria—, este compañero, además de obtener resultados positivos en el desempeño de su cargo, realizó un meritorio trabajo político con los hombres del batallón mientras estuvieron movilizados. Se destacó también, por brindarle atención política al grupo de brigadistas alfabetizadores que cumplían tan importante y necesaria misión en nuestro territorio. Por sus cualidades humanas y revolucionarias, supo ganarse el cariño y respeto de todos los milicianos que permanecían atrincherados y de muchos pobladores del lugar.

Con posterioridad, Méndez ocupó otras responsabilidades en las Fuerzas Armadas Revolucionarias y al desmovilizarse, con su tesón ca-

racterístico y a costa de grandes esfuerzos, por no contar con un alto nivel de escolaridad, logró cursar la carrera de Medicina y graduarse como médico anestesista.

Llegó el momento de la desmovilización del batallón, se fue realizando de forma gradual. Para mantener la vigilancia del litoral, se creó una compañía de exploración, subordinada a la división; a su mando estuvo Justo Estévanel, un combatiente de la clandestinidad. La jefatura se ubicó en la playa Damajayabo. Parte de los integrantes de la compañía era del propio batallón. La misión principal consistió en crear puestos de observación y realizar patrullajes en las playas con más probabilidades de infiltraciones enemigas. También permaneció movilizado y subordinado a la división el personal integrante de las baterías de artillería antiaérea ZPU, cañones antitanque 57 mm y batería de morteros 82 mm.

En la mañana del 12 de agosto de 1961, ya desmovilizada la mayor parte del batallón, fui citado a la jefatura del Ejército de Oriente. Allí estaban tres compañeros más: el capitán Lázaro Blanco, el primer teniente Cabrera y el miliciano, como yo, Aroldo Casalí Gómez. El comandante Calixto García, al frente del ejército en esos momentos, nos comunicó que habíamos sido designados jefes de las cuatro divisiones que se iban a crear para defender el norte de la provincia de Oriente. Los cuatros nos sorprendimos, no esperábamos una misión de tanta responsabilidad.

A continuación nos ordenó trasladarnos a la ciudad de Holguín, donde radicaba la jefatura del Sector D, bajo el mando del capitán Antonio Pérez Herrero, quien nos precisaría cómo formar las divisiones, con qué unidades y cuál sería la misión de cada una.

Me acompañó Danilo Castillo, hijo de Santiago de Cuba, combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde, se había licenciado en 1959 e incorporado como chofer cuando me encontraba en la 63 División. A Danilo lo caracterizaban sus buenas cualidades humanas y una actitud de entrega a toda prueba. Era entusiasta, operativo. Ante mi proposición, no tuvo reparo en continuar como chofer, y marchó conmigo hacia la costa norte oriental para organizar la 69 División de Infantería. Allí fue nombrado jefe de Operaciones, cargo que supo cumplir cabalmente; llegó a ser un puntal importante en la formación de la división y, en particular, en la organización de la disposición combativa y preparación del teatro de operaciones de la nueva región para la defensa.

No olvido a Ibia Rodríguez, su esposa, destacada combatiente de la clandestinidad y la lucha insurreccional en el Segundo Frente Oriental, ni tampoco los viajes que en varias ocasiones realizó para encontrarse con Danilo. Ella iba desde Santiago de Cuba hasta Gibara manejando un vehículo, sin importarle la distancia que debía recorrer, la cantidad de horas en el viaje de ida y vuelta, ni las condiciones del tiempo.

A partir de mi traslado hacia la costa norte, independientemente de la separación geográfica, se mantuvieron sólidas las relaciones de cariño, respeto y amistad entre los integrantes de mi Batallón No. 3. No podía ser de otra manera, juntos habíamos vivido tiempos forjadores de conciencia revolucionaria, sentido del deber y responsabilidad ante la defensa de nuestro suelo patrio.

Hoy, luego de más de cincuenta años transcurridos, sería muy difícil nombrar a cada uno, aun con la intención de reconocer actitudes que en ellos se vieron personificadas, incluyendo a sus familiares, siempre portadores de un aliento sin paralelo. Traiciona también la memoria: uno trata de recordarlos y acuden a la mente, en muy pocos casos, nombres y apellidos completos; en otros, solo el nombre o el apellido o el apodo por el que algunos eran llamados. No obstante, aún puedo mencionar a Fernando Sevillano, segundo jefe; doctor Miguel Alexander Bode, médico; Bartolomé Leiva, jefe de Servicios; Ibrahim Limonta, jefe de Comunicaciones; Aruaney del Río, jefe de Armamento; Humberto Font, jefe de Personal, uno de los compañeros más abnegados y eficientes en el cumplimiento de sus funciones; Mario Parkinson, Acosta, Luis Ruano Aranda, Aramís Bueno, Antonio Ulloa y Antonio Lamas, jefes de compañías; Alexis Hartman, Eliecer Leiva, Hardy, Mengana, Leblanche, Miguel Bustamante y el Chino, jefes de pelotones; Celso, jefe de la batería de morteros.

Y entre tantos, un miliciano de avanzada edad, piel negra, muy delgado, conocido por Asanza; con sus jaranas y ocurrencias ganó la simpatía de quienes lo conocimos. A veces nos preguntábamos cómo se las arreglaba para, en los momentos más tensos, decir un dicharacho o hacer una maldad a algún compañero y cómo podía mostrar tanta energía, él nunca se veía quieto. Pero también estaban los adolescentes y jóvenes que integraban la batería antiaérea cuatrobocas; estos muchachos se mantenían día y noche vigilantes y listos para ripostar el ataque aéreo

que el enemigo osara realizar sobre el dispositivo defensivo del batallón. ¡Y qué decir de los que formaban la escuadra de seguridad en el puesto de mando del batallón!

Los hombres del Batallón 3 vivirán siempre orgullosos de haber pertenecido a una unidad que supo en todo momento estar al nivel de los requerimientos que exigieron los primeros momentos en que la Revolución triunfante se vio sometida a constantes amenazas y agresiones de todo tipo por parte del enemigo imperialista, que apoyaba a los gobiernos lacayos y mercenarios de origen cubano.

Los campesinos también vistieron el uniforme de las milicias

Otro batallón de combate, integrado por obreros y campesinos, fue el No. 19 del municipio El Cobre. Con su desempeño desde los primeros momentos en que surgieron las Milicias Nacionales Revolucionarias, sus hombres escribieron páginas brillantes para la historia de la defensa del territorio santiaguero.

Le correspondió a este batallón formar parte de la defensa de los accesos a la ciudad de Santiago de Cuba durante las movilizaciones del 31 de diciembre de 1960, 15 de abril de 1961 y en la lucha contra bandidos.

Al frente de esta agrupación fue designado Aroldo Casalí Gómez, alumno destacado de la escuela Los Pinos Nuevos, seleccionado entre los veintiún jefes de batallones del Sector Santiago. Por suerte, para que sus vivencias sobre la creación y desarrollo de las Milicias Nacionales Revolucionarias lleguen a las jóvenes generaciones de cubanos, ha escrito pasajes importantes.

Aroldo Casalí Gómez

Me correspondió ocupar la jefatura del 19 Batallón de combate integrado por personal del municipio El Cobre. Lo formaban también milicianos de Ermitaño, Botija, Nima Nima, Hongolosongo, Dos Palmas y de lugares tan distantes como Minas de Cambute, Las Coloradas, La Lata y otros caseríos montañosos hasta el alto de la Sierra Maestra.

El día 30 de octubre de 1960 comenzaron mis experiencias prácticas. Las unidades que iban a conformar el batallón fueron citadas para el cuartel de Melgarejo. El edificio lo componían locales de forma cuartelaria, al estilo del ejército batistiano, y era utilizado como puesto de una unidad del Ejército Rebelde desde que fue ocupado y, por supuesto, desalojado de él los guardias de la dictadura.

Llegué ese día en horas de la mañana, acompañado por Miguel García, miembro del Ejército Rebelde, él me ayudaría en la organización del batallón. El personal, formado por pelotones y compañías llegaba desde los distintos poblados y caseríos, la mayoría venía a pie; algunos, después de haber andado grandes distancias por difíciles caminos de la sierra. No obstante, a pesar de las penalidades del viaje, el entusiasmo era general y contagioso.

Nunca antes se había reunido, en un mismo lugar de esta zona, tal cantidad de milicianos. A simple vista se observaba la abrumadora mayoría de campesinos, los menos eran obreros. Todavía las milicias campesinas usaban pantalón azul y camisa verde olivo. Trocando los colores de cada pieza era el uniforme de las milicias obreras. ¡Que la integración allí se presentara de manera tan masiva resultaba de gran significación revolucionaria!, y era razonable, se trataba de campesinos de la Sierra Maestra, bastión inexpugnable de la guerra de liberación, ¡escenario glorioso de la lucha guerrillera!

Llenar las plantillas del batallón nos ocupó la mañana y parte de la tarde. Producto de la inexperiencia cometimos errores, sobre todo, al designar a los compañeros para los distintos cargos. El personal de los pelotones de ametralladoras lo escogimos entre los más jóvenes y fuertes; el físico fue lo que tuvimos en cuenta para determinar el arma que cada uno utilizaría.

El método de selección del personal idóneo, con el cual llenamos la plantilla, creó realmente un caos, hasta entonces se venía haciendo por regiones (cuartones, barrios, etcétera) y ahora no tuvimos en cuenta organizar los pelotones y las compañías de acuerdo a lo tradicional, que era lo más práctico.

Como epílogo de aquel día, les dirigí la palabra desde encima de la cama de un camión a aquella masa de obreros y campesinos. Mis palabras fueron breves y sencillas, de exaltación a lo sucedido.

Ya se perdía el sol por detrás de las insurrectas montañas cuando finalizamos la agobiadora tarea. El trajín nuevo e inusitado para nosotros, de mandar y dirigir hombres, nos había agotado y a la vez nos sentíamos preocupados, tal vez porque habíamos aquilatado realmente el peso de nuestra responsabilidad.

Es de suponer que con aquel batallón se empezaran a hacer planes tácticos y mapas que contemplaran la operación defensiva de la provincia; pero aquel primer mes, después de “organizado”, no fue capaz de cumplir ningún tipo de misión: la formación arbitraria que le dimos, en vez de contribuir, causó desmembramiento. De nuevo tuvo que reunirse el batallón para reorganizarlo por barrios, poblados, caseríos, y situar al frente de sus pelotones y compañías a los jefes originales.

Reunido todo el personal por segunda vez, aprecié algo inadvertido para mí en la ocasión anterior: los campesinos localistas de barrios, poblados y caseríos, además de los jefes de esos pelotones y compañías se habían convertido en líderes. Después, en conversaciones con otros jefes de batallones, corroboré que mi apreciación era real y que esto ocurría en la mayoría de las unidades, fundamentalmente en las campesinas. Este liderazgo que pude apreciar era lógico y natural que sucediera.

Nunca antes estas pequeñas unidades habían salido fuera de su territorio a cumplir misiones, incluso, algunas no habían rebasado el límite de la pequeña plazoleta o camino donde diariamente hacían sus ejercicios de infantería o la instrucción de las armas. Para aquellos milicianos no había orgullo más grande que marchar y hacer ejercicios de infantería con sus demás compañeros, amigos, primos, padres y hermanos que eran los que componían su unidad. Existía caudillismo por el hecho significativo de que los jefes, en su totalidad, fueron elegidos por ellos mismos, por decisión mayoritaria. Si esta concepción

podiera causar escepticismo, podríamos definir aquella tendencia como apego excesivo, como amor desmesurado a lo que se fue creando con el sudor y el sacrificio de cada día.

El lugar asignado como oficina del jefe de batallón fue en el puesto de Melgarejo. Desde meses atrás, allí prestaban servicio cuatro soldados del Ejército Rebelde, eran instructores de armas de infantería y enseñaban el manejo de estas armas a nuestros milicianos. Su trabajo era arduo, fatigoso... Cada uno tomaba una dirección distinta con dos o tres armas y su mochila a cuestas. Recorrían los poblados y barrios ubicados en las es-tribaciones y en lo más intrincado de la sierra, impartían clases a diez o quince milicianos en un lugar y a cinco o seis en otro. De esta manera, recorrían decenas y decenas de kilómetros, a veces en mulo o a caballo y la mayoría de las ocasiones a pie. Dormían donde los cogiera la noche, bajo el techo protector del humilde hogar campesino o debajo de los árboles.

Paralelamente desarrollaban la instrucción política y revolucionaria hasta con los familiares de los milicianos. Con seguridad pienso que muchos de estos trabajadores y campesinos mantienen vivo el recuerdo de sus abnegados y estoicos instructores durante el cumplimiento de su misión o cuando dispararon sus armas contra los bandidos contrarrevolucionarios en la sierra de Baracoa, Escambray o en las arenas de playa Girón.

En esos admirables compañeros, verdaderos revolucionarios, me apoyaba para desempeñar las diferentes tareas de la agrupación. Acuden a mi mente tantos; pero entre todos, Eusebio, el Chino, ya tenía algunos años sobre sí, pero su corazón y espíritu desafiaban el paso del tiempo. Era de esos compañeros, cuya actitud y lealtad, trazan una amistad para toda la vida.

Un día recibí la orden de concentrar el batallón y trasladarlo hacia el aeropuerto de Santiago de Cuba. Tan pronto como se produjo el próximo amanecer, partimos en camiones hacia la ciudad. Nos detuvimos en Quintero para formar la tropa en la carretera de la universidad. Continuamos el trayecto hasta el aeropuerto a pie. Aquella marcha fue el primer movimiento

de todo el batallón. Torpe y atropelladamente llegamos a la ansiada y lejana meta. Tres largas horas habíamos empleado. Una vez allí, el agotamiento quiso desaparecer ante la noticia de que Fidel hablaría a las milicias recién organizadas en batallones. Después de escucharlo y haberse hecho la selección de quiénes pasarían el curso de artilleros antiaéreos y lanzacoheteros, retornamos a El Cobre.

A partir de este acto, inició una nueva etapa en la evolución de las unidades de combate formadas por las milicias; se concretaba esencialmente en preparar a los miembros de los batallones en el espíritu del sacrificio y de grandes esfuerzos físicos. Así se fue forjando la voluntad de vencer. En lo adelante, todo el que aspirara a poseer un fusil o pasar determinados cursos, debía realizar pruebas físicas para demostrar su voluntad, valor y temple.

Comenzaron entonces las largas marchas de sesenta kilómetros. Hicimos dos: los sábados se reunía el personal en horas de la tarde en Melgarejo. Al anochecer partíamos y regresábamos al siguiente día—domingo en horas del mediodía o al atardecer—. Aparte de entrenar físicamente al personal, se fue logrando en cada recorrido, compañerismo, cohesión, más valor, pues se ponía a prueba la voluntad moral de vencer y alcanzar un objetivo. Además, era una prueba para los jefes de todos los niveles. Cada recorrido era un tamiz sobre el que quedaban los más débiles en el mando; para otros, significaban ricas experiencias que les posibilitaba adquirir prestigio ante sus subordinados.

Primera movilización

Diciembre de 1960. Llegaba el año a su ocaso. Dos años de Revolución. Había motivos suficientes para los festejos propios de la fecha y el pueblo se preparaba para ello.

Ese 31 de diciembre, a las diez de la noche, fui localizado por el puesto de mando de Melgarejo —yo me encontraba en Santiago—, a través de una llamada telefónica: debía presentarme allí. “He observado mucho

movimiento de tropas y armamento por la carretera, y me hace pensar que hay algo en el ambiente”, me dijo el compañero.

Rápidamente cogí una máquina de alquiler en la Plaza Dolores hasta Quintero, ahí detuve un carro que resultó ser de un repartidor de galletas. El chofer me señaló que debía ir detrás, encima de las latas, no tuve alternativa. Tras una breve escalada de alpinista, me acosté sobre aquel lecho metálico para amainar en algo el impacto del aire frío. No obstante, llegué tiritando por la frialdad y humedad de la noche.

Efectivamente, se trataba de una movilización. A cada instante cruzaban por la carretera, en ambos sentidos, caravanas de tropas que utilizaban todo tipo de transporte.

Algunos milicianos del batallón llegaron a la jefatura preguntando si sucedía algo, pero yo no sabía nada. Todo indicaba que era una movilización. Como es natural, la magnitud y los motivos los desconocía por completo.

A las once se detuvo una caravana frente a Melgarejo. Había cerca de treinta vehículos repletos de milicianos. Resultó ser un batallón, después supe que de Palma Soriano. En el entronque de la carretera localicé a su jefe, era el compañero Arístides Ochoa, condiscípulo de la escuela Los Pinos Nuevos. Una sonrisa iluminó su rostro sin afeitar, el saludo fue muy afectuoso.

—Dime algo... ¿qué es lo que hay? —me preguntó con gesto fatigado.

—Eso mismo te iba a preguntar —le contesté algo perplejo.

—Yo solo sé que estoy aquí con mi batallón armado con todos los yerros, me dieron la orden de movilizarlo, armarlo y cuando estuvo listo llamé a Santiago. Fariñas me ordenó que trasladara el batallón hasta este lugar. Esto ha sido tremendo —murmuró Ochoa.

—¡Me imagino!

Cerca de las once y treinta llegó Fariñas. Le ordenó a Ochoa que con el grueso de su batallón ocupara las alturas inmediatas al entronque de Melgarejo y toda la loma denominada Mamoncillo que se levanta al sur y a lo largo de la Carreta Central en dirección a Santiago. Como misión principal debía defender, desde esas lomas, las vías mencionadas. Otras pequeñas unidades ocuparían las elevaciones próximas a la mina de El Cobre para defenderla. A mí me indicó que estuviera listo para movilizar el batallón en cualquier momento y recibir las armas que me correspon-

dían. “Mientras —me dijo—ayúdanos a ubicar el batallón de Ochoa en sus posiciones, tú debes conocer estos lugares. Yo iré también”.

Con parte de la columna, a pie, atravesamos las calles de El Cobre. Los vecinos, ajenos a los acontecimientos, celebraban sus fiestas por el advenimiento del nuevo año y segundo aniversario del triunfo de la Revolución. De paso y sobre la marcha, incorporé a dos o tres milicianos, obreros de la mina, para que nos sirvieran de guía. La algazara en las calles y casas del poblado se detuvo al paso de la columna.

Penetramos a través de la mina y comenzamos a subir una altura a la izquierda por un estrecho y pedregoso camino. Al frente marchaba Fariñas, jadeante, con pasos cortos y lentos.

Nos detuvimos al coronar la altura, aún los últimos milicianos de la zigzagueante columna cruzaban la portería del fondo de la mina. Al amanecer del 1º de enero, luego de andar y desandar aquellas alturas de enmarañada y punzante manigua, ya habíamos ocupado las posiciones asignadas al batallón de Palma Soriano.

Por la mañana el jefe de batallón recibió algunos enceres de cocinas y víveres, que se habían conseguido en El Cobre, con ellos debía resolver la alimentación del personal hasta que llegara su abastecimiento.

Caían de plano los rayos del sol, intentaban despejar la fría y neblinosa mañana cuando estuve de vuelta al campamento. Ya se encontraban algunos jefes de compañías y pelotones y varios milicianos de El Cobre y Melgarejo. Algunos no podían ocultar su impaciencia y me preguntaban qué ocurría y porqué había tanto movimiento de tropas y armamento por la carretera; otros, de forma apremiante, indagaban por qué aún nuestro batallón no se movilizaba. Por sus indagaciones notaba que se sentían marginados de todo aquel trajín de tropas y armas. Nadie quería quedarse en casa con los brazos cruzados.

Las columnas hacia uno y otro lado seguían pasando por frente al cuartel, y los hombres desde los vehículos saludaban con sus fusiles en alto; totalmente enardecidos de fervor patriótico, daban vivas a Fidel y a la Revolución. Teníamos ante la vista un inusitado ajeteo de pueblo con armas, un hecho sin parangón en la historia nuestra.

Alrededor de las dos de la tarde, recibimos la orden de poner en alarma de combate el batallón. Con los compañeros presentes se comenzó el aviso, organizado por escala de mando.

Cuando el sol intentaba perderse por el oeste, entre las abruptas serranías, los alrededores del campamento de Melgarejo estaban colmados de milicianos. Cientos de hombres, obreros y campesinos, habían dejado sus instrumentos de trabajo, hogares, seres más queridos y se habían presentado ante el llamado, henchidos de entusiasmo revolucionario.

Sobre las once de la noche llegó el armamento del batallón; con premura se contaron las cajas y se comprobó la cantidad de armas. A las tres de la madrugada del día 2 culminó la entrega incluyendo las municiones.

Al amanecer, a través de un enlace, recibimos la orden del mando superior de ubicar una compañía a dos kilómetros al suroeste de la mina de El Cobre, en el camino del antiguo ferrocarril que partía desde allí hasta la bahía de Santiago de Cuba. En ese sitio debía pasar a la defensa y fortificarse. Sucesivamente, durante los días 2 y 3, se situó el resto de las compañías en las alturas sur y este, aledañas a la mina de El Cobre. La misión en conjunto del batallón consistía en mantenerse como reserva y estar listo para cumplir misiones en la dirección a los accesos de la ciudad de Santiago de Cuba. Las posiciones que ocupó el batallón determinó la reubicación del dispositivo de defensa de la agrupación de Palma Soriano. Desde esos momentos estos milicianos serían nuestros vecinos por el flanco izquierdo.

Alrededor de unas veinte horas, setecientos milicianos se concentraron y armaron en la jefatura y puesto de mando del poblado de Melgarejo de El Cobre y ocuparon sus posiciones combativas.

El primer problema fue asegurar la alimentación del personal. Recurrimos una vez más a la dirección del hospital Ambrosio Grillo y, por supuesto, a sus trabajadores. Gracias a la disposición de estos compañeros durante los primeros tres o cuatro días garantizamos la alimentación; no solo aportaron los víveres, sino también los elaboraron en su institución. Para sustituir la falta de platos y cucharas, se le entregó a cada combatiente una lata vacía de leche condensada; la tapa fue utilizada como cuchara. De este hospital recibimos también asistencia médica, incluso, los medicamentos.

Palas, picos, barretas y otras herramientas se consiguieron en la mina de El Cobre; de igual modo facilitaron grasa y estopa para la limpieza y mantenimiento de las armas. Fue inestimable la utilización de sus camiones para el traslado de los abastecimientos.

Por iniciativa de los milicianos de El Cobre, se organizó con la ayuda de varias compañeras del poblado la confección de bolsos de tela que luego utilizaban los milicianos para guardar parte de los cartuchos del módulo del arma que poseían, así se logró disminuirlas pérdidas de municiones.

La administración y gobierno municipal, con su presidente Pedro Fernández Cabrera al frente, apoyaron en la solución de diversos problemas que surgían en el transcurso de la movilización, como fue el abastecimiento de agua y parte de las herramientas para la construcción de trincheras.

En los días siguientes, por orden del mando superior, una compañía del batallón ocupó un sector defensivo en la playa de Mar Verde y sus accesos hasta que culminó el atrincheramiento el día 20 de enero.

Este mes fue significativo para las milicias revolucionarias de Santiago de Cuba. El mando a nivel de batallón, compañías y pelotones adquirió nuevas experiencias y se fortaleció la cohesión combativa y la disciplina en condiciones de campaña. Vital fue el trabajo de muchos compañeros que habían combatido en las filas guerrilleras del Ejército Rebelde y que, convertidos además en milicianos, aportaban su experiencia para la vida en campaña de los miembros de las escuadras y pelotones.

Apreciable fue el trabajo de quienes instruían a los combatientes en el manejo de las armas y en los procedimientos tácticos en el terreno, desde el mes de octubre. También fue valiosa la preparación de los jefes de pelotones y escuadras en el ejercicio del mando y la instrucción de sus unidades. En los días sucesivos continuó fortaleciéndose y perfeccionándose la estructura de las pequeñas unidades y de la dirección del mando en la jefatura del batallón.

Innegable fue la moral, responsabilidad y espíritu patriótico demostrados por la masa de soldados milicianos en el cumplimiento de las misiones planteadas. Ya para esta fecha las tendencias escisioncitas inspiradas por la contrarrevolución habían sido derrotadas. Por primera vez en las Américas un pueblo entero se había lanzado a luchar con las armas en las manos, hasta su muerte, por su patria y las conquistas de la Revolución ante el llamado de sus líderes.

Una gran parte de los milicianos eran jóvenes y muchos apenas rebasaban los años de la adolescencia. Familias casi completas integraban las

escuadras y otras pequeñas unidades, como son los ejemplos de Robert Ivonet de la compañía de Las Coloradas en la Sierra Maestra; la familia Odio de la compañía de Dos Palmas; la de López Pantoja y muchos otros casos en que el padre era el jefe de un pelotón; el hijo, jefe de la compañía; y el hijo menor, jefe de escuadra de su pelotón, como ocurría con la familia de Odio.

La jornada de tres semanas de atrincheramiento terminó con la demostración del militante y decidido respaldo popular a la Revolución. El enemigo yanqui recibió una contundente respuesta de firmeza de los cubanos. El esfuerzo no fue en vano y tuvo su recompensa: se detuvo la posible agresión del enemigo yanqui a nuestro país.

En la tarde de ese día 20, Fidel, desde la terraza norte del antiguo Palacio Presidencial, al final de su discurso precisó: “estamos seguros de una cosa: cualquiera que sea el futuro, fácil o duro, la victoria será de nuestro pueblo”.

Grande fue la alegría de los combatientes milicianos; desde las compañías y pelotones levantaron sus voces en total apoyo a Fidel. El regreso a sus casas fue dando vivas a la Revolución.

Sobre las once de la noche terminamos de recibir el armamento, municiones y demás equipamiento de la compañía atrincherada en la playa de Mar Verde. Todo se colocó en los locales previstos del cuartel de Melgarejo. Ahora era la jefatura de mi batallón y de una pequeña guarnición de soldados rebeldes. En uno de esos espacios repletos de cajas nos hallábamos el pequeño grupo que integraba el pelotón de seguridad y el segundo jefe de batallón, Juan Yauner quien, con su voz ronca, gritó súbitamente: “Jefe, ¡terminamos!, ¡hemos vencido!” Algunos estábamos sentados sobre aquellas cajas y otros de pie, con rostros donde solo coincidía el cansancio; pero ante el entusiasmo de nuestro compañero, los jóvenes reunidos —imagínense, yo era el mayor y tenía un poco más de veintitrés años, el segundo jefe, solo diecinueve y los demás milicianos de ese pelotón no llegaba, ninguno, a los dieciocho— olvidamos el hambre y agotamiento.

Más tarde en la noche, cada cual empezó a buscar un lugar del suelo o de las mesas de granito del comedor para dormir. Todos teníamos hamacas, pero no había dónde colgarlas.

Alrededor del 8 de marzo mi batallón fue movilizad nuevamente por alarma de combate; luego de armado en el cuartel de Melgarejo, se tras-

ladó hasta La Feria donde radicaba el campamento principal de instrucción militar en Santiago de Cuba, bajo el mando de las fuerzas armadas y dirigidos por veteranos del Ejército Rebelde que estaban subordinados al capitán Arquímedes Fonseca.

En este lugar mi batallón realizó un intenso adiestramiento. El primer día enfrentamos la organización de las pequeñas unidades de estudio, se entregaron libretas, lápices, y se efectuó el corte de pelo casi al rape. Comenzamos los jefes de batallones. El segundo día realizamos el cruce de todo el personal por debajo de las ráfagas de una ametralladora calibre 30, manipulada por el director de la escuela. Yo fui el primero en cruzar a rastras el tramo de 30 metros con las balas silbando por encima de mi cabeza.

Los días continuaron según lo programado hasta culminar los ejercicios de tiro de las diferentes armas de Infantería con que contaba el batallón. Esto sucedió el 18 por la mañana. Entonces se presentó el capitán Jorge Risquet con la orden de una nueva misión: partir el 19 de marzo hacia Baracoa para incorporarnos a la lucha contra bandidos. Debíamos capturar y liquidar a grupos de alzados que semanas antes habían desembarcado por las costas de esa zona, además de otros que penetraron a través de la base naval de Guantánamo.

Camiones Gaz-63 y otros vehículos fueron los encargados de trasladarnos hacia la zona de operaciones. Una vez en Guantánamo la columna que transportaba mi batallón, comenzó su desplazamiento por la carretera a Baracoa, vía que se encuentra a lo largo de la costa sur. Ya en San Antonio del Sur empezaron a ubicarse unidades a nivel de compañías. De tal manera, que el batallón quedó distribuido a lo largo de una extensa zona: desde Tortelguilla, Playita de Cajobabo, sierra de Imías hasta Puriales de Caujerí.

Desde los primeros días, iniciamos las operaciones al norte de San Antonio del Sur. Los contrarrevolucionarios que perseguíamos estaban dirigidos por el bandido, traidor, Pelegrín Blanco y los hermanos Ortega, introducidos con la finalidad de organizar un frente de lucha en esa zona rural de montañas y, por supuesto, encaminado a entorpecer la Revolución y apoyar los desembarcos navales y aéreos que se esperaban por esas costas. Contaban con el apoyo y abastecimiento de la base naval.

Las pequeñas unidades en composición de pelotones y compañías, en cooperación con otras unidades de milicias de la zona y del Ejército Rebelde realizaron misiones de búsqueda, persecución y enfrentamientos en las regiones de Puriales de Caujerí, el Abra de Mariana, El Corojo, Minas de Maya y, más al este, en la zona de Imías, en la sierra del Purial, El Gato, los Calderos y en otros intrincados lugares de montaña.

En pocas semanas, perseguidos y combatidos sin tregua, durante día y noche, empleando métodos efectivos de lucha como la exploración con pequeños grupos de tres o cuatro combatientes, emboscadas, cercos y peines —con la participación de cientos de hombres en esta última modalidad— se fueron liquidando y capturando a los jefes y miembros de sus bandas, así como el armamento y otros medios de campaña con que estaban equipados.

Las pequeñas unidades de mi batallón se distinguieron en la batida y liquidación de los bandidos en esta zona montañosa del Oriente cubano. Para los setecientos hombres no existió un momento de descanso. Una tras otra se fueron cumpliendo las misiones que se les plantearon a los pelotones y compañías.

El 15 de abril, al conocerse el ataque de la aviación del enemigo a los aeropuertos de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba, recibimos la orden de ocupar la defensa en diferentes playas de la costa sur y el aeropuerto de Imías, desde Tortuguilla hasta playita de Cajobabo.

José A. Robert Ivonet, coronel en retiro de las fuerzas armadas, me relata sus impresiones de esos momentos. Apenas había cumplido diecisiete años y era el segundo jefe de un pelotón de la tercera compañía.

Nuestra compañía, que mandaba Idelfonso Perera, recibió la misión de pasar a la defensa en el aeropuerto de Imías y en la playa Chivera, aledaña al mencionado poblado. Nos organizamos para una posible invasión del imperio yanqui. En aquel grupo de jóvenes combatientes que construíamos trincheras en las orillas de la playa y en el aeropuerto, solo se escuchaban consignas en defensa de la Revolución Cubana. No hubo un solo miliciano que titubeara o se acobardara ante las demostraciones que hacían los buques de guerra yanqui en la costa

frente a Imías, con el propósito de atraer fuerzas mientras realizaban su desembarco por playa Girón.

Derrotada la brigada de mercenarios, abatida en las arenas de playa Girón, las unidades del batallón continuaron ocupando sus posiciones de defensa hasta temprano en la mañana del 30 de abril en que recibimos la orden de organizar la partida de las unidades hacia Santiago de Cuba. En horas de la noche arribó el batallón a la ciudad y se concentró en un potrero conocido como El Salao, donde radicaba una escuela de instrucción de las ametralladoras cuatrobocas ZPU-4, a cielo abierto.

Al amanecer del 1° de mayo, cada miliciano vistió una camisa azul y un pantalón verde olivo; detrás quedaron las raídas ropas usadas en la campaña de Baracoa. El desayuno fue en abundancia. La alegría también, habíamos cumplido la tercera misión de envergadura.

A las siete llegaron treinta camiones Gaz-63 que se distribuyeron por compañías y pelotones especiales, en la carretera organizamos la columna. Ya los milicianos habían sido informados de que desfilaríamos ese día de fiesta para los trabajadores, por la avenida de Las Américas. De júbilo se colmó la carretera de Siboney cuando a las ocho y treinta avanzaba el batallón sobre ella en dirección a la ciudad. Entramos por Ferreiro a la avenida del desfile, pasamos frente a la tribuna donde se encontraba el comandante Raúl Castro, otros dirigentes. Fue apoteósico el recibimiento del pueblo concentrado a ambos lados y ¡qué decir del fervor patriótico de los milicianos! Desde los camiones, con los fusiles en alto, eran interminables los vivas a la Revolución socialista, Fidel y Raúl.

Tras el paso por la tribuna, la columna se desplazó por la carretera, cruzó por el poblado de Melgarejo, donde cientos de personas aclamaron a los milicianos; igual ocurrió frente al hospital Ambrosio Grillo. De ahí en adelante, los vehículos comenzaron a subir lentamente las alturas del puerto de Moya. ¡Qué impresionante la vista que tuve ante mí, cuando después de un rato de ascenso aprecié la cola de los últimos camiones que, despacio por la sinuosa y ondulante carretera, avanzaban!

Cerca de las diez de la noche llegamos a Río Frío, lugar donde acampamos. Al siguiente día, 2 de mayo, se hizo el traslado del batallón para el cuartel de Melgarejo. Aquí todo el armamento y demás equipamiento fue recogido, al tiempo que se desmovilizaba el personal.

De nuevo en la trinchera

El día 5 del propio mes se presentó en la jefatura del batallón el entonces primer teniente Jorge Suárez Lorenzo, jefe de la recién creada 65 División de Infantería, a la cual se subordinaba mi unidad. Había venido a ordenar la movilización de mi batallón, esta vez con la misión de pasar a la defensa en la playa de Mar Verde, en el sector desde Guai-cabón, por la derecha, hasta la entrada de la bahía de Santiago de Cuba y, en profundidad, hasta el lugar conocido como El Mamoncillo. La tarea consistía en organizar la defensa en el litoral y rechazar hasta aniquilar posibles fuerzas enemigas que intentaran desembarcar.

Quedé un poco sorprendido al recibir esta orden teniendo en cuenta que el personal de mi batallón hacía apenas tres días que se había desmovilizado, luego del curso de adiestramiento de quince días y cerca de dos meses en la lucha contra bandidos en Baracoa. Le recordé al jefe de división esta situación y me dijo que él lo sabía perfectamente, pero el mando del Ejército de Oriente lo había decidido teniendo en cuenta la preparación y experiencia del batallón.

Al amanecer del día 7, partió la columna de vehículos que transportaba mi batallón hacia la playa de Mar Verde. Permanecimos atrincheros hasta el mes de agosto de ese año 1961. El día que recibí la orden de movilización había preparado las condiciones para visitar a mi familia en el central Delicias, hacía más de tres meses que no la veía. Allá estaban mis padres, hermanos, mi esposa y el pequeño hijo. En el maletín llevaba mi modesto y viejo ajuar y un paquetico de galletitas dulces al niño. En ese momento pensé en ellos, que me esperaban en la patria chica; pero convencido de la nueva misión, saqué la golosina del maletín, salí del local y se la di a unos niños que pasaban por la orilla de la carretera. “Repártanlas entre todos”, les dije.

¡Santiago presente ante cualquier misión!

Desde los primeros meses del triunfo revolucionario, los enemigos internos, apoyadas por el gobierno de Estados Unidos y los esbirros y

lacayos batistianos despojados del poder por el Ejército Rebelde, la lucha clandestina y la solidaridad de todo el pueblo cubano, habían comenzado a realizar en diferentes lugares del país, sabotajes, asaltos, asesinatos a inocentes pobladores, infiltraciones de bandas y otras manifestaciones vandálicas. Ante cada acción, hubo una reacción revolucionaria. Ante los múltiples llamados para defender la patria, el pueblo militante y combatiente de Santiago siempre decía presente.

Lucha contra bandidos

Entre 1959 y 1965 actuaron en el territorio nacional 299 bandas, que sumaron 3 995 alzados contrarrevolucionarios.

Expresión del esfuerzo de nuestro pueblo en la lucha contra bandidos fue la movilización de unos cien mil trabajadores. Al concluir la contienda habíamos quedado con un saldo de 285 muertos, 261 heridos y un costo de casi mil millones de pesos, sin contar lo que los obreros dejaron de producir.

La región central fue la más afectada, solo en el Escambray y en el norte de Las Villas operaron 136 bandas; pero además dejaron sus huellas en la región oriental: en la Sierra Maestra, sierra Cristal y en las montañas Guantánamo-Baracoa; en la provincia de Pinar del Río: en la sierra de los Órganos y regiones de Bahía Honda, San Cristóbal y Los Palacios. Existieron bandas contrarrevolucionarias también en otras provincias del país, aunque en menos proporción que en las anteriores.

En Oriente existieron más de catorce infiltraciones de grupos comandos entrenados, armados y financiados por la CIA; cincuenta y cuatro bandas que sumaron 1 029 bandidos. Entre sus principales fechorías se encuentran ataques a tiendas del pueblo y granjas, quema de escuelas y otras instalaciones, para un total de setenta y nueve acciones. De las fuerzas revolucionarias perdimos a veintitrés compañeros, casi todos caídos en combate, además tuvimos treinta heridos.

En el territorio de la actual provincia de Santiago de Cuba no proliferaron las bandas contrarrevolucionarias, se registraron solo algunos hechos:

A mediados de 1960, se alzó el exteniente del Ejército Rebelde, Hatuey Casals Olivares, en la zona de Mayarí Arriba. Casals Olivares esperaba

un lanzamiento de armas que enviaría la CIA, pero los planes fueron frustrados por la rápida acción de la Seguridad del Estado, que capturó a todos los complotados.

El 6 de abril de 1961 fue capturada la banda de Octavio Lujo Padró en la zona de San Fermín, Sierra Maestra.

Previo al desembarco por playa Girón, se alzó Alberto Muller Quintana en el municipio Bartolomé Masó, también en la Sierra Maestra. El clero y Muller reclutaron desafectos de Matanzas y Las Villas y se trasladaron para Oriente. La banda estaba compuesta por treintaicuatro elementos y contaba con otros sesenta contrarrevolucionarios capturados en las poblaciones cercanas a la Sierra Maestra y El Cobre. Bajo el empuje de nuestras tropas, todos fueron capturados en menos de una semana.

En junio de 1961 se alzó en la Sierra Maestra Fernando del Valle Galindo con cerca de un centenar de hombres. La primera y única acción de esta banda fue asaltar el cuartel de milicias de La Pimienta. Desde ese instante se supo de su existencia y fueron perseguidos y capturados, en total ochenta y dos alzados.

Entre el 14 y 20 de septiembre de 1970 se realizó la operación Baire, dirigida por el general de división Raúl Menéndez Tomassevich. Fueron capturados el jefe de la banda José Rodríguez y sus integrantes, pertenecientes a la organización contrarrevolucionaria Alpha 66. En esta operación participaron 3 463 efectivos, de ellos, 2 402 reservistas (milicianos).

Durante el período de estos enfrentamientos y capturas, cientos de santiagueros fueron movilizados y trasladados a los lugares de operaciones; combatieron dentro del territorio de la provincia y en las montañas del Escambray; cumplieron, junto a los combatientes de las FAR, Minint y el resto de las tropas que participaron en esta nueva epopeya, con la limpieza del suelo patrio de enemigos armados. Además merecen mención el general de división Raúl Menéndez y el coronel de la reserva Teobaldo Costeló Derenguer del municipio Songo-La Maya, también jefe de las tropas.

Dolorosamente, la provincia de Santiago de Cuba perdió las vidas de treintatres hijos: ocho del municipio cabecera; seis de Contramaestre; diez de Palma Soriano; tres de San Luis; cinco del Segundo Frente y uno

del municipio Guamá. De ese total, murieron en el Escambray diecisiete compañeros.¹⁰⁰

Durante la invasión por playa Girón

Una serie de sabotajes y otros hechos terroristas fueron parte de un plan deliberado de la CIA con el objetivo de crear un clima que los estrategas estadounidenses consideraron propicio, a partir de su errónea evaluación del grado real de malestar y oposición interna al Gobierno Revolucionario.

A través de su Agencia de Inteligencia y el Pentágono, el gobierno de Estados Unidos organizó, entrenó y armó la expedición mercenaria que desembarcó por Bahía de Cochinos. Cómplices de la actividad anticubana fueron los gobiernos de Guatemala, Honduras y Nicaragua, que facilitaron sus territorios para esta agresión.

La invasión fue precedida por un ataque de la aviación enemiga con insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria. En Santiago de Cuba, aproximadamente a las cinco y cuarentaicinco de la madrugada del 15 de abril, dos aviones enemigos bombardearon y ametrallaron las instalaciones del aeropuerto Antonio Maceo. La respuesta de la artillería antiaérea ubicada para su defensa fue inmediata e impidió que se destruyera la pista, que era su objetivo principal.

Como resultado de esta agresión, hubo varios combatientes heridos y quedaron afectados tres aviones y parte del edificio del aeropuerto.

El gobierno de Estados Unidos, con tranquilo cinismo, declaró en la Organización de Naciones Unidas que habían sido aviones cubanos sublevados contra el régimen comunista. Dos días después, la fuerza mercenaria invadió el suelo patrio. Su objetivo era ocupar una cabeza de playa e instalar un gobierno provisional que solicitaría la intervención de la Organización de Estados Americanos y, por supuesto, de su país.

Pero menos de setenta y dos horas le fue suficiente al pueblo cubano para aplastar al ejército mercenario y frustrar los planes tan esmerados de la CIA y el Pentágono.

¹⁰⁰ Datos suministrados por la dirección provincial de Santiago de Cuba de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Independientemente de que la invasión fue por el sur de la provincia de Matanzas, —por playa Girón—, en Santiago de Cuba fueron movilizadas las fuerzas permanentes del Ejército de Oriente y del Ministerio del Interior, así como miles de milicianos, con vista a impedir posibles desembarcos por la costa sur de la provincia oriental, concretamente al este y oeste de la ciudad santiaguera. Cada unidad ocupó su posición defensiva, dispuesta a cumplir a toda costa su misión. No obstante, en el territorio invadido cayeron combatiendo ocho hijos de la provincia de Santiago de Cuba: del municipio de Santiago, tres: dos soldados del Ejército Rebelde, Rodolfo Fernández Álvarez y Raúl Rosas Mendoza, y el soldado de las FAR Alfredo Jesús Noa Díaz; de Palma Soriano, uno: el soldado del Ejército Rebelde Ramiro Betancourt Betancourt; de Contramaestre, tres: el teniente del Ejército Rebelde José Mariano Tamayo Rodríguez y dos soldados del Ejército Rebelde, Manuel Galán Mora y Alejandro Beltrán Mojena; de Songo-La Maya, un soldado de las Milicias Nacionales Revolucionarias, José A. Echavarría Silveria.¹⁰¹

Durante la Crisis de Octubre

Sucedió en octubre de 1962. Se le llamó crisis al peligro de amenaza de una guerra nuclear que vivió Cuba y el mundo entero. En este contexto sucedieron infinidad de hechos, incluso las causas que la engendraron, todos han sido reiteradamente abordados por nuestros dirigentes, historiadores, periodistas, investigadores: el sinnúmero de intercambios entre los gobiernos de Cuba, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; pasos de principios dados por el Gobierno revolucionario de Cuba para evitar el desencadenamiento de la guerra; gestiones de la Organización de Naciones Unidas con vista a la búsqueda de una solución pacífica; terquedad y prepotencia del gobierno de Estados Unidos para imponer su política agresiva; acuerdos tomados entre la URSS y Estados Unidos, sin contar con Cuba, para la retirada de los cohetes, acto que causó gran angustia a nuestros dirigentes y al pueblo; espionaje de los aviones U-2 y derribo de uno de ellos por una unidad cohetera

¹⁰¹ Ídem.

de las tropas soviéticas ubicada en la región de Banes, en la provincia de Oriente; vuelos rasantes de la aviación de combate del gobierno norteamericano; desmantelamiento de los cohetes de ojivas nucleares ubicado en nuestro país; política de principios de Cuba por mantener la paz, junto a la soberanía y los derechos internacionales; rol histórico jugado por Fidel en sus apreciaciones, previsión, y defensa de principios, como expresara el comandante Ernesto Guevara “nunca un estadista brilló tan alto”; así como la demostración de conciencia revolucionaria y valentía demostradas por nuestro pueblo.

Algunas acciones relacionadas con la movilización popular para enfrentarnos a tamaño peligro se cuentan a continuación:

A las 15:30 del día 22 de octubre, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz ordenó poner en alerta de combate a las Fuerzas Armadas Revolucionarias y a las 17:40 del mismo día decretó el estado de alarma de combate para todo el país. El Gobierno cubano, atento al incremento de las acciones militares de Estados Unidos en el área del Caribe, adoptó esa decisión, casi una hora y media antes de que hablara el presidente Kennedy.

El jefe de la Revolución explicó:

Nosotros [...] habíamos ido recibiendo una serie de noticias [...] de cosas raras que estaban ocurriendo en Washington y relativas a reuniones con oficiales del Pentágono [...] con dirigentes políticos de ambos partidos [...] de su Consejo de Seguridad, movimientos de aviones [...] de barcos, y toda una serie de noticias. Nosotros sabíamos que eso era con nosotros [...] Y como a nosotros no nos van a coger desprevenidos [...] nos dimos cuenta [...] de que era inminente una acción —no sabíamos concretamente cuál iba a ser o por dónde iba a comenzar—, entonces llegamos a la conclusión de que era necesario alertar a nuestras fuerzas.¹⁰²

El mando del Ejército Oriental, de acuerdo a la decisión adoptada por la dirección de la Revolución y el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, de inmediato puso en alarma de combate a las divisiones permanentes y de tiempo de guerra, las unidades de tanques, artillería

¹⁰² Minfar: *Peligros y principios. La Crisis de Octubre desde Cuba*, Ediciones Verde Olivo, 1992, La Habana, p. 140.

terrestre y antiaérea, así como el resto de las unidades de aseguramiento combativo, logístico y técnico. En breve tiempo se movilizaron y trasladaron hacia sus regiones de designación combativa como estaba previsto. Miles de reservistas y milicianos fueron movilizados.

Todos los recursos se pusieron a disposición de la defensa de la patria amenazada. El partido, las organizaciones políticas y de masas y el gobierno de la provincia y los municipios se entregaron no solo a asegurar la movilización de las fuerzas, sino a que todo el pueblo santiaguero estuviera listo para enfrentar lo que pudiera haber sido una hecatombe nuclear.

La Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria, la Federación de Mujeres Cubanas y la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños de la provincia, hicieron llamamientos y declaraciones en rechazo a las acciones del imperialismo yanqui, en apoyo a las medidas decretadas por el Comandante en Jefe y a mantenerse en sus puestos de trabajo. Se instó a la población a suplir a los obreros movilizados, de forma tal que la producción no fuera interrumpida. Se exhortó también al pueblo a reforzar la vigilancia y aplastar a los enemigos de la Revolución. La organización femenina llamó a las mujeres a las brigadas sanitarias, milicias y a la producción.

Personas de todas las edades, incluso, muchas que no se habían alistado en las milicias acudieron: se presentaron en centros hospitalarios para hacer donaciones de sangre; en las fábricas y otros centros laborales con el propósito de mantener la continuidad de la producción y los servicios el tiempo que los obreros estuvieran movilizados. La población se preparó para enfrentar y resistir el bloqueo, los golpes aéreos masivos y la invasión. “¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!” se escuchaba en cualquier lugar.

Esta movilización general quedó inscrita en la historia como un ejemplo de valor y patriotismo. Jamás importó la amenaza de una guerra nuclear. Hombres y mujeres de Santiago, igual que los del resto del país, sin vacilación se dispusieron a enfrentar el holocausto.

Durante el tiempo que duró la Crisis de Octubre, el comandante Raúl Castro Ruz, desde su condición de ministro de las FAR, asumió la dirección político-militar de la provincia de Oriente.

El 28 de octubre, después de las conversaciones de Fidel con U Thant, secretario general de la Organización de Naciones Unidas, en la que le

expuso los puntos de vistas del Gobierno Revolucionario sobre las cuestiones de la inspección y las garantías de no agresión a Cuba, Fidel le habló al pueblo por la radio y televisión nacionales, dio a conocer los Cinco Puntos de la Dignidad:

PRIMERO: Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económica que ejerce Estados Unidos en todas partes del mundo contra Cuba.

SEGUNDO: Cese de todas las actividades subversivas, lanzamientos y desembarcos de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, filtración de espías y sabotajes, acciones todas que se llevan a cabo desde el territorio de Estados Unidos y de algunos países cómplices.

TERCERO: Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en Estados Unidos y Puerto Rico.

CUARTO: Cese de todas las violaciones del espacio aéreo y naval por aviones y navíos de guerra norteamericanos.

QUINTO: Retirada de la base naval de Guantánamo y devolución del territorio cubano ocupado por Estados Unidos.¹⁰³

Al finalizar su intervención, Fidel se refirió a la disciplina, al temple y valor del pueblo cubano en los días difíciles de la Crisis de Octubre. Entre sus planteamientos dijo:

[...] quiero decir hoy aquí, desde lo más hondo de mi corazón, para terminar, quiero decir: ¡que hoy más que nunca, me siento orgulloso de ser hijo de este pueblo!

Cronología de la Crisis de Octubre

7 de marzo: La junta de jefes de estado mayor propuso “fabricar una provocación que justificara una acción militar norteamericana”. Dos días después aprobó un paquete de medidas para su realización.

29 de mayo: Llegó a Cuba una delegación soviética presidida por un miembro del Presídium del Comité Central de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas con la encomienda de

¹⁰³ Ibídem, p. 170.

proponer a Cuba la instalación de cohetes con carga nuclear a fin de garantizar que los norteamericanos no invadieran la Isla. Se firmó un acuerdo entre ambas partes.

20 de junio: El Estado Mayor General de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas aprobó la jefatura y composición de la agrupación de tropas soviéticas que participaría en la operación Anadyr.

3-17 de julio: Viajó el comandante Raúl Castro a Moscú, para reiterar, entre otros asuntos, el criterio del Comandante en Jefe Fidel Castro de hacer público el acuerdo militar cubano-soviético como acto soberano entre dos Estados. La parte soviética insistió en mantener la operación en secreto, algo imposible de lograr debido a su envergadura y al sobrevuelo sistemático de la aviación norteamericana sobre Cuba.

Principios de agosto: Comenzaron a llegar a Cuba las unidades de la agrupación de tropas soviéticas. Para esos días ya la Inteligencia de EE.UU. sabía de la presencia en Cuba de cohetes antiaéreos, aviones Mig-21, construcciones no identificadas y la existencia de especialistas militares soviéticos.

16 de octubre: Los U-2 confirmaron la presencia de emplazamientos coheteriles nucleares, en San Cristóbal, Pinar del Río.

20 de octubre: El Gobierno de EE.UU. decidió aplicar el bloqueo naval a Cuba, para lo que fueron creadas cinco fuerzas de tarea.

21 de octubre: Las fuerzas armadas de Estados Unidos pasaron a la situación de alta alerta, iniciaron la reubicación de los medios de defensa antiaérea para estar en mejores condiciones de combate, así como, el reforzamiento de la base naval de Guantánamo y la evacuación de los familiares y civiles; aumentaron la vigilancia y comenzaron el despliegue de las fuerzas que impondrían el bloqueo.

22 de octubre: Al decretarse el bloqueo naval contra Cuba y crearse todas las condiciones para bombardear e invadir la Isla, se desencadenó la llamada Crisis de Octubre. Kennedy demandó la retirada de las armas estratégicas soviéticas basificadas en Cuba y declaró el bloqueo naval. Las Fuerzas Armadas Revo-

lucionarias respondieron con la alarma de combate para todas sus unidades y la movilización popular. La aviación de exploración táctica norteamericana incrementó sus vuelos rasantes.

26 de octubre: El Comandante en Jefe ordenó que a partir del día siguiente se abriera fuego contra la aviación enemiga en vuelo de bajas alturas.

27 de octubre: Fue derribado por un cohete antiaéreo soviético en la zona de Banes, un avión U-2 tripulado por el mayor R. Anderson. Hecho que marcó uno de los momentos más dramáticos de la crisis. Milicianos santiagueros que se encontraban movilizados en esa zona fueron los primeros en llegar al lugar donde estaban los restos del avión y el piloto: lo preservaron para su identificación, al tiempo que el joven miliciano Omar de Moya, santiaguero y camarógrafo, fue quien tomó imágenes del suceso.

26-31 de octubre: Se produjeron intercambios de mensajes entre Nikita S. Jruschov y Fidel. Los firmados por el dirigente soviético evidenciaban la unilateralidad de su actuación y la subestimación con que trataba al pequeño país; mientras que los del líder cubano alertaban sobre los peligros y se apegaban con firmeza a los principios revolucionarios.

28 de octubre: El Kremlin comunicó a Washington que había órdenes para interrumpir la construcción de las instalaciones, dismantelar las existentes y retornar las armas nucleares desplegadas, a la Unión Soviética. Estados Unidos puso la condición de inspeccionar la operación. En la tarde de ese día, Cuba rechazó la inspección de su territorio, acordada por las dos potencias, y dio a conocer su posición a través de la lectura de sus exigencias y principios, documento al que se le denominó Los Cinco Puntos. Estados Unidos tuvo que realizar la inspección de las armas en los barcos, fuera de las aguas territoriales cubanas. Para ambas superpotencias se marcaba el fin de la crisis.

30-31 de octubre: Fue suspendido el bloqueo por la visita a Cuba de U Thant, secretario general de las Naciones Unidas.

1° de noviembre: Se reanudó el bloqueo. El Comandante en Jefe compareció ante la televisión y radio cubanas para explicar

al pueblo los resultados de las conversaciones con la delegación que encabezara U Thant. Dejó precisada la posición de principios de Cuba y resaltó la valentía del pueblo cubano ante la amenaza de una guerra nuclear. En esa ocasión, Fidel planteó:

¡Si Estados Unidos lo que pretende es humillar a nuestro país, no lo conseguirá! Nosotros no hemos vacilado un solo minuto en la decisión de defender nuestros derechos. No podemos aceptar imposiciones que solo pueden hacer a un país vencido. Nosotros no hemos desistido de nuestra decisión de defendernos, y en un grado tal que nunca podrán imponernos condiciones, porque antes tendrán que destruirnos y aniquilarnos y en todo caso no hallarán aquí a quién imponerles condiciones humillantes.

20 de noviembre: Kennedy ordenó levantar el bloqueo.

22 de noviembre: El Gobierno Revolucionario declaró la vuelta a la normalidad en la Isla, luego de permanecer en pie de guerra desde el 22 de octubre.¹⁰⁴

Nada más significativo para concluir, que reiterar la relevancia de Fidel durante la Crisis de Octubre, expresada por Che en su carta de despedida al marchar a otras tierras. En una de sus partes escribió:

He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la Crisis del Caribe. Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días, me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios.¹⁰⁵

En misiones internacionalistas

Los revolucionarios cubanos de forma voluntaria dijeron presente al llamado de la Revolución para cumplir misiones internacionalistas. Re-

¹⁰⁴ Periódico *Granma*, 30 de diciembre de 2013.

¹⁰⁵ David Deutschmann y Deborah Shnookal: Ob. cit., p. 300.

afirmaban su convencimiento de ir a luchar, junto a otros pueblos empeñados en conquistar su libertad e independencia y allá, en aquellos países que solicitaron la ayuda solidaria a Cuba, nuestras tropas se destacaron valientemente durante los enfrentamientos contra las fuerzas agresoras. En varios países se derramó la sangre de los hombres de la patria de Martí y Fidel, fundamentalmente, en la República Popular de Angola, Etiopía, Congo, Mozambique y Nicaragua.

De Santiago de Cuba, muchos combatientes escribieron páginas gloriosas y, lamentablemente, muchos no pudieron siquiera contarlas a sus familiares, pues cayeron combatiendo en tierras lejanas: ciento seis fue la cifra. Llegue a sus familiares el recuerdo imperecedero de todo el pueblo.

Como es imposible mencionar a cada uno de los combatientes internacionalistas de la provincia que cumplieron complejas misiones en los diferentes países, solo haré referencia a un grupo de jefes militares de Santiago de Cuba que tuvieron la responsabilidad de ejercer el mando de las tropas cubanas, directamente en el teatro de operaciones donde se desarrollaban las acciones combativas y que, igual que sus subordinados, también arriesgaron sus vidas.

Generales de cuerpo de ejército: Abelardo Colomé Ibarra, Joaquín Quinta Solas, Álvaro López Miera; generales de división: Antonio Enrique Lussón Batlle, Raúl Menéndez Tomassevich, Carlos Fernández Gondín, Joaquín Méndez Cominchés; generales de brigada: Rafael Moracén Limonta, Francisco Cruz Bourzac, Raúl Fernández Marrero, Lino Carreras Rodríguez, Haroldo y Arnoldo Ferrer Martínez, Ramón Valle Lazo, César Lara Roselló, Gustavo Chuy Beltrán, entre otros.

Junto a los mencionados, demostraron su arrojo y su conciencia revolucionaria e internacionalista decenas de oficiales y miles de sargentos, soldados, reservistas y milicianos santiagueros.

Como excepción, hago mención del coronel Alfredo Leliebre, hijo de Palma Soriano, que cayó en combate en la hermana República de Nicaragua y antes había arriesgado su vida en la República Popular de Angola, y al primer teniente Douglas Deás Correoso quien cayó heroicamente en la República de Venezuela.

En el discurso pronunciado por el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en el acto central por la culminación de la victoria de la

operación Carlota, el 27 de mayo de 1991, se recoge la esencia de lo que fue el cumplimiento de las misiones internacionalistas de nuestro pueblo:

Angola es un hito, un jalón en la historia que continuará inspirando la voluntad de independencia nacional y de emancipación social de los pueblos africanos; una llama eterna que no podrá ser sofocada por duros y amargos que puedan llegar a ser los reverses [...]

Angola es una página brillante, limpia, honrosa, transparente en la historia del internacionalismo, en la historia de la contribución de los cubanos a la causa de la libertad y del mejoramiento humano. Angola es también por todo ello, un jalón en la propia historia de Cuba [...]

Si algo singular tiene la presencia de Cuba en Angola, continuación de las mejores tradiciones nacionales, es el masivo concurso popular, que nunca antes alcanzara cifras semejantes y que desencadenó la disposición de todo un pueblo por participar en la epopeya, cuyo significado aún más trascendental, fue el carácter absolutamente voluntario de la participación. Aquel no fue un ejército profesional, por más que nos enorgullecemos del desempeño combativo y técnico de nuestras tropas, sino un ejército de masas, un ejército revolucionario del pueblo.¹⁰⁶

En maniobras militares demostrativas

Por decisión del ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, correspondió al Ejército Oriental durante los años comprendidos entre 1968 y 1977, organizar, preparar y dirigir grandes maniobras militares con tiro combativo para ser mostradas a delegaciones extranjeras, principales dirigentes del Partido y el Estado cubano, y al personal diplomático acreditado en el país. En esos años la jefatura y el estado mayor del Ejército radicaba en Santiago de Cuba.

¹⁰⁶ Raúl Castro Ruz: Discurso en el acto central por el cumplimiento de la operación Carlota, 27 de mayo de 1991, periódico *Granma*, 28 de mayo de 1991.

Las maniobras se desarrollaron, fundamentalmente, en el Polígono Nacional de Lesca en la provincia de Camagüey, bajo el mando del jefe de Ejército a través de un estado mayor de dirección creado al efecto, encabezado por el autor del presente libro. Cada maniobra se realizó en el contexto de fechas conmemorativas, por acontecimientos históricos o eventos de relevancia de nuestro país. Con este criterio sucedieron: la maniobra Carlos Manuel de Céspedes, en conmemoración del centenario del inicio de la guerra de independencia; Ayacucho, por el 150 aniversario de la batalla decisiva de las fuerzas bolivarianas; XX aniversario del desembarco de los expedicionarios del *Granma* y Día de las FAR; Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. También fue realizada una maniobra con carácter demostrativo y experimental en las montañas del Segundo Frente Oriental.¹⁰⁷

Cientos de combatientes —oficiales, clases y soldados permanentes, así como reservistas y milicianos— de la provincia formaron parte de estas maniobras, las cuales se caracterizaron por la participación conjunta de unidades de infantería, tanques, artillería terrestre, artillería antiaérea, aviación de combate, tropas especiales, unidades de aseguramiento combativo: exploración, ingenieros de zapadores, comunicaciones; y unidades de servicios logísticos: material, técnico y médico. Siempre hubo combates nocturnos y en ninguna maniobra hubo que lamentar pérdida de vidas humanas.

Creación de las Milicias de Tropas Territoriales

Después de la derrota imperialista en Vietnam, a finales de la década del setenta, la política de Estados Unidos hacia Cuba se tornó más hostil. Como avanzaba el proceso revolucionario en la Isla, trataron de imponer dos alternativas, la primera: emplear la fuerza militar para doblegar

¹⁰⁷ En esta maniobra, el Comandante en Jefe Fidel Castro, personalmente, hubo de visitar los lugares donde se concentró el fuego de artillería sobre maquetas, ubicadas en algunos puntos acondicionados ingenierilmente, con vistas a comprobar la efectividad y probabilidades en condiciones de montaña de este tipo de armamento.

y rendir a la Revolución Cubana; salida de diplomáticos cubanos de Washington; incremento de los vuelos espías sobre el territorio cubano; eliminación de la afluencia de turistas norteamericanos a Cuba; revisión del acuerdo pesquero de 1977 en el que se limitaban las zonas de pesca entre ambos países; apertura de una emisora de radio bajo la abierta responsabilidad del gobierno de Estados Unidos, la cual emitiría información “objetiva” al pueblo cubano. Si la propaganda fallaba, los “expertos” proponían lanzar una guerra de liberación contra Cuba. La segunda consistía en emplear el chantaje y soborno contra el país con el fin de cambiar la política internacionalista con los países socialistas.

La amenaza real de una agresión directa obligó al Partido, al Estado y al pueblo cubanos a desarrollar y perfeccionar su sistema defensivo, de modo que frenara los planes del imperialismo norteamericano ante el alto precio que tendrían que pagar en caso de llevarlos a cabo. Este sistema se concretó bajo los conceptos y principios de la Guerra de Todo el Pueblo.

Por tal motivo, durante la multitudinaria concentración del 1º de Mayo de 1980, en la Plaza de la Revolución José Martí, Fidel planteó la formación de las Milicias de Tropas Territoriales como una enérgica respuesta de nuestro Partido y de todo el pueblo a los planes agresores del enemigo. En esa oportunidad el Comandante en Jefe señaló:

El Partido ha dado instrucciones a las fuerzas armadas de formar las Milicias de Tropas Territoriales como una fuerza más, que estarán integradas por hombres y mujeres, obreros, campesinos, estudiantes, por todo el que sea capaz de combatir, para organizarlas y articularlas, a fin de que puedan defender cada pedazo del territorio nacional.

Todos aquellos que sean capaces de combatir y no estén encuadrados en las reservas de las tropas regulares, podrán pertenecer a las Milicias de Tropas Territoriales.

Ante el llamado de constituir esta fuerza popular, sobre la base de los lineamientos elaborados por el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, el Ejército Oriental, el Partido y gobierno provinciales desarrollaron una ardua e intensa labor encaminada a la aplicación de objetivos, principios básicos, misiones, requisitos, inscripción, selección, estructuras, preparación, equipamiento, organización del mando y de la disposición combativa de las Milicias de Tropas Territoriales.

Fue objetivo rector en la formación de estas unidades que estuvieran constituidas por una fuerza totalmente voluntaria y selectiva, que las formaran compatriotas capaces de asegurar la defensa de la provincia junto a las unidades regulares de su ejército. No se podía perder de vista dónde crear la unidad: en una fábrica con sus trabajadores, en los barrios con sus vecinos, en fin, donde cada ciudadano cuidara de sus bienes, los bienes del pueblo; en esencia había que crear una tropa eficaz por el conocimiento del territorio que defendería.

La respuesta del pueblo de Santiago de Cuba al llamado de Fidel fue masiva, una disposición que complementa y enriquece la incondicionalidad de sus hombres y mujeres a la Revolución Cubana.

En los primeros meses de iniciarse el proceso, se encontraba al frente del Ejército Oriental el general de división Julio Casas Regueiro, una vez relevado por el general de división Rogelio Acevedo González, este continuó la importante misión. Como jefe del grupo de trabajo para la instauración de las tropas territoriales estuvo el teniente coronel José R. Ricardo Fernández hasta que se creó el cargo de sustituto del jefe de Ejército para atender las Milicias de Tropas Territoriales, entonces fue nombrado para esta responsabilidad el general de brigada Haroldo Ferrer Martínez.

En el nivel provincial, la dirección de este proceso fue ejercida por el Partido, se desempeñaba como primer secretario José Ramón Balaguer; él dirigió hasta 1985 el Trabajo Político y de Partido de las Milicias de Tropas Territoriales. Para la ejecución de diferentes actividades relacionadas con la defensa, fue designado el segundo secretario Santos Godoy Hernández, el cual realizó un encomiable trabajo, conjuntamente con el estado mayor provincial, los comités municipales, las organizaciones políticas y de masas y el gobierno.

Fue de suma importancia en el trabajo partidista, el rol desempeñado durante los años de 1980 a 1984 por Carlos Sarabia, quien enfrentó esta tarea, dando lo mejor de sí, sin escatimar esfuerzos y caracterizándose por su entusiasmo, responsabilidad y abnegación.

Con el incremento de nuevas unidades y el perfeccionamiento y consolidación de las que ya existían, se creó en el Comité Provincial del Partido, el Departamento Militar. Su jefe fue el coronel Miguel Bustamante del Toro. Anteriormente, en el Partido Provincial radicaba el teniente

coronel Alcides Albertery Rodríguez con la responsabilidad de atender a los combatientes y, a la vez, mantener el enlace entre el Partido y el Ejército. En el municipio Santiago se desempeñaba como primer secretario del Partido Evidio Gómez González, el cual logró a través de un efectivo trabajo y apoyándose en las organizaciones políticas y de masas la incorporación de hombres y mujeres a las unidades que se fueron formando en la capital de la provincia.

A los órganos locales del Poder Popular le fue dada la responsabilidad de organizar y desarrollar el proceso de formación de las Milicias de Tropas Territoriales en sus respectivas zonas.

Para cumplir con esta tarea, en la provincia Santiago de Cuba se encontraba fungiendo como presidente del Comité Ejecutivo del Poder Popular Provincial Edy Fernández Boada quien era, a la vez, presidente de la comisión creada para la formación de las unidades milicianas. En representación del Ejército fue designado como vicepresidente de la Comisión Provincial y Adjunto Militar el presidente del Comité Ejecutivo, coronel Tomás Pena Vega. Ambos realizaron un meritorio trabajo.

El 26 de julio de 1980, inició el proceso de inscripción y selección masiva de los hombres y mujeres milicianos y la formación de las unidades en la provincia de Santiago de Cuba, incluyendo a los cuadros, profesores, personal administrativo y estudiantes de la universidad y de los centros preuniversitarios y tecnológicos. Antes de esa fecha, ya se habían creado de forma experimental algunas unidades. El 29 de febrero de 1979 se había instaurado en la universidad la cátedra Militar, como jefe fue nombrado el coronel Aroldo Casalí Gómez. Posteriormente lo sustituyó el coronel Manuel Sánchez Ochoa.

Para el ingreso a las milicias y el trabajo de selección, se llenaba la planilla de solicitud y el aval correspondiente a cada uno se presentaba a las comisiones municipales, previa revisión de las direcciones militares municipales y los estados mayores de la defensa civil municipal. Se verificaba su integración a las tropas regulares o a la defensa civil.

Los principios básicos que se orientaron para la incorporación de las personas a las Milicias de Tropas Territoriales fueron voluntariedad, selectividad, territorialidad y masividad, eso permitió que las unidades estuvieran en condiciones de combatir por convicción propia, clasista y popular y con un amplio dominio del teatro de las acciones. Para la formación de las

unidades, fueron elaboradas las plantillas de los batallones y compañías en que se integraron las milicias, adecuándose a las particularidades de cada territorio y posibles misiones que debía cumplir cada unidad.

Los milicianos, una vez emplantillados, cumplieron una preparación preliminar de veintidós horas, con el objetivo de adquirir los conocimientos mínimos para el empleo de las armas, elementos básicos de infantería y el reglamento. Al concluir, se realizaba un ejercicio de tiro y luego se procedía al juramento miliciano, que constituía el compromiso de honor ante la patria, la Revolución y el socialismo. Con este acto, el miliciano juraba cumplir sus deberes, reglamentos, órdenes, mantener una correcta conservación de su armamento y guardar el secreto militar, también se comprometía a ceder parte de su tiempo libre o de sus vacaciones para prepararse y esforzarse para elevar su preparación político-ideológica. Este acto se hacía según las unidades se iban organizando, eran eventos solemnes y de elevado contenido patriótico y revolucionario.

En el parque Abel Santamaría se ejecutó el juramento de los milicianos que integraron el primer regimiento de las MTT. Su jefe fue el coronel Juan Almenares Ayala y en la voz del coronel Tomás Pena se escuchó el parte a la presidencia del acto. El cuartel Moncada fue testigo de otros instantes como este.

Al concluir la primera etapa, se formaron en la provincia las unidades siguientes: un regimiento con tres batallones en el municipio Santiago de Cuba y un batallón en cada uno de los municipios restantes: Guamá, Tercer Frente Mario Muñoz, Contramaestre, Palma Soriano, Julio Antonio Mella, San Luis, Songo-La Maya y Segundo Frente Frank País. En total se formaron once batallones.

Para garantizar la preparación del personal de mando, unos cien milicianos partieron hacia La Habana, posteriormente, les correspondió dar esa instrucción al resto de las unidades que se iban creando.

Constituidas las unidades y realizados los juramentos, inició el programa de preparación combativa, el cual establecía lo siguiente:

Anualmente: cuarenta horas lectivas destinadas, en lo fundamental, a la preparación táctica y de tiro durante horas no laborables y días festivos, excepto en los meses de julio y diciembre.

Quinquenalmente: diez días en reuniones de estudio de las unidades, previéndose no cumplir ese año las cuarenta horas de instrucción.

Al concluir, se hacían maniobras tácticas; cinco días de preparación metodológica con los jefes responsabilizados con la impartición de las clases a las pequeñas unidades; diez días de preparación de jefes y oficiales en reuniones de jefes; un día de entrenamiento de estado mayor (plana mayor); dos ejercicios de jefes y estados mayores (planas mayores).

Durante la primera etapa de formación masiva de las milicias santiagueras, la gran mayoría adquirió su uniforme, el cual mantuvo los colores verde y azul como las Milicias Nacionales Revolucionarias, solo se le incluyeron algunos elementos: el distintivo de las boinas y otro que se coloca en el cuello de la camisa, ambos con nuestro escudo nacional; el emblema del miliciano que representa la tradición combativa de nuestro pueblo, desde los mambises hasta el momento de crearse esta fuerza popular y la cintilla encima del bolsillo derecho de la camisa con los apellidos del miliciano para su identificación. Los uniformes se confeccionaron en la fábrica Confecciones Textiles Mariana Grajales bajo la responsabilidad de la Industria Local del Poder Popular.

A las unidades se les asignó el armamento y caretas antigás, de acuerdo a las plantillas aprobadas y en la medida en que los medios iban llegando a la provincia. Para su almacenamiento se emplearon silos, túneles y otras instalaciones.

Los órganos locales del Poder Popular tuvieron a su cargo la construcción de los polígonos municipales y campos de tiro para la instrucción, así como almacenes para el armamento, municiones y caretas antigás. Todo este trabajo requirió de mucho esfuerzo y mereció el reconocimiento de las instancias superiores.

A partir de ser aprobado por el ministro de las FAR, en el mes de diciembre de 1980 comenzó la preparación de los cuadros principales de las milicias en cursos de treinta a cuarenta y cinco días, con el objetivo de que adquirieran los conocimientos indispensables para el mando de las unidades.

Para el 16 de febrero de 1981 se estableció por el Ministerio de las FAR el sistema de selección y preparación de cuadros, contentivo de los requisitos generales: fidelidad a la patria y al socialismo, alto sentido de la responsabilidad, ser miliciano o estar dispuesto a serlo, estar en buenas condiciones físicas y mentales y tener no menos de octavo grado.

Quien poseyera los requisitos enumerados para ser cuadro era sometido, para su selección, a los pasos que siguen:

Conocer la voluntariedad del futuro cuadro

Comprobar que cumpliera con los requisitos establecidos

Coordinar con el Partido Comunista de Cuba y el Poder Popular municipal las afectaciones económicas sociales o políticas al enviar al compañero a curso

Realizar su chequeo médico

Haber sido seleccionado por el Partido y gobierno del municipio y con el visto bueno del nivel provincial

Para preparar a los oficiales de las planas mayores, jefes de compañías y pelotones fue creada una escuela provincial en el kilómetro 10 de la Carretera Central, allí se desarrollaron diferentes cursos. Fue director el coronel Luis Arredondo Iglesias. Para garantizar la instrucción de los alumnos, además de los profesores, impartían clases —en ocasiones— oficiales de las unidades regulares del Ejército. Previo a la creación de la escuela, se organizaron cursos emergentes de corta duración en las instalaciones de una unidad militar ubicada en San Rafael.

Una vez creado el sistema distintivo de grados, a muchos milicianos les fueron otorgados, atendiendo a la preparación que iban alcanzando y por los resultados en el desempeño de sus funciones como cuadros de mando u oficiales de los estados mayores de regimientos y de las planas mayores de los batallones.

Las unidades contaban con los documentos de combate y para la puesta en completa disposición combativa; se les planteaban las misiones y realizaban comprobaciones.

Tres acontecimientos importantes ocurrieron en este año 1981:

16 de abril (Día del Miliciano): se hizo entrega de la bandera de combate y gallardetes a un grupo de unidades.

25 de abril, previo al 1º de Mayo: fue celebrado un acto donde desfilaron ante el pueblo santiaguero los primeros batallones creados en la ciudad.

13 de agosto (cumpleaños de Fidel): se concluyó el proceso de formación de las unidades correspondientes a la primera etapa, las cuales formaron parte del primer medio millón de milicianos que a lo largo y ancho del país fueron organizados

para la defensa de la Revolución. En la provincia quedaron constituidos los primeros regimientos y batallones milicianos para su defensa, y pequeñas unidades de artillería terrestre, artillería antiaérea y de diferentes aseguramientos combativos y logísticos.

El aporte voluntario para el financiamiento de las Milicias de Tropas Territoriales, acuerdo tomado en el Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba en el año 1981, causó un fuerte impacto político en la provincia. La respuesta tuvo todo el calor revolucionario que el pueblo santiaguero sabe manifestar. En todos los centros de trabajo comenzaron las asambleas de compromiso: donar un día de haber y realizar actividades productivas para entregar su aporte a esta nueva fuerza incorporada al sistema defensivo del país, fueron los acuerdos de los trabajadores.

Consolidación de la formación y preparación de las milicias

A partir del 13 de agosto de 1981, la provincia pasó a una fase de consolidación de todo el proceso de formación y preparación de las nuevas tropas defensivas, el cual se extendió hasta julio de 1983. Durante este período se cumplieron diferentes tareas con el interés de perfeccionar lo logrado. Se prestó la mayor atención a las siguientes:

- Puntualización de las misiones que debían cumplir las unidades

- Comprobaciones a la disposición combativa

- Aplicación del Sistema de Registro y Control de los Cuadros

- Perfeccionamiento de las condiciones docentes y la base material de estudio en la Escuela Provincial de Preparación de Cuadros de las Milicias de Tropas Territoriales

- Desarrollo de cursos de cinco y medio meses de duración

- Cumplimiento de los programas de Preparación Combativa, perfeccionados por el Minfar

- Continuación del desarrollo de la base material de estudio en los municipios

- Realización de reuniones metodológicas que garantizaran unificar criterios

Organización, explotación, mantenimiento y conservación del armamento

Creación y puesta en funcionamiento de una armería

Creación de las casas del miliciano en los municipios

Organización del mando, las comunicaciones y los aseguramientos material, técnico y médico

Creación de las Compañías de Destino Especial y la Ingeniería de puerto, así como, baterías de artillería antitanque, morteros y antiaérea

Instrumentación y puesta en práctica de la resolución estatal que regula las formas y tratamiento laboral, salarial y financiero para las movilizaciones de los milicianos y demás gastos por esta actividad

Otras importantes actividades fueron realizadas, cuyos resultados tuvieron connotación en el pueblo y en el fortalecimiento de la defensa de la capital de Santiago de Cuba, sobresalió la creación, en la provincia, de la primera División de Milicias de Tropas Territoriales del país.

El 16 de abril de 1982, en un acto solemne, fueron entregadas por el ministro de las FAR general de ejército Raúl Castro Ruz, en el antiguo cuartel Moncada, las banderas de combate a tres regimientos, cuyos jefes eran los coroneles Pedro H. de la Cruz Calzadilla, Orlando Fonte Fusté y Orlando Claro Angulo. Los demás actos se realizaron en las respectivas cabeceras municipales.

Para continuar perfeccionado las estructuras de dirección en la provincia y municipios se crearon los estados mayores de las Milicias de Tropas Territoriales, adscritos a los órganos locales del Poder Popular. El Minfar definió su composición, designación y funciones. Como jefe de estado mayor provincial, en un primer momento, se designó al coronel Tomás Pena Vega. Posteriormente lo sustituyó el coronel Raúl Barreras, meses después ocuparon el mismo cargo los tenientes coroneles Rufino Chaín y Heriberto Pérez Santana. En el estado mayor del Ejército fue creada una sección que se ocupaba del trabajo de las milicias, era atendida por el sustituto del jefe del Ejército, el general de brigada Haroldo Ferrer Martínez.

Todos los órganos que se crearon para el trabajo con las Milicias de Tropas Territoriales tuvieron un carácter metodológico y de control.

Respuesta al nuevo llamado de Fidel

Sucedió que el 26 de julio de 1983, en la Plaza de la Revolución José Martí, el Comandante en Jefe anunció incorporar, en los primeros doce meses, medio millón más de milicianos a las tropas territoriales. La nueva convocatoria al pueblo removió el fervor patriótico de los concentrados y de los que desde sus casas escuchaban sus palabras.

La incorporación masiva de hombres y mujeres: trabajadores, campesinos y estudiantes de la provincia santiaguera a las milicias fue una muestra de la madurez política que habíamos alcanzado, del convencimiento de que el país se encontraba en peligro de una nueva agresión militar por parte del imperialismo norteamericano y de que teníamos que estar prestos para su defensa.

Para esta nueva tarea, ya teníamos las experiencias de la primera etapa, en particular, el papel desempeñado por el Partido, Poder Popular y órganos militares adscriptos; sucedía lo mismo con los oficiales de las unidades y escuelas militares del Ejército, así como con las organizaciones políticas y de masas que influyeron en la incorporación de trabajadores y estudiantes a esta fuerza popular.

Para la formación y preparación del nuevo medio millón de milicianos, fueron aplicados lineamientos, planes, programas, manuales y otros documentos rectores que ya existían, relacionados con el proceso de inscripción y selección, la preparación, formación de unidades, juramentos, entrega de banderas de combate, financiamiento, equipamiento, organización de la puesta en completa disposición combativa, entre otras acciones.

El Minfar y el Comité Central del Partido Comunista de Cuba elaboraron nuevos documentos para el desarrollo de tan significativa tarea. Otros, concebidos desde la etapa anterior, fueron perfeccionados.

Todas las estructuras de dirección y mando, tanto las del Partido y sus organizaciones políticas y de masas, como las de gobierno y militares, cumplieron con mucho entusiasmo y responsabilidad la misión de hacer realidad la incorporación de decenas de miles de milicianos y la creación de las nuevas unidades en toda la provincia.

En esta ocasión, el trabajo se desarrolló con más eficiencia y operatividad, lo que permitió que se adelantara el plazo que inicialmente se le había planteado a la provincia para el cumplimiento de esta misión.

Con las unidades creadas durante la primera etapa y las nuevas que se iban formando, se continuó desarrollando un trabajo sistemático de perfeccionamiento y consolidación.

Para la formación y superación de los oficiales de las milicias se le prestó atención especial al perfeccionamiento del proceso docente de los cursos de cinco y medio meses en la Escuela Provincial de Preparación para la Defensa. Ahora se incluyó la preparación de los cuadros y funcionarios del Partido y gobierno con responsabilidades en el Frente de la Defensa. Mejoraron las condiciones de estudio y vida de los alumnos y profesores.

Los jefes de escuadras contaron para su preparación con un campamento en condiciones de campaña en la antigua mina de El Cristo; los concentrados tenían cursos de hasta un mes de duración. Al concluir podían ejercitar el mando e instruir a sus milicianos con un nuevo nivel de conocimientos.

Durante los cursos preparatorios para los cuadros en la escuela provincial y en los concentrados de jefes de escuadra, resultó de suma importancia el asesoramiento de especialistas vietnamitas. Ellos, con su experiencia en los métodos de la lucha irregular, especialmente en el uso de explosivos y la construcción y empleo de medios rústicos, elevaron el adiestramiento de los milicianos, incluso, de los profesores y oficiales de unidades militares.

Las reuniones de estudio de diez días, de los batallones, se cumplían en centros de preparación habilitados en Aguadores, Camino Viejo de El Cobre, Yerba de Guinea y Bahía de Cabañas. Se enfatizó, además, en perfeccionar el proceso de preparación de los milicianos durante su participación un domingo al mes.

A los programas de preparación combativa de las unidades se le incluyeron actividades que no solo tenían como objetivo la preparación militar, sino también una enseñanza político-ideológica e histórica. Para el logro de ello, algunos batallones y compañías cumplieron marchas combativas, incluso, a grandes distancias, con práctica de diferentes formas de acciones combativas, fundamentalmente las irregulares; visitas durante la marcha a lugares históricos de nuestras luchas independentistas y de liberación nacional, para algunas se aprovechaba el contexto de fechas alegóricas.

Las marchas se denominaron “Por el Camino de la Victoria” y “Por el Sendero de la Victoria”. Las primeras se hicieron dentro de los límites de la provincia; las segundas, en territorios de los municipios. Fue significativo que un batallón llegara hasta El Cacahual, lugar donde reposan los restos del Titán de Bronce, Antonio Maceo Grajales, y su ayudante Panchito Gómez Toro.

Un papel importante en la preparación y disposición combativa de las MTT lo ha desempeñado la Escuela Interarmas General José Maceo. De allí fueron designados profesores para ocupar cargos como cuadros de mando en los estados mayores y planas mayores; en la realización de ejercicios y entrenamientos de estos órganos y en la impartición de clases a oficiales y milicianos de línea, durante los días de la defensa, empleando además de oficiales, a los alumnos cadetes.

De suma importancia ha sido la preparación impartida por la cátedra Militar a los milicianos integrantes del regimiento de la universidad.

Composición y estructura de las Milicias de Tropas Territoriales

Como resultado de este llamado, la provincia, después del colosal trabajo dirigido por el Partido y el Ejército Oriental, con la activa participación de los órganos del Poder Popular, sus estructuras militares adscriptas, las organizaciones políticas y de masas y el trabajo abnegado de cientos de cuadros milicianos preparados, logró alcanzar la cifra de unos ciento veinte mil efectivos. Más de un treinta por ciento de ese total, eran mujeres.

Al concluir este proceso de formación, en el que se emplantilló en unidades a más de un millón de milicianos, la provincia Santiago de Cuba alcanzó la estructura y composición siguiente: una división, tres regimientos tipo A, veintidós regimientos tipo B, veinticuatro batallones independientes, catorce compañías independientes, una compañía ingeniera de puerto, tres baterías de GRAG-P, nueve compañías de preparación especial y nueve compañías de zapadores. Además, fueron creadas un buen número de baterías de morteros y pequeñas unidades de aseguramiento combativo, material, técnico y médico.

La culminación del proceso de formación de las Milicias de Tropas Territoriales en todo el país fue dada a conocer por el Comandante en Jefe,

el 26 de octubre de 1984, en el acto efectuado en la Plaza de la Revolución José Martí, ocasión en que se hizo entrega de la bandera de combate y certificado acreditativo al 163 Cuerpo de Ejército de la capital cubana.

A partir de 1988 y debido a cambios de estructuras en las fuerzas que defenderían la provincia de Santiago de Cuba, las milicias adoptaron una nueva composición: quedaron organizadas dos divisiones de Infantería, cuyos jefes fueron el general de brigada Iván Duportés Cabrales y el coronel Omar Charquille Gendy; treinta y un regimientos y un batallón de Tropas Especiales. El resto de las unidades se mantuvo con la anterior composición.

También se crearon nuevas estructuras para fortalecer la dirección y el mando. Un primer paso consistió en la fusión de los estados mayores de las Milicias y de la Defensa Civil y las Direcciones Uno, que funcionaban adscriptas a los órganos locales del Poder Popular y los comités militares, así surgió el estado mayor provincial y los municipales subordinados al Ejército. Los nuevos órganos asumieron, desde el punto de vista militar, en coordinación con los órganos locales del Poder Popular y el Partido, la responsabilidad del trabajo de la defensa territorial, incluyendo las Milicias de Tropas Territoriales. Los aseguramientos no militares siguieron atendidos por los órganos del Poder Popular provincial y municipales. Como jefe del estado mayor provincial se designó al coronel Andrés Rosendo Ojeda y primer sustituto, al coronel Arturo Zaldívar Díaz. En el municipio Santiago de Cuba fue nombrado jefe del estado mayor, el teniente coronel Heriberto Pérez Santana y más tarde, el teniente coronel Grafilo Deliz Campusano.

Posteriormente, al profundizarse los conceptos de la Guerra de Todo el Pueblo, los estados mayores territoriales dieron paso a una nueva estructura de mando, surgieron en el nivel provincial la actual Región Militar y en los municipios los sectores militares. De esta manera, se fortaleció aún más el sistema defensivo territorial de la provincia.

Actualmente, las Milicias de Tropas Territoriales en la provincia han continuado perfeccionando su composición y estructura, los cambios se manifiestan en la cantidad y tipos de unidades.

Correspondió a los órganos locales del Poder Popular de la provincia y municipios desempeñar un importantísimo papel, los que, además de las responsabilidades asignadas en los aseguramientos materiales no

militares, llevaron a cabo conjuntamente con el mando del Ejército y los órganos militares adscritos, la dirección del trabajo para el cumplimiento de las tareas de formación, preparación y movilización de las unidades de milicias. Fue decisiva su participación en la construcción y acondicionamiento de almacenes para el armamento, municiones y explosivos; campamentos para desarrollar los cursos de oficiales; concentrados de los batallones de milicias y para la preparación de los jefes de escuadras; construcción de los centros y puntos de preparación municipales y de zonas de defensa (polígonos) para la instrucción de las tropas. Durante los primeros años, con empleo de los recursos locales, se confeccionaron mochilas, hamacas y bolsas sanitarias.

Merecen un reconocimiento especial los presidentes y los miembros de los comités ejecutivos (consejos de administración), que con su trabajo abnegado y responsable, junto a los oficiales de las unidades y escuelas militares ubicadas en el territorio, hicieron posible tan importante y decisiva tarea para el fortalecimiento del sistema defensivo territorial de la provincia. Igual estímulo deben recibir el comité provincial y los comités municipales del Partido Comunista de Cuba, sus departamentos militares que, bajo su dirección y con la participación de las organizaciones políticas y de masas, hicieron posible la incorporación de la población a estas tropas.



Miembros del Batallón No. 3 de las Milicias Nacionales Revolucionarias, 1961.



Antonio Ulloa, jefe de
compañía del Batallón No. 3.



Entrenamiento con las ametralladoras DP.



Primera compañía femenina de Santiago de Cuba, 1960.



Acto de juramento de las Milicias de Tropas Territoriales. Parque Abel Santamaría en Santiago de Cuba.



Acto de entrega de la Bandera de Combate y constitución del Primer Regimiento de las Milicias de Tropas Territoriales, 16 de abril de 1982.

Hijos de la provincia de Santiago de Cuba



General de cuerpo de ejército
Abelardo Colomé Ibarra.



General de cuerpo de ejército
Julio Casas Regueiro.



General de cuerpo de ejército
Álvaro López Miera.



General de cuerpo de ejército
Joaquín Quinta Solás.



General de cuerpo de ejército
Rigoberto García Sánchez.



General de cuerpo de ejército
Sixto Batista Santana.



Estratega, precursor y artífice del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos M. de Céspedes; el desembarco de los expedicionarios del *Granma*; la lucha insurreccional contra la dictadura batistiana; la creación de las MNR y las MTT; la victoria de Playa Girón; de la respuesta del pueblo ante la Crisis de Octubre; la lucha contra bandidos; misiones internacionalistas y la resistencia del pueblo cubano, por más de cincuenta años, ante el imperialismo norteamericano.

Epílogo



Dilucidar los acontecimientos histórico-combativos de Santiago de Cuba es una empresa difícil de lograr, al menos para este autor, pues, por el volumen y diversidad de hechos desarrollados en la provincia desde su fundación hasta nuestros días, es una aspiración ambiciosa; se corre el riesgo de que, al incursionar por sucesos tan distantes de los momentos actuales, escapen hechos y personas importantes de la historiografía de este pueblo.

Lo abordado, a manera de síntesis, servirá a los lectores como una guía que les propicie el alcance a elementos imprescindibles de la rica tradición combativa de un pueblo que se enorgullece de contar, justamente por ello, con el título de Ciudad Héroe, que además se le atribuye como cualidad inherente la hospitalidad; y casi vuelto lema la frase: ¡Santiago! ¡Siempre Santiago!

Después del triunfo de la Revolución, otros aguerridos combatientes han enriquecido la lista de santiagueros que han luchado y caído combatiendo en misiones internacionalistas, la lucha contra bandidos u otras misiones a las que se han enfrentado. Para los fallecidos, nuestro recuerdo imperecedero y la más profunda admiración, y para los que continúan junto a Fidel y Raúl defendiendo la Revolución y el socialismo, el reconocimiento de su gente.

No podrá escribirse sobre Santiago de Cuba sin dejar de reconocer a un grupo de destacados revolucionarios que, sin ser hijos naturales de

esta ciudad, han contribuido con disposición y trabajo abnegado a las victorias de cada momento, en el terreno político, económico, social y cultural. Me refiero ahora a las etapas de la guerra de liberación y posterior al triunfo de enero de 1959, períodos en que tendría que mencionar a algunos compañeros que tomaron como propia la ciudad y allí estuvieron, primero para defenderla; después para garantizar sus conquistas como cuadros dirigentes del Partido o del gobierno; otros en tareas de la defensa, de orden interior y de la seguridad.

Entonces no podría faltar el Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque por el rol histórico que desempeñó junto a Fidel durante el ataque al cuartel Moncada, así como durante la guerra en la Sierra Maestra que dio al traste con la dictadura opresora de Batista, como jefe del Tercer Frente Mario Muñoz Monroy, en particular, durante el cerco y ocupación de la ciudad de Santiago de Cuba y de otras ciudades de la región oriental.

Almeida, además, después del triunfo de la Revolución, al ser designado por la dirección del Partido como su delegado en la provincia Santiago de Cuba, fue capaz de ganarse la simpatía y el cariño de todo el pueblo, por su contribución al desarrollo de los planes económicos, sociales, culturales y educativos. Supo relacionarse con los trabajadores de las diferentes esferas y mostrar su admiración por las tradiciones y costumbres de los habitantes. Tal reciprocidad existió que el comandante hubo de dedicarles sentidas y alegres canciones y versos a los santiagueños. Convencido estuvo este pueblo de que él se sentía un hijo más de Santiago. Testimonio de lo dicho lo concibió Roberto Valdés, Robertico, en la canción que le dedicara al comandante Almeida después de su fallecimiento: *Así te recordamos comandante...*

Otros insignes revolucionarios: Armando Hart Dávalos, miembro de la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio, participó junto a Frank en la organización y realización del Levantamiento del 30 de Noviembre, estuvo preso en Santiago de Cuba en manos de los sicarios batistianos. Después, entre sus importantes funciones, hubo de desempeñarse como primer secretario del Partido, elegido en la Asamblea Provincial del Partido efectuada en 1970.

De dos grandes mujeres siento la obligación de hablar: Haydée Santamaría Cuadrado y Melba Hernández Rodríguez del Rey, participantes

en el asalto al cuartel Moncada, fueron hechas prisioneras y torturadas. Haydée formó parte de la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio bajo la dirección de Frank, durante los preparativos y ejecución del Levantamiento del 30 de Noviembre. Estuvo en la Sierra Maestra en entrevista con Fidel, partió al exilio encomendada por él, para cumplir la importantísima misión de recaudar dinero entre los exiliados cubanos en Estados Unidos, para la compra de armas, entre otras tareas. Melba, durante la lucha insurreccional se incorporó al Tercer Frente bajo el mando de Juan Almeida y tuvo el honor de entrar el 1º de Enero a la ciudad de Santiago de Cuba y al cuartel Moncada.

Por su parte, William Gálvez Rodríguez cumplió diversas acciones de asalto y sabotaje en la lucha clandestina. Fue hecho prisionero, y junto a Frank enjuiciado en Santiago de Cuba. Se incorporó al Ejército Rebelde, hizo la invasión a Las Villas en la Columna No. 2 Antonio Maceo comandada por Camilo Cienfuegos. Actualmente es general de brigada de la reserva de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y escritor de varios libros, entre ellos, su detallada y valiosa obra *Frank entre el sol y la montaña*.

Otro comentario merecido es para Demetrio Montseny Villa, destacado combatiente de la clandestinidad. Fue jefe de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de Julio en Guantánamo. Cumplió misiones junto a Frank País en Santiago de Cuba. Fue uno de los últimos compañeros que habló con él antes de que fuera asesinado. Se incorporó al Ejército Rebelde, llegó a ser jefe de columna del Segundo Frente Oriental Frank País, bajo las órdenes de Raúl Castro Ruz; obtuvo el grado de comandante. En las Fuerzas Armadas Revolucionarias alcanzó el grado de general de brigada. Varios años vivió en Santiago de Cuba, y ocupó importantes cargos en el estado mayor del Ejército de Oriente.

Miguel Ángel Manals, aunque natural de Media Luna, municipio Niquero, siendo muy joven, prácticamente un adolescente, llegó a Santiago de Cuba. Bajo la dirección de Frank País realizó varias acciones de sabotaje. Formó parte del primer refuerzo que subió a la Sierra. Siendo teniente del Ejército Rebelde participó en el combate de Uvero, donde fue herido. Posteriormente regresó al llano y nuevamente cumplió disímiles acciones de sabotaje y asalto en Santiago de Cuba. Al crearse las Milicias del Movimiento 26 de Julio fue jefe del primer escuadrón que se

organizó en esa ciudad. Manals, también desarrolló actividades clandestinas en Nicaro.

Otro grupo de destacados revolucionarios, no santiagueros, fueron designados para ocupar la máxima dirección partidista en la antigua provincia de Oriente o en la actual provincia de Santiago de Cuba. En ambos casos, las funciones las cumplieron teniendo como sede la ciudad santiaguera. Los dirigentes que cumplieron tan honrosa misión, además de Juan Almeida Bosque y Armando Hart Dávalos, ya mencionados, fueron Armando Acosta Cordero, Guillermo García Frías, José Ramón Balaguer, René Anillo Capote, Julio Camacho Aguilera, Esteban Lazo Hernández, Juan Carlos Robinson, Misael Enamorado y en los momentos en que escribo este libro, Lázaro Fernando Expósito.

Pero también disfrutaban de la consideración de este pueblo, otro grupo de compañeros como el general de brigada del Minint Roberto Valdés Martínez, quien por más de diez años participó en el desarrollo de la provincia, enfrentó diversos planes socioculturales con entusiasmo y responsabilidad, entre los que se encuentran el Plan Baconao, la actividad cultural en el contexto del Plan Turquino y la Casa de Cultura de Songo-La Maya. Fue electo diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular por el municipio de Songo-La Maya.

Noel Pérez Batista llegó a Santiago de Cuba, procedente del entonces Central Delicias, hoy Antonio Guiteras, sin haber cumplido catorce años. Se destacó como locutor de radio en la emisora CMKC. Durante el Levantamiento del 30 de Noviembre transmitió partes sobre las acciones de los asaltantes a la Estación de la Policía Nacional y, desde el lugar de los hechos, dio a conocer a la población el uso por primera vez del uniforme verde olivo y el brazalete del 26 de Julio, incluso, a través de su micrófono dejó escuchar los disparos de las armas de fuego de los jóvenes revolucionarios y de los policías de la dictadura. Cumplió misiones planteadas directamente por Vilma Espín y mantuvo contactos con Armando Hart Dávalos y Haydée Santamaría. A lo largo de los años de la Revolución ha sido un incansable defensor de sus conquistas. Actualmente, con ochenta y dos años, continúa siendo un activo comunicador como radioaficionado.

De suma importancia ha sido el papel desempeñado por decenas de generales y oficiales santiagueros y de otras provincias, los que han per-

manecido por varios años en Santiago de Cuba y que, con su trabajo abnegado, han hecho posible el fortalecimiento de la preparación para la defensa y la seguridad de esta provincia. Todos merecen el reconocimiento de este heroico pueblo.

Y ¡qué decir de cuánto representan Fidel y Raúl para los santiagueros, aunque hayan nacido en Birán y sean hijos de toda Cuba!

Y ¡nuestro Apóstol de la independencia, aunque capitalino... si nuestras tierras están abonadas con su sangre y el cementerio Santa Ifigenia nos hace saber que aquí está y vive y vivirá para siempre, como tantos héroes y mártires de las guerras de independencia... la lucha contra la dictadura batistiana... contra agresiones imperialistas!

Y también están los que de otras tierras, adonde fueron a cumplir honrosas misiones internacionalistas, volvieron a reposar junto a los suyos.

¡Y los dos mausoleos, Segundo Frente Oriental Frank País García y Tercer Frente Mario Muñoz Monroy, que guardan los restos de los combatientes de la guerra de liberación nacional de estos frentes de combate!

¡Mucha gloria atesora Santiago! Lo ratifica el general de ejército con las siguientes palabras:

Si el Callejón del Muro, Enramadas, Garzón, Trocha, Vista Alegre, San Gerónimo y El Caney pudieran hablar, si los muros del Moncada, las aulas del Instituto, la Normal y la Universidad, los bancos del parque Céspedes y la Plaza de Marte, los campanarios de la Catedral y El Cobre, las alamedas de El Morro y las losas de Santa Ifigenia pudieran contarnos su historia de centenarias luchas, veríamos de nuevo que no hay una piedra en Santiago de Cuba, que no haya sido pedestal de un héroe.¹⁰⁸

Por la larga historia combativa acumulada a lo largo de cinco siglos, a Santiago de Cuba le fue otorgada la condición de Ciudad Héroe y la Orden Antonio Maceo.

¹⁰⁸ Raúl Castro Ruz: discurso del 30 de noviembre de 1979, tomado de la publicación especial por la Asamblea Provincial del Poder Popular y el Comité Provincial del Partido, Santiago de Cuba, noviembre de 2006, p. 11.

Anexos



No. 1

Hijos de Santiago de Cuba que alcanzaron elevados grados militares en el Ejército Libertador (1868-1898)

MAYOR GENERAL

Cebreco Sánchez, Agustín
Crombet Tejera, Francisco Adolfo, Flor
Maceo Grajales, José Marcelino
Mármol Tamayo, Donato
Moncada, José Guillermo, Guillermon
Rodríguez Rodríguez, José María, Mayía

GENERAL DE DIVISIÓN

Castillo Duany, Demetrio
Ducausse Revee, Juan Eligio
Lacret Morlot, José
Portuondo Tamayo, Rafael
Sánchez Echavarría, Francisco

GENERAL DE BRIGADA

Castillo López, Joaquín
Cebreco Sánchez, Juan Pablo

Bonne Bonne, Luis
Camacho Olazagasti, Bernardo
Ducasse Revee, Vidal
González, Ramón, Mongo
Goulet Goulet, Alfonso
Maceo Grajales, Rafael
Mármol Ballagas, Eduardo
Martínez Hecheverría, Prudencio
Medina Prudentes, José, Pepillo
Muñoz Rubalcaba, Francisco de Jesús
Sánchez Griñán, Tomás Padró
Pérez Jerez, Francisco Javier, Panchito
Planas Ulloa, Joaquín
Pujols Puente, Vicente
Rosado Lorié, Pío
Sánchez Rodríguez, Limbano
Sánchez Vaillant, Mariano Gumersindo
Torres González, Martín
Valiente del Monte, Porfirio
Vázquez Martínez, Higinio
Valiente Portuondo, Francisco de Paula

Treinta y cuatro generales santiagueros participaron en las guerras de independencia. Representan el 28% de las quince provincias actuales del país.

Fuente: Centro de Estudios Militares: *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba*. Primera parte (1510-1898), t. 1, Ediciones Verde Olivo, 2001.

No. 2

Combatientes jefes de columna o compañía que obtuvieron el grado de comandante del Ejército Rebelde durante la guerra de liberación*

COMANDANTES

Belarmino Castilla Mas, Aníbal
Abelardo Colomé Ibarra, Furry
Carlos Iglesias Fonseca, Nicaragua
Antonio Enrique Lussón Batlle
Raúl Menéndez Tomassevich
Pedro Miret Prieto
Félix Pena Díaz
José Serguera Riverí, Papito
Higinio Díaz Acné
Reynerio Jiménez Lage

De ellos fueron JEFES DE COLUMNAS

Belarmino Castilla Mas, Aníbal
Antonio Enrique Lussón Batlle
Carlos Iglesias Fonseca, Nicaragua
Félix Pena Díaz

JEFES DE COMPAÑÍAS

Abelardo Colomé Ibarra, Furry
José L. Cuza Téllez de Girón, Pepito
Reynerio Jiménez Lage**
Raúl Menéndez Tomassevich

* Fuente: Asociación Nacional de Combatientes de la Revolución Cubana.

** Fue jefe de columna durante uno o dos meses.

No. 3

Combatientes —nacidos en Santiago de Cuba— destacados durante la lucha clandestina y el Levantamiento del 30 de Noviembre. Muchos considerados héroes y mártires

Frank País García
Vilma Espín Guillois
Josué País García
José Tey Saint-Blancard
Ottón Parellada Hechavarría
Antonio Alomá Serrano
Emiliano Díaz Fontaine
Walfrido Iglesias Borrero*

Floro Emilio Bistel Somodovilla
José Mercerón Allen
Emiliano Corrales Espinal
Raúl Perozo Fuentes
Arturo Hung Vicente
Adolfo Juan Lescay Botones
Roberto Lamela Fong
Max Orue Leyva
Fernando Poll Céspedes
José Rodríguez Limonta
Miguel Genaro Vázquez Dinza
Rafael Vignot González
Manuel del Toro Puig
Eduardo Mesa Llul**

*Fuente: Asociación Nacional de Combatientes de la Revolución Cubana.

**Fuente: Ecured.

Ninive Tross Bataille
José de la Caridad Grimón Driggs
Mario de los Santos Martínez
Luis de Jesús Seijas Hechemendía
Julio Casamayor Camejo*

Álvaro Barriel Cruz
Eliades Carvajal Acuña
Omar Girón Alvarado
Ángel René Soulet Figueredo**

Francisco Cruz Bourzac
Josué de Quesada Hernández***

José Lupiáñez Reilén****

Asela de los Santos Tamayo
María Antonia Figueroa Araújo
Miguel Deulofeo Ramos
Esteban Deulofeo Ramos
Nayibe Atala Medina
Casto Amador Hernández
José Agustín Navarrete Sarlabous
Arturo Duque de Estrada

* Fuente: Museo de la Clandestinidad de Santiago de Cuba.

** Fuente: Combatiente del 30 de Noviembre Miguel Deulofeo Ramos.

*** Fuente: Combatiente del 30 de Noviembre Jorge Romero Romero.

**** Fuente: Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana, de Santiago de Cuba.

Combatientes destacados en el Levantamiento del 30 de Noviembre, no nacidos en Santiago de Cuba

Enzo Alfonso Uribaz, Las Tunas

Carlos Augusto Amat Foret, Banes, Holguín

Electra Fernández López, Buenos Aires, Argentina*

* Desde pequeña residió en Santiago de Cuba.

Además de los mencionados, en el libro aparecen otros combatientes que en el Levantamiento del 30 de Noviembre integraron los diferentes grupos de asalto.

No. 4

Reconocimientos honoríficos e importantes cargos de dirección y mando desempeñados por hijos insignes de Santiago de Cuba

Pedro Miret Prieto: Héroe de la República de Cuba. Asaltante al cuartel Moncada. Miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la primera hasta la sexta legislatura. Vicepresidente del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. Jefe de Artillería de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Vilma Lucila Espín Guillois: Heroína de la República de Cuba. Combatiente de la clandestinidad. Miembro de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Combatiente del Ejército Rebelde. Miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la primera hasta la sexta legislatura. Presidenta fundadora de la Federación de Mujeres Cubanas.

Abelardo Colomé Ibarra: Héroe de la República de Cuba. Combatiente de la clandestinidad. Comandante del Ejército Rebelde. General de cuerpo de ejército. Miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la primera hasta la octava legislatura. Vicepresidente del Consejo de Estado, viceministro primero de las FAR. Ministro del Interior. Internacionalista junto al periodista Ricardo Masseti en la República de Argentina. Jefe de la Misión Militar de Cuba en la República Popular de Angola. Presidente del Ejecutivo de la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Belarmino Castilla Mas: Combatiente de la clandestinidad. Comandante de Milicias del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba. Comandante del Ejército Rebelde y jefe de columna. Jefe del Estado Mayor General de las FAR. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular en la primera legislatura. Ministro de Educación. Vicepresidente del Consejo de Ministro.

Raúl Menéndez Tomassevich: Héroe de la República de Cuba. Combatiente de la clandestinidad. Comandante del Ejército Rebelde, jefe de compañía. Sustituto del ministro de las FAR. Jefe de Ejército. Jefe de misiones internacionalistas. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular durante la primera, segunda y tercera legislatura. Vicepresidente y secretario ejecutivo de la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Reynerio Jiménez Lage: Combatiente de la clandestinidad. Comandante del Ejército Rebelde y jefe de compañía. Jefe de Ejército. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Álvaro López Miera: Héroe de la República de Cuba. Miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. General de cuerpo de ejército. Combatiente del Ejército Rebelde. Viceministro primero, jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular en la séptima y octava legislatura. Miembro del Consejo de Estado. Destacado combatiente internacionalista en la República Popular de Angola y Etiopía como jefe de tropas de artillería terrestre. Primer vicepresidente de la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Joaquín Quinta Solás: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. General de cuerpo de ejército. Viceministro de las FAR. Jefe de Ejército. Jefe de tropas en misión internacionalista. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la cuarta hasta la octava legislatura.

Joel Chaveco Hernández: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. Jefe de Información del Ejército de Oriente. General de cuerpo de ejército. Jefe de Tropas Coheteriles de Artillería Antiaérea. Jefe de Estado Mayor Daafar. Segundo jefe de la Marina de Guerra. Ministro de Marina Mercante y Puerto. Fundador del primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Manuel Céspedes Fernández: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. Jefe de Operaciones y de Estado Mayor del Ejército de Oriente. Jefe de Dirección de Organización, Movilización y Completamiento Minfar. Agregado de las FAR en la República de Chile (militar, naval y aéreo). Ministro de Minería y Geología. Viceministro primero de Transporte. Viceministro de Desarrollo, Inversiones y Relaciones Internacionales. Miembro suplente del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Carlos Fernández Gondín: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. General de división. Jefe de Estado Mayor General en funciones. Viceministro primero del Ministerio del Interior. Jefe de tropas en Cuba y en misión internacionalista. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la cuarta hasta la octava legislatura. Miembro de la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Francisco Cruz Bourzac: Combatiente destacado de la clandestinidad. Héroe del 30 de Noviembre. Combatiente del Ejército Rebelde. General de brigada. Sustituto del ministro de las FAR para la Técnica y el Armamento. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Falleció en un accidente aéreo en la República Popular de Angola.

Joaquín Méndez Cominches: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. Primer delegado de la Seguridad del Estado y del Orden Interior en la antigua provincia de Oriente. General de división. Representante del ministro del Interior en la República Popular de Angola. Viceministro del Interior. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular durante la primera, segunda y tercera legislatura.

Juan Escalona Reguera: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. General de brigada. Jefe del Estado Mayor General en funciones. Fiscal General de la República de Cuba. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la segunda hasta la séptima legislatura.

José Nivaldo Causse: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. General de brigada. Jefe de la Dirección Política de las FAR, Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Combatiente internacionalista en la República Popular de Angola como parte de la jefatura de la Misión Militar Cubana.

José L. Cuza Téllez de Girón: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. Jefe de compañía. Contralmirante jefe de la Marina de Guerra Revolucionaria. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Asela de los Santos Tamayo: Combatiente de la clandestinidad. Posteriormente se incorporó al Segundo Frente Oriental Frank País. Ocupó la responsabilidad de jefa del Departamento de Educación del frente guerrillero. Después del triunfo de la Revolución desempeñó importantes cargos en la Federación de Mujeres Cubanas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Ministerio de Educación y el Partido Comunista de Cuba. Ostenta el título honorífico de Heroína del Trabajo de la República de Cuba.

Fernando Ruiz Bravo: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. General de brigada. Jefe Dirección de Cuadros y de la Dirección de Escuelas y Academia del Minfar.

Gustavo Chuy Beltrán: Combatiente de la clandestinidad y el Ejército Rebelde. General de brigada. Jefe de las Direcciones de Armamento, Cuadros y Décima Dirección del Minfar. Miembro de la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana. Herido gravemente durante el cumplimiento de misión internacionalista en la República Popular de Angola.

No. 5

Hijos de la provincia Santiago de Cuba que han alcanzado el grado de general en las Fuerzas Armadas Revolucionarias y el Ministerio del Interior

GENERALES DE CUERPO EJÉRCITO

Abelardo Colomé Ibarra
Rigoberto García Fernández
Joaquín Quinta Solás
Sixto Batista Santana
Álvaro López Miera
Julio Casas Regueiro

GENERALES DE DIVISIÓN

Carlos Fernández Gondín
José Ramón Fernández Álvarez
Senén Casas Regueiro
Antonio Enrique Lussón Batlle
Raúl Menéndez Tomassevich
Joaquín Méndez Cominches
Ramón Pardo Guerra
Ulises Rosales del Toro

GENERALES DE BRIGADA

Eloy Bertot Basto
José Nivaldo Causse
Lino Carreras Rodríguez
Rafael de Jesús Calderín Tamayo
Francisco Cruz Bourzac
José L. Cuza Téllez de Girón
Juan Israel Cervantes Tablada
Gustavo Chuy Beltrán
Silvano Colás Sánchez
Juan Escalona Reguera
Raúl Fernández Marrero
Harold Ferrer Martínez

Arnoldo Ferrer Martínez
Manuel Fernández Falcón
Abel Guevara Heredia
José Roberto Legró Sauquet
Rafael Moracén Limonta
Fernando Ruiz Bravo
Librado Reyna Beritán
Carlos Rodés Moro
Jorge Suárez Lorenzo
Ramón Valle Lazo
Juan de Dios García Arias
Ernesto Viera Estrada
Luciano Osorio Senón
Alfredo Igarza Duany
Beiler Frómeta Martínez
Carlos Manuel Lamas Rodríguez

La información reflejada corresponde hasta el año 2013 y fue comprobada en la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Agradecimientos



Luego de haber llegado a la página anterior, vienen a mi mente muchas personas que me ayudaron a avanzar por cada una de estas hojas, por su estimulación o informaciones valiosas —precisas y objetivas— que pusieron en mis manos, o por mucha literatura que me brindaron para consultar sobre cada etapa histórica, o por las recomendaciones relacionadas con la estructura y redacción, o por dedicarme parte de sus horas libres o quizás no tan libres, algo tan preciado y valioso en estos tiempos.

Yo sé que al mencionarlos, cada uno sabe la razón:

A los generales, de división Carlos Fernández Gondín y de brigada Gustavo Chuy Beltrán; a los coroneles de la reserva Aroldo Casalí Gómez, Arturo Zaldívar Díaz y Adolfo Pérez Pestana.

A Eugenio Suárez Pérez, director de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

A Arquímedes Fonseca, Ángel Aguilera Hidalgo, Antonio Oviaño, Antonio Ulloa, Antonio Palacios Banderas, Bartolomé Leiva Garnica, César Lara Roselló, Carlos Saravia Hernández, Carlos García Lozada, Diego Guiu Ruiz, Eloy Rodríguez Téllez, Eclio Lobaina Lobaina, Félix Corona Mancebo, Grafilo Deliz Campuzano, Germán Feijó Ascencio, Gerardo Duarte Sarmiento, Heriberto Pérez Santana, Jorge Risquet Valdés, José L. Cuza Téllez del Girón, Joel Chaveco Hernández, Joel Vilariño, Jorge Romero Romero, Luis Ruano Aranda, Luis Arredondo Iglesias, Miguel Bustamante del Toro, Nicolás Armelio Torres, Noel Pérez Batista, Orlando La

O Montoya, Omar Betancourt Contreras, Roberto Valdés, Raúl Méndez Riera, Renato Rabilero Dub, Tomás Pena Vega.

Al Departamento de Historia del Comité Provincial del Partido y la Comisión de Historia de Santiago de Cuba, en particular a Judit Cintra y a Reynaldo Cruz.

A las direcciones provincial y municipal de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana de Santiago de Cuba.

A todos, mi agradecimiento sincero.

Bibliografía



- ÁLVAREZ BATISTA, GERÓNIMO: *III Frente. A las puertas de Santiago*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983.
- CASTRO RUZ, FIDEL: “Discurso en el acto conmemorativo por el 1º de Mayo”, en OR, trimestre abril-mayo-junio, La Habana, 1980.
- CASTILLA MÁS, BELARMINO, JUDAS M. PACHECO ÁGUILA Y ERNESTO RAMOS LATOUR: *Daniel, comandante del llano y de la Sierra*, Editora Política, La Habana, 2003.
- CENTRO DE ESTUDIOS MILITARES: *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba*, Primera parte (1510-1898), Tomo 1, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001.
- COLECTIVO DE AUTORES, INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA: *Síntesis histórica provincial de Santiago de Cuba*, Editora Historia, La Habana, 2011.
- COMISIÓN DE HISTORIA COLUMNA NO. 17 ABEL SANTAMARÍA: *Triángulo de Victorias*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2008.
- COMISIÓN DE HISTORIA TERCER FRENTE MARIO MUÑOZ: *Santiago como destino*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2009.
- DEUTSCHMANN, DAVID Y DEBORAH SHNOOKAL: *Fidel Castro. Antología Mínima*, Editorial latinoamericana Ocean Sur, impreso en México, 2008.
- ESPÍN GUILLOIS, VILMA, ASELA DE LOS SANTOS Y MARTHA V. ÁLVAREZ: *Contra todo obstáculo*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2011.
- LORENTE FERRARA, ORLANDO: *30 de Noviembre. Sus hombres y mujeres*, Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2007.

- MINFAR: *Peligros y Principios. La Crisis de Octubre desde Cuba*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1992.
- _____ : *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1994.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN: *Historia de Cuba. 1930-1959*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1985.
- PICHARDO, HORTENSIA: *Documentos para la historia de Cuba*, segunda edición, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971.
- RAMONET, IGNACIO: *Cien horas con Fidel*, segunda edición, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006.
- RODRÍGUEZ TÉLLEZ, ELOY: *Un guerrillero del primer refuerzo*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1998.
- SARUSKY, JAIME: “Hablan los hombres que asaltaron y tomaron el cuartel de San Luis”, revista *Bohemia*, La Habana, 28 de abril de 1972.
- TORRES CUEVAS, EDUARDO; OSCAR LOYOLA; ENRIQUE BUZNEGO Y GLORIA GARCÍA: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898*, Editora Política, La Habana, 1996.

Publicaciones periódicas

- Revista DALA: “Raúl Castro toma posesión como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”, publicación quincenal del Departamento de Asuntos Latinoamericanos, Ministerio de Estado República de Cuba, diciembre 1° de 1959, La Habana.
- Revista del Ejército Revolucionario *El combatiente*: editada por el Departamento de Cultura Oriente, Talleres Tipografía San Román, Apartado 310, José Antonio Saco No. 155, Santiago de Cuba, última edición, noviembre 1959.
- Periódico *Granma*: 28 de mayo de 1991, 19 de abril de 2006, 30 de junio de 2012, 21 de julio de 2012, 30 de julio de 2012, 2 de marzo de 2013, 13 de mayo de 2013, 17 de mayo de 2013, 16 de agosto de 2013, 30 de diciembre de 2013,
- Periódico *Juventud Rebelde*: 28 de julio de 2013.

Índice



<i>Introducción necesaria</i>	9
<i>Presentación</i>	13
Principales hechos de guerra durante la colonización por el imperio español	21
Principales hechos de rebeldía hasta 1867	23
Durante la Guerra de los Diez Años	27
Particularidades en la jurisdicción Santiago	28
Protesta de Baraguá	32
Sobre el desenlace de la guerra	37
Manifestaciones de la Guerra Chiquita	39
Manifestaciones de la Guerra de Independencia	45
Primera intervención militar norteamericana en Cuba	53
Santiago de Cuba durante la intervención	55
Principales hechos combativos contra la dictadura batistiana	71
Antecedentes del asalto al cuartel Moncada	73
Respuesta ante el golpe de Estado	76
Preparación para una acción armada	77
Plan de acción	81
El asalto	82

Levantamiento del 30 de Noviembre	89
Antecedentes	90
Dirección de la acción	92
Planificación del alzamiento	92
Asalto a la Estación de la Policía Nacional	96
Asalto a la Policía Marítima	102
Operación Mortero	104
Evasión de la prisión de Boniato	105
Asalto y ocupación de armas en la ferretería Marce	107
Primer refuerzo a la Sierra Maestra	112
Milicias del Movimiento Revolucionario 26 de Julio	114
Fundación de las milicias	116
Organización de las milicias	118
La muerte de Frank País García	119
Huelga general del 9 de abril de 1958	122
Las milicias, cantera de la Columna No. 9 del Ejército Rebelde	126
La mujer santiaguera en la lucha contra la dictadura	127
Batalla final de Santiago de Cuba	128
Incursiones de las fuerzas rebeldes en Santiago de Cuba	130
Toma de Palma Soriano	135
En territorio del Segundo Frente Oriental	146
Fuerzas del Tercer Frente estrechan el cerco	148
Entrada de las fuerzas rebeldes a Santiago de Cuba	152
Día de la victoria en Santiago de Cuba	158
Respuestas del pueblo santiaguero a los llamados de Fidel	179
Creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias	181
Medidas revolucionarias y su repercusión en el enemigo	182
La respuesta que no se hizo esperar	183
Hombres y mujeres de Santiago integraron las milicias	184
Primeras formaciones milicianas	187
Escuela Los Pinos Nuevos	189
Batallones de combate en el Sector Santiago	191
Los campesinos también vistieron el uniforme de las milicias	219
¡Santiago presente ante cualquier misión!	232
Lucha contra bandidos	233

Durante la invasión por playa Girón	235
Durante la Crisis de Octubre	236
En misiones internacionalistas	242
En maniobras militares demostrativas	244
Creación de las Milicias de Tropas Territoriales	245
Consolidación de la formación y preparación de las milicias	252
Respuesta al nuevo llamado de Fidel	254
Composición y estructura de las Milicias de Tropas Territoriales	256
<i>Epílogo</i>	267
<i>Anexos</i>	273
<i>Agradecimientos</i>	285
<i>Bibliografía</i>	287
<i>Publicaciones periódicas</i>	288
	289



*... que esta Oficina de Asuntos Históricos
sea siempre un monumento vivo
a la obra fecunda y la imperecedera
memoria de Celia.*

Sidibart

Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez en 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos y prensa clandestina fundamentalmente de la etapa 1952-1959; manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra. Además, brinda servicios de consulta en diferentes soportes, referencias, asesoramiento histórico, información a distancia, préstamos bibliotecarios y hemerográficos, edición y venta de libros, así como visitas para apreciar las pinturas murales del artista danés Asger Jorn, preservadas en sus paredes.

A nombre del sello editorial **Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado** publica libros y folletos sobre la lucha revolucionaria con una amplísima producción del pensamiento político del Comandante en Jefe, y títulos a partir de investigaciones propias y de otros autores. Cuenta, igualmente, con la emisión electrónica mensual del *Boletín Revolución* y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionadas con el fondo patrimonial que conservamos.

Muchas gracias.

Últimas publicaciones

- *Reflexiones del Comandante en Jefe*. Colección 2009, 2010, 2011, 2012 y 2013
- *La Victoria Estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*. Fidel Castro Ruz, 2010
- *La Contraofensiva Estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*. Fidel Castro Ruz, 2010
- *Diario de la guerra 1*. Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Diario de la guerra 2*. Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Fidel y la religión*. Frei Betto, Colección ALBA Bicentenario, 2010
- *Misioneros del ALBA*. Pedro de la Hoz y Alberto Núñez, 2010
- *Celia alas y raíces*. Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País*. Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1955*. Rolando Dávila Rodríguez, 2011
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción*. Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011
- *El retorno anunciado*. Heberto Norman Acosta, 2011
- *La lección del Maestro*. Carmen Castro Porta, 2011
- *Mártires del Granma*. Juan José Soto Valdespino, 2012
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2012
- *Collar de piedras*. Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1956*. Rolando Dávila Rodríguez, 2012
- *El Moncada, la respuesta necesaria*. Versión ampliada y modificada. Mario Mencía Cobas (Premio Nacional de Historia 2011), 2013
- *Quinteto Rebelde*. Norberto Escalona Rodríguez, 2013
- *Guisa: estrategia y coraje*. Juan José Soto Valdespino, 2013
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1957*. Rolando Dávila Rodríguez, 2013
- Revista anual *Cinco Palmas*
- *Camilo eternamente presente*. Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014

